

Las fisuras de la democracia

4

EDITORIAL

Las fisuras de la democracia

CAS MUDDE

*Populismo en Europa: una respuesta democrática
iliberal al liberalismo antidemocrático*

TAMIR BAR-ON

*If Fascism Is Not Really On the March,
Then Why the Constant 'Brown Scares'?*

JOAN ANTÓN-MELLÓN

ISMAEL SEIJO BOADO

La teoría política de la Derecha Radical

GERMÁN CARRILLO GARCÍA

Los enemigos de la democracia

LUIS CRUZ-MIRAVET

La democracia amenazada. Comentarios de un observador

PAUL PRESTON

Guerra Fría e historiadores anglosajones

WOLFGANG STREECK

*Reflexiones sobre lo particular y lo universal:
Unidad y diversidad en la vida social y en la teoría social*

H. C. F. MANSILLA

*Ex Oriente lux. El rechazo de Occidente y
sus consecuencias sociales y políticas*

REG

REVISTA DE ESTUDIOS GLOBALES

ANÁLISIS HISTÓRICO Y CAMBIO SOCIAL

2/2023 (4)

MAYO - JUNIO

4

ISSN electrónico: 2697-0511

REG

2/2023 (4)

MAYO - JUNIO

ISSN electrónico: 2697-0511

REVISTA
DE ESTUDIOS
GLOBALES

ANÁLISIS HISTÓRICO
Y CAMBIO SOCIAL

DIRECTOR

Germán Carrillo García. Universidad de Granada, España

SUBDIRECTORA/SECRETARÍA DE REDACCIÓN

Carmen M. Cerdá Mondéjar. Universidad de Murcia, España

Isabel Marín Gómez. Universidad de Murcia, España

CONSEJO DE REDACCIÓN

José María García Martínez. Universidad de Murcia, España; **Enrique Fernández Vilas.** Grupo de Investigación Social y Políticas Públicas (ISOPOLIS), España; **Manuel Núñez García.** Universidad Nacional de Educación a Distancia, España; **Héctor Hernán Díaz Guevara.** Universidad Nacional Autónoma de México; **Ana Chacón Martínez.** Universidad de Murcia, España; **Mónica Ghirardi.** Universidad Nacional de Córdoba, Argentina; **José Sobral.** ICS-Universidade de Lisboa; **Zahir Hadibi.** Universidad Abderrahmane Mira de Bejaia, Argelia

CONSEJO ASESOR

Wolfgang Streeck. Max Planck Institute for the Study of Societies, Cologne; **Mike Davis.** University of California Riverside†; **José Gabriel Palma.** University of Cambridge; **Göran Therborn.** University of Cambridge; **William I. Robinson.** University of California Santa Barbara; **Francisco Entrena Durán.** Universidad de Granada, España; **Vijay Prashad.** Tricontinental: Institute for Social Research - Renmin University of China; **Raúl Delgado-Wise.** Universidad Autónoma de Zacatecas (México); **Aurélie Vialette.** Stony Brook University, New York; **Ronaldo Munck.** Dublin City University; **Francesco Boldizzoni.** Norwegian University of Science and Technology; **Enzo Traverso.** Cornell University, Ithaca, New York; **Sarah Radcliffe.** University of Cambridge; **Stephan Lessenich.** Universität München; **Fernando Hernández Sánchez.** Universidad Autónoma de Madrid; **Cristóbal Kay.** SOAS University of London; **Víctor Toledo.** Universidad Nacional Autónoma de México; **Stuart McCook.** University of Guelph, Canada; **Hanne Cottyn.** University of York, United Kingdom; **Hugo Celso Felipe Mansilla.** Academia de Ciencias de Bolivia; **Mauricio Tubio Albornoz.** Universidad de la República, Uruguay; **Emilio Pradilla Cobos.** Universidad Autónoma Metropolitana, México; **Liisa North.** York University, Canada; **Quin Slobodian.** Wellesley College, United States; **Leo Panitch.** York University, Canada†; **Andrés Piqueras Infante.** Universitat Jaume I; **Juan Ortín García.** Universidad de Murcia, España; **Margareth Lanzinger.** University of Vienna, Austria; **Joan Bestard.** Universitat de Barcelona; **Gérard Delille.** École des Hautes Études en Sciences Sociales; **Bernard Vincent.** École des Hautes Études en Sciences Sociales; **Pedro Egea Bruno.** Universidad de Murcia; **Horacio Capel Sáez.** Universitat de Barcelona; **Juan Hernández Franco.** Universidad de Murcia; **Antonio Irigoyen López.** Universidad de Murcia; **José Antonio Piqueras Arenas.** Universitat Jaume I; **Francisco Chacón Jiménez.** Universidad de Murcia; **Nuno Monteiro.** ICS-Universidade de Lisboa



Los artículos publicados en la Revista de Estudios Globales están bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento No Comercial Sin Obra Derivada 4.0 Internacional.

Periodicidad: Semestral
Diseño de Cubierta: Cliocultural
ISSN electrónico: 2697-0511
Universidad de Murcia

REG

2/2023 (4)

MAYO - JUNIO

ISSN electrónico: 2697-0511

REVISTA
DE ESTUDIOS
GLOBALES

ANÁLISIS HISTÓRICO
Y CAMBIO SOCIAL

SUMARIO

EDITORIAL

ENRIQUE FERNÁNDEZ-VILAS, JOSÉ MARÍA GARCÍA MARTÍNEZ CARMEN M. CERDÁ MONDÉJAR	Las fisuras de la democracia	7
--	------------------------------	---

DOSIER

CAS MUDDE	Populismo en Europa: una respuesta democrática iliberal al liberalismo antidemocrático	15
TAMIR BAR-ON	If Fascism Is Not Really On the March, Then Why the Constant 'Brown Scares'?	43
JOAN ANTÓN-MELLÓN ISMAEL SEIJO BOADO	La teoría política de la Derecha Radical	61
GERMÁN CARRILLO GARCÍA	Los enemigos de la democracia	101
LUIS CRUZ-MIRAVET	La democracia amenazada. Comentarios de un observador	179

ESTUDIOS

PAUL PRESTON	Guerra Fría e historiadores anglosajones	195
WOLFGANG STREECK	Reflexiones sobre lo particular y lo universal: Unidad y diversidad en la vida social y en la teoría social	215
H. C. F. MANSILLA	<i>Ex Oriente lux</i> . El rechazo de Occidente y sus consecuencias sociales y políticas	233

Editorial

Las fisuras de la democracia

Enrique Fernández Vilas

Universidad de Salamanca

José M^a García Martínez

Universidad de Murcia

Carmen M. Cerdá Mondéjar

Universidad de Murcia

Desde la primera Gran Recesión del siglo XXI la política de la democracia en la mayor parte de los países que se rigen por dicha forma de gobierno ha estado sometida a severas presiones. Paradójicamente, al mismo tiempo que una ola de democratización se ha extendido globalmente desde la década de 1970 –en aquel momento posiblemente no existían más 35 países que pudiesen ser denominados democráticos y casi medio siglo después más de un centenar se rige por los designios de la democracia liberal–, el descontento y la rabia social no han dejado de crecer. Los partidos políticos que han ocupado el poder desde la segunda posguerra mundial se han visto amenazados ante la extraordinaria proliferación de nuevas –o reforzadas– posiciones políticas que dicen responder a los intereses de una ciudadanía cada vez más alejada del campo de juego de la política tradicional.

El fuego cruzado lanzado desde el *establishment* comenzó a emplear artillería dialéctica del pasado: «fascismo», «comunismo» o «populismo» son etiquetas empleadas para desautorizar, sin necesidad de ofrecer otros argumentos, a la oposición política. Las disidencias no se permiten ni se perdonan por parte del *establishment* neoliberal. Incluso una parte nada desdeñable de analistas y académicos se refieren al ascenso de los partidos de extrema derecha con los términos «fascismo» y «neofascismo». En *Las nuevas caras de la derecha* (2021) el historiador Enzo Traverso persuade a sus lectores del uso arbitrario, y por tanto sin solidez historiográfica, del vocablo «fascista». Aunque el fascismo tradicional de los años treinta pueda compartir algunos rasgos con la fisonomía ideológica de los partidos calificados como «extremistas» del siglo XXI, su simple homologación demuestra una clara insuficiencia de conocimiento histórico. Y puntualiza, «el fascismo clásico nació en un continente devastado por la guerra total y se desarrolló en una atmósfera de guerras civiles, dentro de Estados profundamente inestables y con mecanismos institucionales paralizados por agudos conflictos políticos». La fuerza de su radicalismo provenía

de su oposición al bolchevismo que le imprimió un aspecto «revolucionario». Con admirable claridad lo expresó también Hobsbawm al referirse a los conflictos sociales vinculados a la explosión de nuevas ideologías nacionalistas en las postrimerías del siglo pasado: «En el mejor de los casos, se trata de gritos de dolor y llamadas de socorro; y en el peor, de ciegas protestas, particularmente de aquellos sin esperanza. No ofrecen ninguna solución política o de ningún otro tipo porque no piensan en términos de soluciones. Mi conclusión es una advertencia contra el anacronismo: no confundamos a los neonazis de la Alemania actual ni tan siquiera con los nacionalsocialistas originales. Se trata de movimientos diferentes» (1994, p. 17).

De igual modo, en contra del anacronismo se pronunció Giorgio Amendola –miembro del Partido Comunista italiano desde la década de entreguerras y uno de los líderes de la Resistencia en Roma– en 1976 cuando afirmó que, términos como «conservador, reaccionario, autoritario o fascista corresponden a varias formaciones políticas, a distintas realidades». Amendola, quién vio al fascismo de frente, no aprobaba «ciertas equiparaciones genéricas y superficiales», y concluía: «Hay que acostumar a las generaciones jóvenes al arte de la distinción». Y es que, como en cierta ocasión dijo Hobsbawm, con mucha frecuencia las palabras hablan más fuerte que los documentos.

En este monográfico de la REG nos interrogamos por qué el *pathos* de la retórica política recurre al anacronismo como arma de defensa persuasiva. Una respuesta tentativa sobre el problema sugiere que el *statu quo* no desea plantear abiertamente los graves problemas a los que se enfrenta la democracia liberal desde la década de 1970. Desde aquel momento, la brecha que separa la toma de decisiones políticas del común de la ciudadanía no ha dejado de dilatarse hasta tal punto que como escribió Peter Mair de forma casi lapidaria en su obra póstuma *Ruling the Void* (2013) «la era de la democracia de partidos ha concluido». El neoliberalismo, como ideología hegemónica, ha contribuido enormemente a transformar –con la connivencia de las autoridades públicas, especialmente las instituciones universitarias– el valor político de la esfera pública en un mundano valor de cambio. La democracia de consumo ha transformado a la ciudadanía en una clientela que consume servicios públicos gestionados al estilo de la gerencia empresarial donde los partidos políticos compiten por el poder exhibiendo una decadencia intelectual sin precedentes. Como ha señalado Emilio Gentile el «peligro real hoy no es el fascismo, sino la escisión entre el método y el ideal democrático». Dicho de otro modo, «el peligro real no son los fascistas, reales o presuntos, sino los demócratas sin ideal democrático». La democracia ha quedado cautiva por la hegemonía neoliberal y su deprecio hacia cualquier política que se aproxime a la feliz

expresión de Abraham Lincoln: «la democracia es el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo». Cualquier política que pretenda restaurar la relación capital-trabajo de la era socialdemócrata de posguerra, es decir, lo que se denominaba «economía mixta», a través del control de mando político del sector financiero y bancario, de los recursos energéticos y de todos los destinados al bien común, es descalificada sin objeciones como «revolucionaria», «comunista» o «populista».

En suma, y citando a Marco D'Eramo, ahora la democracia trata el pueblo como un niño tutelado: «a su poder, escapa prácticamente toda la política económica del gobierno, la política fiscal, la comercial o la de previsión social». La oposición política ha sido socavada y el «extremo centro», por usar la acertada expresión de Tariq Ali, es decir, el bipartidismo plutocrático y los retoños de la «tercera vía», ha dejado a la ciudadanía política desnuda ante las fuerzas económicas de la globalización y su superestructura neoliberal. Por supuesto, la política calificada de «extrema derecha» no supone una alternativa al *establishment* sino una continuidad de los regímenes neoliberales y una exacerbación de la xenofobia, el racismo y otras patologías del registro de la locura humana. Sin embargo, creemos que sin la correcta interpretación de las causas subyacentes que amenazan con hacer estallar los sistemas democráticos no haremos más que expresar rabia en negro sobre blanco frente al desconcierto, y lo que es más acusado, al evitar analizar rigurosamente el problema atajándolo por la vía del anacronismo, las tensiones sociales no harán más que seguir creciendo, lo mismo que la temperatura global del planeta.

Partiendo de estas ideas el presente número recoge una serie de artículos que examinan el marco actual en que se desarrollan los sistemas políticos democráticos. El trabajo de Cas Mudde analiza la relación entre populismo y política democrática, identificando las causas principales del actual «Populist Zeitgeist» (Mudde, 2004). El autor realiza una breve historia del populismo en Europa, desde sus primeros indicios en el siglo XIX hasta su ascenso a partir de 1980, su mayor relevancia en la década de 1990 y sobre todo su gran protagonismo a partir de 2008, relacionado con las crisis económicas y de los sistemas políticos. En opinión de Mudde el populismo surge como respuesta antiliberal y democrática al liberalismo antidemocrático, por tanto, el populismo solo puede superarse mediante la práctica de una mayor democracia liberal. Por su parte, y en relación con el fascismo, Tamir Bar-On se interroga por qué hay una preocupación constante, especialmente alentada desde las últimas décadas, por el resurgimiento del fascismo si no existen evidencias empíricas sobre su ascenso. Entre políticos, académicos y medios de comunicación se ha producido una enérgica tendencia a emplear el término «fascista»

de manera indiscriminada y sin una definición o una comprensión adecuada. Estas preocupaciones ante un infundado avance de los llamados fascismos o el resurgimiento de «Brown Scares» como nuevas «cruzadas» con todas las características de una «religión despertada», son utilizadas por el *establishment* y su cobertura mediática para debilitar las posiciones opuestas, reforzar un autoritarismo encubierto y promover un desgaste de la democracia como sistema político de participación social.

Precisamente, al análisis de las transformaciones que ha experimentado el pensamiento conservador, considerado de forma generalista como fascista, se dedica el trabajo de Antón-Mellón y Seijo Boado. Los autores distinguen entre la Nueva Derecha, la *alt-right* de Steve Bannon y otras versiones de conservadurismo tras un detallado estudio de las ideas de sus principales intelectuales orgánicos como Olavo de Carvalho y Alain de Benoist. Su trabajo aporta importantes matizaciones entre las diferentes variantes del pensamiento conservador y tradicionalista, más allá de las apresuradas generalizaciones que tachan a todas estas divergencias filosóficas de «fascistas», impidiéndonos con este anacronismo entender la evolución –o involución, podríamos decir– de la política y la sociedad de muchos países, principalmente en el Norte global, en el convulso entorno intelectual de finales del siglo XX y principios del siglo XXI.

En «Los enemigos de la democracia», Germán Carrillo García realiza una caustica y sólida crítica de las teorías de la crisis en general y de las democracias en particular. Desde el espíritu progresista y poskeynesiano, han predominado los estudios que, en general, han subestimado las fuerzas del capital, de los capitalistas y del mercado, así como un cierto enaltecimiento optimista en la capacidad de gobernabilidad por parte del aparato estatal o de las instituciones supranacionales. Las «guerras culturales» han ocupado, mientras tanto, los departamentos académicos y las trincheras políticas, subordinando los «conflictos distributivos» y ensombreciendo la decadencia económica y moral que ha dejado a su paso el terremoto neoliberal. El estudio, convincentemente historiográfico y teórico, nos permite observar una «reconstrucción» de la historia del triunfo de las ideas neoconservadoras y de la restauración del poder de la clase capitalista desde la década de 1970, cuando el edificio keynesiano se estaba derrumbando. A partir de entonces, cualquier peligrosa desviación de los criterios establecidos por el *statu quo* era tildada de «revolucionaria», «comunista» o «neofascista». Por último, el autor realiza una revisión histórica y comparativa entre el liberalismo clásico y el neoliberalismo. Su conclusión es contundente: «invocar a los pensadores de la Ilustración y particularmente al cuerpo de ideas liberales para apoyar las medidas antiso-

ciales de los regímenes neoliberales, ignorando, además, la enorme distancia que separa sus modelos teóricos de nuestra realidad supone, cuanto menos, un anacronismo y una tergiversación ahistórica».

El trabajo de Luis Cruz Miravet aborda en un tono reflexivo el malestar democrático en las sociedades actuales con notorias referencias al caso español. Un malestar expresado en la dramática desafección por el abandono del paradigma del Estado del bienestar y del pleno empleo, por la aplicación de desacertadas políticas económicas y fiscales y por el aumento de la desigualdad, la pobreza y la exclusión social que derivan, entre otras consecuencias, en la emergencia de nuevos partidos y corrientes políticas consideradas «populistas» por los partidos hegemónicos.

En la serie Estudios, el trabajo del profesor Paul Preston analiza el contexto en que se desarrolló la historiografía anglosajona sobre la Guerra Civil española durante el período de la Guerra Fría. Basándose en la obra del historiador australiano Darryl Burrowes se examinan las trayectorias vitales y los escritos de George Orwell, Gerald Brenan, Burnett Bolloten y Herbert Rutledge Southworth con el fin de determinar en qué medida sus percepciones sobre el conflicto español se vieron influidas por el período de la Guerra Fría; pero también por el mayor o menor predominio de las dos agencias anglosajonas determinantes en la configuración de la opinión pública y de la política cultural durante esos años: el Departamento de Investigación Informativa del Ministerio de Asuntos Exteriores en Gran Bretaña y el Congreso Americano por la Libertad Cultural.

En «Reflexiones sobre lo particular y lo universal: Unidad y diversidad en la vida social y en la teoría social» Wolfgang Streeck, se interroga sobre la relación que hay entre lo particular, o la unidad, y la diversidad en la vida social y la *praxis* política. A través de cuatro áreas de la teoría social que pueden ser fructíferamente exploradas en términos de una tensión constitutiva entre fuerzas universales y locales, a saber, el cambio institucional endógeno, el papel de las organizaciones intermediarias en el gobierno de las relaciones industriales, la construcción de los Estados-nación y, por último, el origen de las variedades o diversidad del capitalismo, Streeck muestra un campo epistemológico y metodológico fructífero que puede arrojar luz sobre las perturbadoras dinámicas de las estructuras sociales contemporáneas. Entre sus conclusiones hay una pregunta inquietante que subraya las tesis fundamentales de nuestro dossier sobre la crisis democrática: «¿Qué fuerzas prevalecerán mientras los países en cuestión sigan siendo democracias: las de la resistencia «populista», que defiende lo particular, o las de la racionalización económica mediante la restricción externa y la reeducación cultural interna?»

Por último, en «Ex Oriente lux. El rechazo de Occidente y sus consecuencias sociales y políticas», H. C. F. Mansilla realiza una valiosa contribución sobre los peligros que plantea para el desarrollo democrático de las sociedades, y para los valores heredados de la Ilustración, la perspectiva, a veces apresurada, otras ingenua, romántica e irracional acerca de Oriente y en los últimos años del nuevo hegemón, China. Como señala el autor nos encontramos sumidos en un relativismo posmoderno que ha adquirido una importante presencia en los entornos académicos e intelectuales. Estas apelaciones a una tradición idealizada pueden atraer a muchas personas, en particular a estudiantes universitarios que realizan sus primeras incursiones en el pensamiento filosófico, sin advertir, sin embargo, los riesgos que conlleva. «Lo peligroso de estas teorías –afirma Mansilla– es que mediante argumentos muy populares dejan a un lado lo positivo de la modernidad occidental: el racionalismo, la democracia pluralista y la concepción de los derechos humanos».

REFERENCIAS

- D'Eramo, M. (2013), «El populismo y la nueva oligarquía», *New Left Review*, 82, 7-40.
- Fernández-Vilas, E. (2023). El «Populist Zeitgeist»: Un Acercamiento a Cas Mudde y la Derecha Radical Populista. *Revista de Estudios Globales. Análisis Histórico y Cambio Social*, 2(3), 107-120. <https://doi.org/10.6018/reg.545331>
- Gentile, E. (2019). *¿Quién es fascista?* Madrid: Alianza Ed.
- Hobsbawm, E. (1994). Identidad. *Revista Internacional de Filosofía Política*, 3, 5-17.
- Mair, P. (2013). *Ruling the Void. The Hollowing of Western Democracy*. London and New York: Verso.
- Mudde, C. (2004). The Populist Zeitgeist. *Government and Opposition*, 39(4), 541-563. <https://doi.org/10.1111/j.1477-7053.2004.00135.x>
- Traverso, E. (2021). *Las nuevas caras de la derecha. ¿Por qué funcionan las propuestas vacías y el discurso enfurecido de los antisistema y cuál es su potencial político?* Madrid: Capital Intelectual Ed.

Populismo en Europa: una respuesta democrática iliberal al liberalismo antidemocrático*

Cas Mudde

Departamento de Estudios Internacionales
Universidad de Georgia, Athens, Georgia
Estados Unidos

Resumen: En esta conferencia, expongo mi enfoque sobre populismo, que se inscribe en el «enfoque ideacional» hoy dominante; discuto la compleja relación entre populismo y política, e identifico algunas de las principales causas del actual «populist Zeitgeist». Mis principales argumentos son los siguientes: primero, aunque el populismo está relacionado con «crisis» (reales y percibidas), estas supuestas «crisis» son a menudo catalizadores más que causas principales del auge del populismo; segundo, el populismo es esencialmente una respuesta democrática no liberal al liberalismo no democrático; y tercero, el populismo sólo puede superarse con más democracia liberal y no con menos. Ilustro mis argumentos basándome en el reciente auge del populismo en Europa, pero creo que también son válidos en gran medida más allá de ese contexto regional y temporal específico.

Palabras clave: Populismo; Partidos Políticos; Democracia Liberal; Europa.

Populism in Europe: an illiberal democratic response to undemocratic liberalism

Abstract: In this lecture, I lay out my approach to populism, which falls within the now dominant 'ideational approach' of populism, discuss the complex relationship between populism and politics, and identify some of the main causes of the ongoing 'populist Zeitgeist'. My main arguments are, first, while populism is related to (real and perceived) 'crises', these so-called 'crises' are often catalysts rather than prime causes of the rise of populism; second, populism is essentially an illiberal democratic response to undemocratic liberalism; and third, populism can only be overcome by more rather than less liberal democracy. I illustrate my arguments on the basis of the recent rise of populism in Europe, but believe they also largely hold true beyond that specific regional and temporal context.

Keywords: Populism; Political Parties; Liberal Democracy; Europe.

* Este artículo es una versión ligeramente modificada de una anterior, publicada en inglés en *Government and Opposition*, 56(4), 2021, 577-597.

INTRODUCCIÓN

Permítanme comenzar con una anécdota personal que está directamente relacionada con esta conferencia, y con el artículo que lo inició todo, «The Populist Zeitgeist», publicado en la revista *Government and Opposition* hace más de quince años (Mudde, 2004). Había estado estudiando la extrema derecha durante algunos años y me hallaba inmerso en la elaboración de mi doctorado, cuando comencé a pensar en el término populismo, que cada vez se utilizaba más, en particular debido al trabajo innovador de Hans-Georg Betz (1994). Aun así, no estaba demasiado convencido de su definición. Así que traté de buscar a otros autores y perspectivas y, finalmente, acudí a Margaret Canovan (1981), cuyo trabajo ha sido muy influyente dentro de los estudios sobre populismo, a pesar de que nunca llegó a definir claramente tal concepto. Este vacío me condujo a la obra de Ernesto Laclau. Leí, o creí leer, su libro de 1977 *Politics and Ideology in Marxist Theory: Capitalism, Fascism, Populism*¹, sin embargo, debo reconocer que fui incapaz de entenderlo. En definitiva, no tenía ni idea de lo que estaba escribiendo y, después de aceptar la derrota intelectual, decidí no usar el término «populismo», ya que, claramente, no tenía el suficiente nivel intelectual como para comprender su significado.

Poco cambió hasta que me trasladé a la Universidad de Amberes, donde codirigí a un estudiante ya graduado, Jan Jagers, que estaba trabajando en un doctorado sobre el fenómeno populista entre los partidos flamencos. Tuvimos muchas discusiones sobre el término «populismo» y desarrollamos diversas conceptualizaciones separadas, aunque superpuestas, del mismo. Un día, volví a la Universidad de Leiden, mi alma mater, y me reuní con mi antiguo supervisor de doctorado, el gran Peter Mair. Le dije: «He estado pensando en el populismo, y creo que vivimos en un Populist Zeitgeist [momento populista]». Se levantó prácticamente de un salto y dijo: «Populist Zeitgeist, eso es perfecto, escribe un artículo sobre eso». Le respondí que solo tenía una definición de populismo y una idea muy general en este momento, pero él insistió en que escribiera un artículo. «Con un título como ese, te citarán mucho», afirmó, lo que resultó ser cierto. Aunque, curiosamente, no se citó mucho durante los primeros diez años; y solo despegó más recientemente, en particular desde el *annus horribilis* 2016, que vio una explosión de «estudios sobre populismo» (Rovira Kaltwasser *et al.*, 2017a).

1 Existe una edición en castellano editada por Siglo XXI en 1978 [N. del T.]

En esta conferencia quiero exponer mi propio enfoque del populismo, que se encuadra dentro del ahora dominante «enfoque ideacional». Analizo la compleja relación entre populismo y política, e identifico algunas de las principales causas del actual «Populist Zeitgeist». Los principales argumentos son los siguientes; primero, mientras que el populismo está relacionado con las «crisis» (reales y percibidas), las crisis son a menudo catalizadores en lugar de causas principales; segundo, el populismo es esencialmente una respuesta antiliberal y democrática al liberalismo antidemocrático; y tercero, el populismo sólo puede ser superado por más democracia liberal en lugar de menos (Haw Kins & Rovira Kaltwasser, 2017; Mudde, 2017).

Populismo: una definición

En mi artículo de 2004 presenté una nueva definición de populismo que desde entonces ha sido utilizada por un grupo cada vez mayor de académicos y no académicos, aunque es importante tener en cuenta que también hay muchos que la rechazan (Aslanidis, 2016; Freedon, 2017). Sin embargo, hay pocas dudas de que el enfoque ideacional, en el que el populismo es visto como un conjunto de ideas centradas en la noción de que el «pueblo» se opone a la «élite», ha alcanzado un estatus que es lo más parecido a un consenso académico². Uno de los pocos enfoques alternativos populares es el de Laclau (Laclau, 2005; Borriello y Jäger, 2020), que a menudo se denomina «formal-discursivo» (Stavrakakis *et al.*, 2018), aunque las diferencias entre los estudiosos «ideacionales» y «laclauanos» suelen ser mucho menores en los estudios empíricos de lo que la literatura especializada los suele presentar³.

Mientras que el enfoque ideacional define el populismo como un conjunto de ideas, yo lo defino específicamente como una «ideología delgada» que considera que la sociedad está separada en última instancia en dos grupos homogéneos y antagónicos: el «pueblo puro» y la «élite corrupta», que defiende que la política debería ser una expresión de la *volonté générale* (voluntad general) del pueblo (Mudde, 2004, p. 543). Permítanme exponer brevemente algunos aspectos específicos de mi definición.

2 Este no es el lugar para revisar el debate cada vez mayor sobre la definición de populismo, que sigue dominando (demasiado) gran parte del debate académico y público. He discutido esto antes (Mudde, 2017) y hay otras publicaciones que ofrecen excelentes descripciones generales del debate. Véanse, por ejemplo, Moffitt (2020); Rovira Kaltwasser *et al.* (2017).

3 Para ser absolutamente claro, rechazo la noción de que haya un «Muddean camp» o incluso un «Muddean frame» (Maiguashca, 2019). A diferencia de Laclau, no he creado un nuevo enfoque epistemológico, sino que he contribuido a aclarar, y tal vez ayudé a popularizar, el enfoque ideacional mucho más antiguo, que se podía encontrar en la mayoría de los textos fundacionales del estudio comparativo del populismo. Véase, por ejemplo, Canovan (1981); Gellner y Ionescu (1970).

En primer lugar, lo llamo una ideología «thin-centred» («ideología delgada»), en lugar de una ideología *per se*, porque el populismo por sí solo no nos dice mucho sobre qué tipo de mundo quieren los populistas; algo que por el contrario sí ocurre con las ideologías «thick-centred» «ideologías gruesas o plenas» como son el liberalismo y el socialismo⁴. Al mismo tiempo, lo considero un tipo de ideología, por limitada que sea, y no solo un «discurso» o un «estilo» político, porque no es solo un instrumento para llegar al poder. En realidad, también informa sobre las políticas cuando los populistas llegan al poder o cuando están empoderados, como puede observarse desde Hungría hasta Venezuela (García-Guadilla y Mallén, 2018; Palonen, 2018; Mudde, 2021).

En segundo lugar, la base del populismo, desde mi perspectiva, es el «monismo» y el «moralismo» (Mudde, 2017). El populismo es una ideología monista en el sentido de que percibe o entiende al «pueblo» como una unidad, con cada miembro individual del «pueblo» compartiendo exactamente los mismos intereses y valores. Los populistas no creen en el pluralismo social, es decir, la opinión de que existe una sociedad formada por diferentes grupos con diversos intereses legítimos y donde la política debe hallar algún tipo de consenso entre (la mayoría de) estos grupos. Para los populistas, sólo hay dos grupos, y únicamente uno es legítimo, porque la «élite» es corrupta y, por tanto, no merece los derechos y protecciones de una oposición legítima.

Además del monismo, el moralismo es fundamental para entender el fenómeno político del populismo. Para los populistas, la distinción entre el «pueblo» y la «élite» es moral; es decir, se trata de ser «moralmente puro» frente a ser «moralmente corrupto». En otras palabras, no es una cuestión de si tienes poder o dinero; como tampoco es una distinción de clases sociales. Esto contribuye a explicar por qué tantos líderes populistas son en realidad muy ricos, y algunos han estado en el poder (por ejemplo, Thaksin Shinawatra en Tailandia) o cerca del poder (por ejemplo, Silvio Berlusconi en Italia); la mayoría de los populistas son *insider-outsiders* en lugar de verdaderos *outsiders* (Mudde y Rovira Kaltwasser, 2017). La riqueza y el poder en sí mismos no hacen que uno forme parte de la «élite». Lo que hace que uno forme parte de ese cuerpo social es tener unos valores equivocados, que hoy en día a menudo se encubren con términos como «cosmopolitismo», especialmente entre los populistas de derechas.

4 La distinción entre ideologías «delgadas» y «gruesas o plenas» proviene de Michael Freeden (1998), aunque me gustaría señalar que Freeden no concibe el populismo como una «ideología delgada». Véase, respectivamente, Freeden (2017); Aslanidis (2016).

En tercer lugar, el monismo y el moralismo están en el centro de la compleja y controvertida cuestión de la relación entre populismo y democracia. Según mi definición, el populismo no es necesariamente malo para la democracia, pero depende de la forma en cuestión, por supuesto, de democracia más que de populismo. El populismo está a favor de la democracia, pero en contra de la democracia liberal. O dicho de otro modo, si observamos la democracia desde una perspectiva schumpeteriana⁵, se trata de la soberanía popular y del gobierno de la mayoría, lo que significa, lisa y llanamente, que en un sistema democrático el pueblo elige a sus líderes por mayoría. Por supuesto, lo que solemos entender por «democracia» es mucho más complejo, pero técnicamente se trata de la democracia liberal que combina la soberanía popular y el gobierno de la mayoría con la protección de los derechos de las minorías, el Estado de derecho y la separación de poderes (Diamond, 2003; Mouffe, 2000). Es con esas prescripciones liberales con las que el populismo tiene un problema, y las razones clave son su monismo y su moralismo. Cuando se cree que el «pueblo» es una masa social homogénea y que la única alteridad existente es la élite, que además es corrupta, entonces no hay derechos legítimos de las minorías, porque no hay minoría legítima. Y si la política debe ser «la voluntad general del pueblo», nada puede estar por encima de ella, ni siquiera un Tribunal Supremo.

En cuarto lugar, el populismo no es en sí mismo ni de izquierdas ni de derechas, pero la mayoría de los actores populistas sí lo son. Que los partidos o políticos populistas sean de izquierdas o de derechas no depende de su populismo, sino de su ideología de acogida, a menudo una «ideología gruesa». Casi todos los populistas de éxito combinan el populismo con una ideología de acogida (Mudde y Rovira Kaltwasser, 2017). Los partidos populistas de derecha radical, como Alternativa para Alemania (AfD) o el Partido Popular Indio (BJP), lo combinan con el nativismo, mientras que los partidos populistas de izquierda, como la Coalición Griega de la Izquierda Radical (SYRIZA) o los Combatientes por la Libertad Económica (EFF) sudafricanos, lo ajustan con alguna forma de socialismo.

En quinto y último lugar, el populismo suele ser secundario a la ideología anfitriona. Una de las pocas excepciones es el Movimiento Cinco Estrellas italiano (M5S), cuyo «populismo ecléctico» no parece tener una ideología

5 El economista político austriaco Joseph Schumpeter definió la democracia como un mero procedimiento: El método democrático es el arreglo institucional para llegar a decisiones políticas que realizan el bien común haciendo que el propio pueblo sea el que decida las cuestiones mediante la elección de los individuos que han de reunirse para llevar a cabo su voluntad». Véase en Schumpeter (1956: 269).

anfitriona estable (Mosca y Tronconi, 2019). Casi todos los demás partidos populistas son otra cosa primero y populistas después. El Partido de la Libertad austriaco (FPÖ) y Fidesz en Hungría son nativistas primero y populistas después. Del mismo modo, el partido político Unidas Podemos en España y el Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV) son antes que nada socialistas, al menos en teoría, y populistas después. Así que, aunque esto pueda resultar frustrante, es significativo recordar que el populismo sólo puede contarnos una parte de la historia sobre su emergencia política. Cuando queremos entender el ascenso de la derecha radical populista o de los partidos populistas de izquierda, el populismo es una parte del rompecabezas, y a menudo sólo una parte menor.

La paradoja política del populismo

Dicho esto, hay algo interesante en el auge del populismo. Si nos situamos en los inicios del siglo XX, hay que recordar que la mayoría de los movimientos nativistas y socialistas no eran populistas. Casi todos eran elitistas de alguna manera, es decir, extremistas (más taxativamente, antidemocráticos) o paternalistas. Pensemos en los diversos movimientos y regímenes fascistas, que despreciaban a la democracia como gobierno de los «mediocres» o los «débiles», o en los partidos y regímenes marxistas-leninistas, que creían que el Partido Comunista era la vanguardia de la clase obrera y apoyaban una «dictadura del proletariado». Hoy en día, la principal oposición a la política democrática liberal dominante es populista y creo que es algo sobre lo que deberíamos reflexionar mucho más.

Para preparar uno de mis cursos leí al gran Seymour Martin Lipset, que realmente debería ser leído con más frecuencia, y no sólo su clásico *Political Man* (1960). En particular, en 1955, Lipset publicó un artículo sobre la derecha radical estadounidense en *British Journal of Sociology* que sigue siendo la mejor referencia para comprender el fenómeno Trump, adelantándose más de medio siglo a su llegada (Lipset, 1955). En otro artículo también pionero, «Some Social Requisites of Democracy», Lipset afirmó que «el patrón característico de las democracias occidentales estables a mediados del siglo XX es el de una fase ‘post-política’, es decir, hay poca diferencia entre la izquierda y la derecha democráticas» (Lipset, 1959, p. 100). Desde esta perspectiva, observo el auge del populismo muy en el contexto de lo que Lipset llamó «post-política», o lo que Arend Lijphart (1977), dos décadas más tarde, denominó «despolarización».

Por otro lado, en lo que considero la paradoja política del populismo, me siento muy inspirado por dos de los autores más inteligentes que han escrito

sobre el populismo. La primera es Margaret Canovan, que lamentablemente falleció en 2018, pero que ha sido muy influyente para mí y para el campo en general, y es en muchos sentidos la verdadera decana intelectual de los estudios sobre populismo (Canovan, 1999). La segunda es Chantal Mouffe, que aunque hace una interpretación del populismo diferente a la mía, su análisis de la democracia liberal ha sido realmente acertado (Mouffe, 2000). Al margen, no pretendo que Canovan o Mouffe compartan o compartieran la misma paradoja política del populismo, pero yo mismo no habría podido advertirla sin la labor fundacional de estas dos excepcionales estudiosas.

La paradoja política del populismo es que es a la vez antipolítico y «über-político». Es antipolítico en el sentido de que niega la oposición legítima, dado que la política consiste en distribuir el poder y encontrar una especie de compromiso político o solución a diferentes posiciones. Tal como Jan Werner Müller (2016, p. 3) ha expresado de forma tan sucinta y elocuente: «ellos y solo ellos representan al pueblo». Para el populista no hay política porque (todo) el «pueblo» es uno y solo uno. No hay razón para la deliberación o el compromiso, porque si yo formo parte del «pueblo», entonces, lo que yo crea que es moralmente correcto, será aceptado por todos los demás miembros del «pueblo» que, lógicamente, pensarán que es bueno también ya que todos compartimos los mismos intereses y valores fundamentales. Al mismo tiempo, el populismo es «über-político» en el sentido de que considera que todo está sujeto a la voluntad del pueblo. Al fin y al cabo, la política debería ser una expresión de «la voluntad general del pueblo» y nada está por encima de ella. En la práctica, es la (re) politización de la política lo que está en el corazón de la reivindicación populista.

Como argumentaré más adelante, en esencia, el populismo contemporáneo es una respuesta democrática iliberal al liberalismo no democrático. Es una respuesta a la despolitización de la política, que ha caracterizado a la política (europea) durante al menos cuatro décadas. Mientras que la mayoría de los políticos de la corriente dominante han estado proclamando con vehemencia y perseverancia: «no podemos decidir eso o aquello» o «There Is No Alternative» (TINA), los populistas han respondido afirmando que todo es política. Si la mayoría quiere obtener algo, tiene derecho democrático a ello. Sin embargo, el populismo es iliberal democrático, porque, como se argumentó con anterioridad, rechaza fundamentalmente cualquier tipo de limitación al poder de la mayoría. En cierto sentido, es una forma de extremismo mayoritario. Antes de analizar las principales causas estructurales del actual «populist Zeitgeist», permítanme esbozar brevemente los antecedentes históricos del populismo en Europa.

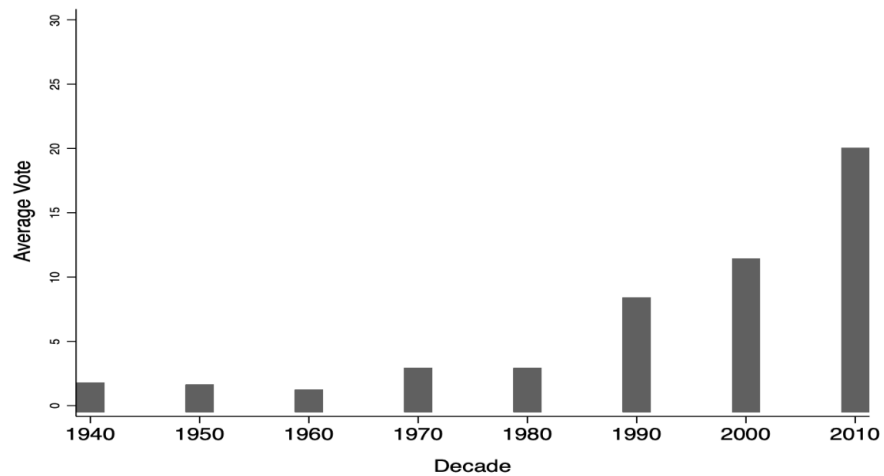
Una breve historia del populismo en Europa

El populismo surgió en Europa a mediados del siglo XIX con los *narodniki* en la Rusia zarista, un pequeño movimiento intelectual urbano que abandonó la ciudad por el campo para decir a los campesinos: «vosotros sois el verdadero pueblo, vosotros debéis tener el poder». Para su sorpresa, los campesinos respondieron diciendo: «No os creemos, sinceramente, y necesitamos trabajar para no morirnos de hambre». Así que los populistas decidieron matar al zar, lo que condujo a una represión brutal y a la (literal) de los *narodniki*, y esa fue más o menos la historia (Wortman, 1967). El movimiento *narodnik* tuvo cierta influencia en partes de Europa del Este a principios del siglo XX (Held, 1996), pero el populismo, en general permaneció, en gran parte latente dentro de Europa hasta que despertó en la década de 1980.

Se produjeron algunos episodios populistas de carácter local en el período temprano de la segunda posguerra, como el «poujadismo» en Francia, los partidos contrarios a las tasas impositivas en Dinamarca y Noruega, y el Movimiento Socialista Panhelénico (PASOK) en Grecia. Pero el populismo solo llegó a adquirir mayor relevancia dentro de Europa Occidental a finales de la década de 1980, y más concretamente a mediados de la década de la siguiente, con el auge de partidos políticos como, por ejemplo, el Frente Nacional (FN) en Francia (Betz, 1994). El FN (ahora Agrupación Nacional) fue en gran medida el prototipo de lo que he llamado el partido de la «derecha radical populista» (Mudde, 2007). Aunque en cierta medida olvidados, partidos como el FN y el FPÖ obtuvieron alrededor del 15 por ciento del voto nacional a mediados de la década de 1990. De hecho, el FPÖ no obtuvo su récord electoral en 2017, sino en 1999, cuando obtuvo el 26,7 por ciento de los votos nacionales.

La Gran Recesión de 2008 impulsó el populismo tanto de izquierda como de derecha, aunque no tanto como a menudo se supone. Esto dio un impulso particular a la izquierda, especialmente allí donde se produjeron estallidos y protestas sociales contra la austeridad que desembocaron, en algunos casos, en la creación de partidos políticos, como fue el caso de Podemos en España, o SYRIZA en Grecia, que pasó de ser un partido marginal a uno realmente importante. Si bien también benefició a algunos partidos populistas de derecha radical, el efecto general de la Gran Recesión sobre la derecha radical populista fue bastante marginal (Mudde, 2016). Aproximadamente la misma cantidad de partidos populistas de derecha radical experimentaron un aumento como una disminución en su apoyo electoral.

FIGURA 1. *Apoyo electoral medio de los partidos populistas europeos por década*



Fuente: Elaboración propia.

Como se ilustra en la figura 1, los partidos populistas fueron bastante marginales en Europa hasta la década de 1980 y solo comenzaron a incrementar su apoyo electoral en la década de 1990. Desde entonces han tenido una tendencia al alza con bastante rapidez en la década de 2010, alcanzando ahora una media de aproximadamente el 25 por ciento de la nota en las elecciones parlamentarias nacionales⁶. Si bien estos datos son significativos, sigue siendo solo una fracción de la «voluntad general», lo que hace que la enorme masa de literatura sobre el populismo en general, y los partidos populistas en particular, sea desproporcionada en el mejor de los casos, y excesiva en el peor.

Sin embargo, aunque el apoyo a los partidos populistas es ya casi general en toda Europa, su distribución continental sigue siendo muy heterogénea. La tabla 1 ofrece una visión general del apoyo electoral a los partidos populistas en las elecciones nacionales en todos los países de la UE (además del Reino Unido). La primera columna contiene el nombre del país; la segunda, el nombre del partido populista más exitoso del país; la tercera, el resultado de ese partido en las últimas elecciones nacionales (antes de 2021); la cuarta el apoyo total de todos los partidos populistas en ese país; la quinta el cambio en el apoyo populista total entre la última y las anteriores elecciones nacionales; y la última columna el cambio en el apoyo total entre las primeras elecciones nacionales posteriores a la crisis y las últimas elecciones nacionales previas a la crisis⁷.

⁶ La figura incluye las elecciones hasta 2017, pero el balance general de los partidos populistas no ha cambiado significativamente en los últimos años.

⁷ Si bien es difícil precisar el comienzo y el final exactos de la crisis económica de la Gran Recesión para cada país, de acuerdo con las evaluaciones de los economistas (Uhlig, 2010), he fechado la crisis desde principios de 2008 hasta mediados de 2009. Por lo tanto, la columna «Change Crisis» informa del porcentaje total de apoyo populista en la primera elección legislativa nacional desde 2010 menos el de las últimas elecciones antes de 2008.

TABLA 1. Resultados de los partidos populistas en los Estados miembros de la UE en 2019 Elecciones europeas y elecciones nacionales más recientes

País	El mayor partido populista	% NAT	% EP 2019	% Nat Total	% EP Total	% Cambio	% Cambio
Austria	Partido de la Libertad de Austria (FPÖ)	16.2	17.2	16.2	17.2	-11.0	+12.0
Bélgica	Interés flamenco (VB)	12.0	11.7	12.0	13.5	+6.4	-12.4
Bulgaria	Ciudadanos por el Desarrollo Europeo de Bulgaria (GERB)	9.1	31.1	13.3	37.0	+3.1	-14.7
Croacia*	Escudo humano (Zivi Zid)	7.4	5.7	7.8	15.6	+1.6	+2.7
Chipre	Alianza Ciudadana (SYM/SYPOL)	6.0	3.3	6.0	3.3	+6.0	+6.0
República Checa	Acción de Ciudadanos Insatisfechos (ANO)	10.6	21.2	12.2	30.3	+2.8	+11.2
Dinamarca	Partido Popular Danés (DF)	8.7	10.8	11.1	10.8	-10.0	+7.4
Estonia	Partido Popular Conservador de Estonia (EKRE)	17.8	12.7	17.8	12.7	9.7	+0.9
Finlandia	Partido Finlandés (PS)	17.5	13.8	18.5	14.1	-0.7	+15.0
Francia	Frente Nacional / Agrupación (FN / RN)	13.2	23.3	24.2	33.1	+3.7	+19.9
Alemania	Alternativa para Alemania (AfD)	12.6	11.0	21.8	16.5	+8.5	+12.5
Grecia	Coalición de la Izquierda Radical (Syriza) (SYRIZA)	31.5	23.8	38.7	31.8	-3.4	+33.3
Hungría	Coalición (FIDESZ - Magyar Polgári Szövetség + Kereszténydemokrata Néppárt) (FIDESZ + KDNP)	49.3	52.6	68.5	58.9	+3.5	+62.8
Irlanda	Sinn Fein (SF)	24.5	11,7	24.5	11.7	+10.7	+6.8
Italia	Movimiento Cinco Estrellas (M5S)	32.7	17.1	68.4	32.3	17.1	+23.0
Letonia	¿Quién es el dueño del Estado? (KPV LV)	14.3	0.9	14.3	0.9	+13.1	-0.3
Lituania	Partido Laborista (DP)	9.8	9.0	11.0	18.72	+5.4	-5.9
Luxemburgo	Partido Alternativo de la Reforma Democrática (ADR)	8.3	10.0	8.3	10.0	+1.7	-4.4
Malta	Movimiento de Patriotas Malteses (MPM)	0.4	--	0.4	--	+0.4	+0.4
Países Bajos	Foro para la Democracia (FvD)	13.1	11.0	24.0	17.9	+4.2	+17.2
Polonia	Ley y Justicia (PiS)	43,6	45.4	43,6	49.1	-2.8	+11.5
Portugal	¡Bastante! (CH)	1.3	--	1.3	--	+0.9	+0.3
Rumania	Partido de la Gran Rumania (PRM)	0.6	--	0.6	--	-3.3	-11.9
Eslovaquia	Dirección-Socialdemocracia (Smer-SD)	25.0	15.7	54.7	28.3	+17.8	-13.0
Eslovenia	Partido Democrático Esloveno (Coalición SDS + SLS) (SDS)	24.9	26.3	51.6	52.1	+49.4	-4.1
España	Coalition Unidas Podemos Cambiar Europa (Unidas Podemos + Izquierda Unida + Catalunya en Comú + Barcelona en Comú) (Podemos)	15.1	10.2	27.9	17.7	+6.7	+21.2
Suecia	Demócratas de Suecia (SD)	17.5	15.3	17.5	15.3	4.6	+10.0
Reino Unido	Partido de la Independencia del Reino Unido (UKIP)	1.1	3.2	1.1	3.8	-1.6	-0.2
UE (28)	Todos los partidos populistas						+7.5

*Croacia: Escudo Humano (Zivi Zid) obtuvo la mayor proporción de votos entre los partidos populistas en las elecciones europeas de 2019, mientras que las últimas elecciones legislativas nacionales fueron en 2017, en las que MOST obtuvo el mayor voto entre los partidos populistas.

Fuente: Elaboración propia.

Veamos en primer lugar los promedios y las tendencias. En promedio, el partido populista con mayor número de electores obtuvo el 17,4 por ciento de los votos, mientras que el voto total promedio para los partidos populistas fue del 25,5 por ciento. En otras palabras, en promedio, uno de cada cuatro europeos votó por un partido populista en las elecciones nacionales; hay que subrayar en este sentido que el apoyo promedio no fue mucho mayor en las elecciones europeas. Ahora bien, la tendencia es al alza. Los partidos populistas obtuvieron, de media, un 3,8 por ciento más de votos en las últimas elecciones nacionales que en las anteriores. Sin embargo, existen enormes diferencias dentro del solar europeo.

Así, por ejemplo, el partido populista más exitoso consiguió casi la mitad de los votos en las últimas elecciones nacionales (FIDESZ con 47,9 por ciento), aunque difícilmente fueron «libres y justas» (ODHIR, 2018), mientras que el más pequeño obtuvo menos del 1 por ciento (MPM con 0,4 por ciento). Del mismo modo, el voto populista total ha oscilado entre más de dos tercios (Hungría con el 71,2 por ciento) y menos del 1 por ciento (Malta con 0,4 por ciento). Los promedios son impulsados por un número relativamente pequeño de países, ya que solo un tercio de los países (9 de los 28) tienen un electorado populista total que está por encima del promedio del 25,5 por ciento. Más concretamente, en cuatro países, la (gran) mayoría de la población vota por un partido populista (Hungría, Italia, Eslovaquia y Eslovenia). Y únicamente en seis países el voto populista total sigue siendo de un solo dígito. En los últimos cinco años, el electorado populista aumentó en 20 de los 28 países más del 70 por ciento, pero solo en 10 lo hizo de forma significativa (es decir, en más del 5 por ciento)⁸.

Casi todas las teorías del populismo argumentan que los populistas prosperan durante las «crisis», reales o percibidas (Moffitt, 2016), a pesar de que el concepto de «crisis» sigue siendo uno de los menos claramente definidos y teorizados en la literatura de las ciencias políticas. Por lo tanto, no es de extrañar que la Gran Recesión se considerara, en general, un gran impulso para el populismo. Pero, como sucede a menudo, el panorama era mucho más complejo y matizado de lo que la opinión generaliza creía (Kriesi y Pappas, 2015). En promedio, los partidos populistas lograron un 4,7 por ciento del electorado durante la Gran Recesión, lo cual es significativo, pero no tan sorprendente. Solo en 8 países el conjunto del voto populista aumentó significativamente, es

⁸ Este aumento fue casi exclusivamente de la derecha, lo que probablemente sea una consecuencia de la llamada «crisis de los refugiados», que ha transformado de forma significativa la política europea. Véase al respecto Mudde (2019).

decir, en más del 10 por ciento. Curiosamente, el promedio en los 16 países de la zona euro (de aquel momento) fue solo un 0,1 por ciento más alto. Quizá, lo más sorprendente, es el hecho de que 3 de los 5 países que recibieron rescates de la UE no vieron ningún cambio en el voto populista. Esto no quiere decir, por supuesto, que la crisis económica no tenga entre otras consecuencias un apoyo del electorado a los partidos populistas, sino más bien que podría retrasarse hasta que llegara su momento, tal como argumentó Béla Greskovits (1998) una década antes de la Gran Recesión inspirándose en la experiencia latinoamericana de finales del siglo XX. Este auge populista retardado ha sido más llamativo en España (con Podemos primero y VOX después) y parece haber comenzado más recientemente también en Portugal (con Chega). Entonces, si las «crisis» son los catalizadores en lugar de las causas del auge del populismo, cabe preguntarse qué explica el aumento relativamente reciente del apoyo a los partidos populistas en Europa.

Las causas estructurales del «populist Zeitgeist»

El populismo se alimenta de las tensiones y contradicciones inherentes a la democracia liberal, sobre todo entre el gobierno de la mayoría y los derechos de las minorías (Abts y Rummens, 2007; Mouffe, 2000). Aunque se beneficia de las crisis económicas y políticas (reales o percibidas), como la Gran Recesión, su aumento relativamente reciente tiene causas más profundas y estructurales. Volviendo al núcleo de mi análisis, sostengo que el actual «populist Zeitgeist» es una consecuencia de una transformación subyacente que tiene (al menos) tres aspectos clave; primero, el surgimiento del liberalismo no democrático; segundo, un cambio en la relación entre los gobernantes y los gobernados; y tercero, la democratización de los medios de comunicación. Aunque teórica y empíricamente están separados, estos factores se hallan interconectados, fortaleciendo así su efecto colectivo.

El ascenso del liberalismo antidemocrático se debate bajo muchos términos diferentes, incluyendo «globalización neoliberal», «posdemocracia» y «tecnocracia» (Crouch, 2000; Mair, 2013; Radaelli, 2013). Si bien muchos de estos vocablos, así como la vasta masa de debates y publicaciones relacionada con ellos, se centran casi exclusivamente en la dimensión económica, sugiero que el proceso de liberalismo no democrático va mucho más allá de la economía neoliberal. Si bien es cierto que la despolitización tuvo un efecto particularmente fuerte en el sector económico, a través de la privatización de la esfera pública y la desregulación de los mercados financieros, muchos aspectos no económicos también fueron «liberalizados». El aborto y la pena de muerte son buenos ejemplos de temas controvertidos que se han legalizado en la ma-

yoría de los países europeos. En las últimas décadas, muchos problemas económicos y políticos se han convertido en cuestiones jurídicas, lo que significa que se han sacado de la arena política, especialmente de la electoral.

A nivel formal, este desplazamiento se produjo dentro de los términos democráticos, pero a menudo solo en su sentido más restringido. Aunque las personas que implementaron estas políticas fueron elegidas democráticamente, es decir, en elecciones libres y justas, muchas de estas decisiones se tomaron en gran medida sin un debate público. Como la mayoría de los partidos políticos no hicieron campaña sobre ellos, y a veces ni siquiera mencionaron las políticas en sus programas electorales, las decisiones se tomaron fuera del control popular. Esto hizo que la mayoría de la gente no tuviera voz real en la toma de decisiones, ya que, o bien el tema no figuraba en la agenda política, o la mayoría de los partidos (principales) tenían posiciones casi idénticas. No es de extrañar, por tanto, que el gran público ni siquiera sea consciente de algunas de estas decisiones.

Probablemente el mejor ejemplo de una política liberal apoyada por los principales partidos de la corriente dominante, pero mantenida al margen de la agenda política durante décadas, sea la inmigración. Aunque, como sabemos, la inmigración es anterior a la «era neoliberal», no se politizó en la mayoría de los países europeos hasta la década de 1990, con la irrupción electoral de los partidos populistas de derecha radical. Durante décadas, las políticas de inmigración, desde los «trabajadores invitados» a los «refugiados» de Europa del Este, pasando por la reagrupación familiar, se hicieron al margen del ámbito electoral. La mayoría de las políticas de inmigración eran democráticas en su proceso pero antidemocráticas en su espíritu. Iban en contra del espíritu de la democracia, es decir, allí donde la población debate las políticas y sólo entonces los políticos deben tomar decisiones al respecto.

El proceso de integración europea es otro buen ejemplo de liberalismo antidemocrático (Parsons & Weber, 2011). Durante décadas, las políticas europeas se elaboraron partiendo del supuesto de que existía un denominado «consenso permisivo» en el seno de las poblaciones europeas (Hooghe & Marks, 2009), que «legitimaba» las políticas favorables a la integración de las élites políticas (puede que lo hubiera, pero nunca lo sabremos con certeza, porque las encuestas de opinión pública sobre el tema siguieron siendo bastante marginales hasta la década de 1990). La idea es que los pueblos europeos no sabían mucho sobre el proceso de integración europea, pero en general apoyaban el contenido y la dirección del proceso. Dada la amplia gama de euroescepticismo que se ha hecho visible desde que la integración europea se ha politizado (a regañadientes), de nuevo principalmente por partidos populistas (de Vries,

2018; Taggart, 2004), es muy probable que algunas decisiones clave no hubieran contado con el apoyo mayoritario de la ciudadanía política europea.

A este respecto, el ejemplo reciente más llamativo es la decisión de la Unión Bancaria de transferir la responsabilidad de la política bancaria del ámbito nacional al europeo (una reacción ante las caóticas y controvertidas respuestas fiscales de la UE a la Gran Recesión) (Baglioni, 2016). Aunque esta decisión ha sido calificada como «uno de los avances más significativos en la integración europea desde el acuerdo sobre la Unión Económica y Monetaria del Tratado de Maastricht» (Howarth & Quaglia, 2014, p. 125), se debatió y decidió casi exclusivamente fuera del ámbito democrático, es decir, electoral. Además, algunas de las decisiones clave sobre los mecanismos específicos, como el Mecanismo Único de Supervisión (MUS) y el Mecanismo Único de Resolución (MUR), fueron aprobadas meses antes de las elecciones europeas de 2014. Así pues, aunque la decisión fue democrática desde una interpretación puramente procedimental, no lo fue desde una perspectiva más sustancial. Si las élites europeas hubieran querido realmente contar con un mandato popular para su decisión, deberían haber hecho de la Unión Bancaria una cuestión clave en la campaña electoral. ¿Qué mejor fuente de legitimidad democrática podría haber?

Incluso después de que el «Consenso de Integración» de la Unión Europea, la economía neoliberal y las sociedades multiétnicas fueran desafiados por los recién llegados partidos políticos, casi exclusivamente partidos populistas, la mayoría de los políticos *mainstream* respondieron con la política TINA. Desde el centro-izquierda hasta el centro-derecha, las decisiones fundamentalmente políticas fueron despolitizadas con el argumento esencialmente antipolítico de que «no hay alternativa». Por ejemplo, en la Conferencia Laborista de 2005, el Primer Ministro británico Tony Blair afirmó de forma simplista: «Oigo a la gente decir que tenemos que parar y debatir la globalización. También se podría debatir si el otoño debiera seguir al verano» (*The Guardian*, 27 de septiembre de 2005). Del mismo modo, ocho años después, y presionado para defender sus duras políticas de austeridad, su «sucesor» tory, David Cameron, dijo, literalmente: «No hay alternativa que asegure el futuro de nuestro país» (*Financial Times*, 7 de marzo de 2013).

En su póstuma obra maestra *Ruling the Void*, Peter Mair (2013) expuso elocuentemente este «vaciamiento de la democracia occidental», debido a la creciente preferencia de la «política responsable» sobre la «política receptiva» entre los principales gobiernos y partidos políticos. La «política receptiva» significa, en síntesis, que los gobiernos y los partidos hacen lo que quieren sus votantes. La «política responsable», por el contrario, significa que hacen lo

que creen que es «responsable», que en la era neoliberal se ha definido principalmente por la teoría económica neoclásica y los caprichos de los mercados internacionales. En muchos casos, la consecuencia directa de la «política responsable» no es otra que la despolitización. Las políticas se desplazan de la arena política (electoral) a través de la privatización, a través de comités e instituciones de «expertos» políticamente independientes (como la mayoría de los Bancos Centrales) o, simplemente, eliminando el debate político argumentando que «no hay alternativa» (Mouffe, 2000; Streeck, 2016).

Sin duda, relacionado con este proceso, ahora estamos viviendo en un periodo de nostalgia. Casi todos los grandes campos políticos evocan un periodo histórico precedente: la derecha radical populista de los años cincuenta, la izquierda «radical» (populista) de los sesenta, y el centro-izquierda y el centro-derecha de los ochenta y noventa⁹. Lo que a menudo olvidamos, sin embargo, es que durante la mayor parte del siglo XX, al menos en Europa, la política fue bastante elitista, o mejor dicho paternalista, con gran parte de los sectores elitarios (culturales, económicos y políticos) desconfiando de la gente corriente. Fue la desconfianza hacia «el pueblo» lo que explica por qué la democracia se introdujo tan gradual y lentamente en Europa Occidental (de Dijn, 2020). Incluso después de que se sancionara formalmente el sufragio universal, a principios del siglo XX, muchas élites vieron confirmados sus temores en la República de Weimar, ya que, según el sentido común heredado, «el pueblo» abolió la democracia al votar a los nazis para que llegaran al poder. No importaba que «solo» un tercio del pueblo hubiera votado a los nazis y que Adolf Hitler solo pudiera llegar al poder gracias a la colaboración de las élites conservadoras (Capoccia, 2015; Ziblatt, 2017). A medida que el elitismo se fue matizando hasta convertirse en paternalismo durante la segunda posguerra, las élites siguieron convencidas de que sabían mejor que el pueblo lo que era bueno para este, mientras que a la mayoría de la gente le parecía bien, al haber sido socializada en el mismo espíritu paternalista por asociaciones tradicionales tales como las iglesias, las escuelas y los sindicatos.

Esta situación ha llegado gradualmente a su fin como consecuencia de una «revolución silenciosa» (Inglehart, 1977). Es decir, a medida que las generaciones de posguerra crecieron cada vez más en condiciones de riqueza económica y seguridad física, desarrollaron prioridades «post-materialistas». Un aspecto menos mencionado de este desarrollo es lo que Ronald Inglehart ha

⁹ La importancia de la nostalgia para el populismo ha sido subrayada, a menudo solo casualmente, en los debates públicos, pero hasta el momento ha recibido una escasa atención académica. Un nuevo estudio pionero muestra la importancia de la nostalgia de diferentes formas de populismo en Turquía (Elçi, 2021).

llamado «movilización cognitiva», que significa que las nuevas generaciones se han educado mejor, pero también han desarrollado más eficacia o autoconciencia política. Como consecuencia, las generaciones post-materialistas son menos deferentes al poder y sienten que pueden tomar decisiones políticas tan bien, o incluso mejores, que las élites políticas.

Al mismo tiempo, hemos asistido al surgimiento de una «clase política» cada vez más cerrada y homogénea, formada por políticos profesionales (Aberbach *et al.*, 1981; von Beyme, 1996; Borchert y Zeiss, 2003). Si bien es importante reconocer que los políticos se han vuelto más pluralistas en algunos aspectos, sobre todo en términos de género, pero también, aunque en menor medida, de sexualidad y etnia (Dancygier, 2017; Kittilson, 2006), los políticos profesionales mantienen una tendencia homogénea en términos de clase y nivel educativo. Independientemente de la ideología del partido¹⁰, el «político de carrera» promedio hoy proviene de un entorno de clase media (alta), es un graduado universitario y procede de ocupaciones profesionales tales como el periodismo y el derecho (Norris, 1999). Este es incluso el caso de los partidos democristianos y socialdemócratas, que solían tener una representación mucho más amplia, sobre todo de agricultores y trabajadores, respectivamente. Actualmente, la mayoría de los trabajadores tienden a sentirse representados por los partidos comunistas y, de forma irónica, por los partidos populistas de derecha radical¹¹.

Estos procesos contradictorios han reconfigurado la relación más fundamental en una democracia, a saber, la que existe entre los gobernantes (élites) y los gobernados (masas/pueblo). Mientras que las masas se han democratizado mucho más, sintiendo por primera vez en sus vidas que son (o deberían ser) participantes iguales en el proceso democrático, las élites se han vuelto más homogéneas y segregadas, en términos de sus características sociodemográficas. Además, en la era neoliberal, las élites políticas han adquirido un acusado sentido «tecnocrático», creyendo que cada vez más aspectos de la vida deberían ser decididos por «expertos», especialmente expertos económicos (neoliberales) y dentro de los términos de la UE (Radaelli, 2013).

Por último, la política ha cambiado fundamentalmente debido a la democratización de los medios de comunicación. Durante gran parte del siglo XX,

10 Si bien la profesionalización y la homogeneización son tendencias en toda Europa, siguen existiendo importantes diferencias nacionales en el reclutamiento de élite. Véase al respecto Hartmann (2009).

11 Desafortunadamente, no hay mucha investigación comparativa sobre los parlamentarios de extrema derecha, y mucho menos sobre sus características sociodemográficas, por lo que aquí me baso principalmente en mis propias observaciones comparativas, así como en algunos estudios nacionales. Véase por ejemplo Wauters (2012).

los medios de comunicación europeos estuvieron controlados por el Estado o por importantes actores políticos como iglesias, partidos políticos y sindicatos. La radio y más tarde la televisión eran casi exclusivamente de propiedad y gestión públicas, y aunque el nivel de influencia política difería significativamente (no sólo entre la Europa del Este y del Oeste, sino también dentro del propio Occidente), el control final recaía en los partidos tradicionales. El auge de los medios de comunicación privados cambió no solo el panorama de los medios en sí, sino también su lógica (Mazzoleni, 2008).

La televisión privada surgió en gran parte de Europa en la década de 1980 y tuvo un efecto drástico en la percepción del mundo por parte del gran público (Michalis, 2013). Al mismo tiempo, muchos periódicos se privatizaron y perdieron el apoyo financiero de los principales actores políticos, lo que cambió su lógica mediática. Los medios de comunicación tradicionales ya no tenían que limitarse a informar de las noticias, dentro de los límites establecidos por sus patrocinadores y controladores, sino que también tenían que obtener beneficios económicos. A medida que los medios de comunicación tradicionales comenzaron a perseguir altas cuotas de audiencia («chase eyeballs»), adoptaron con más regularidad el contenido y el estilo de los medios privados, que coincide en gran medida con el de los populistas (de derecha radical) (Ellinas, 2010).

Por un lado, este proceso tuvo un efecto democratizador sobre los medios de comunicación en términos de control, ya que las antiguas élites, que podían decidir en gran medida los contenidos que se debían ofrecer y los que no eran adecuados para el público, perdieron gran parte de su poder de intervención (Bro y Wallberg, 2014). Por otro lado, creó nuevos guardianes de los medios, en su mayoría élites económicas, y dio lugar a una reducción diferente de los temas tratados. Al fin y al cabo, todos sabemos lo que vende: la vorágine de escándalos y controversia de cualquier tipo (Tumber, 1993). Y los populistas ofrecen eso en toneladas. Así, sin los controles tradicionales y con una nueva lógica mediática, los populistas se convirtieron en una insólita «vaca lechera» política para los medios privados, altamente competitivos y crónicamente infradotados. Esto permitió a los populistas expertos en medios de comunicación contribuir a establecer la agenda política, beneficiándose cada vez más de los procesos electorales (Mazzoleni *et al.*, 2003; Walgrave & De Swert, 2004; Wettstein *et al.*, 2018).

La creciente importancia de las redes sociales ha erosionado aún más las funciones del *statu quo* tradicional para establecer y mantener su agenda política. Es lo que he denominado el «efecto Justin Bieber», un cantautor canadiense que fue antes que nada una gran estrella en YouTube. Y, sin la menor

duda, todo lo que tiene éxito en las redes sociales, como Twitter y YouTube, va a encontrar su camino en los medios de comunicación tradicionales. El populismo tiene una «afinidad electiva» con los medios sociales, sobre todo por su enérgica y extendida «narrativa rebelde» (Gerbaudo, 2018), lo que podría explicar por qué muchos actores y argumentos populistas son desproporcionadamente visibles en los medios sociales (Alonso-Muñoz & Casero-Ripollés, 2018; Engesser *et al.*, 2017), a menudo pareciendo mucho más populares de lo que realmente son en el mundo real. Dado que los periodistas, que son desproporcionadamente activos en redes sociales como Twitter, se ven muy influidos en la elección y el encuadre de sus noticias por las cuentas que siguen en estos medios (Wihbey *et al.*, 2017), ayudan (tal vez ingenuamente) a amplificar los mensajes y la relevancia global de los populistas.

Aun así, es importante no exagerar la importancia de los medios y las redes sociales. Hasta ahora, la mayoría de las investigaciones muestran que las redes sociales intensifican las opiniones de los individuos en lugar de cambiarlas. Además, el uso habitual de las redes sociales sigue estando limitado a una pequeña parte de la población. Aunque la mayoría de los europeos están en Facebook, excepto en Alemania, existen importantes variaciones generacionales (Statista, 2018). Además, la participación en otras plataformas de medios sociales es mucho menor. Por ejemplo, en octubre de 2020, el país europeo con mayor población enganchada en Twitter era el Reino Unido, con 16,65 millones de usuarios, lo que supone una cuarta parte de su población. Pero en Alemania, 5,45 millones de personas estaban en Twitter, lo que supone sólo el 6,5 por ciento (Statista, 2021). Además, una investigación realizada en Estados Unidos muestra que «la mayoría de los usuarios tuitean raramente, pero solo el 10 por ciento más prolífico crea el 80 por ciento de los tuits de los usuarios adultos estadounidenses» (Wojcik & Hughes, 2019).

Por tanto, sin el amparo por parte de los medios de comunicación tradicionales, los efectos políticos de las redes sociales siguen siendo bastante limitados. Un buen ejemplo es la victoria de Donald Trump en las elecciones presidenciales estadounidenses de 2016, que a menudo se explica por su masiva presencia en Twitter. Pero las redes sociales no hicieron ganar las elecciones a Trump. En primer lugar, Trump tenía una presencia masiva en Twitter gracias a la fama que había acumulado previamente en los medios de comunicación tradicionales, sobre todo gracias a su show televisivo *The Apprentice*, que se emitía en una de las tres principales cadenas de Estados Unidos. Y fueron los medios tradicionales, desde la CNN hasta el *New York Times*, los que dieron una cobertura excesiva a Trump, cuyo valor se estima en casi 6.000 millones de dólares (Sultan, 2017). Aunque es indudable que su presencia en Twitter

contribuyó a aumentar su desproporcionada cobertura social, fueron los *gatekeepers* de los medios tradicionales los que decidieron concederle acceso y llevar su mensaje desde sus pocos millones de seguidores en Twitter a los cientos de millones de personas que consumen los medios tradicionales.

¿Qué podemos hacer?

La pregunta que abre este apartado es la que usualmente me hacen tras haber concluido una conferencia sobre populismo. Por desgracia, no sé si tengo la respuesta adecuada a esa cuestión. Pero, lo que considero que es muy relevante subrayar es que el populismo es ante todo un síntoma más que la causa de los problemas de nuestras sociedades actuales. Dicho de forma más cruda: es un síntoma del mal funcionamiento de la democracia liberal. Ahora bien, como podemos observar una vez que llega al poder, el populismo crea problemas masivos. El caso de Hungría lo confirma, pero incluso este país tiene problemas mucho mayores que Fidesz. No es que a Hungría le fuera extraordinariamente bien antes de que Viktor Orbán regresara al poder. Orbán ganó porque el Primer Ministro socialista Ferenc Gyurcsany fue grabado afirmando que habían mentido en todo con el fin de ganar las elecciones. Así que, claramente, la democracia húngara no iba especialmente bien.

Desde mi punto de vista, la verdadera cuestión no es cómo derrotar al populismo, sino cómo fortalecer la democracia liberal, que no es exactamente lo mismo. Si nos limitamos a derrotar al populismo, la democracia liberal seguirá teniendo problemas. Sin embargo, si se fortalece la democracia liberal, por definición el populismo también se debilitará. Pero, entonces, la pregunta clave aquí es cómo se puede fortalecer la democracia liberal. Examinemos primero dos respuestas muy comunes que hacen más daño que bien, a saber, el «antipopulismo» y la «tecnocracia» (que a veces aparecen combinadas).

Básicamente, el «antipopulismo» afirma que «nosotros», los liberales, somos los puros y, por el contrario, «ellos», los populistas, son los corruptos. El «antipopulismo», por tanto, es la imagen en el espejo del populismo, lo que significa que también es monista y moralista, y por ende, aborrece el compromiso político. El antipopulismo ha sido una respuesta popular contra gobiernos populistas como, por ejemplo, el de SYRIZA en Grecia (Stavrakakis *et al.*, 2018). Y se ha vuelto aún más generalizado dentro de la corriente política tras el doble golpe populista del Brexit y Trump en 2016. Quizá, el peor ejemplo de «antipopulismo» fue el infame discurso pronunciado por Hillary Clinton, en el que afirmó: «Sabes, para ser groseramente generalista, podrías poner a la mitad de los partidarios de Trump en lo que yo llamo la cesta de los deplorables. ¿Verdad?» (Reilly, 2016).

Otra respuesta al populismo es la «tecnocracia», es decir, el gobierno de los expertos («tecnócratas»). Como ya se ha dicho, los argumentos tecnocráticos han cobrado cada vez más fuerza en la era neoliberal, sobre todo en la UE (Mair, 2013). Aunque el populismo y la tecnocracia son diametralmente opuestos en algunos aspectos, sobre todo en la valoración del «pueblo», comparten ciertas posturas relevantes muy problemáticas para la democracia liberal. En esencia, ambos son antipolíticos y pretenden tener la (única) respuesta a todos los problemas de la sociedad. También comparten una crítica al «modelo de partido de la democracia representativa», que es, en esencia, fundacional para las democracias europeas (Caramani, 2017). Incluso si la tecnocracia pudiera derrotar al populismo, no salvaría a la democracia liberal, porque dado que es la tecnocracia (es decir, el liberalismo antidemocrático) la que ha creado el populismo, como argumenté anteriormente, ni siquiera sería capaz de derrotarlo.

Lo que necesitamos es más y no menos política. Aunque suene extraño, el populismo sólo puede ser derrotado repolitizando la política. No a través de un debate populista, sino a través de un debate democrático liberal. Como ha escrito, a mi juicio correctamente, Müller (2016): «hablar con populistas no es lo mismo que hablar como populistas». Esto no quiere decir necesariamente que debemos crear políticas completamente diferentes. Probablemente no tengamos que dar marcha atrás en la integración europea o incluso en la economía neoliberal, de la que personalmente no soy un fan, pero, tal vez sí lo sea una mayoría de la población. Lo que significa es que, cuando los políticos argumentan que deberíamos tener más y no menos integración europea, deberían explicar al gran público porqué creen que es así. Es decir, deberían señalar los problemas y las respectivas alternativas existentes; pero, sobre todo, deberían enfatizar y explicar con claridad a los electores los beneficios de su propia postura.

Por otro lado, se ha convertido en una especie de sentido común la idea de que no se puede derrotar a los populistas con la política convencional. Dentro del (centro) izquierda, se ha vuelto una postura habitual argumentar que el populismo de derecha solo puede ser derrotado por el populismo de izquierda (Mouffe, 2019). Esta es una posición notablemente derrotista, dado que los populistas, por el momento, solo atraen a una minoría de la población en la mayor parte de los países europeos. No creo que necesitemos populismo, sea de izquierda o de centro, para derrotar al populismo de derecha. Tampoco creo que no podamos ganar el debate político con sólidos argumentos democráticos liberales. El caso de Macron o de Merkel lo han demostrado elección tras elección. Y estoy convencido de que si los partidos políticos de la «perma-

nencia» hubieran basado su campaña en enfatizar los aspectos positivos de la pertenencia a la UE, en lugar de los (supuestos) peligros de abandonarla, el Reino Unido todavía formaría parte de la Unión Europea.

Paradójicamente, el «populist Zeitgeist» se está produciendo cuando la gente es abrumadoramente democrática y cada vez más liberal (Kriesi, 2020). De hecho, los europeos se comportan ahora como la teoría democrática siempre ha dicho que deberían comportarse los ciudadanos democráticos. Toman sus propias decisiones, en lugar de seguir al marido, al cura o al líder sindical. Los europeos también son mucho más liberales que nunca. Por supuesto que la islamofobia sigue siendo un problema de gran calado. Pero, admitámoslo, si hubiéramos hecho una encuesta sobre la islamofobia en los años cincuenta, los resultados habrían sido los mismos, o incluso peores. Sin embargo, si nos fijamos en las opiniones sobre la igualdad de género y la homosexualidad, los europeos contemporáneos son (mucho) más liberales que las generaciones precedentes (Wike *et al.*, 2019; Wilson, 2020). Así que, al menos en ese sentido, el populismo radical de derecha es en realidad una forma política del pasado más que del futuro.

El principal reto de la política europea contemporánea no es, por tanto, el populismo, sino el vacío ideológico en el seno de la corriente política dominante. Los partidos socialdemócratas han perdido el rumbo con la Tercera Vía que los redujo a una forma inferior del centro-derecha (Streeck, 2016). Pero los partidos de centro-derecha están experimentando un desarrollo similar en este momento, en el que tienen un éxito temporal sobre la base de la ideología de la derecha radical populista, mientras al mismo tiempo pierden lenta pero constantemente su base ideológica y sus apoyos (Bale & Rovira Kaltwasser, 2021). Ya es hora de que los demócratas liberales vuelvan a narrar una historia ideológica convincente. Esa nueva narrativa debería de ser, por supuesto, democristiana, socialdemócrata, verde, liberal, conservador, *inter alia*. Es decir, necesitamos muchas historias diferentes que reflejen y reconozcan el pluralismo de grupos y puntos de vista diferentes que están en la base real de nuestras sociedades. Los distintos relatos ideológicos deben hacer hincapié en las diferencias entre unos y otros, pero también deben reconocer explícitamente que las otras partes son oponentes, con puntos de vista diferentes, pero legítimos, y no enemigos (Mouffe, 2000). Y, sin la menor duda, también deberían insistir enérgicamente en que el compromiso es la esencia de la política democrática liberal.

Ha llegado el momento de terminar con el «populist Zeitgeist». Uno de los pasos más importantes para ello es dejar de utilizar el vocablo «pueblo» de forma homogénea y desechar la idea de que un partido o un político tiene la

exclusividad de representar al «pueblo» o de saber lo que es bueno y correcto para «el pueblo». Tenemos que reconocer que no hay nada que sea bueno para «todo» el pueblo, o al menos para todo el pueblo de la misma manera. Ni siquiera la protección del medio ambiente. Evidentemente, es necesario implementar políticas para que no perezcamos ante el calentamiento global, pero incluso estas políticas serán mucho más costosas o intrusivas para algunas personas que para otras, una lección que el presidente francés Emanuel Macron ha aprendido por las malas con las protestas populistas del *Mouvement des gilets jaunes*. Solo enfatizando y legitimando los diferentes grupos, intereses y valores que existen en todas las sociedades podremos revitalizar eficazmente la democracia liberal. Es hora de volver a un *Zeitgeist* pluralista.

Epílogo: Populismo y COVID-19

Los últimos años han estado dominados por las consecuencias de la pandemia de COVID-19, que también ha dado lugar a un frenesí de especulaciones sobre cuáles serían sus efectos sobre el populismo. Como era de prever, la mayoría de las especulaciones han estado fuertemente influidas por Trump, u otro contexto nacional específico, lo que llevó a generalizaciones regionales e incluso globales. Sin duda, como observaron varios autores la pandemia tendría efectos negativos visibles en la política populista. Así, por ejemplo, Hans-Georg Betz (2021) declaró al populismo «víctima del Coronavirus-19», mientras que Valerio Alfonso Bruno y James Downes (2021) argumentaron que «a los partidos populistas de derecha radical (PRR) se les ha arrebatado su razón de ser y han quedado impotentes políticamente frente a la pandemia». Por el contrario, Paolo Gerbaudo (2020) afirmó que a Europa le espera «algo mucho peor que la derecha populista de la década de 2010: una extrema derecha que utiliza todo el arsenal del miedo rojo y del autoritarismo de derechas para intimidar a sus oponentes y defender sus intereses de las demandas de una redistribución económica significativa». Varios estudios, sin embargo, han demostrado que la mayor parte de las ideas sobre el populismo y la pandemia estaban equivocadas. De hecho, no todos los populistas negaron o minimizaron la pandemia, los populistas en el gobierno no fueron en general ni más ni menos (in) competentes que los gobiernos no populistas, y el «populismo» no murió ni se fortaleció con la COVID-19 (Meyer, 2020; Wondreys & Mudde, 2021).

Esto no debería sorprender, ya que los actores populistas son muy diversos y abarcan un espectro político de izquierda a derecha radicales. Además, los partidos y políticos populistas se encuentran en posiciones políticas muy diferentes, es decir, gobiernos de un solo partido, parte de una coalición más am-

plia, y oposición parlamentaria o extraparlamentaria. Dicho esto, es cierto que cada vez más partidos y políticos populistas se volvían más escépticos ante las medidas preventivas que iban desde las mascarillas hasta confinamientos durante la segunda ola pandémica.

En sentido más teórico, como «ideología delgada», el populismo no tiene una posición sobre cuestiones de salud pública. Se ha argumentado que el populismo se opone intrínsecamente a los «expertos», pero eso es una simplificación. En la práctica, los populistas han propagado y utilizado regularmente a los expertos (Taggart, 2000). A lo que se oponen es a un «gobierno de expertos», que esté por encima de «la voluntad general del pueblo» (Müller, 2020). Como cuestión política, la pandemia puede situarse en el marco más general del populismo como respuesta democrática antiliberal al liberalismo antidemocrático. De hecho, muchos populistas europeos, en particular los de la oposición, se han presentado como la voz del «pueblo» contra las políticas de COVID-19: «corruptas», «incompetentes» y «antidemocráticas» impuestas por la élite política (Wondreys & Mudde, 2021).

Aun así, la pandemia no parece ser un acontecimiento que haya favorecido a los partidos populistas. Aunque estos tienden a ser los únicos partidos con cierta entidad que critican a los demás partidos, incluido por supuesto al gobierno y a la oposición, por ignorar al «pueblo» e impulsar políticas «antidemocráticas», la cuestión no es tan fácil de vincular a su mensaje central. Pero lo cierto es que a medida que las economías han sido duramente golpeadas, los populistas de izquierda han luchado por conseguir apoyo con el fin de subir los impuestos y aumentar la redistribución, incluso a pesar de que las políticas de austeridad sean menos populares hoy que durante la Gran Recesión. Y a los partidos populistas de derecha radical se les ha despojado de su relevante política nativista puesto que el cierre de fronteras que casi todos los países decidieron hacer desde el principio, se hizo con el apoyo de la mayoría de los partidos principales. En todo caso, esto demuestra, una vez más, que el populismo es secundario para la mayoría de los partidos populistas, y refuerza principalmente a la ideología anfitriona, ya sea el nativismo en la derecha o el socialismo en la izquierda.

REFERENCIAS

- Aberbach, J., Putnam, R. D., and Brockman, B. (1981). *Bureaucrats and Politicians in Western Democracies*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Abts, K., & Rummens, S. (2007). Populism Versus Democracy. *Political Studies*, 55(2), 405-422.
- Alonso-Muñoz, L., & Casero-Ripollés, A. (2018). Communication of European Populist Leaders on Twitter: Agenda Setting and the 'More is Less' Effect. *El Profesional de la Información*, 27(6), 1193-1202.
- Aslanidis, P. (2016). Is Populism an Ideology? A Refutation and a New Perspective. *Political Studies*, 64(1), 88-104.
- Baglioni, A. (2016). *The European Banking Union: A Critical Assessment*. London: Palgrave Macmillan.
- Betz, H.G. (2021). Coronavirus-19's Victims: Populism. En T. Bar-On, & B. Molas (eds.), *Radical Right-Wing Responses to COVID-19*. Stuttgart: Ibidem, forthcoming.
- Betz, H. G (1994). *Radical Right-Wing Populism in Western Europe*. Basingstoke: Macmillan.
- Borchert, J. & Zeiss, J. (2003). *The Political Class in Advanced Societies: A Comparative Handbook*. Oxford: Oxford University Press.
- Borriello, A. & Jäger, A. (2021). The Antinomies of Ernesto Laclau: A Reassessment. *Journal of Political Ideologies*, FirstView.
- Bro, P. & Wallberg, F. (2014). Gatekeeping in a Digital Era: Principles, Practices and Technological Platforms. *Journalism Practice*, 9(1), 92-105.
- Bruno, V. A. & Downes, J. F. (2021). COVID-19 and the (Temporary) Fall of the Populist Radical Right in European Politics? En T. Bar-On, & B. Molas (eds.), *Radical Right-Wing Responses to COVID-19*. Stuttgart: Ibidem, forthcoming.
- Canovan, M. (1999). Trust the People! Populism and the Two Faces of Populism. *Political Studies*, 47(1), 2-16.
- Canovan, M. (1981). *Populism*. London: Harcourt Brace Jovanovich.
- Capoccia, G. (2005). *Defending Democracy: Reactions to Extremism in Interwar Europe*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Crouch, C. (2000). *Post-Democracy*. Cambridge: Polity.
- Dancygier, D. (2017). *Dilemmas of Inclusion: Muslims in European Politics*. Princeton: Princeton University Press.
- De Dijn, A. (2020). *Freedom: An Unruly History*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- De Vries, C. (2018). *Euroscepticism and the Future of Europe*. Oxford: Oxford University Press.
- Diamond, L. (2003). Defining and Defending Democracy. En R. A. Dahl, I. Shapiro, &

- J. A. Cheibub (eds.) *The Democracy Sourcebook*. Cambridge, MA: MIT Press.
- Elçi, E. (2021) Politics of Nostalgia and Populism: Evidence from Turkey. *British Journal of Political Science*, forthcoming.
- Ellinas, A. A. (2010). *The Media and the Far Right in Western Europe: Playing the Nationalist Card*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Engesser, S., Ernst, N., Esser, F. & Büchel, F. (2017). Populism and Social Media: How Politicians Spread a Fragmented Message. *Information, Communication & Technology*, 20(8), 1109-1125.
- Freeden, M. (2017). After the Brexit Referendum: Revisiting Populism as an Ideology. *Journal of Political Ideologies*, 22(1), 1-11.
- Freeden, M. (1998). Is Nationalism a Distinct Ideology? *Journal of Political Ideology*, 46(4), 748-765.
- Garcia-Guadilla, M. P & Mallen, A. (2019). Polarization, Participatory Democracy, and Democratic Erosion in Venezuela's Twenty-First Century Socialism. *The ANNALS of the American Academy of Political and Social Science*, 681(1), 62-77.
- Gellner, E. & Ionescu, G. (ed.) (1970). *Populism: Its Meanings and National Characteristics*. London: Weidenfeld & Nicolson.
- Gerbaudo, P. (2018). Social Media and Populism: An Elective Affinity. *Media, Culture & Society*, 40(5), 745-753.
- Gerbaudo, P. (2020). Coronavirus Embarrassed Trump and Bolsonaro. But the Global Right Will Fight Back, *The Guardian*. Disponible en: www.theguardian.com/commentisfree/2020/apr/01/populist-right-coronavirus (consultado el 3 de febrero de 2020).
- Greskovits, B. (1998). *The Political Economy of Protest and Patience: Easy European and Latin American Transformations Compared*. Budapest: Central European University Press.
- Hawkins, K. A. & Rovira Kaltwasser, C. (2017). The Ideational Approach to Populism. *Latin American Research Review*, 52(4), 513-528.
- Held, J. (ed.) (1996). *Populism in Eastern Europe: Racism, Nationalism, and Society*. New York: East European Monographs.
- Hooghe, L. & Marks, G. (2009). A Postfunctionalist Theory of European Integration: From Permissive Consensus to Constraining Dissensus. *British Journal of Political Science*, 39(1), 1-23.
- Howarth, D. & Quaglia, L. (2016). The Steep Road to European Banking Union: Constructing the Single Resolution Mechanism, *Journal of Common Market Studies*, 52 (Annual Review), 125-140.
- Kittilson, M. C. (2006). *Challenging Parties, Changing Parliaments: Women and Elective Office in Contemporary Western Europe*. Columbus, OH: The Ohio State University Press.
- Kriesi, H. (2020). Is There a Crisis of Democracy in Europe? *Politische Vierteljahresschrift*, 61, 237-260.

- Kriesi, H. & Pappas, T. (eds.) (2015). *European Populism in the Shadow of the Great Recession*. Colchester: ECPR Press.
- Laclau, E. (1977). *Politics and Ideology in Marxist Theory: Capitalism, Fascism, Populism*. Atlantic Heights, NJ: Humanities Press.
- Laclau, E. (2005). *On Populist Reason*. London: Verso.
- Lijphart, A. (1977). *Democracy in Plural Societies: A Comparative Exploration*. New Haven, CT: Yale University Press.
- Lipset, S. M. (1959). Some Social Requisites of Democracy: Economic Development and Political Legitimacy. *American Political Science Review*, 53(1), 69-105.
- Lipset, S. M. (1960). *Political Man: The Social Bases of Politics*. New York: Anchor.
- Lipset, S. M. (1955). The Radical Right: A Problem for American Democracy. *British Journal of Sociology*, 6(2), 176-209.
- Maignuashca, B. (2019). Resisting the 'Populist Hype': A Feminist Critique of a Globalizing Concept. *Review of International Studies*, 45(5), 768-785.
- Mair, P. (2013). *Ruling the Void: The Hollowing of Western Democracy*. London: Verso.
- Mazzoleni, G. (2008). Media Logic. En W. Donsbach (ed.). *The International Encyclopedia of Communication*. John Wiley & Sons.
- Mazzoleni, G., Stewart, J., & Horsfield, B. (eds.) (2003). *The Media and Neo-Populism: A Contemporary Comparative Analysis*. Westport, CT: Praeger.
- Meyer, B. (2020). *Pandemic Populism: An Analysis of Populist Leaders' Responses to Covid-19*. London: Tony Blair Institute for Global Change.
- Michalis, M. (2013). Thirty Years of Private Television in Europe - Trends and Key Moments. En K. Donders, C. Pauwels & J. Loisen (eds). *Private Television in Western Europe*. London: Palgrave Macmillan.
- Moffitt, B. (2016). *The Global Rise of Populism: Performance, Political Style, and Representation*. Redwood City, CA: Stanford University Press.
- Moffitt, B. (2020). *Populism*. Cambridge: Polity.
- Mosca, L. & Tronconi, F. (2019). Beyond Left and Right: The Eclectic Populism of the Five Star Movement. *West European Politics*, 42(6), 1258-1283.
- Mouffe, C. (2019). *For a Left Populism*. London: Verso.
- Mouffe, C. (2000). *The Democratic Paradox*. London: Verso.
- Mudde, C. (2004). The Populist Zeitgeist, *Government and Opposition*, 39(4), 541-563.
- Mudde, C. (2016). *On Extremism and Democracy in Europe*. London: Routledge.
- Mudde, C. (2017). An Ideational Approach. En C. Rovira Kaltwasser, P. Taggart, P. Ochoa Espejo & P. Ostiguy (eds.). *The Oxford Handbook on Populism*. Oxford University Press.

- Mudde, C. (2019). The 2019 EU Elections: Moving the Center. *Journal of Democracy*, 30(4), 20-34.
- Mudde, C. (2021). Populism and Constitutionalism: Theory and Practice. En N. Holtug & E. Uslaner (eds.) *National Values and Social Cohesion*. Colchester, UK: ECPR Press, forthcoming.
- Mudde, C. & Rovira Kaltwasser, C. (2017). *Populism: A Very Short Introduction*. Oxford University Press.
- Müller, J. W. (2020). Why Do Rightwing Populist Leaders Oppose Experts. *The Guardian*. Disponible en: www.theguardian.com/commentisfree/2020/mar/26/right-wing-populist-leaders-oppose-experts-not-elites (consultado el 5 de febrero de 2021).
- Müller, J. W. (2016). *What Is Populism?* Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Norris, P. (1999). Recruitment in the European Parliament. En R. S. Katz & B. Wessels (eds.). *The European Parliament, the National Parliaments, and European Integration*. Oxford University Press.
- ODIHR (2018). *Hungary: Parliamentary Elections 8 April 2018*. Warsaw: OSCE ODIHR.
- Parsons, C., & Weber, T. (2011). Cross-Cutting Cleavages and Party Strategy in the European Union. *Comparative Political Studies*, 44(4), 383-411.
- Palonen, E. (2018). Performing the Nation: The Janus-Faced Populist Foundations of Illiberalism in Hungary. *Journal of Contemporary European Studies*, 26(3), 308-321.
- Radaelli, C. M. (2013). *Technocracy in the European Union*. London: Routledge.
- Reilly, K. (2016). Read Hillary Clinton's 'Basket of Deplorables' Remarks About Donald Trump Supporters. *Time*. Disponible en: <https://time.com/4486502/hillary-clinton-basket-of-deplorables-transcript> (consultado el 12 de diciembre de 2020).
- Rovira Kaltwasser, C., Taggart, P., Ochoa Espejo, P., & Ostiguy, P. (2017a). Populism: An Overview of the Concept and the State of the Art. En C. Rovira Kaltwasser, P. Taggart, P. Ochoa Espejo & P. Ostiguy (eds.) (2017). *The Oxford Handbook on Populism*. Oxford University Press.
- Rovira Kaltwasser, C., Taggart, P., Ochoa Espejo P. & Ostiguy, P. (eds.) (2017b). *The Oxford Handbook on Populism*. Oxford University Press.
- Schumpeter, J. (1956). *Capitalism, Socialism and Democracy*. New York: Harper and Row.
- Stavrakakis, Y., Katsambekis, G., Kioupkiolos, A., & Siomos, T. (2018). Populism, Anti-populism and Crisis. *Contemporary Political Theory*, 17(1), 4-27.
- Streeck, W. (2016). *How Will Capitalism End? Essays on a Failing System*. London: Verso.
- Sultan, N. M. (2017). Election 2016: Trump's Free Media Helped Keep Cost Down, But Fewer Donors Provided More of the Cash, *OpenSecrets*. Disponible en: <https://www.opensecrets.org/news/2017/04/election-2016-trump-fewer-donors-provided-more-of-the-cash>

- Taggart, P. (2000). *Populism*. Buckingham: Open University Press.
- Taggart, P. (2004). Populism and Representative Politics in Contemporary Europe. *Journal of Political Ideologies*, 9(3), 269-288.
- Tumber, H. (1993). 'Selling Scandal': Business and the Media. *Media, Culture & Society*, 15(3), 345-361.
- Uhlig, H. (2010). Euro Area Business Cycle Dating Committee: Determination of the 2009 Q2 trough in Economic Activity. Disponible en: <https://cepr.org/voxeu/columns/euro-area-business-cycle-dating-committee-determination-2009-q2-trough-economic> (consultado el 5 de febrero de 2021).
- Von Beyme, K. (1996). The Concept of Political Class: A New Dimension of Research on Elites? *West European Politics*, 19(1), 68-87.
- Walgrave, S. & De Swet, K. (2004). The Making of the (Issues of the) Vlaams Blok. *Political Communication*, 21(4), 479-500.
- Wettstein, M., Esser, F., Schulz, A., Wirz, D. S., & Wirth, W. (2018). News Media as Gatekeepers, Critics, and Initiators of Populist Communication: How Journalists in Ten Countries Deal with the Populist Challenge. *The International Journal of Press/Politics*, 23(4), 476-495.
- Wihbey, J. Coleman, T.D. Joseph, K. Lazer, D. (2017). Exploring the Ideological Nature of Journalists' Social Networks on Twitter and Associations with News Story Content, Proceedings of Data Science + Journalism @ KDD'17, Halifax, Nova Scotia, Canada.
- Wike, P., Poushter, J., Silver, L., Devlin, K., Fetteroff, J., Castillo, A., & Huang, C. (2019). Gender Equality. *Pew Research Center*. www.pewresearch.org/global/2019/10/14/gender-equality-2 (consultado el 6 de febrero de 2021).
- Wilson, K. (2020). Attitudes Toward LGBT People and Their Rights in Europe. *Oxford Research Encyclopedia of Politics*. Disponible en: oxfordre.com/politics/view/10.1093/acrefore/9780190228637.001.0001/acrefore-9780190228637-e-1335 (consultado el 6 de febrero de 2021).
- Wojcik, S. & Hughes, A. (2019). Sizing Up Twitter Users, *Pew Research Center*. Disponible en: www.pewresearch.org/internet/2019/04/24/sizing-up-twitter-users (consultado el 5 de febrero de 2021).
- Wondreys, J. & Mudde, C. (2021). Victims of the Pandemic? European Far-Right Parties and COVID-19. *Nationalities Papers*, forthcoming.
- Wortman, R. (1967). *The Crisis of Russian Populism*. London: Cambridge University Press.
- Ziblatt, D. (2017). *Conservative Parties and the Birth of Democracy*. New York: Cambridge University Press.

If Fascism Is Not Really On the March, Then Why the Constant 'Brown Scares'?

Tamir Bar-On

Academia Rabdan,

Abu Dabi, Emiratos Árabes Unidos

Abstract: Today «Brown Scares» are the order of the day in many countries in Europe and the Americas. Why is this the case in anti-fascist age when fascism is not really on the march? I want to advance the argument that there are few fascists remaining today in Euro-American societies, but that «Brown Scares» have been revived in various decades since the 1950s. These «Brown Scares» are used by the establishment to undermine political opponents and to engage in more authoritarian mechanisms against enemies of the current pro-liberal and pro-capitalist establishment.

Keywords: Fascism; Neo-fascism; Liberal Democracy; Extremism; «Brown Scares».

¿Una nueva Marcha del Fascismo sobre Occidente?

Resumen: El «pánico marrón» está a la orden del día en muchos países de Europa y América. ¿Por qué ocurre esto en la era antifascista, cuando el fascismo no está realmente en marcha? El argumento principal de este artículo es que actualmente quedan pocos fascistas en las sociedades euroamericanas, a pesar de ello, los «miedos pardos» se han reavivado en diversas épocas históricas desde la década de 1950. Estos «Brown Scares», sin embargo, son utilizados por el *establishment* para socavar a los oponentes políticos y para emprender mecanismos más autoritarios contra los enemigos del actual sistema pro-liberal y pro-capitalista.

Palabras clave: Fascismo; Neofascismo; Democracia Liberal; Extremismo; «Brown Scares».

DOI:<https://doi.org/10.6018/reg.576091>

<https://revistas.um.es/reg>

ISSN electrónico: 2697-0511

INTRODUCTION

In 2007, I penned a monograph about the French *nouvelle droite* (ND – New Right) entitled *Where Have All The Fascists Gone?* (Bar-On, 2007) in which I argued that in an anti-imperial and anti-fascist age (Brzezinski, 2007), fascism was largely defeated as an ideological force in 1945. Benito Mussolini, the former socialist, fascist trailblazer, and later fascist dictator of Italy, was unceremoniously voted out of power by his own Grand Council in 1943 and then arrested after leaving a meeting with King Vittorio Emanuele, who informed Mussolini that the war was being lost. Over twenty years of fascist rule ended and Mussolini was placed under house arrest. Two years later Nazi Germany, a fascist regime for many scholars (Payne, 1996; Griffin, 2018) with some exceptions because of its obsessive racialism (Sternhell, 1996), was definitively defeated by the Allies.

Yet, I also suggested that fascism might rise again in the post-war era as an ideology, movement or political party, but that it was less likely that fascism would be revived in its regime form. I also focused on the way fascist ideals might evolve through the ideological pull of civil society – a type of «right-wing Gramscianism» that sought to conquer hearts and minds as a prelude to creating a revolutionary post-liberal social order. Fascism might return, but perhaps with other names and other characteristics – free of totalitarianism, the cult of the leader, imperialism, or the penchant for violence (Bardèche, 1961).

All this begs the question: What exactly is fascism? Fascists saw themselves as creating unity between capital and labor and fascism is a revolutionary anti-liberal, anti-communist, and anti-conservative ideology, which combines illiberal ultra-nationalist and revisionist Marxist ideals, and it was born during the multiple crises of the inter-war years (Sternhell, 1996). Fascism thus combines ideals borrowed from both the right and left. That is, fascism unites «illiberal nationalism + non-Marxist socialism» (Bale and Bar-On, 2022, p. 292). It is a type of «socialism» on behalf of the nation, which is allegedly reborn after a period of decadence and decline. Or, put another way, fascism embodies an «anti-plutocratic capitalist stance combined with attempts to forge a harmonious, class collaborationist organic national community» (Bale and Bar-On, 2022, p. 292). Fascists are thus anti-capitalists (and anti-communists) and by extension «anti-materialists». They aim to create a unified national community, which is not torn asunder by the divisions of capitalist inequalities or communist confrontation between the bourgeoisie and proletariat. Fascist's view liberalism, the parliamentary system, and the egalitarian and rights-bearing legacies of the American and French revolutions as indi-

vidualistic and thus antithetical to serving and sacrificing on behalf of the primordial cause of the nation.

With the fall of the Berlin Wall in 1989, the American political scientist Francis Fukuyama (1989) insisted that we had reached the «the end of history» – an epoch marked by liberalism's victory against its two main ideological enemies of the 20th century, namely, fascism and socialism: «The triumph of the West, of the Western idea, is evident first of all in the total exhaustion of viable systematic alternatives to Western liberalism» (Fukuyama, 1989). When the Marxist-Leninist Soviet Union fell in 1991 and the European Union and the North Atlantic Treaty Organization (NATO) further expanded in 1999 and 2004 with the integration of former countries of the Warsaw Pact or Soviet Republics (e.g., Hungary, Poland, and Czech Republic, Bulgaria, Estonia, Latvia, Lithuania, Romania, Slovakia, and Slovenia), Fukuyama's thesis was further reinforced. Democratic regimes also proliferated in Latin America, Asia, and Africa. Liberal democracy would be the wave of the future.

While Fukuyama could acknowledge that religious fundamentalism and nationalism would challenge the notion of the «end of history», he suggested that the post-ideological era «will be a very sad time» (Fukuyama, 1989). It represented the end of the ideological ferocity of the Cold War, or the fierce ideological struggles between fascists and anti-fascists during the Spanish Civil War. The ideological epoch was marked by «the willingness to risk one's life a purely abstract goal, the worldwide ideological struggle that called forth daring, courage, imagination, and idealism» (Fukuyama, 1989). The post-ideological era would give way to the pragmatism of «economic calculation, the endless solving of technical problems, environmental concerns, and the satisfaction of sophisticated consumer demands.» (Fukuyama, 1989) With the disintegration of the former Yugoslavia between 1992 and 1995, the genocide in Rwanda in 1994, and later the rise of al-Qaeda in the 1990s and in particular with the unprecedented terrorist attack of 9-11 in 2001, the supposed «peace» of the «end of history» came to an abrupt halt. Fukuyama could declare that the «end of history» had re-started (Fukuyama, 2002). With the Brexit referendum in 2016 and the rise to power of US President Trump on a nationalist and populist ticket in 2017, as well as Russia's invasion of Ukraine in 2022, we could be tempted to support the view of leading realist thinker John Mearsheimer (2019), namely, that nationalism is the most potent ideology in the world.

Given the «end of history» thesis and the powerful pull of nationalism even in the age of homogenizing capitalist globalization in the 21st century, what are the prospects for the return of fascism?

The 1960s and 1970s saw the global explosion of a wave of «radical left» or «New Left» terrorism (Rapoport, 2022), whereas the «radical right» and fascists or neo-fascists remained marginal in terms of influence on civil society, electoral gains, or terrorist attacks. In reality, since the end of World War Two genuine fascist, neo-fascist and neo-Nazi groups have remained small, lacking in popularity, and largely stigmatized fringe groups on the social and political margins of every Western society. At no time between 1945 and the present have genuine fascists, Nazis, or radical right extremists ever managed to mobilize a mass base of support, seriously threaten Western democratic regimes, or more importantly, come to power themselves through subversive, violent, or electoral means. The only instances in which neo-fascist and other right-wing paramilitary groups exerted a minor influence on political affairs, or constituted a serious security threat to democracy, was in the context of the Cold War as they were recruited, trained, equipped, «covered,» financially supported, and/or secretly manipulated by elements of Western secret services (Bale, 2017). An example is the Italian «strategy of tension» from 1966 to 1980 and the participation of neo-fascist groups such as *Ordine Nuovo* (ON, New Order) and *Avanguardia Nazionale* (AN, National Vanguard). In addition, neo-fascist groups were used by Western and Latin American secret services during the Cold War, including the US government and the North Atlantic Treaty Organization (NATO), to help the latter wage a «dirty war» against communist and other mostly left-wing «subversives» (Bale, 2017).

In the postwar era, fascism perhaps had more legs outside of Europe or North America. The leading historian of fascism Stanley Payne (1996) could declare that Peronism in Argentina and Ba'athism in Iraq under Saddam Hussein, could perhaps qualify as fascist regimes in the post-war era. Payne has advanced this telling assessment of Saddam Hussein's regime: «There will probably never again be a reproduction of the Third Reich, but Saddam Hussein has come closer than any other dictator since 1945» (Payne, 1996, p. 517). Fascism was relegated to a minor force in post-war Euro-American societies. If this is the case, then why we are constantly told by political and cultural elites that «fascism is back»; that non-fascists from Trump to Hungarian Prime Minister Viktor Orbán are «fascists»; that the Republicans are semi-fascists (e.g., US President Joe Biden's claim in reference to «MAGA Republicans» in 2022); or that fascism is the greatest domestic threat in Euro-American societies today – a far greater threat compared to black nationalist, leftist, or Islamist (jihadist) terrorism? (Payne, 2022a)

«Brown Scares» were «campaigns against domestic fascists» (whether real or imagined) in the United States, including under President Franklin Delano Roosevelt, in the prewar and World War II eras (Ribuffo, 1983, p. 175). The «Brown»

is not a reference to one's skin colour. Rather it is a reference to the brown uniforms of the Nazi stormtroopers or paramilitary wing of the Nazi Party (SA, *Sturmabteilung*), which played a key role in Hitler's rise to power in Germany in the 1920s and 1930s. These «Brown Scares» led to harsh legislation and trials against real and alleged fascists, the incarceration of Japanese, Italian, and German Americans as «enemy aliens», censorship, and the systematic violation of civil liberties of ordinary Americans. Leo P. Ribuffo, the intellectual who created the term «Brown Scare», was alarmed about how the original «Brown Scares» in the 1940s represented excessive governmental overreach. He noted how «fear of the far right undermined the left's commitment to civil liberties» (Hartman, 2018). He also showed how «Brown Scares» laid the groundwork for the infamous «Red Scares» (related to fears of communism and socialism as a result of the Bolshevik Revolution in 1917 and later the creation of the Marxist-Leninist Soviet Union) of the 1950s. Yet, few academics were concerned with the trials against «domestic fascists» because they were supposedly on the right or «fascists» and thus deserved the state repression. Partisan academics and media figures merely sought to defend leftists from governmental restrictions, but little did they realize that the repression would turn against the left.

Today «Brown Scares» are the order of the day in many countries in Europe and the Americas. Why is this the case in anti-fascist age when fascism is not really on the march? I want to advance the argument that there are few fascists remaining today in Euro-American societies, but that «Brown Scares» have been revived in various decades since the 1950s. These «Brown Scares» are used by the establishment to undermine political opponents and to engage in more authoritarian mechanisms against enemies of the current pro-liberal and pro-capitalist establishment. In short, the supposed anti-fascists of a liberal and leftist persuasion claim to fight fascists, but in reality they accentuate the slide of liberal societies towards censorship and creeping authoritarianism. In short, alleged liberal democrats represent a key threat to democracy today and they use «Brown Scares» in order to weaken opposition to their rule.

The paper begins with examples of «Brown Scares» amongst political and cultural elites in various European and American societies. Second, the paper demonstrates how «Brown Scares» have been revived in various historical epochs since the 1950s. Third, the paper shows how «Brown Scares» have various functions, including cementing one, woke credentials and policing acceptable political boundaries and limiting political dissent. These «Brown Scares», like the infamous «Red Scares» of the 1950s, ultimately limit the scope of opposition to the system and also act as a disservice to historical memory and the liberal democratic system (Fine, 2007).

Contemporary «Brown Scares»

If we believe the existing political and cultural elites of Euro-American societies, we might come to the conclusion that: 1) Fascism is imminent; 2) Fascism is already here; 3) Fascism is on the rise; or 4) Fascist forces today pose a clear and present danger to democracy and thus we must use the lenses of the inter-war years (a period when fascists were able to come to power due to multiple crises) to think about contemporary politics. All these aforementioned claims are false. Few of the political commentators that hype the return of fascism bother to define fascism; do not clarify the distinctions between fascists on the revolutionary right, the radical right, the dissident right, and the conservative right (Bale and Bar-On, 2022, p. 280); fail to distinguish between fascists, neo-fascists, and Nazis; and include many non-fascist «right-wing» conservative and nationalist movements and regimes as «fascist» (Gregor, 2006). Enzo Traverso (2021) warned of the arbitrary use of the term «fascist» today. Emilio Gentile, an acclaimed fascist expert, noted those that are hunting the real or presumed «fascists» might pose the «real danger» to democracy because they are partisans that care little about the protection of democratic ideals (Gentile, 2019).

It is thus no accident, then, that numerous politicians, academics and press outlets have exaggerated the revival of fascism or mischaracterized non-fascist movements or regimes as «fascist». Various nationalist and populist politicians throughout Europe have been tarred with the brush of «fascism», including Boris Johnson, Nigel Farage, Marine Le Pen, Eric Zemmour, Geert Wilders, Viktor Orbán, and Matteo Salvini (Hussey, *New Statesman*, September 29, 2021). In France, the rise of the *Front National* (FN, National Front) and later *Rassemblement National* (RN – National Rally) under Jean-Marie Le Pen and later his daughter Marine Le Pen led to the use of labels such as «extreme right», «radical right», «neo-fascism» and «fascism» by press outlets or academics (Copsey, 2018). The French courts could declare that it was permissible to call Marine Le Pen a «fascist» in 2015 (Taylor, 2015) French leftist leader Jean-Luc Mélenchon has also called Marine Le Pen a «fascist». Here are a few more recent typical examples of «Brown Scares» from famous academics writing in the press:

1. Robert Reich, «The modern Republican party is hurtling towards fascism» (*The Guardian*, April 15, 2023). Robert Reich is a former US secretary of labor, as well as professor of public policy at the University of California, Berkeley. He notes that «Donald Trump is not singularly responsible for this dangerous trend,» which is leading the US towards «fascism», but argues that «he has legitimized and encouraged the ends-justify-the-means viciousness now pushing the GOP toward

becoming the American fascist party» (Reich, 2023). At the same time, Reich insists that only the Democratic Party is today committed to democracy. No evidence is provided for why the Democratic Party is a paragon of democracy and why the Republican Party is «hurtling towards fascism.» Fascism is never adequately defined.

2. Ruth Ben-Ghiat, «The Return of Fascism in Italy,» (*The Atlantic*, September 23, 2022). When in September 2022, Giorgia Meloni, the leader of the nationalist Brothers of Italy (*Fratelli d'Italia*), became Italy's Prime Minister, the New York University historian Ruth Ben-Ghiat spoke without a hint of irony about «the return of fascism in Italy». Similarly, Sean O'Grady (2019), writing in the *Independent*, wildly claimed that because of the anti-immigration politics of Italian Deputy Prime Minister Matteo Salvini, «Italy is becoming a fascist state.» It should be obvious that anti-immigration measures are a far cry from fascism. Also, while the bulk of Meloni's party came from the «post-fascist» National Alliance (*Alleanza Nazionale*, AN), it was the successor of the Italian Social Movement (*Movimento Sociale Italiani*, MSI), a neo-fascist party founded in 1946 by former followers of Benito Mussolini. At a party congress in Fiuggi in 1995 the MSI moderated its policies and distanced itself from neo-fascism and became the «post-fascist» AN. Some academics classify the party as neo-fascist (Mammone, 2015), but most see it as a social conservative, nationalist, populist, and anti-immigrant party (Pirro, 2022).
3. The Holocaust historian Deborah Lipstadt insisted that it was «fair» to compare Nazi propagandist Goebbels with President Trump (Milevsky, *National Post*, October 12, 2020). Little evidence was provided for such histrionic claims, although it is clear that Lipstadt is not a Trump supporter. In comparing Trump with Goebbels, Lipstadt thus made the mistake of focusing on Trump's supposed dishonesty rather than centuries of hatred or the Nazi drive for totalitarianism. Today Lipstadt is the US's Special Envoy to Monitor and Combat Antisemitism.
4. The historian of fascism Robert Paxton noted after the Alternative Right's United the Right rally in Charlottesville, Virginia in 2017: «Trump gets closer to having his own SA [the Nazi paramilitary stormtroopers].» (*Vox*, Matthews, October 23, 2020) While we could criticize Trump's clumsy response to the death of a counter-protestor at the rally, Trump condemned violence, white supremacy, white nationalism, and the alt-right. He was not a supporter of the use of violence to overthrow the parliamentary system. He rejected fascism and Nazism. He also reject-

ed imperialism and valorized peace, as shown by his decision to pull US troops out of Afghanistan and his ability to negotiate the Abraham Accords between Israel and numerous Arab states.

Various academics have also written important books or held conferences in which they have in effect participated in «Brown Scares»:

1. The former secretary of state under Bill Clinton, Madeleine Albright, said she was writing a book about fascism (*Fascism: A Warning*) because Donald Trump came to power and stated, «today the herd is moving in a Fascist direction.» (Albright and Woodward, 2018, p. 246) In an epoch wedded to more than 100 liberal democracies, the rise of the supranational European Union, and an anti-fascist consensus in Euro-American societies, such claims baffle the mind.
2. Federico Finchelstein (2020), the author of *A Brief History of Fascist Lies*, like Lipstadt, could compare Trump with the upper elites of the Nazi leadership: «Goebbels and Hitler would have been proud of Donald Trump» (Tharoor, *Washington Post*, June 3, 2020). Finchelstein tried to unsuccessfully show that there is a fine line between populism and fascism.
3. An «American Fascism» conference was held by the Society of Cultural Anthropology (April 15, 2021) after the Capitol riots, or the events of January 6, 2021, to label former US president Trump and his followers «fascists» (Nelson, Paxson, and Weiss, 2021). The vast majority of the Americans that participated in the Capitol riots did not belong to «fascist» organizations. Moreover, Western chauvinists, white supremacists, and white nationalists, as well as ordinary Republicans and Trump supporters, are often lumped together in the «fascist» category.

Finally, diverse politicians have participated in «Brown Scares»: Canadian Liberal Prime Minister Justin Trudeau invoked emergency legislation against those challenging COVID mandates and called them «fascists». The Russian President Vladimir Putin, as well as other Russian officials, claimed that Ukrainians were «fascists» during Russia's invasion of Ukraine in 2022 (BBC, 2023). Here I should note that the Azov Battalion comprises actual neo-Nazis, but the Ukrainian President is Jewish and the radical right performed poorly in Ukrainian elections in 2019. As mentioned earlier, US President Joe Biden called «MAGA Republicans» «semi-fascists» after the Capitol riots (Di Caro, 2022). Finally, Brazilian President Lula da Silva called supporters of Jair Bolsonaro «fascists» due to riots after the 2023 presidential elections (De la Cuadra, 2021).

Even centrist, wholly mainstream Republicans like George W. Bush and Canadian conservative politicians like the anti-immigration People's Party of Canada Maxime Bernier were labeled by some as «fascists» and Canadian Prime Minister Pierre Trudeau disingenuously stated the following in relation to the main opposition party: «Conservative Party members can stand with people who wave swastikas; they can stand with people who wave the Confederate flag» (Tasker, 2022).

There is a long history of abuse of the «fascist» label. Opponents of US President Obama falsely called him a «fascist», in the same way that opponents of Trump denounce him as a «fascist» today. Back in the 1920s and 1930s, Communists labelled their Social Democratic opponents «fascists». Or, conservative pundits like Tucker Carlson call Establishment figures «fascists». Given such a state of affairs, fascism is becoming increasingly an epithet rather than a rigorous conceptual category. Or, the «fascist» label is a way to silence your political opponents; advance one's anti-fascist and anti-racist woke credentials; and allow liberal and left-wing activists and intellectuals to build a supposed anti-fascist consensus in an age when fascists have little substantive power (Shellenberger and Boghossian, 2021).

«Brown Scares» Are Not New

The creation of fictitious «Brown Scares» has been a tactic by the establishment since fascism was defeated in 1945. Numerous campaigns have been waged against real and presumed fascists, both in North America and Europe.

We might trace several «Brown Scare» campaigns in different historical epochs (Churchill, 2009; Ribuffo, 1983). These include the following:

1. The original «Brown Scare» during World War Two in the 1940s, which played off fears of a «fascist fifth column» amongst German-Americans, Japanese-Americans, anti-interventionists, anti-Semitic pro-Christian rightists, and assorted radical right and fascist sympathisers (Lavine, 1940). Harold Lavine, the author of *Fifth Column in America*, was affiliated with Columbia University's Institute for Propaganda Analysis and his mission was to «hunt» fascists throughout the United States.
2. The second «Brown Scare» represented post-war campaigns against «white supremacists» with support from left-wing activists, influential anti-racist and Jewish organizations such as the American Jewish Committee (AJC) and Anti-Defamation League (ADL), the Democrat Party, the mainstream media, and even influential think-tanks.

3. Another «Brown Scare» was linked to exaggerated fears of a «Fascist International» during the Cold War, particularly in the 1960s and 1970s. Here real neo-fascists played a more significant role in countries as diverse as Italy, France, Chile, and Argentina in the context of the anti-communist fervour of the Cold War (Bale, 2017; McSherry, 2005; Ganser, 2005).
4. A later «Brown scare» was connected to the hyping of neo-Nazis, fascist, Christian Identity, and militia groups in the 1980s and 1990s. It is important to note that some of these groups could commit mass casualty terrorist attacks, but they had virtually no support within the state. The US government raid on the Branch Davidian cult in Waco, Texas in 1993 led to 86 deaths, but here federal authorities were as much to blame as the cult. The radical right terrorist attack committed by Timothy McVeigh against a federal government building in Oklahoma City cited government overreach in Waco as a reason for his terrorist attack, which killed a whopping 168 people and ultimately led to the death penalty for McVeigh.
5. More recent «Brown Scares» have been linked to the exaggerated threats posed by populist and nationalist movements and political parties. The Brexit referendum and the election of Donald Trump Jr. as US President in 2016 led British and US academics and press outlets to confuse populist and nationalist forces with fascists. They used these «Brown Scares» to discredit opponents of the European Union and President Trump by branding them «racists» or «fascists».
6. A very recent «Brown Scare» saw President Biden's allegations of «semi-fascism» against MAGA supporters during the Capitol riots in 2021. Such an allegation effectively linked all Trump supporters and the Republican Party to «fascism», but Biden made no effort to define fascism or unpack what constitutes «semi-fascism».

The Various Purposes of «Brown Scares»

Give that «Brown Scares» have been a recurrent feature of political life in Euro-American societies, it is clear that these «Brown Scares» play various political, social, and psychological functions:

1. «Brown Scares» fulfill the needs of political life, which creates the distinction between friends and enemies (Schmitt, 2007). Anti-fascism has united Eastern and Western Europe, as well as North America after the end of World War Two and the defeat of Fascist Italy and Nazi Germa-

ny. The rise of the latest wave of anti-fascism has coincided with the fall of the Communist Soviet Union. All regimes define themselves against what they are not and this helps to cement social identities against perceived enemies. Anti-fascists (which are generally on the liberal-left) today define themselves against fascists (which are generally labelled on the right), whereas in the Cold War era the friend-enemy division was between capitalists and communists and liberals and socialists. The reality is that the fascist-anti-fascist division has less relevance in the political climate of contemporary Euro-American societies, but for some liberals and many on the radical left in the press, academia or activist circles, the struggle against fascists is as vital as the inter-war years when fascism saw its rise and apogee.

2. They serve the interests of the establishment, or people in power (Gottfried, 2021). They are politically advantageous to contemporary pro-globalization elites since they can demonize all resistance to globalization, capitalism, multiculturalism, immigration, or the European Union, no matter how legitimate. «Brown Scares» use the ideological and repressive capacities of the state to demonize an opponent (Payne, 2022b; Gottfried, 2021, pp. 1-2). These elites include political and cultural elites, as well as heads of large corporations that have used electronic media to «de-platform dissenting voices on the Right» (Gottfried, 2021, p. 27).
3. «Brown Scares» indiscriminately attack extremists and non-extremists alike (Bale and Bar-On, 2022). They thus undermine the civil liberties of all citizens. They fail to make a crucial distinction between extremism of thought and extremism of means. That is, when «Brown Scares» are unleashed the state is harsh and repressive towards violent and non-violent individuals, movements, and political parties, whereas in reality for security purposes it should merely target the former. These «Brown Scares» are akin to witch-hunts, which attack alleged «fascists» amongst dissident intellectuals and sympathisers or supporters, with equal ferocity to potential or actual «fascist» or neo-fascist terrorists.
4. «Brown Scares» are partisan and ideologically-driven and gain public sympathy because those targeted are supposedly the embodiment of absolute evil: «fascists», «neo-fascists», «Nazis» or «white supremacists» (Wievorka, 2019). Contemporary anti-fascists such as Antifa fail to the traditional Marxist suspicion of the state as an instrument of the ruling class and thus saw few problems «with using the power of the democratic state to suppress allegedly fascist ideas» (Gottfried, 2021, p. 27).

5. «Brown Scares» are ultimately like smoke and mirrors. In short, these campaigns divert attention away from more serious issues and problems in society. Anti-fascism is embraced today because it signals to others that anyone (fascist or not) who questions democracy and equality is «beyond the parameters of polite discussion» (Gottfried, 2021, p. 150). It ignores the reality that one can question democracy without necessarily embracing fascism.
6. «Brown Scares» hide the dangers of numerous extremist threats, whether fascist, left-wing, anarchist, black nationalist, ecological, and Islamist (jihadist) threats. If threats to the system mostly emanate from the radical right, then why bother investigating and later going after other political actors? Or, if one is an ideological partisan, even more problematic is the potential toleration of violence on the left and the exaggeration of violent threats from the right. Some critics have suggested that the Democratic Party disproportionately targeted alleged «fascists» and failed to prosecute left-wing activists during the Black Lives Matter protests in 2020 that ransacked various US cities (Dinan, 2020).
7. As shown earlier, these «Brown Scares» have been a recurrent feature of Euro-American societies and they can be revived in opportunistic moments by political elites. «Brown Scares» have been a constant feature of Western societies before and after World War Two. They are ultimately «awesome mechanisms of social control» (Chermak, 2022, p. 10). Those in power require extremists in order to police acceptable boundaries of political debate; potentially demonstrate how far one can challenge existing institutions; and reaffirm and stabilize core beliefs of a society. Ordinary people and elites that challenge the status quo are made to pay if they do not obey the dominant anti-fascist «faith» and its «commandments».

Conclusion

It is extremely important to underscore that this paper does not suggest that the radical right has never posed a threat in Euro-American societies in the post-World War Two period. In the Cold War period, especially in the period from 1966 to 1980, the radical right caused numerous mass casualty terrorist violence since neo-fascist groups were infiltrated, «covered», and used by factions within several Western and Latin American secret service to help the latter wage a «dirty war» against communists and other «subversives». Radical right movements and groups committed numerous terrorist attacks in Italy in the period, including the infamous Bologna bombing in 1980 when 85 people

died. In more recent years, radical right terrorist attacks in Quebec City, Oslo, Christchurch, El Paso, Pittsburgh, or Buffalo (e.g., individuals such as Timothy McVeigh, Anders Behring Breivik, Brenton Tarrant and Patrick Crusius), as well as the Atomwaffen Division (National Social Order since July 2020), highlight real dangers for individuals, societies, and states. These individuals and movements are capable of mass casualty terrorist attacks, and they should be placed under surveillance, arrested, and aggressively prosecuted for stockpiling weapons or planning terrorist attacks.

Yet, such attacks are often a sign of marginalization and political desperation today. In short, witch-hunts and «Brown Scares» should be avoided against those with extremist views that are law-abiding, but even democratic political leaders from Trudeau to Biden have not been able to make that distinction and targeted both legitimate (non-violent) and illegitimate (violent) protestors on the right and tarred them all with the «fascist» brush. Authoritarian leaders like Putin have no qualms about fictitious «Brown Scares» in order to cement their rule. Ukraine today is light years from the collaborationist epoch of Bandera.

This paper sought to ask the following question: Why do we have «Brown Scares» in an age when real fascists have little power? It is important to note a little known historical moment that showed how the original «Brown Scares» in the pre-war and World War Two periods prepared the groundwork for «Red Scares» in the 1950s. The US government was already monitoring alleged «fascists» in 1935, well before the war began in. The paper showed how cultural and political (and even corporate) elites have participated in «Brown Scares» in North America Europe, and Latin America. Moreover, the paper showed how «Brown Scares» have various functions, including the creation of a «secular religion» that uses anti-fascism as the reigning ideology in order to police political boundaries and limit political dissent.

The exaggeration of the fascist threat today occurs precisely because fascism is a dying and largely marginalized force in most Euro-American societies. «Brown Scares» are like new «crusades» with all the hallmarks of a «woke religion» used to de-legitimize and discredit opposition to contemporary pro-globalist, pro-capitalist, and pro-multicultural elites. The historical tragedy is that liberals, leftists, and even conservatives once denounced abuses of civil liberties by the state and now largely act as cheerleaders of arbitrary use of power, the politicization of state intelligence agencies, and «cancelling», repressing, and abusing their allegedly fascist and neo-fascist political opponents. Given the vicissitudes of history, it will not be long before the political repression is turned against liberals and leftists. This is precisely what oc-

curred with the infamous «Red Scares» after the Bolshevik Revolution and in the context of the Cold War. The original Brown Scare became the basis for the second «Red Scare». Numerous «Brown Scares» have taken place since World War Two. Such «Brown Scares» find few fascists because they are in short supply in an anti-fascist age. Ultimately these «Brown Scares» reveal more about those doing the witch-hunting (i.e., liberals, radicals leftists, anti-fascist activists, etc.) than the alleged «fascists».

REFERENCES

- Albright, Madeleine (with Bill Woodward) (2018). *Fascism: A Warning*. New York: HarperCollins.
- Bale, Jeffrey M. (2017). *The Darkest Side of Politics, I: PostWar Fascism, Covert Operations and Terrorism*. New York: Routledge, 2017.
- Bale, Jeffrey M. and Bar-On, Tamir (2022). *Fighting the Last War: Confusion, Partisanship and Alarmism in the Literature on the Radical Right*. Lanham, Maryland: Rowman and Littlefield.
- Bardèche, Maurice (1961). *Qu'est-ce que le fascisme?* Paris: Les Sept Couleurs.
- Bar-On, Tamir (2007). *Where Have All The Fascists Gone?* Aldershot: Ashgate.
- BBC (2023). Hardtalk: Sergey Karagonov, February 2. Disponible en: <https://www.bbc.co.uk/iplayer/episode/m001htfm/hardtack-sergey-karaganov-chair-russias-council-for-foreign-and-defence-policy>
- Ben-Ghiat, Ruth (2022). The Return of Fascism in Italy. *The Atlantic*, September 23. Disponible en: <https://www.theatlantic.com/international/archive/2022/09/gior-gia-meloni-italy-election-fascism-mussolini/671515/>
- Boghossian, Peter and Shellenberger, Michael (2021). Woke Religion: A Taxonomy. November 11, 2021. <https://boghossian.substack.com/p/woke-religion-a-taxonomy>
- Brzezinski, Zbigniew (2007). *Second Chance: Three Presidents and the Crisis of American Superpower*. New York: Basic Books.
- Chermak, Steven M. (2022). *Searching for a Demon: The Media Construction of the Militia Movement*. Boston: Northeastern University.
- Churchill, Robert H. (2009). *To Shake Their Guns in the Tyrant's Face: Libertarian Political Violence and the Origins of the Militia Movement*. Ann Arbor, MI: University of Michigan.
- Copsey, Nigel (2018). The Radical Right and Fascism. In Jens Rydgren (ed.), *the Oxford Handbook of the Radical Right*, 105-121. New York: Oxford University Press.
- De la Cuadra, Fernando (2021). Bolsonaro y Kast: dos perfiles de una ultraderecha vernácula. *Noticias Ser.Pe*, October 20. <https://www.noticiasser.pe/bolsonaro-y-kast-dos-perfiles-de-una-ultraderecha-vernacula>
- Di Caro, Martin (2022). History As It Happens: Semi-fascism? *History As It Happens*, September 14. Disponible en: <https://www.washingtontimes.com/news/2022/sep/14/history-it-happens-semi-fascism/>
- Dinan, Stephen (2020). Revolutionary Communist Leader Backs Biden. *Washington Times*, August 3.
- Finchelstein, Federico. (2020). *A Brief History of Fascist Lies*. Oakland: University of California Press.
- Fine, Gary Alan (2007). The Construction of Historical Equivalence: Weighing the

- Red and Brown Scares. *Symbolic Interaction* 30 (1), 27-39.
- Fukuyama, Francis (2002). Has History Started Again? *Policy* 18 (2), 3-7.
- Fukuyama, Francis (1989). The End of History? *The National Interest* 16 (Summer), 3-18.
- Ganser, Daniel (2005). *NATO's Secret Armies: Operation Gladio and Terrorism in Western Europe*. London: Frank Cass.
- Gentile, Emilio (2019). *¿Quién es fascista?*, Madrid: Alianza Ed.
- Gottfried, Paul (2021). *Antifascism: The Course of a Crusade*. Ithaca: Cornell University Press.
- Gregor, A. James (2006). *The Search for Neofascism: The Use and Abuse of Social Science*. New York: Cambridge University Press.
- Griffin, Roger (2018). *Fascism*. Cambridge, UK: Polity.
- Hartman, Andrew (2018). Retrospective Roundtable on Leo Ribuffo's Old Christian Right: Introduction. *Society for U.S. Intellectual History*, December. <https://s-usih.org/2018/12/retrospective-roundtable-on-leo-ribuffos-old-christian-right-introduction/>
- Hussey, Andrew (2021). Éric Zemmour: the «TV-friendly fascist» who thinks he can be France's next president. *The New Statesman*, September 29. Disponible en: <https://www.newstatesman.com/international-politics/french-election-2022/2021/09/eric-zemmour-the-tv-friendly-fascist-who-thinks-he-can-be-frances-next-president>
- Lavine, Harold (1940). *Fifth Column in America*. New York: Doubleday.
- Mammone, Andrea (2015). *Transnational Neofascism in France and Italy*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Matthews, Dylan (2020). Is Trump a fascist? 8 experts weigh in. *Vox*, October 23. Disponible en: <https://www.vox.com/policy-and-politics/21521958/what-is-fascism-signs-donald-trump>
- McSherry, J. Patrice (2005). *Predatory States: Operation Condor and Covert War in Latin America*. Lanham, MD: Rowman and Littlefield.
- Mearsheimer, John (2019). Bound to Fail: The Rise and Fall of the Liberal International Order. *International Security* 43 (4) (Spring 2019), 7-50.
- Milevsky, Jonathan (2020). The terrible price of comparing Trump to Nazis. *National Post*, October 12. Disponible en: <https://nationalpost.com/opinion/jonathan-milevsky-the-terrible-price-of-comparing-trump-to-nazis>
- Nelson, Cristopher, Paxson, Heather and Weiss, Brad (2021). Editors' Forum: American Fascism. *Society for Cultural Anthropology*, April 15. Disponible en: <https://culanth.org/fieldsights/series/american-fascism>
- O'Grady, Sean (2018). Before our eyes, Italy is becoming a fascist state. *The Independent*, October 16.

- Payne, Stanley G. (2022a). The F-Word. *First Things* (December).
- Payne, Stanley G. (2022b). Antifascists After Fascism. *First Things* 319 (January). Disponible en: <https://www.firstthings.com/article/2022/01/antifascists-after-fascism>
- Payne, Stanley G. (1996). *A History of Fascism, 1914–1945*. Madison: University of Wisconsin Press.
- Pirro, Andrea L.P. (2022). Performing (during) the Coronavirus Crisis: The Italian Populist Radical Right between National Opposition and Subnational Government. *Government and Opposition*, 1–17.
- Rapoport, David C. (2022). *Waves of Global Terrorism: From 1879 to the Present*. New York: Columbia University Press.
- Reich, Robert (2023). The modern Republican party is hurtling towards fascism. *The Guardian*, April 15. <https://www.theguardian.com/commentisfree/2023/apr/15/the-modern-republican-party-fascism-robert-reich>
- Ribuffo, Leo P. (1983). *The Old Christian Right: The Protestant Far Right from the Great Depression to the Cold War*. Philadelphia: Temple University.
- Schmitt, Carl (2007). *The Concept of the Political* (expanded edition) (trans. George Schwab). Chicago: University of Chicago Press.
- Sternhell, Zeev. *Neither Right Nor Left: Fascist Ideology in France*. Princeton, NJ: Princeton University, 1996.
- Tasker, John Paul (2022). Trudeau accuses Conservative MPs of standing with 'people who wave swastikas'. CBC News, September 17. Disponible en: <https://www.cbc.ca/news/politics/trudeau-conservative-swastikas-1.6354970>
- Taylor, Adam (2015). French courts: Yes, it's okay to call Marine le Pen a fascist or worse. *The Washington Post*, March 20. Disponible en: <https://www.washingtonpost.com/news/worldviews/wp/2015/03/20/french-courts-yes-its-okay-to-call-marine-le-pen-a-fascist-or-worse/>
- Tharoor, Ishaan (2020). Is it time to call Trump the F-word? *The Washington Post*, June 3.
- Traverso, Enzo (2021). *Las nuevas caras de la derecha. ¿Por qué funcionan las propuestas vacías y el discurso enfurecido de los antisistema y cuál es su potencial político?*, Madrid: Capital Intelectual Ed.
- Wieviorka, Michel (2019). The Specificities of Researching Evil, in Emanuele Toscano (ed.), *Researching Far-Right Movements: Ethics, Methodologies, and Qualitative Inquiries* (Routledge), 13-22.

La teoría política de la Derecha Radical

Joan Antón-Mellón

Universitat de Barcelona

Ismael Seijo Boado

Universitat de Barcelona

España

Resumen: El presente artículo tiene como objetivo explicitar la teoría política de la derecha radical contemporánea. Para ello, se estudiarán sus ideas-fuerza y cómo han sido teóricamente conceptualizada por sus referentes culturales. En primer lugar, se sitúa a la derecha radical dentro del marco de la ultraderecha, entendiendo sus diferencias con la extrema derecha y mostrando su heterogeneidad interna. Después, se atienden a los referentes culturales que han configurado la teoría política de la derecha radical, concretamente a cuatro corrientes: la Nueva Derecha Europea (ND) de Benoist y Faye (como principal matriz ideológica de la derecha radical), el neotradicionalismo de Evola y Dugin, la *alt-right* de Bannon y el conservadurismo radicalizado de Scruton y Olavo de Carvalho. Finalmente, se describe la teoría política de la derecha radical marcada por un diagnóstico decadentista de la sociedad, unos objetivos etnonacionalistas y unos medios metapolíticos y reformistas.

Palabras clave: Derecha Radical; Nueva Derecha Europea (ND); Decadencia; Etnonacionalismo; Metapolítica.

The political theory of the Radical Right

Abstract: This article aims to explain the political theory of the contemporaneous radical right. To do this, their core concepts and how they have been theoretically conceptualized by their cultural referents will be studied. First, it locates radical right within the framework of the far-right, understanding its differences with the extreme right and showing its internal heterogeneity. Then, the cultural referent that have shaped the political theory of the radical right are addressed, specifically four tendencies: the European New Right (ND) of Benoist and Faye (as the main ideological matrix of the radical right), the neotraditionalism of Evola and Dugin, the *alt-right* of Bannon and the radicalized conservatism of Scruton and Olavo de Carvalho. Finally, the political theory of the radical right is described, marked by a decadentist diagnosis of the society, ethnonationalists objectives and metapolitical and reformist means.

Keywords: Radical Right; European New Right (ND); Decadence; Ethnonationalism; Metapolitics.

DOI: <https://doi.org/10.6018/reg.559591>

<https://revistas.um.es/reg>

ISSN electrónico: 2697-0511

1. INTRODUCCIÓN

Desde comienzos del siglo XXI se está asistiendo a una desmarginalización de la ultraderecha que no solo se refleja en el apoyo social y electoral que reciben los partidos de esta ideología, sino también en la aceptabilidad del resto de las formaciones políticas a su presencia. En este sentido, se estaría ante una cuarta ola de ultraderecha marcada por tres crisis: los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos, la crisis de 2008 y la crisis de los refugiados de 2015 (Mudde, 2021, p. 39). Esta cuarta ola habría sido precedida por otras tres posteriores a la Segunda Guerra Mundial: el neofascismo posterior al fin de la guerra, el populismo de derecha de los 50 en adelante y la derecha radical de los 80 y 90 (Von Beyme, 1988; Hernández-Carr, 2011).

El presente artículo tiene como objetivo explicitar la teoría política de la derecha radical, entendiendo cuáles son sus ideas-fuerza y cómo se han conceptualizado en el plano teórico. Esta teoría política, como se apuntará, se encuentra formulada en el principal referente cultural de la derecha radical: la Nueva Derecha Europea (ND). Esta corriente, de todas formas, no es la única que ha aportado elementos a la teoría de la derecha radical, teniendo el tradicionalismo un papel relevante en la formación de la misma. Sobre la base de estas corrientes se ha constituido la teoría política de la derecha radical, pero esta también se ha nutrido del pensamiento de la *alt-right* (derecha alternativa) y de un conservadurismo radicalizado (corrientes ambas, a su vez, también influidas por la ND), especialmente gracias a la nueva relevancia que esta ideología ha tomado durante la cuarta ola antes descrita.

La teoría política, no obstante, no se limita al desarrollo de ideas, sino que, como señala Wood (1978), tiene una importante inclinación práctica que la relaciona con el contexto sociohistórico en el que se produce, por lo que implica una posición partidista en los conflictos en los que emerge. La teoría política, por tanto, está estrechamente vinculada a la lucha por el poder político, en tanto medio de realización del ideal de sociedad al que se aspira. La teoría y la práctica son, en este sentido, dos momentos de una unidad. De esto se deriva que el estudio de la teoría política de la derecha radical no se limita a explicitar sus ideas sobre lo que debe ser (su ideal político) o lo que no debe ser la sociedad (a qué se oponen), sino que debe conectarse con el diagnóstico que hacen de la situación en que reflexionan y con los medios que plantean para alcanzar sus objetivos políticos. Estos aspectos serán examinados en los referentes culturales de la derecha radical, tratando de alcanzar una comprensión más completa de su teoría política.

2. Clarificación conceptual: la ubicación de la derecha radical en el campo ideológico derechista

Uno de los principales escollos a la hora de abordar la teoría política de la derecha radical radica, precisamente, en clarificar qué incluye y qué excluye esta categoría. Los movimientos políticos situados a la derecha de la derecha liberal-conservadora tradicional han sido conceptualizados de diferente forma y, en ocasiones, entendidos como un todo homogéneo. No obstante, el crecimiento y la proliferación de estas formaciones durante los últimos años del siglo XX y el siglo XXI, así como su decisiva influencia en los partidos conservadores tradicionales en lo que ha venido a denominarse «lepenización de los espíritus» (Tévanian y Tissot, 2002), ha provocado la necesidad de una comprensión más precisa de estos movimientos.

Inicialmente, el concepto utilizado para referirse a estas formaciones era el de «extrema derecha». En este sentido, Ignazi (1992) distingue entre la «vieja extrema derecha», aquella vinculada histórica e ideológicamente al fascismo clásico (1919-1945) y que mantiene una actitud que busca deslegitimar el sistema político; y la «nueva extrema derecha», aquella que no está vinculada al fascismo clásico, pero que mantiene esa actitud de rebeldía contra el sistema político y que es heredera cultural/ideológica de aquella.

El elemento que definiría a la «extrema derecha» en general sería el rechazo al sistema político, tratando de deslegitimarlo, mientras que la «nueva extrema derecha» sería una ruptura con la «vieja extrema derecha» al abandonar los principales elementos del fascismo, como la intervención estatal en la economía y en la vida social, el antisemitismo, la violencia como método sistemático, el imperialismo y la destrucción de las instituciones democráticas y las libertades políticas. En su lugar, la «nueva extrema derecha» apostaría por la combinación de políticas liberales clásicas y medidas proteccionistas (Rodríguez Jiménez, 2006); por la xenofobia de corte islamófobo (Traverso, 2018); por la defensa del «etnodiferencialismo», reivindicando la permanencia de la homogeneidad cultural de los diferentes territorios, lo que lleva al rechazo de la inmigración (Taguieff, 1993) y el vaciamiento de contenido de las instituciones democráticas, introduciendo tanto autoritarismo como permitan las formas políticas democráticas (Antón-Mellón, 2002).

Resultado de todo ello, ha provocado que el concepto de «extrema derecha» resultase poco operativo, al no captar las diferencias con toda la precisión. En su lugar, el concepto de derecha radical empieza a utilizarse (Betz, 1994) hasta llegar a su máxima popularidad con los desarrollos de Mudde (2007). Este autor, que previamente había utilizado la categoría de extrema derecha (Mudde, 2000), propone un marco conceptual que distingue la derecha radical de la

extrema derecha, siendo ambas formas de la ultraderecha. A continuación, se explican detalladamente estas diferencias.

2.1. Ultraderecha, extrema derecha y derecha radical

Como se menciona previamente, la categoría general que agrupa a aquellos movimientos que se sitúan, en el espectro izquierda-derecha, a la derecha de la derecha tradicional, es la de ultraderecha (Mudde 2021, pp. 24-25). Esta categoría se refiere a los movimientos de derecha que son «antisistema», es decir, siguiendo a Mudde, aquellos que se muestran hostiles a la democracia liberal. Este amplio grupo, a su vez, estaría dividido en dos subgrupos: la extrema derecha y la derecha radical. La extrema derecha rechaza la democracia (la soberanía popular y el principio de la mayoría), mientras que la derecha radical acepta la esencia de la democracia, aunque rechaza algunas cuestiones clave de la democracia liberal como los derechos de las minorías y la separación de poderes abogando por una visión autoritaria de los derechos y las libertades.

En suma, las diferencias que se apuntan remiten a la distinción entre «vieja extrema derecha» y «nueva extrema derecha», pero mientras aquí se entendían como parte de un todo, la distinción entre extrema derecha y derecha radical señala la separación entre ambos grupos o, en palabras de Mudde (2007, p. 31), «la derecha radical populista no es simplemente una forma moderada de la extrema derecha, incluidos el fascismo y el nacionalsocialismo y sus diversas «neo-formas». La derecha radical habría conformado una novedosa fórmula política diferenciada de otras formas de la ultraderecha. Con todo, si derecha radical y extrema derecha se agrupan bajo un mismo concepto (ultraderecha), es porque comparten unos fundamentos ideológicos que van más allá de las discontinuidades entre una y otra.

Más allá de los vínculos con el fascismo clásico y su grado de rechazo a la democracia liberal, existen otras diferencias importantes entre la extrema derecha y la derecha radical. Una de ellas es su concepción de la nación, en la que se defiende la idea de que la nación es anterior a las personas que la constituyen y se forma por quienes tienen una serie de características determinadas, a saber, un origen étnico concreto. En la distinción de Gellner (2001, p. 20) entre nación cultural (formada por quienes comparten una serie de atributos y pautas de comportamiento) y nación voluntarista (formada por quienes se reconocen como miembros de una misma nación, independientemente de si sus atributos coinciden), la ultraderecha tiene una concepción cultural, donde se niega el momento político de la nación, en tanto contrato social entre in-

dividuos soberanos. Esto sitúa al nacionalismo de la ultraderecha dentro de las corrientes del «perennialismo continuo», en tanto se entiende a las naciones como comunidades con una larga historia, con pocas variaciones (Smith, 2010, p. 54)¹.

A pesar de esta coincidencia, la extrema derecha hace énfasis en el componente racial, de modo que nación, etnia y raza se hallan unidos, lo que deriva en una defensa, en materia migratoria, de la expulsión de todas las personas extranjeras, independientemente de su situación jurídica. La derecha radical, en cambio, no defiende el componente racial de la nación, sino que articula su ideología en torno al etnodiferencialismo, desde el cual rechazan la multiculturalidad y plantean que solo una inmigración en situación regular y de minorías culturalmente asimilables puede ser aceptada en los límites territoriales del Estado (Lerín Ibarra, 2019, pp. 105-106).

El decadentismo, además, forma parte del ideario de la ultraderecha en relación con su concepción nacional², de modo que sostienen un ultranacionalismo palingenésico (uno de los rasgos clave del fascismo clásico), el cual refiere a que la nación debe renacer acabando con su decadencia y desintegración promovida por sus enemigos (Griffin, 2019, p. 71). Con todo, de nuevo, existen diferencias entre la extrema derecha y la derecha radical en este punto, especialmente en torno al mito del renacimiento de la nación, mucho más débil en la ideología de la derecha radical. Mientras que la extrema derecha, en línea con el fascismo, apunta hacia el futuro (de ahí que los neofascistas italianos de los últimos decenios del siglo XX hablaran de «nostalgia del futuro»), creando una nueva sociedad en la que se supriman las instituciones democráticas; la derecha radical apunta al pasado, intentando restaurar un orden que se ha corrompido, con un fuerte componente etnonacionalista, pero que no echa por la borda el sistema institucional democrático (Rydgren, 2018, p. 29). Además, en este proyecto de renacimiento, la derecha radical defiende una «Europa de las patrias», que respete la soberanía nacional y que, desde unas raíces cristianas rechace el multiculturalismo; mientras que la extrema derecha apuesta por una «Europa blanca» fundada sobre la homogeneidad racial (Lerín Ibarra, 2019, p. 110).

1 Esto remite a la fórmula de Burke (1984, p. 125) según la cual el Estado «es una asociación no solo entre los vivos, sino entre los vivos, los muertos y los que han de nacer», lo que implica su eternidad e inmutabilidad: «Esta ley no está sometida a la voluntad de quienes, por una obligación superior, infinitamente superior a ellos, están obligados a someter a aquélla su voluntad».

2 Concretamente, Simón Gómez (2007) conecta su análisis de la idea de la decadencia en los pensadores de ultraderecha con los principios de partidos de la derecha radical contemporánea, evidenciando la permanencia de esta concepción en sus idearios.

Respecto a los medios para alcanzar sus objetivos, extrema derecha y derecha radical también difieren. Del rechazo absoluto al proceso democrático que opera la extrema derecha se deriva que una de las herramientas que se utilizan para llegar a sus fines es el de la violencia física, donde los métodos terroristas forman parte del repertorio de acciones que pueden llevar a cabo (Norris, 2005, p. 45). Entre estos grupos, en continuidad con el fascismo clásico, existe una mitificación de la violencia como algo bello (Lerín Ibarra, 2019, p. 109; Paxton, 2019, pp. 69, 150). La derecha radical, en cambio, en tanto acepta los estándares mínimos del proceso democrático, ha abandonado la violencia física como medio político (Eatwell, 2004, p. 7).

La existencia de estas diferencias entre extrema derecha y derecha radical es, en su exposición, un proceso de definición de las características de la derecha radical. La definición más popular de estos movimientos es la «definición mínima» propuesta por Mudde (2007, pp. 22-23), donde se conceptualizaría por tres características: nativismo, autoritarismo y populismo. El nativismo es el concepto clave de la ideología de la derecha radical y hace referencia a una combinación entre nacionalismo y xenofobia que tiene por objetivo la construcción de una etnocracia, es decir, un Estado monocultural donde la inmigración no tiene cabida, salvo en el caso de una asimilación cultural. Esta solo podría producirse en el caso de personas cuyo origen étnico tenga una matriz de valores y costumbres común con la de la nación (Eatwell y Goodwin, 2019). Como apunta Rydgren (2018, pp. 23-24), señalando el carácter etnonacionalista de la derecha radical, «sus programas están dirigidos a fortalecer la nación haciéndola étnicamente más homogénea (...) y volviendo a los valores tradicionales», particularmente enfrentando las «amenazas contra su identidad nacional», donde «los inmigrantes de países musulmanes son señalados como particularmente amenazantes, supuestamente porque tienen menos en común con la población nativa, son los menos inclinados a asimilarse y están potencialmente vinculados al terrorismo islamista».

El autoritarismo, por su parte, hace referencia a «la creencia en una sociedad estrictamente ordenada, donde las infracciones a la autoridad son severamente castigadas» (Mudde, 2007, p. 23). De esta forma, la seguridad y el orden son valores principales para la derecha radical (Traverso, 2018, pp. 24-25). Estas concepciones del autoritarismo, no obstante, se limitan a su vertiente actitudinal, desconectado de la propuesta política autoritaria que plantea la derecha radical. Las transformaciones del régimen político húngaro bajo el liderazgo del ultraderechista Viktor Orbán han llevado a que se califique su sistema político como una «democracia iliberal», término popularizado por

Zakaria (1997)³, es decir, como sistemas donde se celebran elecciones, pero las libertades civiles se hallan restringidas, el control del uso del poder es escaso y las minorías se encuentran especialmente desprotegidas.

Este modelo político que trata de desarrollar la derecha radical ha sido definido por Griffin (2000, p. 173) como «liberalismo etnocrático», pues «adopta con entusiasmo el sistema liberal, pero considera a un solo grupo étnico como miembro de pleno derecho de la sociedad civil», mientras que, al mismo tiempo, crea instituciones «para imponer un régimen profundamente antiliberal a todos aquellos que no califican por motivos raciales para ser tratados como seres humanos». Una acción política encaminada hacia este modelo no destruye desde fuera los sistemas liberales, sino que los contamina desde dentro.

En relación con el populismo, Mudde (2007, p. 31) señala que «mientras que el populismo puede ser una característica definitoria de la derecha radical de la era actual, esto no significa que la derecha radical tenga que ser siempre populista», por lo que debe entenderse como una forma que adopta la derecha radical. El populismo, para Mudde (2007, p. 23) es una ideología delgada (por lo que se une a otras ideologías gruesas, como el liberalismo o el socialismo, para desplegarse) que concibe a la sociedad como dividida en dos grupos antagónicos, el pueblo puro y la élite corrupta, de modo que la política debería responder a la voluntad general del pueblo. De este modo, se trataría de movilizar a los ciudadanos normales contra «los de arriba» para responder a los agravios y al resentimiento del que serían responsables (Betz, 2021, p. 10) No obstante, es bastante cuestionable que la derecha radical trate de enarbolar la voluntad del pueblo contra la élite como su proyecto, más allá de momentos puntuales. Además, en tanto no es una característica definitoria de los movimientos de esta ideología y que, en sus apelaciones al pueblo, la derecha radical presenta una concepción estrecha de este sujeto (mediada por el nacionalismo étnico), es razonable cuestionar su aplicación sistemática a esta ideología (Rydgren, 2017). Entendiendo las limitaciones del populismo como característica de la derecha radical, esta puede ser utilizada, especialmente como un discurso o estilo que polariza entre un nosotros (el pueblo) y un ellos (la élite) para legitimar determinadas acciones políticas, por eso aparece en múltiples ideologías políticas sin relación entre sí (Norris e Inglehart, 2019, pp. 66-68).

3 La proliferación de regímenes formalmente democráticos (o, al menos, electorales) con escasas libertades fue lo que motivó la aparición del concepto. Igualmente, ya desde los años 70 del siglo XX se atiende a este proceso. Véanse los debates en torno al «estatismo autoritario» de Poulantzas (2016) y el «populismo autoritario» de Hall (1980) y Bonnett et al. (1984).

2.2. La heterogeneidad de la derecha radical

Pese a la matriz ideológica común descrita arriba, la derecha radical no es un movimiento homogéneo. En primer lugar, la importancia clave del factor nacionalista en su corpus ideológico es determinante para comprender la posición que adopta cada partido. La defensa de un interés nacional como interés supremo deriva en conflictos con otros grupos de la derecha radical en la defensa de sus propios intereses nacionales (como ya ocurriera en el primer tercio del siglo XX)⁴, lo que lleva a posicionamientos enfrentados en el área internacional. De esta forma, la primera diferencia entre partidos de derecha radical se encuentra en Estados Unidos. Una parte de la derecha radical es decididamente atlantista, esto es, apoya la política de Estados Unidos en el tablero internacional. Mientras tanto, otra parte de la derecha radical es crítica con este papel, prefiriendo apoyarse en otros actores internacionales, especialmente Rusia bajo el liderazgo de Vladimir Putin (Forti, 2021, p. 104).

Una segunda diferencia se encuentra respecto a la política económica defendida por estos partidos. En este caso, la escisión tiene efectos menos traumáticos para las relaciones entre partidos de la derecha radical. Por un lado, están aquellos que defienden una política típicamente neoliberal, rechazando radicalmente la intervención del Estado en la economía para desarrollar políticas sociales. Por otro, están los defensores del llamado «chovinismo del bienestar». En este caso, aunque la desconfianza hacia el intervencionismo estatal sigue siendo elevada, apuestan por una batería de políticas sociales nativistas, es decir, medidas sociales (principalmente ayudas económicas o subvenciones) de las que solo puede beneficiarse la población nativa y, generalmente, asociadas a objetivos políticos reaccionarios (como puede ser el aumento de la natalidad nativa o favorecer la contratación de trabajadores nacionales). Estas medidas han sido vistas a veces como políticas izquierdistas o incluso socialdemócratas (Eatwell y Goodwin, 2019), pero lo cierto es que no se pretende alterar las relaciones de clase ni ofrecer un importante programa redistributivo que mejore sustancialmente las condiciones de vida de la clase trabajadora. En la mayoría de las ocasiones, esto es más un recurso discursivo en clave populista que una apuesta real por políticas izquierdistas. En este punto, la política económica de la derecha radical, sea neoliberal o sea chovinista del bienestar, es completamente derechista. Esta división, a veces exagerada por la literatura, parte de una comprensión de Mercado y Estado como radicalmente opuestos, pero, como argumenta Bonfeld (2015), una economía «libre» y un Esta-

4 Véase al respecto Gentile (2002, p. 102).

do «fuerte» no solo son compatibles, sino que son consustanciales. El Estado fuerte controla que se mantenga el orden en el mercado mediante un fuerte componente punitivo contra quien contravenga las leyes económicas. En este sentido, que el Estado intervenga en la economía no contradice al mercado ni supone un abandono del neoliberalismo. El sentido de la intervención ofrece más información al respecto que la intervención en sí.

Un tercer aspecto, todavía menos relevante, es el relativo a los valores morales (Mudde, 2021). Aquí, una parte de la derecha radical es profundamente conservadora, rechazando plenamente las reivindicaciones relacionadas con la ampliación de los derechos civiles, como el feminismo o la cuestión LGBT. Se oponen al aborto, a un papel más activo de las mujeres en la esfera pública o al reconocimiento de derechos para las personas no heterosexuales. Otra parte de la derecha radical, en cambio, estaría más abierta a estas cuestiones, aceptando algunos aspectos, pero nunca con un reconocimiento pleno de las demandas del movimiento feminista, por ejemplo. De hecho, más que aceptar estas demandas sociales, se da un intento de apropiación discursiva (al igual que en las aparentes diferencias económicas), como las reivindicaciones de su condición de mujer de Marine Le Pen o Giorgia Meloni, sin por ello dejar de criticar ferozmente el feminismo.

En general, la derecha radical se puede dividir en «neoliberales autoritarios» y «social-identitarios», tal como hace Ramas San Miguel (2019). Los primeros serían atlantistas, radicalmente contrarios a la intervención estatal para la redistribución económica (es decir, neoliberales) y decididamente conservadores en lo moral. Aquí, el caso del bolsonarismo brasileño o de Vox, el partido español, serían ejemplos claros. Los segundos, en cambio, mostrarían una mayor simpatía por Rusia que por Estados Unidos, adoptarían fórmulas económicas como el chovinismo del bienestar y, discursivamente, defenderían mínimos progresos morales. El ejemplo clásico es el viejo Front National francés, ahora Rassemblement National, o la Lega italiana de Matteo Salvini. En cierta forma, se puede señalar de forma genérica (aunque existen excepciones como Meloni) que la procedencia ideológica de los neoliberales autoritarios se halla en el conservadurismo clásico, mientras que los social-identitarios provienen de la extrema derecha, especialmente del neofascismo. Con todo, la radicalización de los primeros y la moderación de los segundos provoca su encuentro en la derecha radical.

3. Referentes culturales de la derecha radical

Para poder establecer cuáles son los principios teórico-políticos de la derecha radical, es importante aproximarse a las reflexiones de sus principales referen-

tes culturales. Concretamente, se presta atención al diagnóstico de la situación que realizan, al ideal que defienden y a los medios que plantean para llegar de un punto al otro.

En este sentido, la influencia fundamental que fundamenta la teoría política de la derecha radical es la de la ND, representada por Alain De Benoist o Guillaume Faye. Al mismo tiempo, cabe señalar, en un grado de influencia menor, el tradicionalismo de Julius Evola, junto con la síntesis entre estas dos corrientes (Nueva Derecha Europea y tradicionalismo) que opera Alexander Dugin⁵. A mayores, se contemplan las influencias más contemporáneas que han contribuido a reforzar la teoría política de la derecha radical, como es el caso de la *alt-right*, representada por figuras como Steve Bannon, o el conservadurismo radicalizado, donde destacan Roger Scruton y Olavo de Carvalho.

3.1. La Nueva Derecha Europea

La ND es la principal influencia cultural de la derecha radical contemporánea, de modo que ha tenido un papel decisivo en la formación de su teoría política. Los desarrollos de esta corriente se han articulado alrededor de la asociación cultural *Groupment de Recherche et d'Études pour la Civilisation Européene* (GRECE), fundada en 1968 en Niza y teniendo como principal representante de esta a Alain de Benoist. Otro autor importante es Guillaume Faye, quien abandonó el grupo en 1986, pero ha contribuido a dar forma a las posiciones de la ND.

Comenzando por el diagnóstico de la situación que llevan a cabo, los miembros de la ND entienden que su época, la modernidad, está marcada por la decadencia, pero esta situación tiene un origen anterior. La Ilustración sería un ejemplo de esta decadencia, ya que heredaría los idearios universalistas e igualitaristas del cristianismo, que estaría marcado por el dualismo y funcionaría de matriz para el hedonismo liberal: tener el cielo en la tierra (Antón-Mellón, 2012, p. 248). La propuesta de Benoist, entonces, rechaza el dualismo cristiano y le opone el paganismo, que es, ontológicamente, una unidad inseparable de lo divino y lo humano, de modo que la realidad es la unión con la tierra de nacimiento y, en lugar de considerar blasfemo pretender ser Dios (como en el cristianismo), ofrece una vía de alcanzar la divinidad mediante la acción humana: el guerrero mítico, el cual somete al mundo a su voluntad (Meilán Pena, 2022, pp. 5-6).

Síntomas de esta decadencia serían que el Estado se reduce a un organismo técnico al servicio de la economía en el que solo se protegen los derechos indi-

⁵ La Nueva Derecha Europea ya fundamenta algunos de sus postulados en el pensamiento de Julius Evola, a quien reivindican, pero en el caso de Dugin, la importancia otorgada al italiano es considerablemente mayor.

viduales que maximicen la rentabilidad, mientras que los valores igualitarios se hegemonizan en el Estado benefactor (el «Estado dinosaurio»). Los Estados-nación, según su análisis, están siendo superados por una tecnoestructura mundial que, de forma indirecta, dirige el mundo. Además, los derechos individuales se entienden como una mistificación del universalismo de los derechos humanos. Todo ello significa que la economía prima sobre la política y que la población ha sido educada en que el único fin de la vida es la maximización del placer individual, lo que refuerza su idea de estar experimentando una situación decadente (Antón-Mellón, 2012, pp. 248-249).

Políticamente, esto se traduce en que el enemigo principal (una vez el comunismo desaparece) es el liberalismo como ideología y como sistema de valores, donde Estados Unidos («nueva Cartago») es el líder occidental, ya que «el liberalismo destruye las identidades colectivas, las culturas enraizadas y es generador de uniformidad, (...) combatir el liberalismo es combatir el mal de raíz» (Editorial de *Élements*, 68, 1990, en Antón-Mellón, 2012, p. 251). Esta idea se justifica en que «el arraigo, que exige cierta continuidad cultural y una relativa estabilidad en las condiciones de vida, no puede menos que chocar con el *leitmotiv* del nomadismo permisivo resumido en el principio liberal *laissez faire, laissez passer*» (Benoist, s.a., *Elementos*, 28, p. 29), ya que el liberalismo es una doctrina «economicista». El liberalismo pretende despolitizar el Estado y subordinarlo a los imperativos económicos, lo que se halla en la base de la defensa de una igualdad natural que, en realidad, sustituye desigualdades no económicas por desigualdades económicas: «Antes se era rico por ser poderoso. Hoy se es poderoso por ser rico (...) El espíritu competitivo, cuando no es totalmente aniquilado como en las sociedades comunistas, se va acantonando en un solo terreno» (Benoist, s.a., *Elementos*, 28, p. 28). Benoist ofrece una radiografía de cómo ve el mundo la ND:

La modernidad no se caracteriza, pues, solamente por la relegación de las relaciones orgánicas y los valores jerárquicos, con la consiguiente sustitución del honor por la dignidad. No se limita tampoco a desacreditar la pertenencia a comunidades tradicionales, que interpreta como vestigios arcaicos o tensiones irracionales, ni a relegar las diferencias en la esfera privada, donde ellas no pueden crecer ya que el lugar del reconocimiento es la esfera pública. También se construye en la exclusión del tercero y en la reducción de la diversidad. Supresión de las castas y los Estados con la Revolución, homogeneización de las reglas del lenguaje y del derecho, erradicación progresiva de modos de vida específicos relacionados con el hábitat, con la profesión, con el medio social o la creencia, indistinción creciente de los roles sociales femeninos-masculinos: toda la historia de

la modernidad puede ser leída como la historia de un despliegue continuo de la ideología de lo Mismo (Benoist, 2020, p. 106).

El punto culminante de la decadencia sería la colonización de Europa, según la cual la población musulmana estaría invadiendo el territorio europeo, llevando a su población a una encrucijada: desaparecer o iniciar la reconquista⁶. Esta invasión se produciría por la confluencia de llegada de población musulmana a Europa y por la baja natalidad de la población europea, lo que generaría un cóctel demográfico que estaría forzando la sustitución. Además, como las culturas son vistas como totalidades excluyentes, su coexistencia se considera imposible, por lo que el conflicto violento se hace inevitable, lo que acabaría explicando la delincuencia. De acuerdo con Faye (s.a., p. 5), se estaría ante los primeros brotes de una guerra étnica, la cual interpreta como necesaria para que el sistema caiga en el caos y nazca uno nuevo, pues «Europa, que es un Pueblo, sobre una red territorial muy reducida, no puede soportar el caos étnico sin guerra civil». La guerra vista como oportunidad para Europa.

Frente a esta decadencia que representa la modernidad, con el liberalismo como su ideología principal, la ND plantea como objetivo «aportar ideas a un mundo que no tiene ninguna» (Benoist y Faye, 1986, pp. 157-158); es decir, sustituir las ideologías dominantes mediante la reconstrucción de la visión del mundo de acuerdo con sus preceptos, esto es, la de una sociedad civil orgánica, privada y competitiva en el que el todo es superior a la suma de sus partes. Esta reconstrucción solo puede ocurrir con un organismo social armónico, es decir, en la visión de la ND, de forma «natural» y jerárquica, donde el Estado dirige la política, mientras que la sociedad (étnicamente homogénea) controla la esfera productiva sin interferencias (solo subordinado al interés político nacional).

El hombre que ve la ND es la negación radical del hombre ilustrado, de modo que no nace libre ni igual, sino que es el combate, derivado de la esencia agresiva de las personas, lo que coloca a cada uno (y a cada nación) en su lugar. El hombre, por tanto, es naturalmente agresivo, desigual y jerárquico. El hombre es, también, naturalmente territorial, ya que está forjado por el arraigo, de modo que los protagonistas de la historia no son los individuos ni las clases, sino las comunidades étnicamente homogéneas. Faye (2017) lo ilustra con su propuesta arqueofuturista, según la cual, derivado de un cúmulo de crisis –económica, social, política, ecológica-, el mundo se dividirá en bloques étnicamente homogéneos, donde los habitantes de las ciudades disfrutarían

6 Esta argumentación es exactamente la misma que la teoría de la conspiración del «Gran Reemplazo».

de un elevado nivel tecnológico y un nivel de vida próspero, mientras que las poblaciones pequeñas tendrían una tecnología primitiva, como sacrificio por el bien común, es decir, la sostenibilidad ecológica del sistema.

Esta visión territorial no se limita al Estado-nación, entendido como caducado, sino que se sustituiría por el mito de Europa como comunidad imaginada y bajo la forma de Imperio. La idea es ofrecer una comunidad política federal en la que, bajo una unidad soberana superior, se reconcilien la identidad nacional (de corte etnoexcluyente) con las etnorregiones, constituyendo una «Europa de los pueblos»⁷. Este proyecto «paneuropeo» conecta con algunas de las aspiraciones del fascismo clásico, pero tiene como nuevas características el importante regionalismo, donde las comunidades regionales homogéneas se articulan en una Europa jerárquica y unida (Bar-On, 2013, p. 79). Así, frente a la civilización occidental, que no sería la civilización europea, y en línea con el neopaganismo de Benoist, la ND se erige como defensora de una civilización mítica europea y de la biodiversidad étnica, lo que se conecta con la subordinación de la economía a los objetivos políticos, la reivindicación del «derecho a la diferencia» y una educación en la comunidad donde se señale como el más alto honor el sacrificio de un individuo por su comunidad (Antón-Mellón, 2012, p. 250).

El «derecho a la diferencia» (o la «unión sin confusión», como lo define Benoist) es, sin duda, uno de los temas que más fortuna ha hecho dentro de la ND. Se desarrolla a partir del desplazamiento de lo biológico-racial hacia lo psicológico cultural a la hora de abordar el problema étnico. Se entiende, de nuevo contra la Ilustración, que la igualdad de nacimiento de los hombres no existe. En cambio, hay hombres desiguales derivado de la existencia de razas, pero estas no están jerarquizadas, sino que cada raza tiene una misión y, para esa misión particular, cada raza es superior a las demás (Sanromán, 2008, pp. 179-180). Esta idea nace como una forma de despejar las acusaciones de racismo que ciernen sistemáticamente al campo ultraderechista, de forma que, aparentemente, se oponen a la superioridad racial, al tiempo que desarrollan una nueva forma de exclusión cultural derivada de la división de la humanidad en totalidades diferenciadas entre sí por los rasgos étnico-culturales (Spektorowski, 2003, pp. 116-118). En esta operación, la inversión de los términos «racismo» y «anti-racismo» es fundamental en su reivindicación de la

⁷ Esta idea puede verse en Faye (2017, p. 7): «Evidentemente, soy fiel a la noción global de «nacionalismo», pero una noción extendida a una dimensión continental, europea y no solamente francesa, heredada de la dudosa filosofía de la Revolución Francesa (...) Es verdad que la Europa actual, este «Truco», tiene que ser combatida en su forma. Pero esta tendencia, *historial*, de pueblos europeos a agruparse frente a la adversidad, tiene que ser defendida desde la base».

diferencia (Bar-On, 2001, p. 339). Los racistas pasan a ser quienes propugnan el universalismo, mientras que la única forma de escapar al racismo consiste en afirmar las identidades colectivas, oponiéndose a los procesos de aculturación (Sanromán, 2008, pp. 215-216). Por tanto:

El derecho a la diferencia es un principio que, como tal, sólo vale por su generalidad (...) y cuyo lugar es el contexto más amplio del derecho de los pueblos y de las etnias: derecho a la identidad y a la existencia colectivas, derecho a la lengua, a la cultura, al territorio y a la autodeterminación, derecho a vivir y trabajar en el propio país, derecho a los recursos naturales y a la protección del mercado, etc. (Benoist, s.a., *Elementos*, 47, p. 5)

La ND trata de ofrecer una unión armónica de la sociedad (étnicamente homogénea) que la sitúe como un valor por encima de sus divisiones sociales (de clase, ideológicas, políticas, etc.), lo que hace que se autoadscriban en una tercera vía que supera el paradigma izquierda-derecha, aunque es una afirmación que no se sostiene, en tanto su ideología se adscribe de forma clara al campo ideológico de la ultraderecha (Antón-Mellón, 2011, pp. 70-71; Bar-On, 2013, pp. 70-71).

Los medios que plantea la ND para alcanzar este estado de cosas se centran en el combate de los individuos y los pueblos, en clara conexión con su interpretación polemológica de la existencia. Este combate se realiza contra la subordinación al imperativo económico, donde el recuerdo del pasado mítico europeo juega un papel fundamental, al permitir potenciar un concepto, antiguo y nuevo, de libertad comunitaria, promover valores aristocráticos, resucitar Europa, separar los conceptos jurídicos de nacionalidad y ciudadanía⁸ (vale decir, expulsión de la inmigración, bajo el principio del «derecho a la diferencia»), dotar de centralidad a los criterios etnonacionalistas, aliar Europa y el Tercer Mundo contra la hegemonía estadounidense, combatir el igualitarismo y el universalismo, preservar la biodiversidad, supeditar la economía a la política, desmercantilizar el mundo y buscar la armonía. Todo ello contra sus enemigos principales: la filosofía del liberalismo y Estados Unidos (Antón-Mellón, 2012, pp. 253-254).

Esta serie de medios para instaurar su ideal tienen un carácter palingenésico, al ser planteados contra la decadencia y como una forma de renacimiento de Europa. No obstante, el combate se plantea principalmente en términos

8 «El pueblo entendido como asamblea de ciudadanos (*demos*) debe distinguirse de la asamblea de hombres de un mismo origen (*ethnos*)» (Élements 64, 1988).

metapolíticos, es decir, en términos de lucha cultural. La conquista del poder político viene precedida por la conquista de la hegemonía cultural, de acuerdo con las tesis de Benoist (s.a., *Elementos*, 40, p. 8), en una adaptación libre del pensamiento de Antonio Gramsci, de que «allí donde reina una atmósfera cultural específica a la que se adhiere espontáneamente la mayoría de la sociedad, no hay toma del poder político sin una toma previa del poder cultural»⁹. Además de metapolítico, el combate que propugna la ND tiene fuertes componentes voluntaristas, donde cada individuo puede convertirse en héroe mediante la lucha por dominar su destino (Meilán Pena, 2022, p. 6). Es de esta forma que debe entenderse la idea de Faye (2017, p. 30) de que, en la confluencia de catástrofes civilizatorias que espera a la humanidad, un conjunto de guerreros regeneradores de la comunidad europea acabará con la decadencia por medio de un pensamiento radical desarrollado por una minoría de intelectuales.

La ND, que trata de ofrecer una alternativa de derecha radical a la decadencia que observan en la sociedad, construye esta visión a partir de las aportaciones de Friedrich Nietzsche, Charles Maurras, Julius Evola o los pensadores de la Revolución Conservadora (Ernst Junger, Oswald Spengler, Carl Schmitt, Arthur Moeller van den Bruck, etc.) (Simón Gómez, 2007, p. 192), en un intento de mantener una agenda fascista (en lo ideológico, pero no en los medios de acción política) que tiene por objetivo el renacimiento étnico de Europa (Griffin, 2007, pp. 81-83). La agitación metapolítica y el voluntarismo como formas de combatir por el renacimiento europeo y la superación de la modernidad decadente, se constituyen en los medios que deben encaminar al establecimiento de comunidades étnicamente homogéneas radicalmente separadas las unas de las otras.

3.2. El neotradicionalismo

Una corriente que ha influido en la ND y, a su vez, en el pensamiento de la derecha radical es el neotradicionalismo. Aquí, la figura principal es la de Julius Evola, pensador italiano que aborda muchos de los temas que la ND acaba tratando. Evola, aunque reivindica la bandera de la contrarrevolución, se decanta por la reacción como definición de su proyecto político (Antón-Mellón,

9 «La ‘hegemonía’ era un ascendiente cultural y moral que había que ganar de forma consensuada en el seno de la sociedad civil, el fundamento real de la existencia social, y que aseguraría finalmente la posesión pacífica del Estado» es una tesis que firmaría Benoist, pero «esto no era lo que pensaba Gramsci», quien, concediendo importancia al consenso popular para derrocar el orden existente, «era un revolucionario de la Tercera Internacional convencido de que la única forma de acabar con el capital era con la fuerza de las armas». Esta crítica de Anderson (2012, p. 339) al comunismo italiano durante la Guerra Fría es válida, también, para esta interpretación de la ND del revolucionario sardo.

2007, p. 207). También debe destacarse en esta corriente a Alexander Dugin, pensador y político ruso que ha formado parte del movimiento de la ND y lo populariza en Rusia, pero se va distanciando progresivamente de sus postulados, llegando a afirmar Benoist que el eurasianismo es incompatible con el nacionalismo que él defiende, ya que aquel se basaría en el imperio y este en el Estado-nación (Benoist, 2022, 3 de septiembre). Así, la propuesta de una «Cuarta Teoría Política», «Nacional-bolchevismo» o «Eurasianismo» que elabora Dugin, más que en la corriente de la ND¹⁰, aunque profundamente influida por esta, se sitúa en el neotradicionalismo, en tanto es seguidor directo de Evola y René Guénon.

El diagnóstico que ofreció Evola de la sociedad posterior a la Segunda Guerra Mundial era el de una profunda decadencia, la época de *Kali-Yuga*, la oscuridad total que precede al cataclismo (Sheehan, 1981, p. 62). Esta época deriva de la pérdida de lo sagrado y el crecimiento del materialismo que sustituye la espiritualidad, la cual tendría inicio en la Revolución Francesa. La máxima decadencia la representan el igualitarismo y el materialismo, que han sustituido a las castas y a la espiritualidad. El capitalismo estadounidense y el bolchevismo soviético, máximos enemigos de la Tradición (junto al judaísmo), han triunfado. Concretamente, la desaparición de las castas ha permitido que la economía domine sobre los factores políticos, lo que tiene como resultado que el liberalismo triunfe en teoría política y el humanismo en el plano cultural. Estas doctrinas exaltan el hedonismo, al tiempo que niegan las jerarquías orgánicas de la sociedad (Antón-Mellón, 2007, pp. 208-211). Evola señala que «El liberalismo es la antítesis de cualquier doctrina «orgánica»» (Evola, 1984, p. 33).

La exposición de Dugin resulta más contemporánea. Señala que a partir de 1991 se concibe un Orden Mundial unipolar con la hegemonía de Estados Unidos, al tiempo que se ignoran otros polos de poder. Este Orden Mundial consiste en universalizar la economía de libre mercado, la democracia y la ideología de los derechos humanos. Todas las tendencias que pugnan por el poder en Estados Unidos coinciden en afirmar su dominación estratégica, económica y política mediante la destitución de la soberanía de los Estados y la promoción de los valores occidentales como valores universales. Por supuesto, esto es interpretado negativamente: «EEUU es una plaga absoluta para la humanidad. Y la élite globalista es la quintaesencia de EEUU» (Dugin y Carvalho, 2012, p. 43).

10 Las conexiones de Dugin con la ND en los años 90 del siglo XX y su posterior alejamiento son descritas en Shekhovtsov (2015).

Según Dugin, la globalización (emprendida por una élite occidental cuyas raíces se encuentran en la Ilustración) es la base de este Orden Mundial, de modo que la lucha del militarismo sino-ruso (la Orden de los Guerreros/Orden de la Fuerza) y de la Hermandad Musulmana (la Orden de los Sacerdotes/Orden del Espíritu) contra Estados Unidos y la globalización (la Orden de los Comerciantes/Orden del Dinero) es una causa justa contra la expansión occidental. Esta expansión socava el holismo de Oriente, sentando las bases del individualismo. Oriente es el símbolo de lo que defiende Dugin, pues, siguiendo a Guénon, considera que Occidente es degeneración, pero Oriente es holismo, jerarquía y orden.

Al igual que Evola, una visión decadentista atraviesa todo su diagnóstico del mundo, entendiendo que «estos fenómenos son el último punto del camino de Occidente en dirección al abismo, la última estación del mal y la imagen casi transparente del anticristo/ad-dadjal/erev rav. Occidente es el centro de la *Kali-Yuga*, su motor y su corazón» (Dugin y Carvalho, 2012, p. 69). No obstante, se reconoce que Occidente tuvo su propia Tradición, pero ha sido contaminada por «gérmenes venenosos» que han llevado a la civilización mercantil y capitalista. Occidente debe, para Dugin, buscar en sus raíces el pasado indoeuropeo eurasiático, que representa sociedades holísticas, con una cultura guerrera y jerárquica (Dugin y Carvalho, 2012, p. 73).

El rechazo a la modernidad de Evola lo lleva a una glorificación de la Tradición, siguiendo el pensamiento de Guénon (Ferraresi, 1987, p. 110). Esta época decadente se debe a que el caos ha sustituido al orden, ya que, perdida la Tradición, se pierde la consciencia de ser parte de una unidad orgánica jerárquica, que es la fuente de legitimidad del poder político. De esta forma, una raza se degenera cuando experimenta una decadencia espiritual, además de por mestizajes. Perder la Tradición es una forma de perder la raza, en el pensamiento evoliano. Este «racismo espiritual» plantea que lo que constituye la superioridad de una raza sobre otra es su orientación espiritual, más que factores biológicos (Sheehan, 1981, p. 60).

Para Dugin, el Modernismo y el Posmodernismo son los valores de la unipolaridad, valores profundamente anti-tradicionales. En continuidad con el tradicionalismo, comparte «la visión de René Guénon y Julius Évola, que consideraban la Modernidad (...) siendo la causa de la futura catástrofe de la humanidad y el dominio de las actitudes occidentales como la razón de la degradación final del planeta» (Dugin y Carvalho, 2012, p. 116). Estos valores, que pretenden ser universales, son una agresión a las culturas y tradiciones que aún existen en el mundo, de modo que la globalización es definida como el

reino del Anticristo. Aquí, el racismo espiritual de Evola queda fuera del pensamiento de Dugin, estando en conexión con el etnodiferencialismo de la ND.

Evola apuesta, entonces, por reconocer y recordar las verdades suprahumanas que están en los mitos y símbolos tradicionales. Esas verdades se identifican con el espíritu colectivo de una sociedad determinada. De este modo, uno de los principios que Evola ensalza es el de la desigualdad natural (en términos raciales) de los seres humanos, lo que antagoniza con la visión cristiana de que los seres humanos son esencialmente iguales. Esta desigualdad, además, es una necesidad, un factor positivo: «La desigualdad es un derecho real, y es real porque es necesaria (...) toda ideología igualitaria es el inicio seguro de un clima de degeneración» (Evola, 1984, p. 24). Otro principio clave para Evola es el de las jerarquías naturales, del que se deriva la natural desigualdad entre humanos. La existencia de seres superiores justifica la autoridad de estos, que confieren disciplina a toda la sociedad. En la visión de Evola, el orden social se divide en cuatro castas estratificadas, a saber, jefes sacros, nobleza guerrera, burguesía y siervos. Si estas jerarquías se respetan, la sociedad estará ordenada, lo que permitirá que la decadencia y la corrupción sean sustituidas por la nobleza y el heroísmo (Antón-Mellón, 2007, p. 217). La doctrina de Evola sobre las jerarquías está en la base de su profundo rechazo al igualitarismo (Sheehan, 1981, p. 59)

Los valores fundamentales son, entonces, la Autoridad, el Orden y la Justicia, los cuales son asegurados por el Estado, que une la autoridad y la dominación, la 'auctoritas' y el 'imperium'. El Estado, como reflejo de las distintas dignidades que existen en la sociedad, debe ser orgánico, antiliberal y antidemocrático, con una legitimidad fundada en lo sagrado. El profundo anti-igualitarismo de Evola le lleva a presentar como primera tarea de este Estado la eliminación de las instituciones que derivan de este «sinsentido», como los partidos políticos, los parlamentos o el sufragio universal (el cual, para la desaprobación de Evola, ha llegado al punto de incluir a las mujeres) (Ferraresi, 1987, p. 125). Este Estado al que aspira Evola es armónico, ya que cada individuo está ubicado donde su naturaleza le indica en una estructura piramidal (cuanto más cerca del vértice, mayores son el rango, la libertad y la dignidad), y toma la forma de un Estado imperial con una organización territorial federativa, pues conviene que la unidad se coordine a través de la autonomía de las partes. El corporativismo, como comunidad de trabajo y solidaridad productiva, es el modelo económico que defiende (al igual que el fascismo), ya que consolida la competencia y la jerarquía (Antón-Mellón, 2007, pp. 216-18).

Dugin también plantea una vuelta a la Tradición como objetivo de su acción política. Concretamente, plantea la salvación de los valores tradicionales que existen en la sociedad de la destrucción global que lleva a cabo la Modernidad. Este retorno a lo tradicional pasa por una «revuelta contra el mundo moderno» que recupere los aspectos positivos de las ideologías antiliberales del pasado y deseche los negativos. Del socialismo rescata la solidaridad social, la justicia social y el holismo, pero rechaza su modernidad, ateísmo, materialismo y cosmopolitismo. De la Tercera Vía (el fascismo) rescata la mayor parte de sus fundamentos, pero rechaza el racismo y el nacionalismo, ya que, como la ND, «la diferencia debería ser aceptada y afirmada sin ninguna apreciación racista. No hay una medida común al lidiar con grupos étnicos diversos. Cuando una sociedad intenta juzgar a otra, ella aplica su propio criterio, cometiendo así una violencia intelectual» (Dugin y Carvalho, 2012, pp. 117-118). De esta síntesis antiliberal surge la «Cuarta Teoría Política» (tras el liberalismo, el comunismo y el fascismo) o «Nacional-Bolchevismo»¹¹, que debe apelar a la Tradición y a fuentes premodernas como la República de Platón o las sociedades jerárquicas y teológicas de la Edad Media, con el objetivo de superar la unipolaridad e instaurar la multipolaridad (Dugin y Carvalho, 2012, p. 118). El mundo multipolar permite que las tradiciones resurjan sobre una base común: la familia, la religión y las jerarquías (Jara Townsend, 2020, p. 173). Para entender esta síntesis ideológica, conviene atender a las palabras de Dugin:

La justicia social, la soberanía nacional y los valores tradicionales son tres principios de tal ideología (...) En francés hay el eslogan: «la droite des valeurs et la gauche du travail» (Alain Soral). En italiano tenemos: «La Destra sociale e la Sinistra identitaria» (Dugin y Carvalho, 2012, p. 118).

Con este objetivo de volver a la Tradición por medio de una nueva ideología, Dugin plantea la unión de todos los que rechacen la Modernidad, la Posmodernidad, la globalización o Estados Unidos en una lucha contra el enemigo común. El frente anti-globalista debe reunir ideales diferentes que compartan un odio por la realidad presente, dejando de lado los prejuicios religiosos, anticomunistas y antifascistas, que son herramientas de los liberales y los globalistas para dividir a quienes se resisten a ellos. Esta unión, por tanto, no tiene como sujeto a la clase (propio del comunismo) o a la raza o la nación

11 «El nacional-bolchevismo es la súper-ideología común a todos los enemigos de la sociedad abierta. No es solo una entre las ideologías hostiles a tal sociedad, sino precisamente su antítesis consciente, total y natural» (Dugin, s.a., p. 46).

(propio del fascismo), sino el concepto heideggeriano del Dasein, es decir, «ser ahí», la conciencia que determina al ser a través de la continuidad del espacio y del tiempo. Se trata de un sujeto capaz de lidiar con la diversidad de actores del frente anti-globalista. Es el «sol de medianoche», es decir, un milagro, un sujeto irracional que rompe con el principio de contradicción, es inmortal y representa la barbarie contra la civilización (Jara Townsend, 2020, pp. 169-170) Bajo este prisma, la meta de Dugin es «reclutar soldados para la lucha contra Occidente y la instauración del Imperio Eurasiano universal» (Dugin y Carvalho, 2012, p. 67).

Los ejemplos históricos de restauración heroica que observa Evola son Roma (gracias a la militarización de la sociedad) y el feudalismo (la caballería medieval como élite guerrera, leal a la autoridad imperial y siguiendo los valores del honor, el coraje y la lealtad). También Esparta, como un mundo heroico y sagrado, es merecedor de la simpatía de Evola (Ferraresi, 1987, p. 118). En clara analogía a Evola, Dugin habla de una «Tercera Roma», a medio camino entre el Tercer Reich y la Tercera Internacional (únicas revoluciones que vencieron temporalmente al liberalismo), como revolución contra la dictadura de la razón, pues el nacional-bolchevismo es la «activa y agresiva destrucción de lo racional» (Dugin, s.a., pp. 55-56). En la evolución del pensamiento de Evola, en cambio, se pasa de la confianza en que un selecto grupo de héroes encuadrados en una Orden alcanzarían este estado de cosas gracias al retorno a la espiritualidad tradicional y al despertar de una conciencia ecuménica europea, a una creencia en que la restauración heroica de la Tradición es imposible (Antón-Mellón, 2007, p. 210). Las últimas consideraciones de Evola refieren a la *apoliteia*, a entender el movimiento político como algo banal. La decadencia es tan potente que, si alguien se enfrenta a ella, corre el riesgo de sucumbir, por lo que hay que permitir que la decadencia cumpla su ciclo. Mientras tanto, uno debe aferrarse a los valores tradicionales, retraerse a una espiritualidad interior y abandonar la acción directa (Simón Gómez, 2007, pp. 190-191). El ideal evoliano está lejos de la realidad que él describe, por lo que recomienda *cabalgar el tigre de la modernidad*:

La regla a seguir puede consistir, entonces, en dejar libre curso a las fuerzas y a los procesos de la época, permaneciendo firmes y dispuestos a intervenir «cuando el tigre, que no puede abalanzarse sobre quien lo cabalga, esté fatigado de correr» (Evola, 1987, p. 14).

Por tanto, el diagnóstico del neotradicionalismo parte de una interpretación de la decadencia de Occidente y de entender la época actual como la *Kali-Yu-*

ga. Tanto Dugin como Evola señalan la pérdida de la espiritualidad y los valores tradicionales como la base de esta degeneración y consideran que se debe retornar a la Tradición, pero los medios por los que apuestan para realizar su «revuelta contra el mundo moderno» varían. Mientras Evola pasa de la acción del selecto grupo de héroes a la *apoliteia* y a recomendar «cabalgar el tigre de la modernidad», Dugin plantea una renovación ideológica que sintetice los postulados antiliberales (el comunismo y el fascismo, según su visión) para ensamblar un diverso frente anti-globalista de soldados que una a la Orden de la Fuerza y a la Orden del Espíritu contra la Orden del Dinero. Además, la influencia de la ND sobre Dugin es patente, como se puede observar en su teórico rechazo del racismo y su afirmación del derecho a la diferencia. Con todo, no es equiparable a aquella corriente, especialmente por su insistencia en los valores tradicionales por encima de la nación y sus medios, orientados hacia la acción directa y no tanto hacia la agitación metapolítica.

3.3. La *alt-right*

Una de las fuentes más destacadas de la derecha radical contemporánea es la corriente de la *alt-right*, especialmente por su vinculación con el éxito electoral de Donald Trump en Estados Unidos. Esta corriente empieza a configurarse en la década de 2010 como una reacción a la hegemonía de los valores liberales y tolerantes de la sociedad estadounidense y como una radicalización del paleoconservadurismo (Rueda Toledano, 2021, p. 13). Uno de los exponentes principales de la misma es Steve Bannon, quien fue asesor de Donald Trump y director de Breitbart News entre 2012 y 2017, lo que supuso una radicalización del medio en los postulados de la *alt-right*, hasta entonces clásicamente conservador. Cabe señalar que dentro de la *alt-right* pueden distinguirse dos facciones: la facción Radix, más radical e identificada propiamente como *alt-right*, y la facción Breitbart, más moderada e identificada como *alt-light* (alternativa ligera). La división de facciones deriva de los medios en que operaban sus representantes: Richard B. Spencer en Radix, Bannon en Breitbart (Reguera Mateo, 2017). Concretamente, aquí se evaluará la tendencia *alt-light*, sobre todo a través de las ideas de Bannon, que es la que más ha influido sobre las posiciones de la derecha radical, mientras que la facción de Radix, con sus alusiones al componente racial, han operado más en el campo de la extrema derecha (Rueda Toledano, 2021). Se seguirá utilizando el concepto *alt-right* para referirnos a la facción de Breitbart, ya que hace referencia al grupo en general.

El diagnóstico que realiza Bannon se fundamenta en la debilidad de Estados Unidos derivada de la crisis de 2008, que considera única en la historia y

superior a otras del pasado. La crisis fue causa de las élites (conformadas por las finanzas, las corporaciones y la élite política permanente de Washington) o el «Partido de Davos», tal como las denomina de forma reiterada, las cuales habrían sido rescatadas económicamente por el gobierno, pero el pago lo realizó «el tipo normal»¹², quien ahora sufre un estado de precariedad y está en la base del movimiento populista (Griffiths, 2019, pp. 9-10). Este movimiento, señala, tendría en la juventud a su mayor potencial, pues no les pertenece nada ni nada les pertenecerá, lo que les hace especialmente sensibles a la lógica populista (Griffiths, 2019, p. 12). En suma, habría «socialismo en los Estados Unidos para los muy ricos y los muy pobres, y una forma brutal de darwinismo capitalista para todos los demás» (Griffiths, 2019, p. 45). Esta radiografía es una simplificación binaria entre buenos (los tipos normales) y malos (la élite). Los tipos normales, además, son presentados como «nativos americanos», mientras que la élite es un ente cosmopolita (Alexander, 2018, pp. 141-142), la cual representaría lo peor del capitalismo. Esta crítica a las estructuras capitalistas (o, a una parte de estas, concretamente a las grandes empresas multinacionales, el «globalismo») está normalmente mediada en términos étnicos, siguiendo la estela de la ND (Taylor, 2021).

Bannon apunta a la crisis causada por las élites como la base del triunfo y extensión del populismo nacionalista, del que Trump sería una expresión. El origen de este movimiento populista estadounidense, con todo, lo sitúa en los gobiernos de Bush, donde se produce el crecimiento de China, al tiempo que se desindustrializa Estados Unidos y se deslocalizan los trabajos manufactureros. Además, este gobierno habría destruido lo que Bannon entiende como la base de la familia judeocristiana occidental: la capacidad de ahorro (Griffiths, 2019, p. 39). La referencia a la familia judeocristiana es coherente con la tendencia de la derecha radical a abandonar la construcción de la identidad en torno a los límites nacionales y utilizar términos «civilizatorios» que evoquen las bases de la cultura occidental y sus modos de vida. En el marco de la agenda nativista, esta identidad amplia ha sido utilizada como justificación para emprender medidas discriminatorias contra otros grupos étnicos, especialmente los musulmanes, como se puede ver en la prohibición de Trump a la entrada en Estados Unidos de refugiados e inmigrantes de países musulmanes (Betz, 2017).

En su opinión, el populismo sería, entonces, una auténtica revolución política, por lo que no se debe debatir si está o no en auge, cosa que da por senta-

12 Bannon señala constantemente a «the little guy» como la víctima de las élites.

da, sino qué tipo de populismo triunfará: uno nacionalista y conservador, que reducirá el tamaño del Estado desplegando el poder del capitalismo (como el de Orbán o Trump) o uno socialista que incrementará la intervención estatal de la vida (como el de Bernie Sanders o Jeremy Corbyn) (Griffiths, 2019, p. 34). Define este momento como el «cuarto giro» en la historia estadounidense, poniendo en el mismo lugar de relevancia histórica al movimiento populista junto a la Revolución, la Guerra Civil y la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial, como los otros «giros» de la historia americana (Griffiths, 2019, p. 66).

El populismo nacionalista que defiende Bannon cree en el capitalismo (pese a las críticas que en ocasiones vierte sobre alguna de sus formas) y plantea la deconstrucción del Estado administrativo (lo que no se trata de desregular, sino de desmontar el Estado o, en sus palabras, el 'Leviatán', bloque a bloque), que los tipos normales obtengan una parte de los beneficios y la eliminación del «capitalismo de amiguetes» que aplican las grandes corporaciones y el gobierno (Griffiths, 2019, pp. 8-9). Esta apuesta por un nacionalismo económico, claro está, se vincula directamente al nativismo de la derecha radical. Concretamente, el etnonacionalismo que se plantea desde la *alt-right* es el del nativismo blanco, es decir, que el grupo que da forma a la nación estadounidense y, por tanto, debe poblarla y dirigirla, es el de las personas blancas, que da forma al «nosotros» de este discurso. El «otro», por su parte, es la inmigración no deseada, que amenaza la existencia y modo de vida de la población blanca, particularmente, en el discurso trumpista, la población musulmana y mexicana (Alejo, 2018, p. 190). En este sentido, el rechazo a la igualdad en todos los ámbitos es una característica clave del pensamiento de la *alt-right*, como evidencia Jared Taylor, miembro del ala radical, pero seguidor de Trump:

¿Qué es la Alt-Right? Es un movimiento disidente y transversal que rechaza la ortodoxia igualitaria. Estas ortodoxias nos quieren hacer creer que los sexos son equivalentes, que la raza es insignificante, que todas las culturas y religiones valen lo mismo y que cualquier orientación o identificación sexual es saludable. Nosotros negamos estas cosas. La Alt-Right es también escéptica de la democracia de masas. Se opone a la ayuda internacional y al intervencionismo extranjero, especialmente para la construcción nacional (Taylor, 2016, 11 octubre).

La recuperación de soberanía nacional (en términos etnoexcluyentes) es, entonces, para Bannon, una prioridad, por ello justifica la creación de «The Movement» como organización que trataría de coordinar el movimiento po-

pulista europeo en torno a la demanda de recuperación de la soberanía. El objetivo sería, entonces, empoderar a los ciudadanos, lo que requiere «desdemonizar» el Estado-nación para evitar depender de entidades transnacionales que no rinden cuentas a la población (como el Banco Central Europeo o la Unión Europea) (Griffiths, 2019, pp. 44-45).

Junto a este nacionalismo económico, el movimiento de Trump defendería una política de seguridad nacional que priorice los intereses estadounidenses (*America First*), lo que justifica demandar el aumento del gasto militar a los miembros de la OTAN, ya que, de acuerdo a Bannon, no puede recaer toda su carga sobre los tipos normales de Estados Unidos, además de que el gobierno de Trump debía aplicar su naturaleza populista y nacionalista, lo que explica que «ha llegado el momento en que dejemos de buscar ser un imperio. No somos un poder imperial, somos un poder revolucionario» (Griffiths, 2019, pp. 53-54). En este aspecto, el aislacionismo que la *alt-right* ha heredado del pensamiento paleoconservador es más que evidente (Rueda Toledano, 2021, p. 16).

En suma, Bannon entiende la sociedad como dividida entre gente normal y una élite político-económica (el «Partido de Davos»), en una imagen clásicamente populista, categoría, además, en la que se reconoce. Igualmente, la crisis de 2008 habría sido el momento en que esta división se agudiza, derivada de la alianza entre las grandes empresas y la clase política para salvarse a sí mismas, al tiempo que la carga económica recaía sobre la gente normal, terminando con su bienestar e impidiendo, entre otras cosas, que dispongan de capacidad de ahorro. En su narración de los acontecimientos hay rasgos claros del decadentismo y de una visión romántica e idealizada del pasado, pero siempre desde una perspectiva populista, en la que una élite corrupta traiciona al pueblo. Además, como reconoce el propio Bannon, su populismo está atado al nacionalismo, de modo que su objetivo político es recuperar la primacía de Estados Unidos en el mundo (de ahí surge el *Make America Great Again*), donde el bienestar de la gente normal es claramente secundario, pese a las apelaciones a ella¹³. Los medios que plantea para alcanzar este fin se centran en dos cuestiones: la «deconstrucción del Estado administrativo» (que consiste en la reducción del tamaño del ente público) y la política de seguridad de *America First* (que consiste en exigir una mayor participación económica de otros Estados en la OTAN). Con todo, estas ac-

13 Por ejemplo, se puede evidenciar en el recorte de impuestos a las corporaciones, del que Bannon dice que pretendía que volviesen al país los trabajos manufacturados, lo que sería la esencia del populismo (Griffiths, 2019, p. 15). Pese al giro argumental, está claro que los principales beneficiados de esa política son las grandes corporaciones y, solo subsidiariamente, podría reportar beneficios a esa «gente normal».

ciones solo son posibles tras todo el período de agitación metapolítica que precedió al triunfo de Trump. Esta estrategia, adoptada por la *alt-right* tras recuperar las ideas de la ND (Rueda Toledano, 2021, p. 17), fue puesta en práctica a través de los medios de comunicación que controlaban sus miembros, así como a través de internet y las redes sociales como una forma de diseminar sus ideas entre la población para facilitar la toma del poder político (Taylor, 2021). Es importante, en este aspecto, la utilización falsificada de la obra de Nietzsche por parte de Richard B. Spencer para dotar de contenido a la propuesta antidemocrática y racista (al menos en la facción Radix) de la *alt-right* y contribuir a la lucha cultural mediante la reapropiación de pensadores influyentes (Molas, 2022).

El diagnóstico de la *alt-right* está marcado por el decadentismo, al entender que Estados Unidos ha perdido su primacía en el mundo, entre otras cosas por la pérdida de dirección de la nación por la población blanca. El lema 'Make America Great Again' sería, entonces, 'Make America White Again' (Alejo, 2018, p. 198). El objetivo de Bannon pasa por frenar esta decadencia mediante el nativismo blanco, lo que se refleja en el nacionalismo que late detrás de todas las políticas que defiende, aunque utilice el populismo como mecanismo discursivo para disimular su reivindicación de un conflicto entre americanos blancos e inmigrantes no-blancos bajo el paraguas del conflicto «pueblo-élite». Los medios de acción de la *alt-right*, en línea con la ND, pasan por la agitación metapolítica como forma de prepararse para la toma del poder político. Una vez logrado esto, se observa que las reformas que defiende esta corriente son de tipo nacionalista autoritario (con la política de «America First») y neoliberal (con el «desmantelamiento del Estado administrativo»).

3.4. El conservadurismo radicalizado

Una fuente importante de la teoría política de la derecha radical contemporánea se encuentra en el conservadurismo radicalizado. Aquí destaca, especialmente, la figura de Roger Scruton, filósofo británico que es reiteradamente elogiado por Giorgia Meloni¹⁴, presidenta del Consejo de Ministros de Italia desde 2022, dirigente del partido de derecha radical Fratelli d'Italia (FdI) y presidenta del Partido de los Conservadores y Reformistas Europeos (ECR) desde 2020. También Santiago Abascal, líder de Vox, se ha acercado a esta figura, entre otras cosas prologando su libro *Filosofía verde* (Abascal, 2017). Otra figura destacable es la de Olavo de Carvalho (quien, por cierto, también elogia

14 Véase su libro *Io sono Giorgia. Le mie radici, le mie idee* (Meloni, 2021).

al filósofo británico)¹⁵, el pensador de cabecera de Jair Bolsonaro, ex presidente de Brasil, y otro ejemplo de conservadurismo radicalizado. Sus posturas no son idénticas, pero tienen una matriz y desarrollo comunes que permiten considerarlos parte de la misma corriente.

Respecto al diagnóstico que se ofrece de la situación actual, esta se caracteriza por el riesgo de que la civilización europea se disuelva, donde destacan la pérdida de la identidad nacional, de las fronteras y de la fe cristiana (Scruton, 2018, p. 24). Las fronteras se definen como resultado de las identidades nacionales y como fundamento de la democracia, siendo el factor que permite esta forma de gobierno. Por el contrario, la religión, cuando se sitúa por encima de la nacionalidad, supone una amenaza para el orden democrático. No obstante, más importante que las fronteras es la civilización que las crea, que en este caso es de raíces cristianas. Partiendo de la idea de Burke de la sociedad como asociación entre los muertos, los vivos y los que están por nacer, Scruton (2018, pp. 28-32) señala que esta da forma al «nosotros» que constituye a la comunidad, y sin el cual la comunidad no podría existir. De hecho, ese «nosotros» se forja con la identidad nacional, que se interpreta con un origen natural que da forma a agrupaciones mayores: «El Estado nación, como lo concebimos, es el subproducto de la vecindad humana, moldeado por la mano invisible de incontables acuerdos entre personas que hablan el mismo idioma y viven cerca» (Scruton, 2018, p. 39).

Este es el elemento que permite el apego a aquello que se ama (y el conservadurismo sería una filosofía del apego), pero también permite protegerse contra la decadencia. La entidad responsable de este proceso de decadencia y disolución de la civilización europea sería la Unión Europea (UE), que se entiende como el resultado de una conspiración que representa los intereses laboristas e izquierdistas. Es una amenaza exterior (UE) e interior (izquierdismo) en tanto desarrolla una «cultura del rechazo» contra el Estado-nación y la idea nacional, mientras que el conservadurismo los defiende, es una «cultura de la afirmación» (Scruton, 2018, p. 44).

Esta denuncia a las entidades supranacionales la realiza también Olavo de Carvalho al señalar a la élite financiera occidental como el actor internacional más cercano a sus objetivos, actuando por encima de los Estados y subyugando a las naciones, incluso a aquellas que domina, como Estados Unidos, principal víctima del proyecto globalista con el que colaboran Rusia y China. Se trataría de «el Consorcio», toda una «élite globalista» de capitalistas y ban-

15 Véase Olavo de Carvalho (2011, 21 septiembre).

queros internacionales con existencia durante más de un siglo cuyo objetivo es instaurar una dictadura socialista mundial. No obstante, este socialismo es un proceso, pues nunca se alcanza el Estado socialista, sino que se instituye un Estado socializante que se aproxima al socialismo asintóticamente, haciendo quebrar a las pequeñas empresas en beneficio de las grandes corporaciones. Es un proceso de centralización del poder económico que nunca estatiza los medios de producción, por lo que hay una alianza entre grandes capitalistas y el Consorcio, protegiendo a los primeros con una burocracia estatal y de una estatización definitiva de los medios de producción (Dugin y Carvalho, 2012, pp. 47-52).

En la UE, Scruton también ve una forma de socialismo, modelo que entendería al Estado como una figura paternal que debe rescatar a la gente de la pobreza, para lo cual ejerce un control sobre las relaciones económicas de los individuos, bajo la idea de que todos los seres humanos son iguales. Esta acción política habría creado una clase de dependientes permanentes de las ayudas sociales, las cuales se emiten sin límite presupuestario, lo que hipoteca a las generaciones futuras y rompe con el pacto generacional burkeano. Además, la definición de la pobreza como un fenómeno relativo sería un intento de perpetuar «la gran ilusión socialista» de que «los pobres son pobres porque los ricos son ricos» y que «la pobreza se cura solo con la igualdad, no con la riqueza» (Scruton, 2018, p. 48). Esta definición produce que la pobreza nunca desaparecerá, ya que hay desigualdades naturales, las cuales son la base de la existencia de personas con más ingresos. La solución a las desigualdades estaría en que los ricos fuesen conscientes de su éxito y de la existencia de desigualdad, de modo que hagan donaciones o creen empresas, compartiendo con los demás su éxito. Esto no es más que la teoría del efecto goteo que han utilizado los defensores del neoliberalismo, pese a no existir ninguna evidencia que la corrobore. De acuerdo con Scruton (2018, p. 63), el capitalismo global es una forma de bandolerismo en el que se transfieren los costes de las generaciones presentes a las futuras, de modo que no es un ejemplo de libre mercado. Contra la globalización, Scruton se hace eco de la cuestión medioambiental, mostrando que el conservadurismo no debería obviar la responsabilidad de las empresas multinacionales, pero señala que este problema ha sido falseado por la ONU, la UE y el TEDH para socavar la soberanía de los Estados nacionales (Scruton, 2018, p. 98).

Otro fenómeno que advierte Scruton es la «inflación de derechos», que bajo la búsqueda de «empoderamiento» ha provocado el aumento de los conflictos. Además, esto transfiere la carga moral al Estado, lo que incrementa su poder, situándolo de una de las partes de las disputas, produciendo «una declaración

de guerra contra la cultura mayoritaria» (Scruton, 2018, p. 76). En este sentido, el multiculturalismo se rechaza, pues es una «cultura cívica» que nace con la Ilustración y que libera la pertenencia social de la religión, los lazos raciales, los lazos étnicos, los vínculos de parentesco y de las costumbres, lo que ha facilitado la emigración hacia Europa occidental, que solo exige que se adopte una «cultura cívica». No obstante, aunque la pertenencia social sería prepolítica (por costumbres, territorio, historia, etc.), las obligaciones hacia la nación y el Estado admiten ahora a personas ajenas a la comunidad. En nombre de este multiculturalismo se habrían marginado las costumbres occidentales, bajo la bandera de la corrección política (Scruton, 2018, pp. 78-79). El resultado es que en las instituciones educativas ya no se enseña a creer en la divinidad y el logro histórico, sino en la igualdad e inclusión, con el objetivo de sustituir a una comunidad (occidental) por otra. Otra amenaza a la civilización europea la ubica en los ataques a la familia (entendida como madre, padre e hijos), ya que es la encargada de la educación moral una vez la religión ha perdido importancia. Esta pérdida de importancia comienza con la Ilustración y provoca perder la experiencia del hogar (y, por tanto, de los vínculos tradicionales). Siguiendo a René Guénon, Olavo de Carvalho señala que Occidente es «la vanguardia de la decadencia» (Dugin y Carvalho, 2012, p. 98).

Los conservadores serían una resistencia a este proceso y su objetivo es conservar cosas buenas que han sido heredadas colectivamente, como la oportunidad de vivir de acuerdo a las pautas de uno mismo, la seguridad de una ley imparcial, la protección del entorno, la cultura abierta de las instituciones educativas y los procesos democráticos. Todo esto, sin embargo, estaría amenazado (Scruton, 2018, p. 12). La intervención estatal es uno de los elementos de la amenaza, ya que estaría destruyendo el orden moral, lo que provoca, a su vez, que las restricciones espontáneas y necesarias al mercado (las costumbres, la moral) estén desapareciendo, aumentando los riesgos del libre mercado. Por ello, aunque todos los conservadores creen en la propiedad privada, muchos no han atendido a sus abusos, de forma que el mercado debe regularse por una ley imparcial para continuar como un mecanismo socialmente beneficioso (Scruton, 2018, p. 61).

En el caso de Olavo de Carvalho, el ideal al que dirigirse es Estados Unidos que, por sus valores cristianos, canaliza la libertad de conciencia frente al ataque del globalismo, lo que hace de aquel país el pueblo que más contribuye a la caridad, superando incluso la ayuda económica gubernamental, y el que más donaciones y más niños huérfanos adopta. Respecto a su política estatal, señala que son el único país que reconstruye la economía del derrotado en la guerra, no se limitan a dar dinero a los pobres, sino que les ofrecen trabajo

y cuenta con contribuciones caritativas de financieros e industriales. Lo que valora Olavo de Carvalho es toda una actividad comunitaria fundada sobre la libertad del individuo, que es el modo de vida del nacionalismo conservador americano de raíz cristiana. Por ello, el globalismo actúa contra el cristianismo (católico o protestante), la América nacionalista y el Estado de Israel (que habría mantenido también estos valores) (Dugin y Carvalho, 2012, p. 54). Occidente, además, debe recuperar el espíritu guerrero, que se halla en el calvario cristiano de la Edad Media, en la conquista de América y en la occidentalización del mundo (Dugin y Carvalho, 2012, pp. 110-111).

A su vez, la propuesta conservadora demanda, frente al intento de ruptura con el pasado de la Ilustración y para garantizar el orden político, «unidad cultural, algo que la política por sí misma nunca puede proporcionar» (Scruton, 2018, p. 78). De esta forma, el internacionalismo se rechaza, así como los intentos de controlar la legislación y el gobierno de un país desde más allá de sus fronteras, porque para tener una política de compromiso, es necesario el «nosotros» de tipo nacional. La unidad cultural solo se verifica políticamente con la soberanía estatal. Además, en tanto las tradiciones surgen de las interacciones que realiza la gente en sus horas de ocio, estas surgen espontáneamente derivadas de relaciones de amor, respeto y responsabilidad, es decir, de la libre asociación, la cual, según Scruton (2018, p. 112), lleva a la discriminación, pero «la discriminación solo es inaceptable si es injusta en algún sentido», por lo que «suponer que una institución es injusta simplemente porque confiere a sus miembros ventajas que no confiere a otros es, en la práctica, condenar toda libre asociación y defender un Estado totalitario». Por tanto, para evitar este «Estado totalitario», debe permitirse la libre asociación de los individuos, lo cual requiere mantener las tradiciones y el amor a la belleza en las nuevas generaciones.

Los medios que se plantean para cumplir el objetivo conservador (evitar que todo lo que da forma y sentido a la civilización europea desaparezca) pasan por frenar la intervención del Estado, por ejemplo, limitando los derechos a unos mínimos (vida, integridad física y libertad para perseguir objetivos sin interferencias) e impidiendo las «nuevas ideas sobre derechos humanos» (Scruton, 2018, p. 73). Igualmente, en la cuestión medioambiental, la propuesta pasa por remitir a los individuos la responsabilidad de ajustar sus demandas, siempre bajo la consigna «siente localmente, piensa nacionalmente» (Scruton, 2018, p. 90). Además, asumida la inevitabilidad, por natural, de la economía de mercado, Scruton apuesta por evitar que entren en su esfera cosas que no deben venderse (amor, sexo, belleza y comunidad). Igualmente, recomienda apostar por pequeñas iniciativas donde existan vínculos locales,

lo que equilibrará de nuevo el mercado y evitaría la catástrofe ecológica. La mercantilización de la vida tiene que ser disciplinada (Scruton, 2018, p. 64).

Otra herramienta para conservar aquello que define el ideal conservador es la soberanía nacional, la cual permite determinar quién reside dentro de las fronteras, quién controla el patrimonio y quién puede ser ciudadano. La defensa de la soberanía es la condición para mantener la paz y evitar la llegada de yihadistas, ya que se podría denegar la ciudadanía a quien resulte una amenaza para la paz. En este sentido, fortalecer el sentimiento patriótico es la garantía de la soberanía nacional, ya que «El verdadero ciudadano está presto a defender su país en la hora de necesidad y ve su institución militar como una expresión del profundo apego que mantiene las cosas en su sitio» (Scruton, 2018, p. 120).

La reforma más necesaria para los conservadores es la de, como los Amish, establecer sus propios colegios, contratar a profesores con verdaderos conocimientos y llegar a acuerdos libres y vinculantes con los padres. Esto se define como permitir instituciones autónomas que administren la herencia de las personas y eviten que la capturen sus enemigos (quienes quieren la escolarización estatal generalizada) (Scruton, 2018, p. 153).

Una situación, de nuevo, decadente, de amenaza a la civilización occidental, es la que forja el diagnóstico de esta corriente que ha influido tan decisivamente en la derecha radical actual. Aquí, como en la *alt-right*, la decadencia tiene en la élite un culpable claro, en este caso por socavar las identidades nacionales, las fronteras y las raíces cristianas de la civilización occidental. El Consorcio o la UE son, para Scruton y Olavo de Carvalho, la forma del socialismo en la actualidad, lo que evidencia el profundo antiestatismo y anticomunismo de este conservadurismo radicalizado, al observar en cada intervención estatal en la sociedad una revitalización de la amenaza del Estado totalitario de tipo socialista.

El ideal al que se dirige este conservadurismo, a diferencia de la ND, por ejemplo, es más a uno en el que se evita la decadencia, más que a un renacimiento europeo. Esto pasa por una sociedad que mantenga el libre mercado, permita los valores comunitarios de raíz cristiana y alcance una unidad cultural que pueda dotar de orden político y servir de resistencia al multiculturalismo. Scruton, para aproximarse a esta situación, ofrece algunas reformas, como el impulso al sentimiento patriótico, el ejercicio en clave excluyente de la soberanía nacional, la limitación de derechos, la consagración del libre mercado y la fundación de escuelas propias donde inculcar el pensamiento conservador.

El camino para alcanzar (o recuperar) esta situación apenas es pensado por Olavo de Carvalho, quien considera al globalismo invencible y a sus resistencias (Estado de Israel, comunidades cristianas y nacionalismo americano) a punto de perecer. No obstante, para el caso brasileño promovió una ofensiva derechista en la lucha cultural, marcado por un proceso de criminalización de la izquierda brasileña y de demonizar a Antonio Gramsci, quien habría sido decisivo para organizar la hegemonía cultural de la izquierda, aspecto que la dictadura brasileña no abordó, lo que, según Olavo de Carvalho, los hace responsables del avance izquierdista posterior (Burgos, 2019, pp. 159-160). La representación de esta ofensiva cultural estaría en «Brasil Paralelo», una productora cinematográfica con miembros de la familia de Bolsonaro y de Olavo de Carvalho entre sus altavoces, marcada por un negacionismo revisionista de la historia brasileña para suavizar la crítica a la dictadura brasileña, demonizar a los políticos de izquierda y la divulgación de la construcción de la sociedad brasileña como parte de la «Cruzada» de la civilización occidental (Rocha-Vasconcelos, 2021, pp. 14-16).

4. Conclusiones: La teoría política de la derecha radical

El examen de los referentes culturales de la derecha radical contemporánea a través de cuatro corrientes (ND, neotradicionalismo, *alt-right* y conservadurismo radicalizado) permite conocer la teoría política detrás de esta ideología. Asimismo, la mayor o menor influencia de una u otra corriente en un partido de derecha radical concreto está relacionada con la posición adoptada por este en las disputas en el interior de esta ideología (neoliberalismo autoritario o social-identitarismo).

Como primera conclusión, resulta claro que la influencia principal en la teoría política de la derecha radical es la ejercida por la ND. La presencia de sus elementos ideológicos en los partidos de derecha radical es amplia (Simón Gómez, 2007), al tiempo que ha influido sobre las otras corrientes estudiadas (en el neotradicionalismo de Dugin, en la *alt-right* y, en menor medida, en el conservadurismo radicalizado). Una segunda conclusión es la de que la influencia de estas corrientes ha sido desigual entre la derecha radical. Territorialmente, la *alt-right* ha tenido influencia especialmente en Estados Unidos, mientras que el conservadurismo radicalizado en Europa y Brasil. El neotradicionalismo, por su parte, es la que menos influencia ha ejercido globalmente, pero aun así ha contribuido a complementar la ideología de la derecha radical, especialmente en Rusia o Turquía.

Con respecto a la teoría política de la derecha radical, esquematizando sus posiciones en torno al diagnóstico de la sociedad, los objetivos que plantean y los medios a los que recurren, se tiene:

- *Un diagnóstico decadentista.* La derecha radical contemporánea parte de entender el mundo como amenazado por la degeneración (algo que habría empezado con la Ilustración), donde el igualitarismo es la principal desgracia que enfrenta la sociedad. El despliegue de una «ideología de lo mismo», en palabras de Benoist, estaría socavando la naturaleza humana, jerárquica y apegada a los valores tradicionales. El multiculturalismo es la forma más avanzada del igualitarismo, ya que está acabando con las identidades nacionales, sustituyendo la civilización occidental por una musulmana, lo que, inevitablemente, genera un conflicto violento entre etnias. La familia heteronormativa es víctima también de estos ataques, ya que representa la educación en valores cristianos. Los responsables de esta decadencia serían los miembros de la élite global, que preocupados únicamente por sus intereses económicos habrían autorizado a la pérdida de soberanía de los Estados-nación.
- *Unos objetivos etnonacionalistas.* El objetivo principal de la derecha radical es enfrentar esta decadencia, poniendo como protagonista de la acción a las comunidades étnicamente homogéneas. Las reivindicaciones nacionalistas siguen siendo claves, pero, en lugar de actuar los Estados de forma aislada, se apuesta por la actuación de Occidente, Europa o la población blanca en un intento de conformar sociedades donde reine el «derecho a la diferencia», es decir, donde cada comunidad étnica esté territorialmente ubicada (cada etnia es superior en su territorio) y no mezclada con otras, única forma de preservar las identidades nacionales y de establecer una «unidad cultural». Los objetivos nacionalistas se vinculan con objetivos contrarios a la redistribución económica, en tanto paradigma del igualitarismo.
- *Una estrategia metapolítica y reformista.* La receta de la derecha radical para librar a Occidente de la degeneración es un combate que puede dividirse en dos partes: una anterior a la toma del poder político y otra en el poder político. En la primera se optaría por una estrategia metapolítica, mediante la cual se interviene en la lucha cultural, entendiendo que solo tras alcanzar la hegemonía cultural se puede tomar el poder político (en una lectura bastante libre de Antonio Gramsci). En la segunda se optaría por una estrategia reformista, orientada a aplicar medidas desde el Estado que, progresivamente, vayan realizando el ideal de co-

munidad étnicamente homogéneo al que se aspira (con restricciones a la inmigración, por ejemplo), así como medidas neoliberales para contrarrestar el igualitarismo y el despliegue de un programa autoritario para socavar el contenido democrático de las instituciones.

El marco descriptivo de la ND es la clave de la teoría política de la derecha radical contemporánea, pero las otras corrientes han influido en modificar su intensidad en determinados aspectos. El neotradicionalismo evoliano y de Dugin, por ejemplo, se ha conjugado con la corriente social-identitaria para plantear como principal enemigo a Estados Unidos, mientras que el conservadurismo radicalizado de Scruton y Olavo de Carvalho ha hecho lo contrario, situando a los neoliberales autoritarios del lado americano a partir de un profundo anticomunismo (si bien compartido por todas estas corrientes, particularmente explícito en esta). En esta línea, el antiliberalismo y anticristianismo exhibido por la ND es exacerbado por el neotradicionalismo, pero relajado (en el caso del antiliberalismo) y negado (en el caso del anticristianismo) por la *alt-right* de Bannon y el conservadurismo radicalizado. La *alt-right*, por su parte, ha profundizado la agitación metapolítica propia de la ND mediante su actuación a través de internet y de las redes sociales, además de, con el gobierno de Donald Trump, mostrar un camino de reformas posible (neoliberales, autoritarias y nativistas) para alcanzar el ideal social al que aspira este movimiento político.

De acuerdo con Bühr (1999), se puede sostener que la teoría política de la derecha radical parte de la tríada «identidad, desigualdad y beligerancia». La derecha radical está atravesada por el fetichismo de la identidad colectiva, en este caso, la identidad nacional, de modo que entiende a las naciones como elementos (y no relaciones sociales) sagrados y con existencia eterna; por la exaltación de la desigualdad como categoría ontológica y axiológica fundamental; y la afirmación de una condición combativa de la vida, de forma que se glorifica el combate como forma de alcanzar el bien. El combate (metapolítico) conduce, para la derecha radical, a instaurar una sociedad jerárquica fundada sobre las desigualdades de las personas y étnicamente homogénea, donde la identidad nacional es fetichizada como el rasgo diferencial de la existencia y que da forma a los humanos mismos, de forma que esta debe erigirse como dominante en su territorio. El fetiche de la identidad colectiva conlleva al fetiche del Estado como ente que representa a la comunidad étnica y que realiza su misión.

Estos elementos se repiten en los discursos ultraderechistas respecto al fascismo clásico. Cabe notar que, aunque la derecha radical ha evolucionado has-

ta ser un movimiento político diferenciado de aquel, su núcleo ideológico es común, lo que muestra los vínculos entre ambos. De esta forma, la continuidad entre el fascismo y la derecha radical se resume en anti-ilustración, socialdarwinismo (en tanto la naturaleza humana se caracteriza por la agresividad, la jerarquía, la desigualdad y la territorialidad), ultranacionalismo anti-universalista, diagnóstico centrado en la decadencia de la comunidad nacional, promoción de una palingenesia de la comunidad, concepción de una unión armónica de la sociedad (por encima de partidos, ideologías, etc.), anti-liberalismo y aceptación del modo de producción capitalista. Todos los cambios que plantean tanto el fascismo como la derecha radical remiten a los ámbitos políticos y culturales, sin cuestionar las relaciones sociales de producción (Antón-Mellón, 2012, pp. 255-257). La teoría política de la derecha radical, por tanto, se postula contra la Ilustración y su lema de Libertad, Igualdad y Fraternidad. Frente a ella, levanta la bandera de la Reacción: Sumisión, Jerarquía, Patria.

REFERENCIAS

- Abascal, S. (2017). Prólogo. En R. Scruton, *Filosofía verde. Cómo reflexionar seriamente sobre el planeta* (pp. 9-13). Madrid: Homo Legens.
- Alejo, A. (2018). «Make America Great Again»: ¿expresión de un nativismo blanco contemporáneo? *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, 119, 185-207. <https://doi.org/10.24241/rcai.2018.119.2.185>
- Alexander, J. C. (2018). Raging against the enlightenment: the ideology of Steve Bannon. En J. L. Mast y C. J. Alexander (eds.), *Politics of Meaning/Meaning of Politics* (pp. 137-148). Londres: Palgrave MacMillan. https://doi.org/10.1007/978-3-319-95945-0_8
- Anderson, P. (2012). *El nuevo viejo mundo*. Madrid: Akal.
- Antón-Mellón, J. (2002). El neopopulismo en Europa Occidental: parámetros doctrinales y esquemas ideológicos. En J. Antón-Mellón (coord.), *Orden, jerarquía y comunidad. Fascismos, dictaduras y postfascismos en la Europa contemporánea* (pp. 277-301). Madrid: Tecnos.
- Antón-Mellón, J. (2007). Julius Evola (1898-1974). Ideólogo de la derecha radical europea contemporánea. En M. Á. Simón Gómez (ed.), *La extrema derecha en Europa desde 1945 hasta nuestros días* (pp. 205-222). Madrid: Tecnos.
- Antón-Mellón, J. (2011). El eterno retorno. ¿Son fascistas las ideas-fuerza de la Nueva Derecha Europea (ND)? *Foro Interno*, 11, 69-92. https://doi.org/10.5209/rev_FOIN.2011.v11.37009
- Antón-Mellón, J. (2012). La sangre vale más que el oro. ¿Son fascistas las ideas-fuerza de la Nueva Derecha Europea? En J. Antón-Mellón (coord.), *El fascismo clásico (1919-1945) y sus epígonos* (pp. 237-262). Madrid: Tecnos.
- Bar-On, T. (2001). The ambiguities of the *Nouvelle Droite*, 1968-1999. *The European Legacy*, 6(3), 333-351. <https://doi.org/10.1080/10848770120051349>
- Bar-On, T. (2013). Fascism to the Nouvelle Droite. The quest for pan-European empire. En A. Mammone, E. Godin & B. Jenkins (eds.), *Varieties of right-wing extremism in Europe* (pp. 69-84). Londres: Routledge.
- Benoist, A. (2020). *Contra el liberalismo*. Madrid: Ediciones Insólitas.
- Benoist, A. (2022, 3 septiembre). Alain de Benoist: «El eurasismo de Dugin es incompatible con el nacionalismo». *Extramuros*. https://extramurosrevista.com/alain-de-benoist-el-eurasismo-de-dugin-es-incompatible-con-el-nacionalismo/?utm_source=rss&utm_medium=rss&utm_campaign=alain-de-benoist-el-eurasismo-de-dugin-es-incompatible-con-el-nacionalismo
- Benoist, A. (s.a.). El error del liberalismo. *Elementos de Metapolítica para una Civilización Europea*, 28, 26-29.
- Benoist, A. (s.a.). Antonio Gramsci, marxista independiente. *Elementos de Metapolítica para una Civilización Europea*, 40, 4-8. <https://archive.org/details/elementos-de-metapolitica-para-una-civilizacion-europea/page/n40>

tos_201907/40.%20ELEMENTOS%20ANTONIO%20GRAMSCI%20Y%20EL%20PODER%20CULTURAL.%20POR%20UN%20GRAMCISMO%20DE%20DERECHA/page/n1/mode/2up

Benoist, A. (s.a.). Identidad y diferencia. *Elementos de Metapolítica para una Civilización Europea*, 47, 3-10. https://archive.org/details/elementos_201907/47.%20%20Elementos%20ELOGIO%20DE%20LA%20DIFERENCIA-DIFERENCIALISMO%20versus%20RACISMO/page/n1/mode/2up

Benoist, A., y Faye, G. (1986). *Las ideas de la Nueva Derecha: una respuesta al colonialismo cultural*. Barcelona: Ediciones de Nuevo Arte Thor.

Betz, H. G. (1994). *Radical right-wing populism in Western Europe*. Nueva York: Macmillan.

Betz, H. G. (2017). El nativismo y el éxito de la movilización populista. *Revista Internacional de Pensamiento Político*, 12, 169-188. <http://hdl.handle.net/10272/14960>

Betz, H. G. (2021). Forty years of radical right-wing populism: an assessment. En G. Pereyra Doval & G. Souroujon (Eds.), *Global resurgence of the right. Conceptual and regional perspectives*. Londres: Routledge.

Bihl, A. (1999). *L'actualité d'un archaïsme. La pensée d'extrême droite et la crise de la modernité*. Lausana: Editions Page deux.

Bonfeld, W. (2015). Crisis, free economy and strong State: on ordoliberalism. *European Review of International Studies*, 2(3), 5-14. <https://doi.org/10.1080/13563467.2012.656082>

Bonnett, K., Bromley, S., Jessop, B., y Ling, T. (1984). Authoritarian Populism, Two Nations, and Thatcherism. *New Left Review*, 147, 32-60.

Burgos, R. (2019). La derecha y Gramsci: demonización y disputa de la teoría de la hegemonía. En AA.VV. *Gramsci. La teoría de la hegemonía y las transformaciones recientes en América Latina* (pp. 145-187). Actas del Simposio Internacional de Asunción, Centro de Estudios y Educación Popular Germinal, Asunción, Paraguay.

Burke, E. (1984). Reflexiones sobre la Revolución Francesa. En E. Burke, *Textos Políticos* (pp. 41-258). Fondo de Cultura Económica.

Carvalho, O. (2011, 21 septiembre). Até que enfim. *Olavo de Carvalho Website Oficial*. <https://olavodecarvalho.org/ate-que-enfim/>

Dugin, A. (s.a.). Metafísica del nacional-bolchevismo. *Elementos de Metapolítica para una Civilización Europea*, 8, 44-57. https://archive.org/details/elementos_201907/08.%20ELEMENTOS%20ernst%20niekisch/mode/2up

Dugin, A., y Carvalho, O. (2012). *Os EUA e a nova ordem mundial. Um debate entre Alexandre Dugin e Olavo de Carvalho*. Campinas: Vide Editorial.

Eatwell, R. (2004). Introduction: the new extreme right challenge. En R. Eatwell & C. Mudde (ed.), *Western democracies and the new extreme right challenge* (pp. 1-16). Londres: Routledge.

- Eatwell, R., y Goodwin, M. (2019). *Nacionalpopulismo. Por qué está triunfando y de qué forma es un reto para la democracia*. Barcelona: Ediciones Península.
- Evola, J. (1984). *Les hommes au milieu des ruines*. Francia: Pardès.
- Evola, J. (1987). *Cabargar el tigre*. Barcelona: Ediciones de Nuevo Arte Thor.
- Faye, G. (2017). *El arqueofuturismo*. Recuperado de: https://kupdf.net/download/guillaume-faye-el-arqueofuturismopdf_59d031fa08bbc5476268704a_pdf
- Faye, G. (s.a.). La colonización de Europa. Reconquista: ¿una sinfonía española? *Elementos de Metapolítica para una Civilización Europea*, 9, 3-5. https://archive.org/details/elementos_201907/09.%20ELEMENTOS%20EU%20y%20el%20Islam/page/n1/mode/2up
- Ferraresi, F. (1987). Julius Evola: tradition, reaction and the Radical Right. *European Journal of Sociology*, 28(1), 107-151. <https://doi.org/10.1017/S0003975600005415>
- Forti, S. (2021). *Extrema derecha 2.0. Qué es y cómo combatirla*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Gellner, E. (2001). *Naciones y nacionalismos*. Madrid: Alianza Editorial.
- Gentile, E. (2002). El Fascismo italiano. En J. Antón-Mellón (coord.), *Orden, jerarquía y comunidad. Fascismos, dictaduras y postfascismos en la Europa contemporánea* (pp. 77-102). Madrid: Tecnos.
- Griffin, R. (2000). Interregnum or end game? The radical right in the 'post-fascist' era. *Journal of Political Ideologies*, 5(2), 163-178. <https://doi.org/10.1080/713682938>
- Griffin, R. (2007). *Plus ça change!* El pedigrí fascista de la Nueva Derecha. En M. Á. Simón Gómez (ed.), *La extrema derecha en Europa desde 1945 a nuestros días* (pp. 67-103). Madrid: Tecnos.
- Griffin, R. (2019). *Fascismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Griffiths, R. (Ed.). (2019). *The rise of populism. Stephen K. Bannon vs. David Frum. The Munk Debates*. Canadá: House of Anansi Press.
- Hall, S. (1980). Popular-Democratic vs Authoritarian Populism. En A. Hunt (ed.), *Marxism and Democracy* (pp. 157-180). Londres: Lawrence & Wishart.
- Hernández-Carr, A. (2011). La derecha radical populista en Europa: discurso, electorado y explicaciones. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 136, 141-160. <https://www.ingentaconnect.com/contentone/cis/reis/2011/00000136/00000001/art00007?crawler=true&mimetype=application/pdf>
- Ignazi, P. (1992). The silent counter-revolution: Hypothesis on the emergence of extreme right-wing parties in Europe. *European Journal of Political Research*, 22, 3-34. <https://doi.org/10.1111/j.1475-6765.1992.tb00303.x>
- Jara Townsend, G. (2020). Una antigua y nueva derecha: Dugin y Fusaro. *Antagonismos*, 1(1), 161-196.
- Lerín Ibarra, D. (2019). La nueva derecha radical como reto a la gobernanza y a la

calidad de la democracia. *Cuadernos de Gobierno y Administración Pública*, 6(2), 93-116. <https://doi.org/10.5209/cgap.65912>

Meilán Pena, Y. (2022). El neopaganismo en Alain de Benoist: análisis de una reestructuración ideológica de la derecha radical europea. *Política y Sociedad*, 60(1), 1-12. <https://dx.doi.org/10.5209/poso.79050>

Meloni, G. (2021). *Io sono Giorgia. Le mie radici, le mie idee*. Italia: Rizzoli Libri.

Molas, B. (2022). «Con suerte, llegará el día de Nietzsche»: las raíces iliberales de la Alt-Right. *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, 132, 73-92. <https://doi.org/10.24241/rcai.2022.132.3.71>

Mudde, C. (2000). *The ideology of the extreme right*. Manchester: Manchester University Press.

Mudde, C. (2007). *Populist Radical Right Parties in Europe*. Cambridge: Cambridge University Press.

Mudde, C. (2021). *La ultraderecha hoy*. Barcelona: Paidós.

Norris, P. (2005). *Radical Right. Voters and Parties in the Electoral Market*. Cambridge: Cambridge University Press.

Norris, P., e Inglehart, R. (2019). *Cultural Backlash. Trump, Brexit and Authoritarian Populism*. Cambridge: Cambridge University Press.

Paxton, R. O. (2019). *Anatomía del fascismo*. Madrid: Capitán Swing.

Poulantzas, N. (2016). *Estado, poder y socialismo*. Madrid: Siglo XXI Editores.

Ramas San Miguel, C. (2019). Social-identitarios y neoliberales autoritarios: dos corrientes en la nueva Internacional Reaccionaria. En A. Guamán, A. Aragonese y S. Martín (dirs.), *Neofascismo. La bestia neoliberal* (pp. 73-87). Madrid: Siglo XXI Editores.

Reguera Mateo, M. (2017). La ideología de la Alt Right: Orígenes, pensadores e ideas de la nueva extrema derecha estadounidense. En AA.VV. *La Fortaleza de Europa: vallas y puentes*. XIII Congreso de la Asociación Española de Ciencia Política y de la Administración, Santiago de Compostela, España. <https://aecpa.es/files/view/pdf/congress-papers/13-0/1462/>

Rocha-Vasconcelos, F. T. (2021). A «guerra cultural» neofascista no Brasil: entre o neoliberalismo e o nacional-bolchevismo. *Morrinhos*, 10(2), 1-28. <https://www.revista.ueg.br/index.php/revistahistoria/article/view/11549/8420>

Rodríguez Jiménez, J. L. (2006). De la vieja a la nueva extrema derecha (pasando por la fascinación por el fascismo). *Historia Actual Online*, 9, 87-99. <https://doi.org/10.36132/hao.v0i9.138>

Rueda Toledano, D. (2021). Los fundamentos ideológicos de la Alt-Right: del paleoconservadurismo a la fascistización. *Encrucijadas*, 21(2), 1-28. <https://recyt.fecyt.es/index.php/encrucijadas/article/view/81470>

Rydgren, J. (2017). Radical right-wing parties in Europe. What's populism got to

- do with it? *Journal of Languages and Politics*, 16(4), 485-496. <https://doi.org/10.1075/jlp.17024.ryd>
- Rydgren, J. (2018). The radical right. An introduction. En J. Rydgren (ed.), *The Oxford Handbook of the Radical Right* (pp. 23-35). Oxford: Oxford University Press.
- Sanromán, D. L. (2008). *La Nueva Derecha. Cuarenta años de agitación metapolítica*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Scruton, R. (2018). *Cómo ser conservador*. Madrid: Homo Legens.
- Sheehan, T. (1981). Myth and violence: the fascism of Julius Evola y Alain de Benoist. *Social Research*, 48(1), 45-73.
- Shekhovtsov, A. (2015). Alexander Dugin and the West European New Right, 1989-1994. En M. Laruelle (ed.), *Eurasianism and the European Far Right: Reshaping the Europe-Russia Relationship* (pp. 35-53). Lexington: Lexington Books.
- Simón Gómez, M. Á. (2007). El decadentismo en la derecha radical contemporánea. *Política y Sociedad*, 44(1), 175-198. <https://revistas.ucm.es/index.php/POSO/article/view/POSO0707130175A/22402>
- Smith, A. D. (2010). *Nationalism. Theory, Ideology, History*. Cambridge: Polity Press.
- Spektorowski, A. (2003). The New Right: Ethno-regionalism, ethno-pluralism and the emergence of a neo-fascist 'Third Way'. *Journal of Political Ideologies*, 8(1), 111-130. <https://doi.org/10.1080/13569310306084>
- Taguieff, P. A. (1993). From race to culture: The New Right's view of European identity. *Telos*, 1993(98-99), 99-125. <https://doi.org/10.3817/0393099099>
- Taylor, B. (2021). Alt-Right. En Z. A. Casey (ed.), *Encyclopedia of Critical Whiteness Studies in Education* (pp. 15-22). Brill. https://doi.org/10.1163/97890044444836_003
- Taylor, J. (2016, 11 octubre). What is the Alt Right? *American Renaissance*. <https://www.amren.com/news/2016/10/what-is-the-alt-right-jared-taylor/>
- Tévanian, P., y Tissot, S. (2002). *Dictionnaire de la Lépenisation dels esprits*. París: L'Esprit Frappeur.
- Traverso, E. (2018). *Las nuevas caras de la derecha*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Von Beyme, K. (1988). Right-wing extremism in post-war Europe. *West European Politics*, 11(2), 1-18. <https://doi.org/10.1080/01402388808424678>
- Wood, N. (1978). The social history of political theory. *Political Theory*, 6(3), 345-367. <https://doi.org/10.1177/009059177800600306>
- Zakaria, F. (1997). The Rise of Illiberal Democracy. *Foreign Affairs*, 76(6), 22-43. <https://doi.org/10.2307/20048274>

Los enemigos de la democracia

Germán Carrillo García

Universidad de Granada

España

Resumen: Este ensayo pretende reexaminar y en cierto modo aspira a revitalizar el inagotable debate sobre la crisis de las democracias contemporáneas. La tesis fundamental es que las teorías de la crisis en general y las de la democracia en particular, desde las ya clásicas de Frankfurt hasta ciertas corrientes neomarxistas y poskeynesianas, han subestimado como fuerzas socialmente estratégicas a la tríada capital, capitalistas y mercado (y su dinámica expansiva virtualmente ilimitada), al mismo tiempo que han confiado excesivamente en la capacidad política de gobernabilidad del Estado normativo y de las instituciones supranacionales (relativizando, de paso, el *tour de force* que existe entre ambos niveles de gobierno). La ciencia política y la sociología predominantes continúan, por regla general, paralizadas en incalculables intentos de modelizar las preferencias de los electores y de los partidos, y en subrayar encarecidamente las «guerras culturales» en los campos de batalla políticos, ensombreciendo, de ese modo, los contingentes vínculos y las contradicciones históricas que hay entre el mundo de las ideas, las sensibilidades individuales y colectivas y las relaciones económicas. El liberalismo «moderado» y cosmopolita del procónsul de Washington, Francis Fukuyama, sigue dominando el discurso público de un amplio espectro político. Para este politólogo, mientras que en las democracias capitalistas el incrementalismo del resentimiento y la furia social se debe al frustrado anhelo de reconocimiento y a un sentido de humillación de la ciudadanía política, en el resto del mundo, los gobiernos autoritarios y el «imperialismo rojo» continúan frenando el lógico desarrollo de la democracia liberal. Se concluye con cuatro ideas generales que desentonan con este discurso político dominante; primero, el malestar de las instituciones democráticas y de la democracia en general es el resultado de una decadencia global de las sociedades posindustriales; segundo, el ascenso meteórico y ecuménico de partidos políticos de extrema derecha, chovinistas y xenófobos (los émulos de la democracia liberal) no es un accidente de la historia, su origen arqueológico debe buscarse entre los restos de ruinas sociales que ha dejado a su paso el terremoto neoliberal. Tercero, las condiciones de inestabilidad e incertidumbre de la década de 1970, iniciadas en Estados Unidos y pronto extendidas por todo el mundo, crearon las condiciones subyacentes objetivas para que las fuerzas subjetivas de las ideas neoliberales fueran capaces de influir directamente sobre el conjunto de la sociedad. La «democracia del consumidor» de von Mises y la «justicia de mercado» de Hayek, tan extraordinariamente dominantes en el mundo actual, eran ideas demasiado secas, demasiado impenetrables, que requerían ser destiladas y mezcladas

DOI: <https://doi.org/10.6018/reg.576071>

<https://revistas.um.es/reg>

ISSN electrónico: 2697-0511

apelando a valores tradicionales tales como la religión, la familia o el nacionalismo, con el fin de penetrar y cubrir los niveles inferiores de la estructura social. El éxito de la batalla de las ideas neoconservadoras se debió, precisamente, a esta síntesis política, verificando además la estéril y secular oposición entre la superestructura ideológica y política y las bases materiales para la reproducción social. Y, por último, invocar a los pensadores de la Ilustración y particularmente al cuerpo de ideas liberales para apoyar las medidas antisociales de los regímenes neoliberales, ignorando, además, la enorme distancia que separa sus modelos teóricos de nuestra realidad supone, cuanto menos, un anacronismo y una tergiversación ahistórica.

Palabras clave: Crisis Democrática; Liberalismo; Neoliberalismo; Ideologías; Hegemonía; Crisis Global.

The enemies of democracy

Abstract: This essay aims to reexamine and in a certain way to revitalize the inexhaustible debate on the crisis of contemporary democracies. The fundamental thesis is that theories of crisis in general and those of democracy in particular, from the classic Frankfurt theories to certain neo-Marxist and post-Keynesian currents, have underestimated the triad of capital, capitalists and market (and their virtually unlimited expansive dynamics) as socially strategic forces, while at the same time they have relied excessively on the political capacity for governability of the normative state and supranational institutions (relativizing, in passing, the tour de force that exists between both levels of government). Mainstream political science and sociology continue, as a general rule, to be paralyzed in incalculable attempts to model voter and party preferences, and to emphasize strongly the «culture wars» on the political battlefields, thereby overshadowing the contingent links and historical contradictions between the world of ideas, individual and collective sensibilities, and economic relations. The «moderate» and cosmopolitan liberalism of Washington proconsul Francis Fukuyama continues to dominate public discourse across a broad political Spectrum. For this political scientist, while in capitalist democracies the incrementalism of resentment and social anger is due to a frustrated yearning for recognition and a sense of humiliation of political citizenship, in the rest of the world, authoritarian governments and «red imperialism» continue to hold back the logical development of liberal democracy. This paper concludes with four general ideas that challenge the dominant political discourse; first, the malaise of democratic institutions and of democracy in general is the result of a global decadence of post-industrial societies; Second, the meteoric and ecumenical rise of extreme right-wing, chauvinist and xenophobic political parties (the rivals of liberal democracy) is not an accident of history; its archaeological origin must be sought among the remains of social ruins left in its wake by the neoliberal earthquake. Third, the conditions of instability and

uncertainty of the 1970s, which began in the United States and soon spread throughout the world, created the underlying objective conditions for the subjective forces of neoliberal ideas to directly influence society as a whole. The «consumer democracy» of von Mises and the «market justice» of Hayek, so extraordinarily dominant in today's world, were ideas too arid, too impenetrable, which needed to be distilled and mixed by appealing to traditional values such as religion, family or nationalism, in order to penetrate and cover the lower levels of the social structure. The success of the battle of neoconservative ideas was due, precisely, to this political synthesis, also verifying the sterile and secular opposition between the ideological and political superstructure and the material bases of social reproduction. And, finally, to invoke the thinkers of the Enlightenment and particularly the body of liberal ideas to support the antisocial measures of the neoliberal regimes, ignoring, moreover, the enormous distance that separates their theoretical models from our reality is, to say the least, an anachronism and an ahistorical misrepresentation.

Keywords: Democratic Crisis; Liberalism; Neoliberalism; Ideologies; Hegemony; Global Crisis.

I. LÍNEAS DE RUPTURA

I.1. La política de los extremos

El mundo es «más democrático que nunca», proclamaba un informe sobre la situación mundial de dicha forma de gobierno al finalizar la primera década del siglo XXI. El número de países que podían ahora ser considerados como democráticos, o al menos gobernados por algún modelo de democracia representativa, se había triplicado desde mediados de la década de 1970. En aquel momento no habían más de tres decenas de países con democracias representativas localizados en Europa occidental –cuyo número se había incrementado con la transición política de Portugal (1974), España (1975) y Grecia (1974)–; en el continente americano, que al finalizar aquella década dejaría atrás las sanguinarias dictaduras militares del Cono Sur; y en el Lejano Oriente, donde Japón había prosperado bajo la tutela de la democracia capitalista estadounidense, y la India, la democracia de baja intensidad más grande del mundo. Expresado de otro modo, en 1975 el número aproximado de personas que vivían en regímenes democráticos no sobrepasaba el 36 por ciento de la población mundial, casi medio siglo después más de la mitad de la población, esto es, unos cuatro mil millones de personas se hallaban bajo alguna modalidad de gobierno parlamentario representativo. Por tanto, si atendemos meramente al principio cuantitativo, no puede afirmarse que el

mundo de los primeros años del nuevo milenio fuera menos democrático con respecto al pasado y mucho menos si era comparado con la carnicería humana del periodo de las guerras industriales del siglo anterior¹.

Sin embargo, y de forma paradójica, al mismo tiempo que emergía la «tercera ola» de democratización, tal como la describiera de forma un tanto entusiasta Samuel Huntington², es decir, la extraordinaria expansión global de las democracias liberales durante los últimos años del siglo XX –abaladas por sistemas parlamentarios y elecciones libres y regulares para el gran público como fórmula de gobierno representativo–, la política de la democracia parecía hundirse en las simas oceánicas del autoritarismo. Hasta los optimistas más recalitrantes que habían visto en el derrumbamiento del comunismo soviético (1985-1991) el clímax de la evolución histórica, comenzaron ahora a cuestionar sus postulados y a reflexionar sobre un periodo en el que las incertidumbres y los enemigos de la democracia liberal parecían haber regresado del ominoso pasado.

Eric Hobsbawm, como en tantas ocasiones, observó con notable antelación el debilitamiento de los sistemas democráticos que tan exitosamente habían arraigado durante los años dorados de la segunda posguerra: «Nadie predijo, ni esperó, que la democracia se revitalizaría después de la guerra y mucho menos que al principio de los años noventa sería, aunque fuese por poco tiempo, la forma predominante de gobierno en todo el planeta». Para aquellos que se dedican al estudio de lo sucedido en el periodo de entreguerras, el derrumbamiento de los «sistemas políticos liberales» constituye una «breve interrupción en su conquista secular del planeta». Pero lamentablemente, conforme nos aproximamos al nuevo milenio –concluía el historiador– las «incertidumbres que rodean a la democracia política no parecen ya tan remotas». Cabe la posibilidad de que el mundo se esté acercando lenta pero inexorablemente a un periodo de la historia en el que «sus ventajas no parezcan tan evidentes como lo parecían entre 1950 y 1990». Su predicción fue correcta.

El colapso soviético dejó una vasta región política sumida en la incertidum-

1 Véase «The global State of Democracy 2019. Addressing the Ills, Reviving the Promise», International Institute for Democracy and Electoral Assistance (IDEA), International IDEA, Strömsborg, Stockholm 2019.

2 Para Huntington las señales del cambio comenzaron en Portugal el 25 de abril de 1975. El golpe de estado «cuidadosamente diseñado por jóvenes oficiales que lideraban el Movimiento de las Fuerzas Armadas», depuso al dictador Marcello Caetano e hizo que las multitudes salieran a las calles aclamando a los soldados y colocando claveles en sus armas. «Durante los quince años siguientes, esta ola democrática abarcó el globo entero»: en torno a treinta países de América Latina, Europa y Asia reemplazaron gobiernos autoritarios por sistemas democráticos parlamentarios o por democracias tuteladas. Huntington, sin embargo, invirtiendo o retorciendo la historia hace de la política exterior estadounidense un enemigo acérrimo de las dictaduras, y solo ocasionalmente cita las injerencias norteamericanas en el exterior. Su conclusión, por tanto, no podía ser otra: en América Latina y en Asia, «el ejercicio del poder norteamericano contribuyó a la democratización; en Europa oriental, el retroceso del poderío soviético tuvo similares efectos». Véase Samuel Huntington, *La tercera ola: la democratización a finales del siglo XX*, Paidós, Barcelona, 1994, pp. 17-19, 33, 99.

bre, pero también destruyó el sistema internacional que había funcionado como estabilizador de las relaciones interestatales desde el final de la segunda guerra, revelando al mismo tiempo la fragilidad de los sistemas políticos nacionales que se apoyaban en el gélido equilibrio de la Guerra Fría. «El futuro de la política era oscuro, pero su crisis al finalizar el siglo XX era patente»³. Se trataba de una crisis orgánica que lógicamente afectó a todas las esferas de la sociedad, y no solo al Mundo Libre, o al liberado del experimento comunista. La crisis del desarrollismo del Tercer Mundo se manifestó crudamente en forma de guerras civiles, hambrunas, un terco crecimiento de la desigualdad y un incremento generalizado de la deuda; factores que dejaron despejada la pista para la penetración del neoliberalismo del «Consenso de Washington» y la imposición de diversas formas antidemocráticas de mercado. Asimismo, los intentos de exportar irreflexivamente las pautas y procesos democráticos por parte del *Imperium* estadounidense y sus aliados, como testimonia la historia de los países situados en los márgenes del mundo, no ha dejado de extender el descontento social y político. De hecho, allí donde la diversidad cultural e institucional (o el mero recuerdo del pasado colonial) rechazaba o mantenía cierta distancia con la democracia liberal, con demasiada frecuencia la fuerza de la armas era empleada para persuadir a sus detractores. Nada más aleccionador que la historia de violencia y opresión que durante la mayor parte del último tercio del siglo XX prefiguró el orden internacional que siguió a la Guerra Fría.

La hegemonía imperial financió, cuando no armó directamente hasta los dientes, a regímenes autoritarios como aliados para defender la democracia, la paz mundial y la libertad (de mercado) a cualquier precio. Así, mientras Iraq había sido transformado en un consulado corporativo del capital privado estadounidense en nombre de la democracia y de los derechos humanos tras derrocar al régimen opresor de Saddam Hussein, Arabia Saudí, Emiratos Árabes o Israel permanecían vinculados con Washington y la OTAN para aplastar cualquier subversión en Oriente y para tutelar a estados revoltosos como Libia, Siria o el pobre Yemen. Los amigos y enemigos de la democracia podían variar tanto como los intereses geopolíticos. En cualquier caso, si el *establishment* capitalista sentía que sus intereses eran vulnerados, o podían serlo, por la corrección de la política democrática, de forma inexorable se imponía la justicia de mercado. Sería suficiente, como hace Neil Davidson, repasar «las actividades antidemocráticas apoyadas y en algunos casos promovidas por

3 Véase la que sigue siendo la mejor guía del registro histórico de los orígenes de nuestro tiempo en Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX, 1914-1991*, Crítica, Barcelona, 2001, pp. 147 y 20. Publicada por primera vez en inglés en 1994.

Estados Unidos en los territorios más próximos, limitando nuestras consideraciones a los dirigentes elegidos democráticamente cuyos nombres comienzan por la primera letra del alfabeto», es decir, Allende en Chile, Árbenz en Guatemala y Aristide en Haití, para confirmar dicha tesis⁴.

Por su parte, las democracias capitalistas durante el ápice de la globalización de los años noventa fueron abandonando la política democrática para ir consolidando formas de gobierno que desplazaban progresiva e insensiblemente las decisiones políticas de las autoridades públicas (sobre todo las que afectaban a la esfera económica) del común de los electores. En este desplazamiento desempeñó un papel fundamental el *tour de force* entre los Estado-nación y las estructuras supranacionales –Unión Europea, Banco Central Europeo, Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial, *inter alia*– resuelto a favor de estas últimas con el apoyo casi siempre incondicional de los primeros. ¿Cuál fue el resultado? Mientras la democracia se iba extendiendo globalmente, las opciones que ofrecía para la ciudadanía política parecían albergar un sentido proporcionalmente inverso. Sin alternativas al trayecto de la deriva neoliberal de mercado, la voluntad popular expresada en el sufragio universal parecía haber quedado reducida a un acto inocuo. De hecho, el acusado descenso en la participación electoral en la mayor parte de las democracias capitalistas desde la década de 1980, en contra de lo que afirmaban las «teorías revisionistas» de la década de 1960, no se debía a una satisfacción social generalizada con el sistema político y económico, al contrario, era un «signo de resignación»⁵. La sociedad civil comenzó a sentirse fuera del tiempo y desarraigada de las comunidades de vida tradicionales; ahora, las identidades comenzaron a ser definidas en oposición a aquellos que no formaban parte del grupo⁶. Había llegado la hora de la política de los extremos.

Aunque desde las décadas de 1960 y 1970 las teorías neomarxistas de la crisis, especialmente las de la Escuela de Frankfurt, habían pronosticado un futuro poco halagüeño para las sociedades del «capitalismo tardío», lo cierto es que en casi todas ellas se podía hallar una subestimación del capital como un «actor político y una fuerza social estratégica», al mismo tiempo que una sublimación de la «capacidad política del gobierno para planificar y actuar». Es decir, la crisis no era un problema de economía política provocada por la tríada capital, capitalistas y mercado, sino de «legitimación social y cultural». De este modo, las teorías de la democracia o las del Estado corrieron un tu-

4 Véase en la *magnum opus* de Neil Davidson, *Transformar el mundo. Revoluciones burguesas y revolución social*, Pasado & Presente, Barcelona, 2013, p. 19.

5 Véase Wolfgang Streeck, *Comprando tiempo. La crisis pospuesta del capitalismo democrático*, Katz Editores, Buenos Aires, 2016, pp. 62-63.

6 Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, cit., pp. 20-22.

vido velo sobre «una parte clave del legado de Marx». Las excepciones a esta formulación fueron raras, pero, sin duda, elocuentes. En *The Fiscal Crisis of the State* (1973) James O'Connor, con utillaje del «marxismo ortodoxo» y del estructuralismo, observó los signos premonitorios de una crisis en el horizonte de las democracias occidentales. Antes o después, el «choque subyacente» entre las dos funciones elementales del Estado capitalista consistentes en la acumulación de capital y su legitimación distributiva, sería inevitable⁷. Sin embargo, los límites del Estado de Bienestar que planteaba O'Connor, con sus estabilizadores sociales y sus derivadas problemáticas en forma de sobrecarga gubernamental y gobernabilidad democrática, todavía no habían llegado. Solo cuando el *ethos* del capitalismo de Estado finalizó a principios de la década de 1980 se hizo cada vez más evidente que el capital no era un actor secundario en el entramado político y social. Por todo ello, la desintegración de los sistemas democráticos no podía, como no puede, ser interpretada coherentemente sin considerar con rigor la batalla emprendida por la naturaleza acumulativa del capital desde el vuelco neoliberal, y su esfuerzo por quebrantar los límites políticos impuestos durante el precedente periodo keynesiano⁸.

Desde la hecatombe financiera y fiscal de 2008 y sobre todo a partir de 2016, momento en el que se produjo la victoria electoral de Donald Trump y la del referéndum a favor de la salida (*brexit*) por parte del Reino Unido de la Unión Europea, en el ambiente intelectual y político occidental, aunque no exclusivamente, comenzó a vislumbrarse un nuevo *zeitgeist*. La decadencia, vocablo desterrado del discurso político y mediático desde hacía años, había regresado con una apariencia más cruda. Para los países del Sur global, la crisis era un estado casi invariable de su dramático devenir histórico. Pero en la fortaleza occidental las cosas habían sido diferentes. Ahora, ante los estupefactos ojos de los contemporáneos, se estaba produciendo una drástica caída de las instituciones democráticas hacia simas todavía insospechadas y una voladura moral de la política pública. Era evidente que el mundo se hallaba ante una regresión en la optimista perspectiva de progreso, en la conquista de la libertad y en el compromiso con la dinámica

7 Véase en la inagotable fuente de inspiración de Albert O. Hirschman, *The Rhetoric of Reaction. Perversity, Futility, Jeopardy*, The Belknap Press of Harvard, University Press Cambridge, Massachusetts, and London, England, 1991, pp. 116-117.

8 Como afirma correctamente Streeck, las teorías neomarxistas de la crisis elaboradas por la Escuela de Frankfurt hace cuatro décadas «fueron superiores a otras de la época» para identificar la debilidad del «capitalismo social». Pero no llegaron a entender «sus causas y por lo tanto la dirección y dinámica del inminente cambio histórico. Su enfoque excluyó la posibilidad de que el capital, y no el trabajo, cancelara la legitimidad del capitalismo democrático que había tomado forma» durante los años dorados de posguerra. Realmente, la historia de los años que siguieron a la crisis de 1970 es la «historia de la huida del capital del sistema de regulación social impuesto en contra de su voluntad a partir de 1945». Véase Wolfgang Streeck, *Comprando tiempo*, cit., pp.17-19, 25-32.

del desarrollo general de las sociedades. En esto, el consenso era casi unánime. Por el contrario, no podía afirmarse lo mismo con respecto a los campos teóricos y políticos en pugna por hallar las fuentes de dicha decadencia.

Aun así, a pesar de la vasta proliferación de estudios intensamente discordantes sobre la crisis del liberalismo político y en general de los sistemas democráticos, hay al menos dos supuestos centrales escasamente impugnados, aunque raramente coincidentes y casi siempre presentados como antitéticos. El primero, atribuye casi exclusivamente las causas de la crisis general de las sociedades contemporáneas al incrementalismo de la pobreza y la desigualdad dentro de países y entre regiones que se ha producido de forma alarmante desde la década de 1980. Desde esta perspectiva, la rabia y el *ressentiment* sociales están arraigados en una distribución desigual de las virtudes del crecimiento económico de la utopía neoliberal y de la globalización de los mercados financieros. El segundo presupuesto, incurriendo en el mismo régimen de exclusividad, imputa el malestar social y el declive de las instituciones democráticas a la insensibilidad mostrada, y ocasionalmente atemperada, por las democracias liberales hacia la secular aspiración humana de reconocimiento y dignidad. Aquí, la crematística mantiene una influencia decreciente comparada con la constante antropológica de la búsqueda del individuo de un lugar en el competitivo espacio social. Como escribió un apóstol del liberalismo «moderado» y defensor de esta última corriente: «La próxima vez que le des dinero a un sintecho pero no le mires a los ojos, piensa que estás aliviando la necesidad material, pero no reconoces la humanidad que compartís el mendigo y tú»⁹. Sentencias de este tipo, por otro lado tan antibrechtianas, evocan las palabras de Jürgen Habermas acerca del escepticismo del progreso contemporáneo: «Vivimos en un tiempo posrevolucionario y posheroico; ya 1968 cambió de género la revolución... de ópera a opereta». La nueva modernidad neoliberal ha tomado la deriva de un «proceso sistémico que avanza por sí mismo y en el que no cabe ya intervenir». Es el desencanto de un tiempo en el que no hay alternativas¹⁰.

Las líneas de ruptura teóricas, *prima facie* irreconciliables, se hallan sin embargo profundamente arraigadas en la subestimada interrelación histórica que hay entre el subsuelo económico y la superestructura política e ideológica, es decir, –en palabras de Gramsci– en el «conjunto complejo y contradictorio» e inevitablemente dialéctico que supone la carga del progreso¹¹. Más prosaicamente, la

9 Francis Fukuyama, *Identity. The Demand for Dignity and the Politics of Resentment*, Farrar, Straus and Giroux, New York, 2018, pp. 82-84.

10 Jürgen Habermas, *En la espiral de la tecnocracia*, Editorial Trotta, Madrid, p. 48.

11 Antonio Gramsci, *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1971, pp. 46-47.

dinámica del capital y la exacerbación del resentimiento u otras expresiones de anomia social no constituyen dos esferas independientes, por el contrario, en el contingente hilo de la historia existe un indisociable vínculo entre el mundo de las ideas, las sensibilidades individuales y colectivas y las relaciones económicas. Bajo estas consideraciones, el propósito de las líneas que siguen es un intento de poner en relación las tensiones históricas entre capitalismo y democracia. Tensiones que fueron apaciguadas temporal y geográficamente durante la segunda posguerra mundial en gran parte de Occidente, donde la dinámica destructiva de la guerra vindicó el viejo anhelo republicano de la igualdad de la ciudadanía política ante la Ley, mientras el crecimiento económico y los estabilizadores sociales del Estado de Bienestar, con sus variaciones nacionales, hicieron de las expectativas materiales algo más que una promesa. Ciertamente, la historia del turbulento siglo XX puede escribirse en términos de genocidio, guerra y devastación, colonialismo y otras formas de explotación del Tercer Mundo, pero también, como afirma Therborn, en «avances humanos históricos en el nivel y la esperanza de vida, la democracia, la libertad, la emancipación sexual y de género y la descolonización». Sin embargo, cuando concluía aquel siglo esa dinámica se había detenido¹². Desde entonces, la democracia liberal, al menos allí donde existe tal forma de gobierno, parece haber quedado reducida a un simple tropo del vocabulario político de talla única del capitalismo neoliberal, al mismo tiempo que en el inquietante escenario internacional se ha producido un extraño renacimiento del viejo arsenal ideológico de la Guerra Fría.

I.2. ¿Déficit thymótico o Imperium?

Pocos meses después de la caída del Muro de Berlín surgió la voz más citada con su interpretación de la caída del contraejemplo soviético y, con ello, lo que parecía el fin de las alternativas al capitalismo liberal, Francis Fukuyama. Desde aquellos años, este politólogo se erigió en el procónsul del liberalismo de Washington y en el más popular entre los sectores intelectuales neoconservadores de la política. Nadie mejor que él ha representado el segundo presupuesto planteado en las líneas introductorias. Así, en *Identity*, cuyo subtítulo es algo más que clarificador: *The Demand for Dignity and the Politics of Resentment* (2018), Fukuyama explica a sus lectores los síntomas del deterioro de la salud democrática cuyas manifestaciones más explícitas pueden observarse en el asombroso auge de los nacionalismos, el racismo y los populismos (especialmente de izquierdas). Sin dejar de mencionar la enorme desigualdad económica expe-

12 Para una visión sociológica, histórica y comparativa de las vibrantes posiciones de la izquierda, sus rivales y sus alternativas, véase Göran Therborn, «The World and the Left», *New Left Review*, 137, 2022, pp. 23-73.

rimentada desde hace cuatro décadas, Fukuyama mantiene cierta prudencia a la hora de acusar al neoliberalismo (citado tangencialmente en dos ocasiones) y, sobre todo, de imputar a la brecha económica como principal encausada del malestar democrático. «El aumento de la política de la identidad en las democracias liberales modernas –afirma lacónicamente– es una de las principales amenazas a las que se enfrentan, y, a menos que seamos capaces de volver a los significados más universales de la dignidad humana, estaremos condenados a prolongar el conflicto». ¿Dónde localiza *Identity* las fuentes sociológicas de esta exacerbación de la política de identidad contemporánea? En las tensiones y contradicciones –irresueltas por las democracias liberales– entre el *thymós* o el inevitable anhelo del reconocimiento de la dignidad humana, la *isotimia* o exigencia de respeto bajo las mismas condiciones que el resto de la sociedad y, por último, la *megalitimia* o el delirium humano de superioridad. Aunque la crematística ha allanado el camino del malestar democrático, es en la genealogía socrática de la tensión entre *razón* y *pasión*, o en las pulsiones freudianas entre los deseos del *ello* y la racionalización del *ego* donde reside el conflicto central para Fukuyama. Entonces, ¿cómo evitar las tensiones macrosociales y reequilibrar las tendencias irreflexivas del interior? El Imperio de la Ley del Estado de Derecho (*Rechtsstaat*) y la responsabilidad democrática constituyen el *cantus firmus* de la democracia liberal moderna, características que en *Identity* se contraponen a cualquier forma de autoritarismo del pasado y del presente. Para Fukuyama no hay duda alguna: los émulos del modelo liberal han fracasado de forma estrepitosa. Si el socialismo realmente existente desapareció con el fin de la historia, las «dictaduras relativamente benevolentes» como la China de Xi Jinping (2013-) o el legado de Lee Kuan Yew (1959-1990) en Singapur, se han levantado sobre una política «paternalista» y sustancialmente desviada de las virtudes del liberalismo. ¿Cuál es el patrón común de restricciones e incentivos, con limitadas excepciones, que guía a los países enumerados en *Identity* carentes del modelo democrático liberal?

En unos casos como Irak o Afganistán existe un reconocimiento explícito de la intervención estadounidense como restricción democrática. Pero salvando estos escollos de la política exterior de Bush ya expuestos en su anterior obra *America at the Crossroads* (2006), Fukuyama ofrece un análisis del nacionalismo sustancialista: el déficit thymótico y la frustrada isotimia se han combinado dramáticamente con la expansión de una autonomía individual nietzscheana que ha ocupado el vacío individual y colectivo dejado por el declive del cristianismo en las sociedades occidentales a lo largo del siglo XX. De este modo, la autonomía individual llegó a finales de aquel siglo al extremo del «individualismo expresivo» que excluía e incluso repudiaba sistemáticamente los va-

lores compartidos. Se produjo, así, un desvanecimiento del horizonte moral, surgiendo en su lugar una «cacofonía» de sistemas de valores e identidades en conflicto. El corolario de esta decadencia moral no fue otro que una sociedad insegura y «alienada» que había olvidado la identidad de su «verdadero yo». En estos argumentos hay una línea invariable y casi indiferenciada desde el *Fin de la historia* (1992) con respecto al nacionalismo, a saber, allí donde existe un desequilibrio thymótico las políticas nacionalistas exacerbarán inevitablemente la rabia y el resentimiento social. Esta visión psicologista del mundo, no obstante, hace de la «identidad» un término vago como pocos otros y «válido para cubrir cualquier cosa, un atajo que elude el rigor de la explicación»¹³.

Así, la lista contemporánea de líderes nacionalistas díscolos, acusados de practicar una «política del resentimiento», comienza con Vladímir Putin y Donald Trump y continúa con una enumeración de «líderes populistas» tales como Viktor Orbán en Hungría, Recep Tayyip Erdoğan en Turquía, Rodrigo Duterte en Filipinas y Kaczynski en Polonia. En el caso estadounidense, *Identity* reconoce una relación orgánica con el pasado: Trump es el producto de una decadencia histórica, institucional y moral, pero también ha sido parte responsable del malestar en la democracia. Desde esta óptica, el justo anhelo democrático de la mayoría social se halla restringido desde hace tiempo por la supremacía antidemocrática de la «vetocracia», es decir, la capacidad adquirida por un minúsculo sector elitario para «bloquear la acción colectiva». Con respecto al resto del mundo, Fukuyama acepta un saldo democrático positivo en los países de Europa del Este tras el derrumbamiento del comunismo soviético, pero es negativo en los países autoritarios que habían caído bajo el embrujo de la órbita china. El imperialismo rojo continuaba sobrecogiendo las sensibilidades de nuestro autor y, sin embargo, de forma paradójica, los altos rangos del Partido Comunista Chino disponían para su propia instrucción de

13 Como de costumbre Mike Davis lo planteó de forma admirable al analizar la contingente naturaleza del nacionalismo en el Marx de 1848: «La química política» que transforma el «interés sectorial en nacional» o bien crea «intereses nacionales» con el fin de apaciguar inclinaciones particulares en disputa, así como la naturaleza siempre inconstante de esos intereses, debe estudiarse rigurosamente desde una perspectiva capaz de afrontar el espinoso y complejo problema de las contradicciones encarnadas en la relación entre la «macroestructura socioeconómica (las relaciones de producción, las divisiones de clase, las formas de propiedad)» y los «sistemas internos» muy arraigados de «opresión racial, étnica o religiosa». Desde esta perspectiva teórica, históricamente interpretada, no pueden haber «divisiones categóricas». Más tajantemente, «no hay una muralla china entre la historia política del nacionalismo y las historias económica y social del Estado-nación». Véase Mike Davis, «La teoría perdida de Marx. La política del nacionalismo en 1848», *New Left Review*, 93, 2015, pp. 55-78. La mayor parte de los ríos de tinta vertidos sobre el océano de publicaciones desde la Gran Recesión de 2008 y la subsiguiente emergencia de gobiernos autoritarios y nacionalismos sustancialistas, ha desembocado ingenua o deliberadamente, como lo hace Fukuyama, en una prosa de «divisiones categóricas».

una edición privada de su *Political Order and Political Decay* (2014)¹⁴. Aunque arrepentido de su pasado neoconservador, sus acusaciones contra la política exterior estadounidense continúan siendo muy selectivas, casi siempre elusivas y desprovistas regularmente de realismo político.

En el trágico fracaso de las «revoluciones por la dignidad» desde Libia a Siria y Egipto –con la excepción de Túnez cuya debilidad democrática «pende de un hilo»– no hay rastro de la intervención exterior norteamericana. Anclado en el puerto ideológico de las dicotomías propias de la Guerra Fría, Fukuyama limita el fracaso de la Primavera Árabe a factores perturbadores endógenos: guerras civiles y gobiernos autoritarios incapaces de pacificar a sus sociedades e incomprensiblemente intolerantes con los valores democráticos occidentales. ¿Puede interpretarse rigurosamente la desestabilización política de Oriente Medio de una forma tan simple? ¿Cuál ha sido la dinámica de la hegemonía de Washington, eludida prudentemente en *Identity* y en general en la retórica reaccionaria, en esta parte del planeta? No se trata de una novedad. Los gobiernos rebeldes que se oponen a la hegemonía de la *Pax Americana* son derribados. El cambio de régimen supone la destrucción masiva del país y la pérdida de vidas, la escisión étnica y religiosa y, por último, la penetración de multinacionales que, como afirma Tariq Ali, se encargan frecuentemente de la «reconstrucción de ciudades bombardeadas por Estados Unidos y sus aliados europeos», cuando no se dedican a explotar los recursos naturales. La Primavera Árabe, cuantitativamente relevante pero políticamente frágil, no logró interrumpir esta «dinámica de destrucción». De ese modo, concluye Ali, «con el cadáver del nacionalismo árabe en estado de avanzada descomposición y la principal oposición, los Hermanos Musulmanes, desesperados por alcanzar un acuerdo con Washington, Estados Unidos se apropió fácilmente de los levantamientos de 2011 para consolidar sus propios objetivos en la región»¹⁵. En *Identity*, por el contrario, la rabia social que estalló en Yemen, Libia, Siria, o en el archipiélago del gofo Pérsico, Baréin, tiene su origen en el resentimiento y en la humillación sufrida a manos de unos gobiernos autoritarios.

En Libia no hay una sola palabra dedicada a las fuerzas armadas desplegadas por la OTAN que desestabilizaron en 2011 al anterior aliado de Occidente, Muamar Gadafi, lo que desencadenó una década ominosa en este país del norte de África. Para Yemen no hay tampoco insinuaciones al despliegue hegemónico del *Imperium*. Se trata lisa y llanamente de un «Estado fallido», al

14 Neil Davidson, «Is Social Revolution Still Possible in the Twenty-First Century?», *Journal of Contemporary Central and Eastern Europe*, 23 (2-3), 2015, pp. 105-150, cita pp. 106-107.

15 Véase Tariq Ali, «El turno de Yemen», *New Left Review*, 111, julio-septiembre 2018, pp. 75-86.

igual que Libia. No hay mención alguna al *ménage à trois* militarista entre Arabia Saudí, Emiratos Árabes Unidos y el incondicional apoyo –«diplomático, logístico y de los servicios de inteligencia»– suministrado por el Nobel de la Paz Barack Obama y su sucesor en la Casa Blanca, Donald Trump. La consecuencia de la escalada militar ha sido la devastación del país más empobrecido de Oriente Próximo, la destrucción de sus infraestructuras y el bloqueo de sus salidas al mar, obligando a la población (en torno a 27 millones de habitantes) de esta «montañosa y mayormente árida tierra» –que necesita importar el 70 por ciento de sus alimentos– a estar bajo los designios del nuevo imperialismo extranjero. Una guerra silenciosa que había exterminado al escribir estas líneas a más de un cuarto de millón de seres humanos, entre ellos miles de niños yemeníes que eran enterrados a causa del cólera. De igual modo, la tragedia de Siria queda reducida monolíticamente a la negativa del dictador Bashar al-Assad a abandonar el poder y a lanzar una guerra fratricida contra su propio pueblo. No hay referencia alguna acerca del suministro de armas por parte de Estados Unidos (con el seguidismo de Francia, Gran Bretaña, Arabia Saudí y Turquía) a los soldados de Al-Qaeda y a otras camarillas yihadistas para que combatieran al régimen baazista. Como resultado, en escasas semanas las revueltas populares quedaron marginadas. «Huyeron a países vecinos o intentaron llegar a Europa; muchos se ahogaron en el Mediterráneo. Con el respaldo de Moscú y Teherán y un extraordinario grado de apoyo local –habida cuenta de su historial– Bashar al-Assad se mantuvo en el poder»¹⁶.

¿Cómo podría resumirse la política exterior estadounidense y la de sus aliados en el turbulento Oriente desde las costas levantinas de Siria a las áridas tierras de Yemen? En *The Ideas that Conquered the World* (2002) Michael Mandelbaum, miembro insigne de la junta directiva del Washington Institute for Near East Policy y laureado por la revista *Foreign Policy* como una de las 100 mentes más brillantes del mundo por instruir a Estados Unidos en el arte de la hegemonía en tiempos difíciles¹⁷, escribió que el destino de la guerra de Iraq era sellar «la paz, la democracia y el libre mercado» allí donde no había «existido hasta ahora»¹⁸. Por los argumentos ofrecidos hasta aquí, podemos compartir, sin ningún género de dudas, la afirmación de Mandelbaum volviéndola del revés.

16 *Ibidem*, pp. 76 y 85.

17 Fue premiado por *The Frugal Superpower. America's Global Leadership in a Cash-Strapped Era*, Public Affairs, New York, 2010.

18 Michael Mandelbaum, *The Ideas That Conquered the World*, Nueva York, 2002, p. 412, citado en el sobresaliente análisis de Perry Anderson, *Imperium et Consilium. La política exterior norteamericana y sus teóricos*, Akal, Madrid, 2014, pp. 187-188.

¿Y América Latina? *Identity* realiza una acrobacia comparativa entre esta vasta y heterogénea región del hemisferio occidental, caracterizada por identidades en conflicto arraigadas en el pasado colonial, gobiernos corruptos y escasa o nula industrialización, cuyo desenlace ha sido una fatal «modernización sin desarrollo», y, por el contrario, el asombroso éxito económico del desarrollismo de Estado en China, Corea del Sur, Singapur o Japón. ¿Cuál ha sido el factor diferencial? En estos últimos, las fuertes identidades nacionales forjadas en el pasado produjeron unas élites que se centraron sin tregua en el desarrollo de sus economías nacionales en lugar de optar, como sí lo hicieron los sectores elitarios latinoamericanos, por su enriquecimiento personal. No cabe duda, como observó Hirschman en cierta ocasión, las élites latinoamericanas han sido secularmente reacias a dar algo para no perderlo todo. Sin embargo, de forma sorprendente, parece que para Fukuyama el imperialismo rojo y el capitalismo del *ethos* de Estado han dejado de ser adversarios de la democracia *à la* occidental. En *Identity* las variaciones son constantes como los amigos y enemigos en el tablero de juego geopolítico.

Pero Fukuyama advierte a sus lectores acerca de que la identidad nacional es un valor agregado positivo en el desarrollo económico hasta cierto límite. ¿Cuándo comienza el lado oscuro del compromiso nacional en el desarrollo económico? La respuesta no podía ser otra; fiel a la tradición liberal que dice haber leído escrupulosamente a Adam Smith, los límites de la función económica del nacionalismo terminan allí donde la identidad nacional se convierte en una excusa para poner en marcha la maquinaria económica proteccionista. De hecho, lo que no hay impreso en las páginas de *Identity* es que allí donde el comercio no ha podido actuar con libertad, la mano visible y violenta de los regímenes militares despejaba el camino para aplicar las Políticas de Ajuste Estructural. De este modo se llevó a cabo la venta masiva de los patrimonios industriales nacionales en todo el Sur global y particularmente en Latinoamérica durante la ominosa década de 1980 en nombre del «Consenso de Washington»; una devastación mucho más dilatada y sangrienta durante las dictaduras de los años setenta en Uruguay, en Chile –el laboratorio continental del experimento neoliberal– y en Argentina. ¿Realmente ha sido tan trivial en la historia de la región la tradición imperial estadounidense que no merece una sola palabra?

Desde los inicios de la Guerra Fría en 1948 hasta su finalización con el derrumbamiento soviético, Estados Unidos derrocó por lo menos a veinticuatro gobiernos latinoamericanos; cuatro de ellos mediante el uso directo de la fuerza militar norteamericana, diecisiete alentando a las fuerzas militares o políticas domésticas para que intervinieran sin la acción directa estadounidense,

por norma general a través de un *coup d'état*; y, al menos, tres derrocamientos estuvieron dirigidos directamente por la CIA. ¿Cuál fue el precio humano de este realismo trágico latinoamericano? Entre 1960, año en el que los soviéticos desmantelaron el sistema gulag del régimen estalinista, y el fin del imperio soviético, las «cifras de prisioneros políticos, víctimas de torturas y ejecuciones de disidentes políticos no violentos en América Latina excedió con mucho a las de la Unión Soviética y los Estados satélites de la Europa del Este». En el periodo citado, el «bloque soviético en su totalidad fue mucho menos represivo, si se mide en términos de vidas humanas, que muchos países latinoamericanos individuales»¹⁹. La conclusión inequívoca, sin embargo, es que durante toda la Guerra Fría, el Tercer Mundo se convirtió en un campo de batalla de guerras calientes e intervenciones militares, explícitas o encubiertas, entre soviéticos y norteamericanos por controlar el espacio geopolítico, con consecuencias desastrosas para los países situados en los márgenes del mundo.

El resto de la historia latinoamericana queda reducida en *Identity* a un «populismo de izquierda» en el que cohabitaron durante el cambio de siglo el venezolano Hugo Chávez, Lula da Silva en Brasil y los Kirchner en Argentina para, finalmente, ser sepultados todos por la «autoinmolación» venezolana de Nicolás Maduro. Y fin de la tragedia. El «mito de los orígenes» que «explica los más próximo por lo más lejano», como escribió mordazmente Bloch, termina revelándolo todo²⁰. En el pasado colonial se desataron las pulsiones internas de unas élites educadas a la europea, que hablaban la lengua de la metrópoli y sentían un «intenso conflicto interno entre las identidades adquiridas y las tradiciones indígenas con las que habían crecido». El diagnóstico es concluyente, un déficit secular de orgullo nacional impidió definitivamente la lógica y «natural» transición de la *Gemeinschaft* a la *Gesellschaft* y, de ahí, el gran salto hacia la modernización y la democracia al estilo occidental.

Hay, no obstante, excepciones en el relato sustancialista y moralizante de Fukuyama. Las «revoluciones por la dignidad» en Ucrania, a diferencia de los demonios internos que atormentaron a los países árabes o a los corruptos Estados latinoamericanos, fueron desencadenadas por un presidente, Víktor Yanukóvich, que gravitó peligrosamente hacia la órbita rusa menospreciando los vínculos con la Unión Europea. El politólogo no tiene dudas: «entre vivir

19 Véase John Coatsworth, «The Cold War in Central America, 1975-1991», en Leffler y Westad (eds.), *Cambridge History of the Cold War*, vol. 3, pp. 220-221, citado en Perry Anderson, *Imperium*, cit., p. 111. Para un análisis de la cruda y violenta crisis política y social desde la década de 1990 en El Salvador, Guatemala y Honduras, el «triángulo norte» de América Central, así como el relevante papel desempeñado por Estados Unidos, véase Liisa North, «The Historical and Contemporary Causes of 'Survival Migration'. From Central America's Northern Triangle», *Revista de Estudios Globales. Análisis Histórico y Cambio Social*, vol. 1 (1), 2021, pp. 43-70.

20 Marc Bloch, *Introducción a la historia*, Fondo de Cultura Económica, México D. F., 1982, p. 27.

bajo un gobierno moderno que trataba a las personas por igual como ciudadanos, y vivir bajo un régimen en el que la democracia era manipulada por los cleptócratas que se benefician a sí mismos tras una apariencia de formas democráticas», Yanukóvich eligió para Ucrania la opción equivocada. Desde esta perspectiva, los estallidos sociales que entre noviembre 2013 y febrero de 2014 hicieron temblar las calles de Kiev respondían a la errónea elección de Yanukóvich por la cleptocracia rusa. Dicho veredicto coincide con la cobertura política y mediática más convencional de Occidente y evoca una cierta historia nostálgica de la Guerra Fría. Sin embargo, la élite plutócrata surgida de los escombros del antiguo Imperio Soviético no es una ilusión o un sesgo cognitivo de *Identity*. Los *robber barons* consolidados sobre los restos del comunismo soviético encontraron un contexto político y jurídico favorable para el imperativo de acumulación capitalista. De hecho, cuando Borís Yeltsin asumió la presidencia tras la dimisión de Gorbachov el 25 de diciembre de 1991, Rusia comenzó una dramática transición hacia un modelo de capitalismo salvaje. Se otorgaron a toda una selecta clientela de cuadros de la *nomenklatura* política, a miembros del ejército, del Komsomol (la organización juvenil del Partido Comunista) y del KGB derechos sobre el gas y el petróleo, bienes raíces y minerales e infraestructuras a precios irrisorios. No obstante, la cirugía política que debía cambiar el rostro del agotado socialismo soviético para darle un nuevo *look* capitalista no contó únicamente con el apoyo de los cuadros políticos poscomunistas. En la conversión al credo neoliberal jugó un papel clave el asesoramiento de economistas norteamericanos, entre los que destacaron un profesor de macroeconomía de la Universidad de Columbia, teórico del «desarrollo sostenible» y abanderado de la lucha contra la pobreza, Jeffrey Sachs, y el economista y Secretario del Tesoro durante los últimos años del segundo Clinton (1997-2001), Larry Summers. No hubo una transición gradualista, se llevó a cabo una «terapia de choque» consumada con la privatización de la vasta economía estatal soviética. Probablemente entre 90.000 y 200.000 empresas públicas fueron desnacionalizadas en su totalidad hacia finales de 1993, y solo un 14 por ciento se había realizado con cierta transparencia pública, «la mayoría lo fueron bajo mano, en negociaciones marcadas por el signo de la corrupción». En ese momento se fraguó el espacio político para la captura de la riqueza económica y del aparato estatal en manos de un puñado de oligarcas como Román Abramóvich, Borís Berezovsky, o el que más tarde ocuparía el Kremlin, Vladímir Putin. La nueva elite plutócrata, por supuesto, no dudó en apoyar sin fisuras a Yeltsin dado que este garantizaba firmemente los lucrativos negocios de aquella.

La política de «terapia de choque» con el sello «Harvard Boys» dejó el nuevo rostro de Rusia desfigurado. Apenas cuatro años después de la caída del Muro

de Berlín (1989) el producto nacional se había desplomado un 50 por ciento; alimentos básicos como la carne y la leche se transformaron en artículos de lujo; la sanidad pública, vaciada económicamente, quedó restringida a la miseria. Una «nueva sociedad» había surgido: «más pobre, con mucha más desigualdad y dependiente de la explotación eficiente de los recursos naturales restantes». Muy pocos observadores se percataron de que la «restauración del capitalismo en la antigua Unión Soviética se cobró más vidas que las guerras de Iraq y Siria combinadas»²¹. Por su parte, los países que habían gravitado en torno al sistema solar soviético tuvieron la misma suerte: magnates enriquecidos de la noche a la mañana emergieron en Polonia, Bosnia, Rumanía, entre otros; y, por supuesto, en Ucrania. Dos antiguos ocupantes del Palacio Mariyinski, Pavló Lazarenko y la «ingeniera-economista» Yulia Timoshenko, amasaron increíbles fortunas practicando la venalidad, el latrocinio y la mendacidad, provocando que el nivel de vida de la mayor parte de la población ucraniana descendiera al abismo durante los últimos años de la década 1990. A pesar de haber dejado atrás el ominoso pasado, la era poscomunista no había traído la democracia tan anhelada, ni siquiera una economía de mercado de perfil occidental.

Por otro lado, los telares de la hegemonía nunca descansan. El «inmenso agujero negro» dejado en el corazón de Eurasia era una vasta masa territorial estratégica para Estados Unidos ahora que la Unión Soviética se había desintegrado. Este «vacío geopolítico» debía ser cubierto inmediatamente puesto que las élites postsoviéticas albergaban un crudo resentimiento debido a la disminución territorial histórica que había sufrido su extenso Imperio. Sin la menor duda, el «golpe más duro que habían recibido fue el de la independencia de Ucrania en agosto de 1991 y no acababan de resignarse». ¿Cuáles podían ser las maniobras más eficaces para contrarrestar las posibles tentaciones revanchistas de Moscú? Era preciso levantar un muro de contención en la franja territorial que abarcara desde Ucrania a Azerbaiyán y Uzbekistán, y especialmente había que ampliar la Alianza Atlántica hacia el Este²². El mérito de la expansión de la OTAN se lo llevó el demócrata Bill Clinton, incumpliendo de este modo las promesas que «se le habían hecho a Gorbachov»²³. Este peligroso juego de aproximación militar provocó una exaltación entre algunas voces antiguas del realismo político de la Guerra Fría. Una de ellas fue la de

21 Véase, respectivamente, James K. Galbraith, *El fin de la normalidad. La gran crisis y el futuro del crecimiento*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2018, pp. 223 y 53-54; la monumental obra de Josep Fontana, *El siglo de la revolución. Una historia del mundo desde 1914*, Crítica, Barcelona, 2017, pp. 500-504; y Göran Therborn, «Dinámicas de la desigualdad», *New Left Review*, 103, 2017, pp. 69-89, cita p. 85.

22 Perry Anderson, *Imperium et Consilium*, cit., p. 211.

23 Josep Fontana, *El siglo de la revolución*, cit., p. 503-504.

George F. Kennan. Si el 10 de abril de 1947 afirmaba ante la audiencia del Air War College de Washington que «probablemente diez buenos impactos con bombas atómicas» sería más que suficiente para «paralizar el potencial bélico de Rusia»²⁴, exactamente medio siglo después escribió en el *New York Times* que «expandir la OTAN sería el error más fatídico de la política estadounidense en toda la era posterior a la Guerra Fría». ¿Qué consecuencias presagiaba Kennan en su giro político wilsoniano si la OTAN persistía en su fatal dinámica expansionista? La respuesta fue lacónica: se inflamarían las «tendencias nacionalistas antioccidentales y militaristas» entre los rusos que a su vez provocarían un efecto «adverso en el desarrollo de la democracia» en aquel país²⁵.

Paradójicamente, sería la administración del citado Nobel de la Paz, Barack Obama (2009-2017), la que continuaría encarecidamente la tarea de ampliar la línea ofensiva de la OTAN, suministrando armamento a los gobiernos más reaccionarios del este de Europa con el fin de crear un *cordon sanitaire* en torno a Rusia, elevando así de forma extraordinaria el presupuesto estatal destinado a continuar engordando el complejo industrial-militar estadounidense y contribuyendo peligrosamente a intensificar las tensiones de una guerra caliente global. De hecho, la guerra de Ucrania comenzó cuando el gobierno de Obama respaldó en febrero de 2014 el derrocamiento del presidente Víktor Yanukóvich, instalando en el Palacio Mariyinski un gobierno antirruso. Yanukóvich había intentado conservar la neutralidad de Ucrania y no deseaba involucrar al país en la expansión de la OTAN hacia las fronteras rusas; una actitud que no agradó a Washington que años antes de la guerra había mantenido una fuerte presencia sobre el terreno político ucraniano. Durante las elecciones presidenciales de 2010 la administración Obama apoyó incondicionalmente a la citada cleptócrata Yulia Timoshenko (librada de prisión por pasar a la política activa), también conocida por sus conciudadanos como «vorovka» (el femenino de «la-

24 Hay que señalar en favor de Kennan que también contempló en su discurso una «solución pacífica». Como escribió C. Ben Wright, «antes de contemplar la guerra, Kennan prefirió ver agotadas las posibilidades de contención, ya que seguía creyendo que había una 'buena oportunidad' de una 'solución pacífica' para los rusos». Wright, C. «Mr. 'X' and Containment», *Slavic Review* 1976, 35(1), 1-31, cita p. 19. Ahora bien, el «extravagante Kennan» que cambiaba súbitamente de un estado de «autoestima eufórica» a la «autoflagelación atormentada», domésticamente, se declaraba a favor de «arrebatar el voto a los inmigrantes, a las mujeres y a los negros»; la democracia, decía Kennan, no era más que un «fetiche» y lo que se precisaba era una «transición constitucional hacia un Estado autoritario»; en política exterior, «puso en marcha algunas operaciones paramilitares encubiertas en la Europa del Este; defendió, cuando lo creyó necesario, la intervención militar de EEUU en la Europa meridional y en el Sudeste Asiático; recomendó prestar apoyo a las campañas coloniales francesas en el norte de África; supervisó las revocación de las reformas de Japón; aprobó la represión en América Latina; propuso ocupar Taiwán; y expresó su regocijo cuando Estados Unidos envió tropas a Corea». Véase Perry Anderson, *Imperium et Consilium*, cit., pp. 41-47.

25 Véase el conciso pero incisivo artículo «A Fateful Error» de George F. Kennan publicado en *The New York Times*, 5 de febrero de 1997.

drón»). Por su parte, Victoria Nuland, subsecretaria de Estado del gobierno de Obama, se halló fuertemente envuelta en los nombramientos del nuevo bloque de gobierno de Kiev, entre los cuales se encontraban «oligarcas prooccidentales, neoliberales, ONG defensoras de los derechos humanos, nacionalistas partidarios de la línea dura y elementos de extrema derecha». Como corolario a todo ello, Vladímir Putin tomó el control de la península de Crimea donde Rusia, por cierto, ya tenía el derecho de base para su flota y unos efectivos militares que Moscú consideraba ahora amenazados por el nuevo régimen prooccidental instalado en Kiev. Obama manifestó que se trataba de un agravio al derecho internacional y respondió aplicando sanciones²⁶. Cuando Joe Biden alcanzó la Casa Blanca en enero de 2021 las tensiones internacionales de la guerra ruso-ucrainiana se incrementaron de forma alarmante. Días antes, Putin había planteado tres demandas cuya negativa haría inviables las negociaciones de paz: Ucrania debería permanecer neutral y fuera de la OTAN; la península de Crimea debería seguir siendo el territorio natural –lo había sido desde 1783– de la flota naval del Mar Negro de Rusia; y, por último, la cuenca del Donets (Dombás) debería ser autónoma tal como quedó establecido en el Acuerdo de Minsk II de 12 de febrero de 2015. Con las demandas de negociación de Putin rechazadas rotundamente por el gobierno de Biden, Rusia invadió Ucrania en febrero de 2022, acercando peligrosamente a la medianoche las manillas del reloj del Apocalipsis del Bulletin of the Atomic Scientists.

El énfasis, que roza lo obsesivo, de Fukuyama depositado en la identidad conduce a sus argumentos tal como Freud escribió al «reino de la sustitución». Por ello, no se siente obligado a reclamar que la política estadounidense pasó por encima de las profundas divisiones étnicas y políticas que separan a Ucrania entre los que «odian a Rusia en el oeste» y los «rusos étnicos en el este y en Crimea». Tampoco creyó en la necesidad de explicar a sus lectores la retorcida, o natural, lógica de la expansión hegemónica estadounidense, su influencia económica y política en la región, indisociable, de ningún modo, de su poder militar²⁷. Finalmente, Ucrania un inmenso portal energético hacia el Viejo Mundo se convirtió en un campo de masacres en el que subyacían las tensiones geopolíticas, apenas esbozadas todavía, entre la decadente hegemonía estadounidense, el extraordinario ascenso del nuevo hegemón chino y la exacerbación

26 Véase Susan Watkins, «Cinco guerras en una. La batalla por Ucrania», *New Left Review*, 137, 2022, pp. 7-24.

27 Como ha dicho Jeffrey Sachs, a pesar de que en marzo de 2022 el presidente ucraniano Volodymyr Zelensky reclamó la neutralidad de su país y se involucró en negociaciones para alcanzar un acuerdo de paz mediado por Israel y su fugaz primer ministro Naftali Bennett (junio de 2021-julio del 2022), el triunvirato estadounidense formado por Biden-Sullivan-Nuland, flanqueado por Francia, Reino Unido y Alemania bloqueó las negociaciones de paz. Véase Jeffrey D. Sachs «What Ukraine Needs to Learn from Afghanistan», *New World Economy*, 13 de febrero de 2023. Disponible en: <https://www.jeffsachs.org/>

del nacionalismo ruso. Si bien Putin, antiguo aliado de Occidente, representaba ahora una clara amenaza como hombre fuerte, despiadado y dispuesto a sacrificar la economía rusa en nombre de un imaginario pasado imperial, Biden, una vez alojado en la sede del Imperio, no encarnó una influencia belicista de baja intensidad. A pesar de que la guerra en Europa Oriental haya sido suficientemente realista como para «distraer la atención», «¿quién puede dudar de la determinación de Biden de buscar la confrontación en el Mar de China Meridional, unas aguas mucho más peligrosas que las del Mar Negro?»²⁸. Y es que, una vez terminada la Guerra Fría, a pesar de disfrutar de una seguridad casi inquebrantable en sus propios dominios virtualmente ilimitados, la política exterior estadounidense se había aventurado, en el espacio geopolítico complaciente de la unipolaridad, en una tentativa temeraria de «dominación global», en dos estilos: la «neoconservadora» de Bush II y el «imperialismo liberal» de Bill Clinton y Barack Obama, aplastando cada uno de ellos al país en una serie de guerras expansionistas con unas consecuencias planetarias devastadoras²⁹. En el proceso, dado que el viejo continente debía ser la «cabeza de puente geopolítica esencial de Norteamérica en Eurasia» –tal como había escrito el diplomático y ardiente defensor de la expansión de la OTAN Zbigniew Brzezinski en *The Grand Chessboard* (1997)– Europa Central y Occidental había profundizado cada vez más su estatus de «protectorado norteamericano, con unos Estados aliados que recuerdan a los antiguos vasallos y tribunos»³⁰.

¿Cuál era el ambiente político e intelectual con respecto a la guerra ruso-ucrainiana? ¿Se trataba de una cuestión restringida meramente a la irresponsabilidad de unas élites políticas cuya actitud evocaba a los meses que antecedieron a 1914? Nadie mejor que Fukuyama podía representar el nuevo espíritu belicista occidental. En un artículo publicado en *Journal of Democracy* en septiembre de 2022, el politólogo afirmaba que la supervivencia de la democracia liberal dependía del éxito de la conflagración y de la rendición moral de sus enemigos. Si los «ucranianos no solo resisten contra Rusia, sino que derrotan al enorme ejército ruso, obligándolo a retirarse, las repercusiones positivas se sentirán en todo el mundo». La «derrota y la humillación de Rusia» contribuirían decididamente a quebrar la «narrativa» de las ventajas de los gobiernos autoritarios. La victoria sería, de este modo, una capitulación de los «populismos nacionalistas»

28 Véase Mike Davis, «Poutine, Biden, Xi... 'Thanatos triumphant'», *Al'encontre*, 9 de marzo de 2022. Disponible en: <http://alencontre.org/ameriques/americonord/usa/poutine-biden-xi-thanatos-triumphant.html>

29 Véase el imprescindible libro de Perry Anderson, *La palabra H. Peripicias de la hegemonía*, Akal, Madrid, 2018, p. 206.

30 Véase Zbigniew Brzezinski, *The Grand Chessboard*, Nueva York, 1997, p. 58, citado en Perry Anderson *Imperium et Consilium*, cit., p. 212.

de todo el mundo, desde «Viktor Orbán hasta Matteo Salvini, Marine Le Pen y Donald Trump» que han expresado sus simpatías y admiración por el «estilo de gobierno de hombre fuerte de Putin»³¹. Este moralismo interiorizado como un sistema de creencias inmutables, difundido por los niveladores del consentimiento público, fue impugnado insuficientemente en el ambiente intelectual de Occidente. En palabras de uno de los autores que encarna una excepción a la regla que acabamos de aludir, Wolfgang Streeck, en la «mente occidentalizada Putin y Xi, Trump y Truss, Bolsonaro y Meloni, Orbán y Kaczynski» eran exactamente lo mismo, todos «fascistas». Frente a ellos se había erigido un nuevo heroísmo que demandaba el sacrificio por las democracias occidentales³².

Y no había color político para abrazar la guerra. De izquierda a derecha se fue instalando un consenso sobre los «valores» comunes de la humanidad, propiedad exclusiva del excepcionalismo occidental. Ahora, frente a *ex Occidente lux* se encontraba, como en la exaltación imperialista de *fin-de-siècle*, la barbarie. Al igual que había sucedido durante los años previos a la Gran Guerra de 1914 que Eric J. Leed registró como un «sentimiento de repulsión» contra el orden burgués, una «liberación de la sensación de aburrimiento y vacuidad» que embargaba a las clases medias y altas, y la posibilidad de un regreso a la «acción y al sacrificio heroicos»³³, ahora, toda una generación que no había crecido en la guerra, como tampoco sus padres, cultivada en el arte del consumo conspicuo *tutto e subito* y en la satisfacción personal como el último objeto de deseo, se había lanzado a abrazar la carnicería humana como única alternativa. Así, mientras Europa se transformaba en un apéndice de la geopolítica de Washington, la guerra reactivó la economía estadounidense gracias al estímulo de los lucrativos negocios militares, acercando peligrosamente al Viejo Mundo al fatal error de 1914³⁴. Carl Schmitt supo captar admirablemente el lenguaje anfibológico de la política contemporánea cuando en el año de la Gran Depresión, bisagra entre las dos guerras industriales del siglo XX, escribió: «hoy hasta la más terrible de las guerras se libra en nombre de la paz, la más tremenda de las opresiones se impone en nombre de

31 Francis Fukuyama, «Why Ukraine Will Win», *Journal of Democracy*, Septiembre 2022. Disponible: <https://www.journalofdemocracy.org/why-ukraine-will-win/>

32 Wolfgang Streeck, «Cada vez más próximos, cada vez más cerca de la catástrofe», *El Salto*, 5 noviembre 2022. Disponible en <https://www.elsaltodiario.com/carta-desde-europa/guerra-ucrania-cada-vez-cerca-catastrofe>

33 Véase el fabuloso artículo de Eric J. Leed, «Class and Disillusionment in World War I», *Journal of Modern History*, 50 (4), 1978, pp. 680-699, citado en Albert O. Hirschman, *Shifting Involvements. Private Interest and Public Action*, Princeton University Press, 1982, p. 5.

34 La producción de medios de destrucción no era exclusiva de Estados Unidos, por supuesto, aunque su industria fuera la más productiva y expansiva. Dos años después de la crisis pandémica, según el Stockholm International Peace Research Institute (SIPRI), el gasto militar mundial fue de 2,24 billones de dólares de los cuales el 56 por ciento correspondía al gasto combinado de las industrias militares de Estados Unidos, China y Rusia.

la libertad y la más horrorosa de las inhumanidades se comete en nombre de la humanidad»³⁵. No cabe la menor duda, parece que el déficit thymótico no es suficiente ni satisfactorio para comprender las dinámicas de la destrucción, el furor nacionalista, o la ira y el resentimiento de la multitud.

I.3. Crematística y «neoliberal turn»

Por las razones expuestas no es extraño que a pesar de que *Identity* no excluye de su relato al espectro de la desigualdad, esta permanezca subordinada a un mero epifenómeno de la pérdida sustancial de cohesión social que la correcta moral de la fe cristiana había proporcionado hasta su declive a finales del siglo XX. Es evidente que las credenciales del neoliberalismo no son contestadas en ningún caso. Sus daños colaterales, como la desigualdad y los «agravios» económicos surgidos desde el último medio siglo de globalización, son el justo precio que pagamos por la libertad y la democracia de mercado. Por tanto, aunque Fukuyama a veces es cáustico y casi siempre muy selectivo con las fuerzas económicas desencadenadas sobre el cuerpo social del capitalismo global, la *infraestructura* económica queda totalmente subordinada al *thymós*, a los «sentimientos de humillación y falta de respeto». Por eso, en sus páginas se puede leer que «gran parte de lo que creemos que se produce por motivación económica en realidad está enraizado en la demanda de reconocimiento y, por lo tanto, no puede satisfacerse simplemente por medios económicos»³⁶. No cabe duda, como escribió Freud en una lección profética contra la futura labilidad teórica del *rational choice*: «más allá de las simples transacciones mundanas se extienden los vastos dominios del inconsciente» y, por tanto, la parte del intelecto del cálculo racional no es más que «una entidad débil y dependiente, juguete e instrumento de nuestros impulsos y emociones»³⁷. Ahora bien, es muy probable que para los 40 millones de conciudadanos de Fukuyama calificados por la ONU dos años

35 Véase en Carl Schmitt, *The age of neutralizations and depoliticizations (1929)*, en *The concept of the political*, The University of Chicago Press, Chicago y Londres, 2007, p. 95. Perry Anderson escribió en alusión al giro belicista de la política internacional, en nombre de los Derechos Humanos, que se había producido en el ápice de la globalización y su fuerza centrípeta por dar forma al mundo a imagen y semejanza del hegemon estadounidense: «La andrajosa por más que victoriosa bandera del Mundo Libre ha sido arriada. En su lugar se ha izado la bandera de los derechos humanos, es decir, ante todo, el derecho de la comunidad internacional a bloquear, bombardear e invadir a pueblos y Estados que le desagradan –Cuba, Yugoslavia, Afganistán, Iraq– y a alimentar, financiar y armar a Estados que le resultan atrayentes: Turquía, Israel, Indonesia, Arabia Saudí, Pakistán. En cuanto a los chechenos, los palestinos, los tutsi, los saharauis, los nuer y estirpes aun menores, en su mayoría sin Estado, la caridad –como el consejero de Seguridad Nacional de Clinton tuvo ocasión de observar– no puede, después de todo, ser ubicua». Véase Perry Anderson, «Internacionalismo: un breviarío», *New Left Review*, 14, 2002, pp. 5-24, cita p. 23.

36 Francis Fukuyama, *Identity*, cit., pp. ix y siguientes del prefacio.

37 Véase en Pankaj Mishra, *La política en la era del resentimiento. El oscuro legado de la Ilustración*, en Alba Rico, Santiago (et al.), *El Gran Retroceso. Un debate internacional sobre el reto urgente de reconducir el rumbo de la democracia*, 2017, pp. 211-230, Barcelona, Seix Barral.

antes de la pandemia global como pobres y otros 5 millones que malvivían en un régimen de pobreza extrema en condiciones «propias del tercer mundo», la «simple satisfacción por medios económicos» no les resulte tan extraña y sea, de paso, un buen comienzo para reequilibrar su anhelo thymótico (ONU, 2018).

No es sorprendente, por otro lado, que en sus páginas brillen las nuevas estrellas del firmamento económico como Branko Milanović y su «gráfica del elefante», donde se dibuja la desigual distribución de la renta mundial entre 1988 y 2008 a pesar del incremento general de la productividad y la expansión de los mercados globales, y Thomas Piketty que en su popular *El capital en el siglo XXI* «demuestra» que la desigualdad «dentro de cada país» ha experimentado un crecimiento abrumador desde la década de 1980. Si Milanović suscribe la escalada de la desigualdad con los tópicos neoliberales: cambio tecnológico, globalización y oscilaciones seculares de Kuznets, Piketty lo hace con una enorme masa cuantitativa y una sofisticada e inmutable ley, sin embargo, no proporciona una guía sólida para la política, subestima el papel histórico del sindicalismo durante la constitución democrática de los Estados sociales de la segunda posguerra e integra «todas las formas de riqueza con valor monetario», ya tengan «uso productivo o no», aplicado «con la misma facilidad al pasado remoto y al presente, tanto a un campo labrado por campesinos en la Francia feudal como a una segunda vivienda en los Hamptons»³⁸. Para los flamantes fabianos del nuevo mundo posrevolucionario la desigualdad es un rasgo arquetípico de la naturaleza humana. Solo oblicuamente Fukuyama reconoce que en el «mundo desarrollado» han sido Estados Unidos y el Reino Unido –«los dos países que lideraron la revolución ‘neoliberal’ en favor del libre mercado»– donde la desigualdad ha sido más acusada. Sin embargo, a pesar de su declarada ruptura con el neoconservadurismo³⁹, en *Identity* las raíces de la crisis económica contemporánea no se hallan en los regímenes neoliberales, sino en el margen izquierdo de la política y en su secular y feroz búsqueda –ya olvidada tras el consenso neoliberal– de la justicia distributiva socioeconómica a través del poder de un Estado excesivamente intervencionista. Así, imputando la crisis a los estabilizadores sociales del Es-

38 Alexander Zevin, «¿Un Proudhon para posmodernos?», *New Left Review*, 127, 2021, pp. 61-86.

39 «He concluido –escribe Fukuyama en *America at the Crossroads*– que el neoconservadurismo en su doble condición de símbolo político y cuerpo de pensamiento ha evolucionado hasta convertirse en algo que ya no puedo apoyar». La asociación del neoconservadurismo con las políticas de la administración Bush llevó a Fukuyama a afirmar que había que redefinir la política exterior estadounidense para dejar atrás su abyecto legado. Véase *America at the Crossroads. Democracy, Power, and the Neoconservative Legacy*, Yale University Press, 2006, p. xxxi. En una crítica de esta obra, Perry Anderson concluye que aunque la sensibilidad de Fukuyama queda perturbada por la guerra de Irak y las políticas draconianas de Bush, permanece inmóvil frente a la defensa de la hegemonía mundial estadounidense. Véase «Inside Man», *The Nation*, 24 de abril de 2006.

tado de Bienestar al estilo socialdemócrata y rooseveltiano, siguiendo la estela neoconservadora, Fukuyama invierte la visión predominante entre ciertos sectores intelectuales críticos que detectaron hace ya tiempo las causas históricas de la crisis actual en el vuelco neoliberal de la década de 1970. En *Identity* la crisis de aquellos años se originó en unos «programas distributivos» que provenían de la era del New Deal durante los años treinta y de la Gran Sociedad de Lyndon Johnson tres décadas después, cuyos «incentivos perversos» estaban desalentando el ahorro, el trabajo y el «espíritu emprendedor», esto es, crearon un círculo vicioso que finalmente y de forma fatídica restringía aún más el «tamaño del pastel disponible para la redistribución»⁴⁰.

Sin embargo, ¿no se admite acaso en tales argumentos una virtual legitimación del programa de la derecha mundial contra las políticas típicamente keynesianas de la segunda posguerra? «Cualquier idea que ha permanecido oculta durante un tiempo –afirmó Albert O. Hirschman en *The Rhetoric of Reaction* (1991)– tiene buenas probabilidades de ser confundida con una idea original»⁴¹. La puntillosa selección de la historia que hace Fukuyama para reprobar los programas sociales de posguerra, imputándoles una responsabilidad desmesurada de la crisis socioeconómica, es cuanto menos retorcida. Un hilo genealógico lo lleva directamente hacia los espíritus conservadores que advierten en cualquier política pública de perfil social una serie de nefastas consecuencias. Una cita de una popular obra contemporánea del gobierno de Ronald Reagan (1981-1989) puede conectarnos con los argumentos moralizantes de Fukuyama. En *Losing Ground* (1984), del autoproclamado libertario Charles Murray, aparecen normativamente los argumentos más difundidos desde la década de 1980 contra el Estado de Bienestar. La analogía con *Identity* es fulminante, sobre todo cuando Murray afirma de forma categórica: «tratamos de dar más a los pobres y, en cambio, producimos más pobres. Intentamos eliminar las barreras para escapar de la pobreza y sin darnos cuenta construimos una trampa»⁴². Ahí hallamos el triple *pathos* de la persuasión reaccionaria enunciado por Hirschman: la «perversidad», la «futilidad» y el «riesgo»; toda reforma estructural o cambio institucional terminará de una u otra manera en alguno de esos indeseables lugares. Pero el *pathos* de la moralidad liberal, conservadora, o progresista, suele desvanecerse ante el *logos* de las evidencias del registro histórico.

¿Cuáles fueron, entonces, los factores perturbadores que contribuyeron a desintegrar el keynesianismo de posguerra cuya política económica había

40 Francis Fukuyama, *Identity*, cit., pp. 105 y ss.

41 Albert O. Hirschman, *The Rhetoric of Reaction*, cit., pp. 29-30.

42 *Ibidem*, p. 29.

contenido por primera vez la desigualdad extrema haciendo de la democracia algo más que una simple palabra? Todo comenzó en el seno imperial. El enorme gasto fiscal de la guerra del Mundo Libre contra el comunismo, iniciada durante la transición del New Deal a la Doctrina Truman entre 1945 y 1947 y brutalmente visible durante la guerra de Vietnam (1955-1975), se combinaría con una triple crisis económica de rentabilidad, energética e inflacionaria. Ninguna de ellas debe ser considerada de forma aislada. Así, mientras la Gran Sociedad de Lyndon Johnson (1963-1969) perseguía la pacificación y luchaba contra la pobreza doméstica mediante políticas sociales, las masacres, el uso sistemático de la tortura y las bombas caían sobre Vietnam para aplastar definitivamente –como había dicho Kennan en 1949– «el imperialismo rojo»⁴³. El gasto militar de la masacre se ajustó con la crisis de los precios del petróleo en el simbólico año de 1973, creando un enorme déficit fiscal que se combinaría dramáticamente con la crisis de rentabilidad ya visible desde finales de la década de 1960⁴⁴. A su vez, la crisis inflacionaria se combatió desde el control de mando de la Reserva Federal con el *shock* de Volcker, elevando los tipos de interés nominal en julio de 1981 hasta el 19,8 por ciento, dejando a su paso unos niveles de desempleo similares a los de la Gran Depresión. Pero la decisión neoconservadora de atacar la inflación con la subida de los tipos de interés no solo provocó una destrucción de empleo, empresas y sindicatos, también benefició a los titulares de capital financiero y dejó a los países endeudados del Tercer Mundo bajo la hegemonía del dólar estadounidense. Puede que el camino fuera espinoso pero el objetivo era claro. Los animales rentistas lograron satisfacer su reprimida aversión contra el keynesianismo y fortalecieron su poder a través de la progresiva liberalización normativa que destruyó las restricciones que se habían impuesto a las actividades financieras desde los años del New Deal. Ahora, una vez más, y por usar un paralelismo con los «felices años veinte»: «los más ricos se enriquecían mucho más deprisa que los pobres dejaban de serlo»⁴⁵.

La crisis de la década de 1970 resquebrajó los controles gubernamentales sobre el capital y puso fin al sistema de Bretton Woods. Cuando Johnson abandonó la Casa Blanca, el nuevo presidente Richard Nixon (1969-1974) incorporó un selecto repertorio de funcionarios «armados con las teorías de Milton

43 Perry Anderson, *Imperium et Consilium*, cit., pp. 44, 85-86.

44 Para un análisis histórico-económico y comparativo del auge y la crisis del capitalismo desde la segunda posguerra mundial, alejado de los clichés deterministas que algunos sectores intelectuales creen haber leído en Marx, véase Robert Brenner, *The Economics of Global Turbulence. The Advanced Capitalist Economies from long Boom to long Downturn, 1945-2005*, Verso, Londres, Nueva York, 2006.

45 Véase el ya clásico pero irremplazable ensayo de John K. Galbraith, *El crac del 29*, Barcelona, Ariel, 1976, p. 32.

Friedman y con estrechos lazos con Wall Street»⁴⁶. Su objetivo era impedir a toda costa que los gobiernos se vieran sobrepasados por las «demandas populares». La democracia ya no era, si es que alguna vez lo había sido, la afortunada fórmula atribuida a Abraham Lincoln, el «gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo»; ahora, el gobierno del capital financiero era el que dictaba las reglas en el nuevo orden nacional e internacional. ¿Significa esto que la era de los Estados nacionales había finalizado otorgando todo el poder a las multinacionales y a los bancos centrales? En absoluto. Históricamente, el dinero existe y engorda, y se «vuelve rentable» a través de la inevitable relación entre la soberanía del Estado y los arreglos del mercado financiero cuyas actividades contractuales deben ser respaldadas por una «autoridad pública coercitiva»⁴⁷. No obstante, a partir de aquel momento los Estados debían dejar atrás los «sistemas de bienestar» y, sobre todo, evolucionar hacia «regímenes destinados a facilitar y mantener expedito el libre flujo de capitales en todo el globo»⁴⁸. El camino de servidumbre neoliberal emprendido con vehemencia por la administración Reagan, que analizaremos más adelante, había quedado despejado. Pero la retórica reaccionaria no pertenece en exclusiva al campo de la política conservadora. Disfrazados de liberalismo multicultural y reivindicaciones de género, los sucesores demócratas de los republicanos Nixon y Reagan iban a llevar mucho más lejos la contrarrevolución neoliberal. De hecho, sería la administración de Bill Clinton (1993-2001) la que estableció un espacio jurídico virtualmente ilimitado para la codicia y la especulación sin precedentes en la historia de las finanzas cuando el 11 de noviembre de 1999 sancionó la *Gramm-Leach Bliley Act*. A partir de entonces la privatización de la esfera pública y la reducción impositiva a las grandes fortunas, ya agravada desde Reagan –con independencia, como diría John Stuart Mill, de si sus rentas crecían mientras sus propietarios dormían⁴⁹–, fue la alternativa a la socialdemocracia del apostolado neoconservador.

Por su parte, en Gran Bretaña, la orilla neoliberal atlantista, la crisis de finales de la década de 1960 y sobre todo la siguiente, proporcionó «el primer y decisivo test de la confrontación entre las soluciones radical-democrática y capitalista financiera»⁵⁰. Pero la crisis británica que estableció el espacio político para la entrada del neoliberalismo, fue en ciertos aspectos diferente a la

46 Leo Panitch, «El nuevo estado imperial», *New Left Review*, 3, 2000, pp. 5-18, cita p. 10.

47 Wolfgang Streeck, «¿El cuarto poder?», *New Left Review*, 110, 2018, pp. 151-161, cita pp. 154-155.

48 Leo Panitch, «El nuevo estado imperial», cit., p. 10.

49 Véase en John Stuart Mill (1848/2004), *Principles of Political Economy, with Some of their Applications to Social Philosophy*, Hackett Publishing Company, Inc. Indianapolis/Cambridge, pp. 219-220.

50 Leo Panitch, «El nuevo estado imperial», cit., p. 11

estadounidense. A diferencia del *Imperium* norteamericano, involucrado en guerras calientes como la de Vietnam en el contexto de la Guerra Fría, los gobiernos laboristas de la década de 1960 mantuvieron una relación relativamente distante con esta dinámica belicista, evitando de paso los traumas domésticos de una guerra del todo impopular. Es cierto que los vestigios coloniales del Imperio británico todavía creaban ciertas tensiones en la metrópoli y, en ocasiones, la *Union Jack* era blandida en conflictos sangrientos en antiguas colonias como en la guerra de Biafra (1967-1970) en Nigeria, que se había independizado del dominio colonial británico en octubre de 1960⁵¹. De hecho, el Partido Laborista continuó siendo el «ayudante de campo de Washington», justo cuando se intensificaba la guerra en el sureste asiático, al mismo tiempo que persistía en sus propias operaciones coloniales en Asia y otros emplazamientos⁵². En cualquier caso, la descolonización era un hecho imparable y Gran Bretaña no podía mantenerse al margen de la historia, aunque el neocolonialismo, especialmente el comercial, iba a ser con frecuencia más lucrativo y destructivo que las antiguas formas de dominio directo. Sin embargo, como ha escrito David Harvey en su *Breve historia del neoliberalismo*, la señal más importante de la «presencia imperial británica», y la que más conflictos de clase generó, fue la relevante continuidad de la City de Londres como centro de gravedad de las finanzas internacionales, especialmente cuando se escucharon los primeros ecos de las turbulencias de la crisis a finales de la década de 1960⁵³. Es cierto que la defensa del corazón financiero del Imperio británico no fue una cuestión de *tories* ni se había originado en aquella década. Durante los años treinta fue nada menos que J.M. Keynes –a pesar de su vehemente y racional «eutanasia del rentista»– quien siguió considerando la City no solo imprescindible para estimular la economía global, sino también para afirmar el «liderazgo de Gran Bretaña como gran potencia junto a Estados Unidos, la cual contaba además con una moneda internacional independiente»⁵⁴.

Así, a mediados de 1960, con las primeras señales de crisis internacional y ante el hundimiento de la libra esterlina, el primer gobierno laborista de Harold Wilson (1964-1970) no dudó en apaciguar a la City protegiendo la moneda a través de un préstamo internacional y una «contracción deflacionaria», al mismo tiempo que intentaba terminar con la «militancia sindical en el país», lo cual preparó el terreno para la crisis política «característica de los seis

51 David Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, Akal, 2007, p. 65.

52 Véase Perry Anderson, «¿Ukania perpetua?», *New Left Review*, 125, 2020, pp. 41-115, cita p. 44.

53 David Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*, cit., p. 65.

54 Perry Anderson, «¿Ukania perpetua?», cit., p. 77.

años siguientes»: el principio y hundimiento de la huelga de los marineros, el estallido de revueltas estudiantiles, «la rebelión católica en el Ulster, el surgimiento del neonacionalismo en Escocia y la aparición de los primeros indicios de racismo popular en Inglaterra»⁵⁵. Durante la siguiente década, plenamente inmersos en la crisis de acumulación y competitividad del capital, se pusieron de relieve mucho más las contradicciones inevitables entre los intereses de los sectores industriales y los del capital financiero, salvaguardados estos últimos por la fortaleza financiera de la City y su lucha por la supremacía de los mercados globales. Así pues, dado que el objetivo de las políticas monetarias era mantener una libra fuerte manipulando los tipos de interés en beneficio de los animales rentistas, las exportaciones industriales se debilitaron y la balanza de pagos entró en crisis⁵⁶. En 1974, las huelgas de trabajadores de la construcción y de la minería se ajustaron con una inflación del 26 por ciento y un desempleo que afectó a más de un millón de trabajadores, acabando en un virtual «estado de emergencia» que derrocó al gobierno conservador de Edward Heath (1970-1974). Tras un interludio de dos años del segundo Wilson, la nueva administración de James Callaghan (1976-1979) –cuyo ministro de Hacienda, Danis Healey, declaraba enérgicamente que iba a «exprimir a los ricos hasta que sus huesos crujieran»–, desencadenó la furia de los mercados financieros que atacaron sin piedad la libra esterlina⁵⁷. Además, los términos en los que el nuevo gobierno laborista pretendía llevar a cabo la pacificación social eran del todo inalcanzables en un contexto de incremento del déficit fiscal y crisis estructural. El ejecutivo tuvo que solicitar un préstamo con onerosas cláusulas al Fondo Monetario Internacional, lo que precipitó otra oleada de huelgas durante el «invierno del descontento de 1978-1979»⁵⁸.

De este modo, las autoridades laboristas se situaron ante el crudo dilema de someterse a las inflexibles condiciones de austeridad presupuestaria decretadas por el FMI, o bien «declararse en quiebra» sacrificando la «integridad de la libra esterlina», lo que se traducía políticamente en un golpe mortal a los intereses financieros de la City. Se optó por la vía de la consolidación fiscal, implementando «recortes presupuestarios draconianos» en los gastos destinados a políticas sociales y desmantelando los «controles británicos sobre la entrada y salida de capitales». Era el momento propicio para atacar al Estado de Bienestar de posguerra que «nunca fue del agrado de todos». Los nivelado-

55 *Ibidem*, p. 44

56 David Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*, cit., p. 64-65.

57 Véase Leo Panitch, «El nuevo estado imperial», cit., p. 10; y David Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*, cit., p. 63.

58 Véase Perry Anderson, «¿Ukania perpetua?», cit. p. 48.

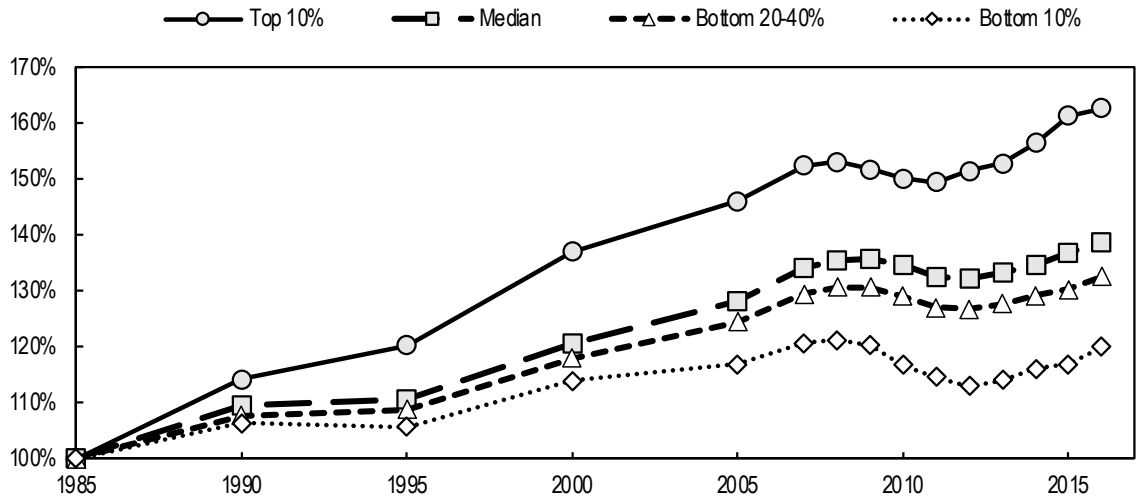
res de opinión pública, entre los que destacaba la autorizada voz del *Financial Times* y fundaciones como el venerable Institute of Economic Affairs (creado en 1955) o el Adam Smith Institute (1977) y el Centre for Policy Studies (1974), terminaron subordinados a los intereses financieros y tradicionalmente antikeynesianos de la City, propagando mensajes que describían el individualismo, los derechos sociales y la libertad en términos antagónicos a la rígida burocracia del poder sindical y del aparato estatal. Incluso los movimientos contraculturales del 68, sobre los que volveré más adelante, que atacaron sin piedad a los «privilegios de clase» y a las estrictas convenciones sociales y burocráticas, de forma tácita y con frecuencia involuntaria, despejaron el camino político hacia la neoliberalización. Todos estos factores se combinaron de tal modo y llegaron a tal extremo que cuando Margaret Thatcher llegó al número 10 de Downing Street en mayo de 1979 pudo jactarse, y no le faltaban argumentos, de que «ella tan sólo estaba aplicando la política laborista»⁵⁹.

I.4. Consecuencialismo

Las consecuencias de la indómita revolución neoliberal fueron globales, aunque al principio tuvieran un carácter local. Si la era keynesiana de posguerra había controlado políticamente la naturaleza del capitalismo, es decir, la acumulación y concentración virtualmente ilimitada de capital, distribuyendo el crecimiento económico entre amplias capas sociales a través del Estado de Bienestar y de la política fiscal, la contrarrevolución neoliberal de la década de 1980 derribó (desreguló en el vocabulario político de perfil izquierdista) todos los límites keynesianos o, más preciso, creó toda una vasta masa normativa para que la balanza entre el capital y el trabajo se inclinara insensiblemente en favor del primero. Desde aquella década, los efectos combinados de la desindustrialización, la deslocalización y subcontratación a terceros (*outsourcing*), el declive progresivo del poder sindical, el asombroso incremento de la financiarización, la devaluación salarial y el aumento de los precios sin precedentes de los bienes y servicios básicos como la vivienda, así como la comercialización y privatización de los sistemas sanitarios y educativos, culminaron con la crisis financiera de 2008 y la imposición de políticas de contención del gasto público. Como consecuencia, el terco incremento de las desigualdades de poder económico, de riqueza patrimonial o de ingresos, y el descenso general de las condiciones de vida del gran público, actuaron a favor del retroceso de las instituciones democráticas.

59 Véase, respectivamente, David Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*, cit., p. 66-67; Leo Panitch, «El nuevo estado imperial, cit., p. 11.

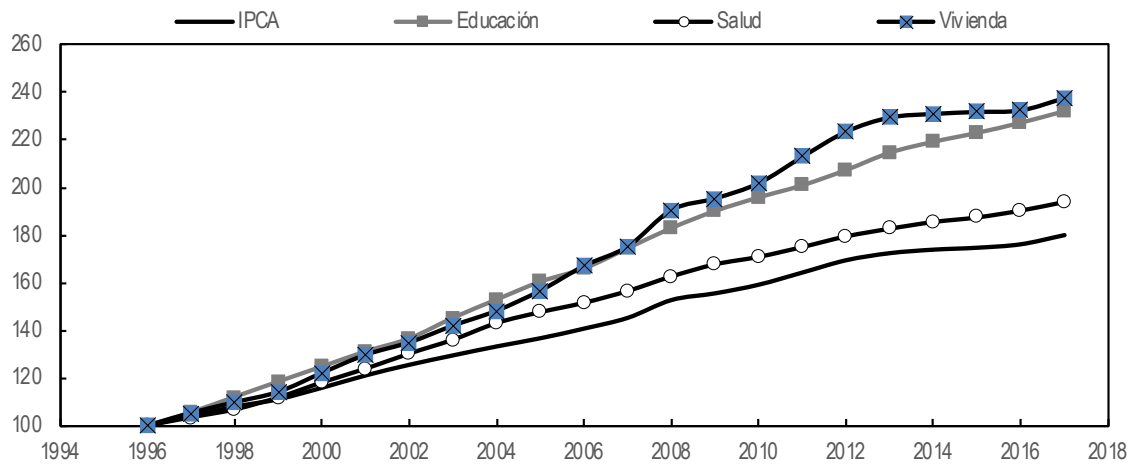
FIGURA 1: *La redistribución de ingresos hacia el top 10 (1985-2015)*



Promedio no ponderado de 17 países de los que se disponen datos a largo plazo: Canadá, Alemania, Dinamarca, Finlandia, Francia, Reino Unido, Grecia, Israel, Italia, Japón, Luxemburgo, México, Países Bajos, Noruega, Nueva Zelanda, Suecia y Estados Unidos. *Fuente: OECD (2019).*

FIGURA 2: *La Democracia de Mercado*

Los precios de bienes y servicios esenciales (y constitucionales) sufrieron un incremento superior a la inflación general (1996-2018).



IPCA (Índices de Precios de Consumo Armonizados). El promedio de la OCDE incluye los siguientes países: República Checa, Dinamarca, Estonia, Finlandia, Francia, Alemania, Grecia, Hungría, Islandia, Irlanda, Italia, Letonia, Luxemburgo, Países Bajos, Noruega, Polonia, Portugal, República Eslovaca, Eslovenia, España, Suecia, Suiza, Turquía, Reino Unido. *Fuente: OECD (2019).*

El caso más ilustrativo y sorprendente fue el de Suecia, inspiración nórdica de la justicia social y espejo de la democracia europea; en este país escandinavo a pesar de que la tasa de renta disponible no dejó de crecer desde la década de 1980, su distribución terminó concentrada de forma abrumadora en el 0,1

por ciento de la estructura social, cuyos selectos miembros después de exacciones tributarias disponían de una renta «treinta y ocho veces superior a la del asalariado medio». De hecho, los niveles de concentración de riqueza y de desigualdad alcanzados en la Suecia de las primeras décadas de este siglo mantenían un patrón similar al de Brasil, Estados Unidos o Sudáfrica⁶⁰. En el Reino Unido, cuarenta años de thatcherismo o, aún peor, de blairismo habían dejado un saldo de 14 millones de pobres (ONU, 2019). En España, cuarta economía de la eurozona, según los estándares convencionales, un año antes de la pandemia, la pobreza y la exclusión social afectaban al 26,1 por ciento de su población. Tras algo más de diez años transcurridos desde la Gran Recesión de 2008, Naciones Unidas informaba que el 21 por ciento de la población europea, es decir, algo más de 92 millones de personas, vivía en la pobreza (unos 20 millones de niños sufrían esta lamentable situación) (ONU, 2020). Fuera de las democracias posindustriales, el vuelco neoliberal, cuyo epicentro histórico se situó en el Chile pinochetista (1973), se produjo en el contexto del fin de las experiencias desarrollistas durante la década de 1970 y el inicio de la pesada carga de la deuda en todo el Sur global. Allí, las instituciones supranacionales de Bretton Woods, es decir, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional junto al Departamento del Tesoro de Estados Unidos, introdujeron las pautas oportunas para tutelar al Tercer Mundo.

La tendencia política general, con sus variaciones regionales y entre países, al parecer no era otra que la de nivelar la desigualdad de las clases sociales más desfavorecidas y de hundir en el pozo de la deuda a las clases medias de cualquier parte del mundo. En India, la democracia más populosa del planeta y una promesa de desarrollo emergente, en torno a la mitad de su población sufría «retrasos en el crecimiento físico y mental durante la niñez», un problema que probablemente arrastrarían toda la vida. Pero también en el Reino Unido la «impronta de clase» era ya «visible a la edad de veintidós meses». Durante los primeros años del siglo actual, el PIB *per cápita* de la economía estadounidense medido en dólares internacionales era solo cuatro veces superior al de China. El del continente africano únicamente 1,9 veces mayor que los niveles que tenía en 1970. América Latina no mantuvo un ritmo de crecimiento constante y sólido como «para empezar a converger con Europa y América del Norte». En cualquier caso, el modelo de desarrollo dominan-

60 Véase Göran Therborn, «El ocaso de la socialdemocracia sueca», *New Left Review*, 113, 2018, pp. 7-29, cita pp. 11-13. La desigualdad, al contrario de lo que comúnmente se difunde por los medios, se ha disparado en Suecia con más fuerza que en el resto de los países de Europa occidental. «Quizá el factor más importante haya sido el cambio de orientación de los dirigentes del SAP –partido Socialdemócrata sueco– que han abandonado cualquier preocupación significativa por la desigualdad y la justicia social».

te provocó un resultado sorprendentemente opuesto: en vez de incentivar a América Latina a «europeizarse», incentivó a los países miembros de la OCDE a «bananizarse»⁶¹. La desigualdad, en cualquiera de sus infames formas, era ya un espectro global, a la vez que la pobreza era censurada como un fracaso personal. Pero esto no era todo.

La pérdida de estabilidad en los mercados laborales, acompañada del descenso o estancamiento salarial, factores más acusados con cada crisis económica y con el recrudescimiento normativo en nombre de la «flexibilidad», fueron minando gradualmente las promesas materiales de la democracia de la segunda posguerra. Y es que, como escribió Lyotard, el «contrato temporal» no es solo una cuestión económica, sustituye, además, a las «instituciones permanentes en la esfera profesional, emocional, sexual, cultural, internacional y familiar, así como también en los asuntos políticos»⁶². Empleos mal pagados, emprendedores neoestajanovistas y contratos frecuentemente eventuales, constituyeron el nuevo código genético de los mercados de trabajo de las sociedades posindustriales. El heterogéneo sector servicios podía absorber al escribir esto entre el 70 y el 80 por ciento de la mano de obra global de los países de renta elevada, pero también sucedía en Irán, Turquía, México, Brasil, Sudáfrica o Nigeria. La economía posindustrial que afrontaba los problemas del siglo XXI ya no era la economía fordista keynesiana, como tampoco era la que presagió Daniel Bell en 1973: «en vez de una economía de investigadores, instructores de tenis y cocineros con estrellas Michelin, el nuestro es un mundo mayoritariamente de peluquerías, servicio doméstico, vendedores de fruta y encargados de estanterías en Walmart». El número de trabajadores explotados y abandonados a su suerte no ha dejado de crecer en los mercados laborales occidentales. Entre el gobierno de François Mitterrand (1981-1995) y el socialista de François Hollande (2012-2017), el trabajo precario en Francia ascendió del 21 al 34 por ciento. Durante el mandato neoliberal de Emmanuel Macron, la desregulación del mercado laboral, la flexibilidad y una férrea disciplina fiscal permitieron ampliar las expectativas de un nuevo darwinismo social. En el hegemon europeo, Alemania, donde se fue extendiendo el malestar social y político desde las últimas décadas, el empleo precario creció del 25 por ciento en la década de 1980 al 39 en 2013. En algún momento de la larga era Merkel (2005-2021) los salarios reales del 21

61 Véanse, respectivamente, Göran Therborn, «Dinámicas de la desigualdad», *New Left Review*, 103, 2017, pp. 69-89, citas pp. 70,76-77; José Gabriel Palma, «América Latina en su 'Momento Gramsciano'. Las limitaciones de una salida tipo 'nueva socialdemocracia europea' a este impasse», *El Trimestre Económico*, 87 (348), 2020, pp. 985-1031.

62 Jean-François Lyotard, *The Postmodern Condition*, Manchester, Manchester University Press, 1984, cit. en David Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*, cit., p. 8.

por ciento de la población activa habían descendido, o estaban estancados, y la misma proporción vivía al borde de la pobreza. En Italia, el empleo desregulado y precario ascendió desde el 29 por ciento en 1985 al 40 en 2013. Después del miasmático berlusconismo, un banquero y expresidente del Banco Central Europeo, Mario Draghi, dispuso a los cuadros de la gerencia empresarial para disciplinar aún más a los mercados laborales italianos. Desde hace años, las formas más infames de contratación se han extendido en la tierra de Gramsci: «subcontratación de tareas, trabajo regular de guardia, trabajo intermitente e incluso formas de trabajo gratuito». En Japón, Corea del Sur y en todos los países de la OCDE se hacía patente la misma tendencia. En la Europa neoliberal del siglo XXI, unas 55.000 agencias suministraban a la *gig economy* centenares de miles de trabajadores cuyos salarios no superaban unos miserables 3,5 euros por hora. Como en la película dramáticamente realista de Ken Loach *It's a Free World* (2007), cuando finalizaban la tarea para la que habían sido contratados eran expulsados de nuevo a la jungla humana. Al otro lado del Atlántico, en la economía estadounidense, el desempleo era corregido rápida y severamente gracias a que en torno al 30 por ciento de su población activa no disfrutaba de ingresos ni ocupación estables. El trabajo ya no era el «nombre del Mesías del tiempo nuevo», por usar la optimista expresión del filósofo alemán Josef Dietzgen (1828-1888). La incertidumbre y la precariedad resumían de forma angustiosa la vida de la gente corriente⁶³. Es difícil concebir una combinación más explosiva. Sin duda, a su debido tiempo, esta dinámica destructiva de la sociedad civil tendría sus respuestas.

De hecho, todos los factores apuntados actuaron como caldo de cultivo del auge de una política revanchista cargada de resentimiento contra el *establishment* económico y político. La democracia parecía haber quedado suspendida en el vacío. Un vacío que comenzó a cubrirse con posiciones ideológicas que decían defender los intereses antagónicos del *statu quo* arraigado en los partidos tradicionales. Por su parte, estos no tardaron en responder ante la «amenaza letal» que suponía para las democracias liberales la emergencia del extremismo político. El concepto empleado en las reyertas políticas y entre los medios de opinión pública no fue otro que el de «populismo», en el que fueron estrujadas o estiradas con una lógica *procusteana* todas las «tendencias

63 Véanse al respecto, Aaron Benanav, «La automatización y el futuro del trabajo II», *New Left Review*, 120, 2020, pp. 125-158, cita p. 135; «La automatización y el futuro del trabajo I», *New Left Review*, 119, 2019, pp. 7-44; Pietro Basso, «Italie. Premier semestre de l'ère Draghi: optimisme de régime et massacre social en cours», *Al'encontre*, 13 de junio de 2021; Josep Fontana, *Capitalismo y democracia, 1756-1848. Cómo empezó este engaño*, Crítica, Barcelona, 2019; Germán Carrillo García, *Interpretar el mundo. Ensayos sobre la crisis de las sociedades contemporáneas*, Calblanque ed., Cartagena, 2022.

y organizaciones de izquierda y de derecha que rechazaban la lógica TINA (There Is No Alternative) de la política responsable bajo las condiciones de la globalización neoliberal»⁶⁴. De este modo, la etiqueta «populista», imprecisa como pocas otras, terminaba colgada de forma irremisible en el cuello de todos aquellos que osaban «criticar el *diktat* de las oligarquías económico-financieras». Como afirmó D'Eramo con la debida causticidad, «mientras vacían la democracia de todo contenido, acusan de pulsiones autoritarias a cualquiera que se oponga a este vaciamiento»⁶⁵. «Populismo» se había convertido en un término peligroso, tal como ocurrió en el pasado cuando los espíritus conservadores (y liberales) mostraron serias suspicacias frente al sufragio universal y, por tanto, a la participación de las masas en la política pública. Como proclamaba el doctor Stockmann de la novela *An Enemy of the People* (1882) de Henrik Ibsen: «la mayoría tiene el poder, desgraciadamente [...] pero ¡la mayoría no tiene razón! ¡Los que tienen razón son unos pocos individuos aislados como yo! ¡La minoría [el *statu quo* económico y político, podríamos actualizar nosotros] siempre tiene razón!»⁶⁶. «Ningún gobierno por una democracia o una aristocracia numerosa ha sabido elevarse sobre la mediocridad» —escribió en *On Liberty* (1859) el gran John Stuart Mill—, únicamente cuando el «soberano Muchos» se ha dejado llevar por los «consejos e influencia de Uno o Varios mejor dotados e instruidos», entonces el gobierno ha podido ser, «como en los mejores tiempos», provechoso⁶⁷. Pero nuestro mundo no pertenecía a la era victoriana, como tampoco al turbulento período de entreguerras,

64 Wolfgang Streeck, «El retorno de lo reprimido», *New Left Review*, 104, 2017, pp.7-21, cita pp. 16, 13.

65 Sobre las ambigüedades y avatares del término «populismo» a lo largo de su historia, véase el extenso y elocuente ensayo de Marco D'Eramo, «El populismo y la nueva oligarquía», *New Left Review*, 82, 2013, pp. 7-40. Naturalmente, como escriben Cas Mudde y Cristóbal Rovira, aunque las críticas contra el *establishment* por parte de los partidos populistas, con frecuencia no carecen de serios fundamentos, el «populismo» tiene también una cara oculta en su interpretación «monista» de la comunidad y en su noción de «voluntad general» del pueblo, que «podría dar pie al respaldo de tendencias autoritarias». Véase en su obra *Populism. A Very Short Introduction*, Oxford University Press, 2017, pp.17-18. Sin duda, este «lado oscuro» de la democracia estaba ya implícito en el pensamiento del mismo John Stuart Mill, o en una fuente más remota como la del padre de la politología moderna, Niccolò Machiavelli, cuando afirmó que, el «Principado se convierte fácilmente en *Tiranía*; desde la *Aristocracia* es fácil la transición a la *Oligarquía*; la *Democracia* se convierte sin dificultad en *Anarquía*». Véase Neil Davidson, *Transformar el mundo*, cit., p. 44.

66 Véase Albert O. Hirschman, *The Rhetoric of Reaction*, cit., pp. 22-23.

67 John Stuart Mill, *On Liberty*, Batoche Books, Kitchener, Ontario, 2001, p. 62. Probablemente, el precursor del voto como un acto relativamente inocuo y, al mismo tiempo, como una forma de apaciguar al cuerpo social y ajustarlo a la normatividad del *statu quo* fue Léon Gambetta, padre de la Tercera República francesa. El 9 de octubre de 1877, implorando especialmente a los sectores conservadores para que apoyaran el sufragio universal, afirmó: «¿Cómo pudieron dejar de ver que con el sufragio universal —siempre que lo dejen funcionar libremente y respeten, una vez que haya hablado, su independencia y la autoridad de sus decisiones—, como pudieron dejar de advertir, pregunto, que tienen ustedes aquí un instrumento para terminar todos los conflictos pacíficamente, y para resolver todas las crisis?». Y concluía: «¿Cómo pudieron dejar de entender que, si el sufragio universal funciona en plenitud de su soberanía, la *revolución ya no es posible* porque la *revolución ya no puede intentarse* y que ya no debemos temer un *coup d'état* cuando Francia haya hablado?». Véase, Albert O. Hirschman, *Shifting Involvements*, cit., pp.113-115.

a pesar de los graves y evidentes síntomas de auténtica regresión social y política. Era otro drásticamente transformado en el que las tenaces restricciones a la soberanía popular podían representar un peligro para el gobierno de la democracia de mercado.

Lo cierto es que el «pueblo» que había surgido de los escombros neoliberales sentía que la palabra democracia y sus expectativas, sobre todo para aquellas generaciones que habían vivido años de prosperidad y seguridad económica, se habían roto en mil pedazos. Desde esa perspectiva, el malestar en las instituciones democráticas y los problemas de gobernabilidad en general no habían sido originados por la entrada, para muchos analistas inesperada, en la escena política de los partidos «populistas». Contrariamente a la opinión más difundida, estos no dejaban de ser un epifenómeno o, más preciso, una consecuencia de la terca erosión democrática provocada por la lógica política de medio siglo ininterrumpido de la «ideología más exitosa de la historia de la humanidad», el neoliberalismo⁶⁸. Los regímenes neoliberales, con sus respectivas variaciones nacionales, mantenían a raya las disidencias políticas que pretendían transgredir sus fronteras ideológicas. El keynesianismo, cualquier atisbo de planificación económica socialista, incluso la economía mixta, con su extraordinario éxito de posguerra, eran ideas que habían sido desacreditadas, cuando no apartadas para siempre a la papelera de la historia.

De hecho, cuando el «pueblo» hablaba en las urnas y sus representantes electos pretendían sustituir la democracia de mercado por una «democracia popular», las instituciones supranacionales respondían rápida e insensiblemente, imponiendo el correcto orden moral de mercado. La «guerra financiera totalitaria» que lanzó el triunvirato formado por el BCE, la Comisión Europea y el FMI, la *troika* no electa, contra Grecia, después de que el partido de coalición de izquierdas SYRIZA, liderado por Alexis Tsipras, ganara las elecciones en enero de 2015 y, finalmente, claudicara ante el extremismo de la cúpula financiera de la eurozona, es un ejemplo significativo del castigo a los disidentes políticos. Como argumentó Yanis Varoufakis, Ministro de Finanzas del primer Tsipras, y una de las figuras más destacadas del partido heleno y de la izquierda occidental: el objetivo principal «para los socialistas, incluso los marxistas, es frenar la caída del capitalismo europeo para conseguir un tiempo suficiente para formular una alternativa»⁶⁹. Ante la descorazona-

68 Perry Anderson, «Las ideas y la acción política en el cambio histórico», en Atilio Borón *et al.*, (comp.), *La teoría marxista hoy. Problemas y perspectivas*, CLACSO, Buenos Aires, 2006, p. 389.

69 Véase, respectivamente, Michael Hudson, *Matar al huésped. Cómo la deuda y los parásitos financieros destruyen la economía global*, Capitán Swing, Madrid, 2018, pp. 387, 389-390, 637; Neil Davidson, «Is Social Revolution Still Possible in the Twenty-First Century?», *cit.*, pp. 109-110.

da derrota de la izquierda, esta parecía compensarla con la imposibilidad de una política de reemplazo de perfil socialista. Era evidente, en principio, que el mantra thatcheriano había alcanzado una hegemonía global, totalizadora, dejando las alternativas a los regímenes de antivalor neoliberales fuera de la capacidad imaginativa de cualquier posición política e intelectual. Sin embargo, ¿significa esto que, lisa y llanamente, los movimientos sociales y políticos de izquierdas se habían extinguido de la faz de la política contestaría? La respuesta no puede ser afirmativa; de hecho, habían sido extraordinariamente vibrantes aunque en cierto modo, y como un inevitable reflejo de la anatomía de la sociedad civil posmoderna, la fragmentación e incluso la colisión de intereses era su rasgo más marcado.

Un síntoma de esa incapacidad para imaginar una alternativa sistémica se volvió a poner de relieve cuando, en diciembre de 2019, el partido político Frente Amplio –partido chileno formado por diversas coaliciones políticas de izquierdas– ganó las elecciones, situando en el Palacio de la Moneda al primer presidente nacido después del Golpe de Estado neoliberal de 1973. Aunque parecían renacer las esperanzas para la izquierda latinoamericana, la brecha que separaba los propósitos del nuevo Ejecutivo (sin duda suficientemente racionales como por ejemplo barrer el tradicional bipartidismo político) de las urgencias sociales y económicas de las clases menos favorecidas, era sorprendente⁷⁰. A pesar de que existía cierto consenso en dejar atrás las políticas antisociales, la lógica política de la dinámica económica neoliberal no sufrió alteraciones sustanciales. Paradójicamente, la alternativa para la izquierda latinoamericana parecía residir en la socialdemocracia europea cuya política social había dejado en el pasado, al menos desde los años noventa, la agenda económica distributiva del Estado de Bienestar en favor del capital (financie-

70 Como en tantas ocasiones fue Hobsbawm el que observó con asombrosa anterioridad esta constante cuando afirmó que con demasiada frecuencia las aspiraciones de «transformación social» de la nueva clase media «constituían una protesta más que una aspiración». Podían autodefinirse como «anticapitalistas», aunque no tenían una «idea clara del capitalismo», y mucho menos de lo que proponían como alternativa a éste». Véanse al respecto los trabajos de Eric Hobsbawm, «La izquierda y la política de la identidad», *New Left Review*, 0 (2a época), 2000, pp.114-125 y *Cómo cambiar el mundo. Marx y el marxismo 1840-2011*, Crítica, Barcelona, 2012, p. 422. Del caso chileno, analizado por José Gabriel Palma, se desprende una lógica política similar. Mientras las generaciones jóvenes de clase media, o aspirantes a serlo, reclaman derechos individuales que creen fundamentales como, por ejemplo, la extraña e inquietante explosión de diversidad sexual, la economía chilena no se ha despegado de una renta ricardiana pasiva, basada en regímenes extractivistas de cobre, litio y otros recursos naturales que son exportados a los mercados globales, fundamentalmente hacia China, sin valor agregado. Véase José Gabriel Palma, «América Latina en su 'Momento Gramsciano'», cit. En Finlandia, país del norte de Europa emblemático del Estado de Bienestar, la derrota de los gobiernos de centroizquierda durante los últimos años obedece fundamentalmente a una constante occidental, a saber, decretar reformas sociales ambiciosas pero no proporcionar los medios materiales y fiscales para financiarlas. Véase al respecto, Tatu Ahponen, «What Happened in Finland», *Tribune*, 5 abril de 2023. Disponible en: <https://tribunemag.co.uk/2023/04/what-happened-in-finland>

ro). Como dijo en una entrevista en el *Wall Street Journal* el 23 de febrero de 2012 uno de sus sepultureros y entonces presidente del Banco Central Europeo, Mario Draghi: «el modelo social europeo está muerto»⁷¹.

Y es que, como observó perspicazmente Habermas, el *neoliberal turn* no solo conllevó un «vaciamiento de la sustancia democrática de los Estados», o un incrementalismo de la desigualdad social y la ruptura de los vínculos sociales; también se produjo un drástico «cambio en las mentalidades y modos de vida». En todas partes, señala el filósofo, se hicieron visibles al menos dos síntomas que nos separan radicalmente y para siempre del pasado; por un lado, estaban la búsqueda incesante y casi desesperada de la «recompensa económica de los modelos de comportamiento egocéntrico», la desafección de cuestiones políticas y la propagación de «orientaciones de vida libertarias» siguiendo el modelo de Silicon Valley; un comportamiento que afectaba especialmente a las clases sociales más educadas y flexibles; y, por otro, el ascenso del «trumpismo», abrazado por un espectro social que se sentía huérfano o marginado de la política. Su conclusión no podía ser más contundente y expresiva de la realidad de nuestro tiempo: «Si no me equivoco el efecto imponente de una comercialización creciente del mundo consiste en la retirada de la conciencia normativa de las esferas sociales que dependen de una disposición para cooperar y de un compromiso colectivo»⁷².

En otras palabras, es evidente que no estábamos solo ante un problema de tipo económico, no al menos en el sentido que lo entiende la disciplina académica así denominada. El *neoliberal turn* fue algo más que el dominio instrumental y hegemónico del reino de los mercados financieros como única alternativa plausible en la nueva era presuntamente posideológica surgida tras la Guerra Fría. El neoliberalismo conllevó la consumación del liberalismo, al menos tal como lo habían entendido los autores clásicos, e incluso en ciertos aspectos podía ser considerado como su antinomia política y económica. La literal absorción de la socialdemocracia y de gran parte de la izquierda a los postulados del nuevo credo no fue solo una cuestión de pragmatismo político ante un mundo en el que los émulos del capitalismo occidental parecían haber sucumbido tras la caída del contraejemplo soviético, fue también el resultado de una batalla ideológica.

71 Marco D'Eramo, *Dominio. La guerra invisible de los poderosos contra los súbditos*, Anagrama, Barcelona, 2022, p. 122.

72 Véase Jean-Marc Durand-Gasselín, «Sobre la política y la historia. Entrevista con Jürgen Habermas», *Ideas y valores*, vol. LXIX, n. 172, 2020, pp. 169-187.

II. GENEALOGIAS

II.1. La batalla de las ideas: la década de 1970

Las raíces históricas del cambio de paradigma político, tal como se ha dicho, se hallan en la turbulenta década de 1970, que en el ápice de la globalización de la década de 1990 pondría en circulación mundial los discípulos políticos del tándem Reagan-Thatcher. La crisis económica, no obstante, estaba lejos de ser el único instrumento para crear un nuevo «sentido común» hegemónico en torno al neoliberalismo. No solo era necesario que se dieran las condiciones óptimas en el terreno económico para que se produjera el cambio ideológico, había que difundir y poner en práctica las ideas y experiencias simbólicas que sostenían y legitimaban el giro neoconservador. Todo comenzó, como de costumbre, en el seno del Estado imperial. En *Dominio* (2022) Marco D'Eramo sigue cuidadosamente las huellas de la hegemonía neoliberal trazando una línea genealógica que lo lleva desde las llanuras del Medio Oeste al «fatal memorando» de Lewis F. Powell Jr., suscrito el 23 de agosto de 1971, y, de ahí, hasta «The Structure of the Social Change» –panfleto inspirado en el modelo de producción hayekiano extrapolado al mundo de las ideas–, escrito en 1976 para las fundaciones Koch por un joven de veinticinco años llamado Richard Fink. Si la triple crisis económica de la década de 1970 (de rentabilidad, energética e inflacionaria) fue decisiva para despejar la pista ideológica de entrada al neoliberalismo, fueron las *pasiones* desencadenadas en un magnate del Medio Oeste, John Merril Olin (1892-1982) –fabricante químico y armamentístico–, consternado por las revueltas sociales de la década de 1960 en los campus universitarios, la insurrección de los guetos negros y la calumniosa derrota de Vietnam, las que lo llevaron a depositar sus *intereses* filantrópicos en la producción de ideas con el fin de restablecer el correcto orden moral del mundo. «Las ideas son armas, las únicas armas con las que se puede luchar contra otras ideas», afirmó William E. Simon secretario del Departamento del Tesoro bajo el gobierno de Gerald Ford (1974-1977) y futuro presidente de la fundación Olin. Aunque esta se disolvió en 2005 por deseo de su benefactor, que señaló expresamente que el dinero debía gastarse en el plazo de una generación tras su muerte, puso todo su empeño en financiar la causa intelectual de liberalismo extremo.

El puesto de relevancia de la fundación Olin en la propagación global de las ideas neoliberales no es arbitraria. El primer receptor relevante del dinero espiritual de la fundación fue el «memorando confidencial» del citado Powell –«punto de inflexión historiográfico» de la contraofensiva reaccionaria–, destinado a los miembros de la Cámara de Comercio de los Estados Unidos bajo

el esclarecedor título *Ataque al sistema estadounidense de libre empresa*. La novedad de este texto incendiario –calificado como una «caricatura invertida del *¿Qué hacer?* de Lenin»⁷³– residía en que no cargaba las tintas contra los «extremistas» y disidentes de izquierdas. De forma sorprendente, ahora la némesis del neoconservadurismo apuntaba hacia los sectores sociales «moderados». ¿Quiénes podían ser los portavoces de esas temibles voces de la moderación? Powell no albergaba dudas al respecto. Los peligros se hallaban entre los «elementos respetables de la sociedad» estadounidense, es decir, en «los campus y universidades, en los púlpitos, los medios de comunicación, las revistas intelectuales y literarias, las artes, las ciencias, los políticos». No eran las movilizaciones incidentales y llenas de rabia de la Nueva Izquierda las que corrompían la correcta moral de la sociedad; al contrario, eran los «liberales» respetables y la amenazadora «influencia de los reformistas» los que generaban una desconcertante preocupación entre los magnates del *Midwest*. ¿Era correcto el afilado diagnóstico de Powell? Sin duda las ideas subversivas de los campus universitarios y de los departamentos de humanidades y economía eran armas que había que conquistar y reeducar, pero la sólida tradición de disidencia política del movimiento obrero y sindical, así como el ascenso político de partidos de perfil socialista y comunista en Europa y Estados Unidos desde la década de 1960 suponía, en aquellos momentos, una clara amenaza para el capital. ¿Qué hacer, entonces, ante el peligro que representaban los enemigos del orden moral de la libre empresa?

«El empresariado –señalaba Powell en un giro que debería remover al izquierdismo autocomplaciente con el *neoliberalism turn*– debe aprender la lección que hizo suya hace ya mucho tiempo el movimiento obrero [...] esta lección consiste en que el poder político es necesario; que este poder debe cultivarse con asiduidad y que, cuando sea necesario, debe usarse con agresividad y determinación, sin titubeos ni reticencias»⁷⁴. Durante los diez años que trascurrieron desde la arenga corporativa de Powell, el número de empresas afiliadas a la Cámara de Comercio estadounidense se multiplicó de forma asombrosa, pasando de unas 60.000 a rozar el cuarto de millón. Junto con la National Association of Manufacturers –fundada en Ohio en 1895 y desplazada a Washington en 1972– acumularon una «poderosa fuerza reivindicativa para presionar al Congreso y para estimular actividades de investigación». En el último año citado se fundó la Business Roundtable, una asociación for-

73 Véase Josep Fontana, *El siglo de la revolución*, cit., especialmente las páginas dedicadas a la contrarrevolución conservadora, pp. 447-485.

74 Marco D'Eramo, *Dominio*, cit., pp. 17-21.

mada por cuadros ejecutivos empeñados en la «búsqueda agresiva del poder político» con el fin de favorecer los intereses lucrativos de las empresas⁷⁵. La lista de fundaciones y *think tanks* se haría cada vez más extensa y sobre todo poderosa. Algunas eran veteranas, como la Hoover Institution (1919) –fundación republicana creada por un futuro presidente de Estados Unidos, Herbert Hoover (1929-1933), institución que todavía no había abrazado en aquel momento la política reaccionaria–, o la American Enterprise Institute, creada en Nueva York, en 1938, por un grupo de empresarios de centroderecha guiados por el fabricante de asbesto Lewis H. Brown (1894-1951). Otras fueron fundadas al calor de la insurgencia neoconservadora y la reconstitución del poder de clase capitalista de la década 1970, como la poderosa Heritage Foundation (1973), o el Cato Institute (1977), fundado este último por los hermanos Koch. Todas ellas iban a minar definitivamente las «políticas paternalistas del New Deal», tal como las había calificado Friedrich von Hayek en *The Constitution of Liberty* (1960). El principio normativo del Imperio de la Ley del Estado de Derecho debía prevalecer, si fuera necesario, sobre la soberanía popular. «La democracia –afirmaba Hayek citando *Road of Reaction* (1945) de Herman Finer– degenera en demagogia si se parte del supuesto según el cual lo justo en una democracia es lo que la mayoría decide como tal»⁷⁶. El objetivo, por tanto, era doble y debía de llevarse a cabo de forma simultánea. Por un lado, había que tomar el poder del Estado inclinándolo a favor del capital las instituciones democráticas y, por otro, conquistar la *intelligentsia* de los campus universitarios con el fin de crear un nuevo sentido común que favoreciera los intereses privados de los sectores privilegiados, o al menos de aquellos que rechazaban el socialismo y la planificación típicamente keynesiana. Para lograrlo, llegaron a la conclusión de que la política era algo que había que comprar en vez de practicar. ¿Por dónde, pues, comenzar la «guerra de guerrillas» neoconservadora?

El primer asalto se dirigió contra los sindicatos que fueron rápidamente condicionados por los Comités de Acción Política (CAP) y las asociaciones empresariales; la influencia de los primeros, especialmente con respecto a su tradicional financiación de políticos demócratas, se inclinó a favor de los segundos. Las empresas comenzaron a actuar –tal como Powell había señalado– aplazando temporalmente su espíritu competitivo en beneficio de la formación de un bloque hegemónico con la finalidad dual de minar las políticas progresistas y alterar la legislación para favorecer una democracia de

75 David Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*, cit., pp. 51-52.

76 Friedrich Hayek, *The Constitution of Liberty*, The University of Chicago Press, Chicago, 1960, pp. 266, 107.

mercado. En 1976 la maquinaria legislativa del Tribunal Supremo dispuso de toda una serie de sentencias con el objetivo de establecer el derecho de las corporaciones empresariales a «realizar contribuciones ilimitadas» a los CAP y a los partidos políticos. La «libertad de expresión» de la Primera Enmienda, a la que se acogían las compañías y los jueces utilizaban para beneficio de estas, podía, a partir de ahora, traducirse literalmente como la libertad de los hombres de negocios para financiar el control político de la democracia. Cuando todavía no era más que el gobernador del estado de California, Ronald Reagan junto a William Simon «se tomaron la molestia» de solicitar a los CAP que pusieran todo su empeño en financiar a los candidatos republicanos «simpatizantes de la derecha»⁷⁷.

Por su parte, el partido demócrata, todavía con amplias bases populares, no podía, sin embargo, permitirse el lujo de prescindir del apoyo financiero del alto capitalismo persiguiendo una línea ofensiva contra este en nombre de una democracia del *popolo minuto*. Por esta razón, mientras los demócratas se ahogaban en la ambivalencia al representar los derechos de las minorías y los excluidos y a la vez dependían del gran capital para su financiación, los republicanos apoyaban sin rodeos a las clases dominantes, resucitando adicionalmente el espíritu de la derecha cristiana que desde los años cuarenta había estado lanzando sus críticas contra el «robo de la libertad» perpetrado por el New Deal⁷⁸. La era del bipartidismo plutocrático que dominaría los parlamentos occidentales desde la década de 1990 había comenzado. Como reconoció el presidente del Consejo de Asesores Económicos de Bill Clinton y Nobel de economía, Joseph Stiglitz, sin duda en tono arrepentido: «nos las arreglamos para ir apretando el cinturón a los pobres a medida que aflojábamos el de los ricos»⁷⁹.

Pero, para entender la profundidad y el alcance de la contrarrevolución conservadora de la década de 1970, debemos ahora detener nuestra atención, siguiendo la taxonomía histórica de D'Eramo, en el citado manifiesto de Richard Fink «The Structure of the Social Change»⁸⁰. Los destinatarios eran los hermanos Koch, David y Charles, que habían levantado un vasto imperio petrolífero que transcurría por los estados de Texas, Alaska y Minnesota. Sin embargo, el espíritu empresarial y el enriquecimiento personal no satisfacían suficientemente sus ambiciones. Estas iban más allá del jugoso negocio de los petrodólares, y la política podía proporcionarles lo que el dinero no hacía o,

77 David Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*, cit., p. 58.

78 *Ibidem*, p. 58 y Marco D'Eramo, *Dominio*, cit., p. 303.

79 David Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*, cit., p. 60.

80 Este conciso texto fue entregado a Charles Koch en 1976 y publicado por primer vez, como no podría ser de otro modo, en la revista *Philanthropy*, vol. 10 (1), 1996.

más preciso, podían servirse de la política para hacer que su dinero creciera aún más; para lograrlo, dedicaron todo su esfuerzo en hacer que las ideas libertarias arraigaran en la política estadounidense. ¿En qué consistía la estrategia de Fink para cambiar la circulación del poder del sistema político, e incluso de las bases sociales, de tal modo que dicho cambio favoreciera los mundanos intereses de estos petroleros oriundos de Kansas?

Siguiendo el modelo de producción en tres fases de su admirado Friedrich Hayek, Fink invirtió el lugar reservado a la mercancía por la producción de ideas y con ello, sin saberlo, estaba reproduciendo la perspicaz relación que une a la religión con la cultura, descrita admirablemente por T.S. Eliot en *Notes towards the definition of culture* (1949)⁸¹. Así, en una primera fase, las materias primas del modelo hayekiano eran equiparables a la abstrusa teoría intelectual fabricada en las torres de marfil de las instituciones académicas; para ser «eficientes», escribía Fink, era preciso transformar las «materias primas» en productos de valor agregado destinados al consumidor, es decir, la teoría totalmente abstracta e impersonal debía ser transformada en una formulación más «práctica y manejable» para el gran público. Ahí, en ese segundo nivel, se encontraban los *think tanks* y las organizaciones empresariales neoconservadoras del Medio Oeste. Sin embargo, hacía falta algo más que una simple traducción de ideas complejas en asequibles para que un sistema de creencias fuera aceptado, en el sentido hegemónico, por la sociedad civil. Era preciso distribuir entre los consumidores el producto final hayekiano, es decir, había que impulsar «movimientos de base en la última etapa para adoptar las ideas de los *think tanks* y traducirlas en propuestas que los ciudadanos puedan entender y con las que puedan actuar»⁸². Dicho de otro modo, la democracia del consumidor de von Mises y la justicia de mercado de Hayek eran ideas demasiado secas, demasiado impenetrables, que requerían ser destiladas y mezcladas apelando a valores tradicionales tales como la religión, la familia o el nacionalismo, con el fin de penetrar y cubrir los niveles inferiores de la estructura social. Pero, para alcanzar estos objetivos, también era necesario contar con unas expectativas materiales frustradas. Con esa síntesis política, el éxito de la batalla de las ideas del nuevo conservadurismo estaba asegurado.

81 En la fórmula de T.S. Eliot, «todo gran sistema de creencias» se organiza siguiendo una jerarquía de diversos «niveles de complejidad conceptual», que contiene o debe contener «construcciones intelectuales sumamente sofisticadas» –asequibles para las élites educadas– en la cúspide, versiones más dilatadas y menos impenetrables en niveles intermedios y, por último, las «simplificaciones más crudas y elementales en un nivel popular». Todo esto identificado, además, por un léxico único y apuntalado por la conveniente cadena de «prácticas simbólicas». Véase Perry Anderson, «Las ideas y la acción política en el cambio histórico», cit., p. 381.

82 Véase Marco D'Eramo, *Dominio*, cit., pp. 29-30.

De hecho, el bienestar de los años dorados de posguerra no se había distribuido generosamente, dejando a su paso un frustrado sueño americano, una desigualdad cada vez más elevada y una terca exclusión. Las condiciones de inestabilidad e incertidumbre económicas de la década de 1970 iniciadas en Estados Unidos y pronto extendidas por todo Occidente, crearon las condiciones subyacentes objetivas para que las fuerzas subjetivas de las ideas neoliberales fueran capaces de influir directamente sobre el conjunto de la sociedad. Como dijo en cierta ocasión el genio de Flaubert en alusión al secular conflicto filosófico sobre la primacía del espíritu o del materialismo en el curso de la interpretación de la historia: «ambas son dos impertinencias iguales»⁸³. Pero el libelo de Fink y el espíritu libertario de los Koch no estaban solos. Unos años antes, en 1973, el magnate de colorado Joe Coors, cuya fortuna procedía del negocio étlico de la fabricación de cervezas, apoyó la causa de la contrarrevolución patrocinando el reputado *think tank* Heritage Foundation. Desde su nacimiento, en el estómago insaciable de la conservadora Heritage afluyó el capital filantrópico de las «divisiones de acorazados del capitalismo estadounidense», entre las cuales estaban los ultrarricos Koch. Aunque en «The Structure of the Social Change» las tres fases propuestas para el asalto y triunfo de las ideas conservadoras se sucedían en un «sentido lógico», los magnates del Medio Oeste las acometieron de forma simultánea. Era una revolución, y los magnates lo sabían. El historiador Clayton Coppin que recibió el encargo de David Koch de escribir una «historia confidencial» de las operaciones políticas de su hermano Charles, escribió al referirse a este: «No le bastaba con ser el Engels o incluso el Marx de la revolución libertaria. Quería ser su Lenin»⁸⁴. En 1980 la Heritage preparó un voluminoso manifiesto de más de mil páginas destinado al Congreso y a la Casa Blanca durante los primeros años del gobierno de Reagan bajo el título *Mandate for Leadership*. En sus líneas podían leerse un par de millares de sugerencias políticas, entre las cuales no podían faltar las libertarias prescripciones para reducir impuestos y programas sociales, o incrementar hasta la estratosfera el gasto militar. Para ganar la batalla de la reconstitución de clase era preciso descabalar la «tiranía de la izquierda» y del «liberal-fascismo». En sucesivos documentos, la Heritage recomendó la privatización de la Seguridad Social, e incluso la cancelación de «fondos especiales para la educación de discapacitados»⁸⁵.

Políticamente, la estrategia esbozada por Fink constituía un instrumental ideológico poderosísimo para que un sistema de creencias asumiera el rango

83 Citado en Albert O. Hirschman, *The Rhetoric of Reaction*, cit., p. 185.

84 Marco D'Eramo, *Dominio*, cit., p. 271.

85 *Ibidem*, pp. 30-40

de hegemonía. Así, los *reaganomics* y particularmente las teorías económicas que defendían los recortes de impuestos a las clases más altas –el *trickle down* de Ayn Rand y la influyente «curva» de Arthur Laffer⁸⁶– tenían que descender a la lengua común, adquirir legitimidad entre amplias capas sociales, especialmente las más desfavorecidas y, al mismo tiempo, obtener rango de ley. Legitimidad y legalidad eran dos caras de la misma moneda. Mientras Reagan apelaba al «sentido común» de su electorado en 1980 a través de discursos simplistas leídos en el *teleprompter*, afirmando que las cargas impositivas no hacían más que limitar el derecho de «los individuos a conservar y gastar el dinero que ganan», un año después, siendo ya presidente, firmaba desde el Rancho del Cielo el proyecto de ley Kemp-Roth (1981). ¿Cuál fue el resultado? La demolición de la herencia política del New Deal.

Durante los ocho años que este actor de «limitada inteligencia» estuvo alojado en la Casa Blanca, las tasas impositivas del intervalo superior, es decir, las correspondientes a las grandes fortunas, descendieron del 70 al 28 por ciento⁸⁷, las clases medias fueron sometidas a las restricciones de la deflación por deudas y la deuda exterior estadounidense podía superar al conjunto de los países latinoamericanos; los marcadores del PIB situaron al sector financiero en el podio ganador, desplazando a una segunda posición al *Rust Belt* e iniciando el amargo y decadente camino de la desindustrialización, la deslocalización y el desempleo estructural. ¿Se trataba de una cuestión meramente económica? En absoluto. En *The Day of Reckoning. The Consequences of American Economic Policy* (1988), Benjamin M. Friedman expresó, con admirable claridad y un razonable desencanto, las consecuencias sociales de la decadencia económica y moral de la política estadounidense. Desde la década de 1980, afirmaba el economista, se ha producido una voladura total del «principio moral» que había unido a cada «generación de estadounidenses desde la fundación de la república», a saber, que «los hombres y mujeres deben trabajar y comer, ganar y gastar, tanto en lo privado como en lo colectivo, para que sus

86 Escasos años después de que Ronald Reagan abandonara la Casa Blanca, John Kenneth Galbraith escribió que la reducción de impuestos durante la década de 1980 se debía en buena medida a la invención de Arthur Laffer, asesor del consejo de política económica de la administración Reagan. La idea de la «curva de Laffer» era simple: «con la reducción de impuestos, el total de la renta pública no disminuiría sino que aumentaría». Trazada la curva originalmente sobre una servilleta de un restaurante de Washington, Laffer explicó que «aumentando los tipos impositivos, el total de los recursos públicos primero aumentaría y luego caería». Por lo tanto, una vez que la presión fiscal estadounidense había superado el «punto óptimo», la reducción impositiva incrementaría los recursos públicos. Naturalmente esta idea, concluyó Galbraith, estaba, como está, muy «alejada de la realidad»; sin embargo, a pesar de adolecer de un aplastante simplismo, hizo que el enriquecimiento fuera aprobado socialmente y las dolorosas tasas impositivas progresivas (desde la perspectiva de los sectores privilegiados) fueran suavizadas. Véase la clarividente obra *La cultura de la satisfacción*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1992, pp. 111-113. La primera edición en inglés del mismo año.

87 Josep Fontana, *El siglo de la revolución*, cit., pp. 453-454.

hijos y los hijos de sus hijos hereden un mundo mejor». Esa tradición moral se había roto en mil pedazos, ahora la política residía en «vivir no solo en el presente, sino para el presente». De este modo, acumulando deuda y vendiendo nuestros activos, estamos viviendo en una fiesta con cargo a las generaciones futuras, cuyos niveles de vida serán cada vez más bajos⁸⁸.

Sin la menor duda, en la construcción de este nuevo orden neoliberal, la influencia de los *think tanks* ultraconservadores había sido decisiva. En 1985, la fundación Heritage se podía jactar de que el gobierno de Reagan había asumido como propias entre el 60 y el 65 por ciento de sus «recomendaciones»⁸⁹. En la década de 1990, tal como veremos, el «consenso de centro» político, presuntamente posideológico, no solo continuó por este autodestructivo camino, lo amplió hasta niveles que podían superar, e incluso haber sorprendido en algunos casos, las ideas *The Road to Serfdom* (1944) de Hayek.

¿Y la vibrante oposición de la guerra de los campus? Pronto iba a ser apaciguada. Como observaron con notable anterioridad Bourdieu y Hobsbawm, las instituciones académicas, antaño los Templos del Saber, se iban a transformar con demasiada obstinación y escasas objeciones en «los principales lugares de fabricación y definición de la dominación social»⁹⁰. De hecho, las universidades terminaron dominadas por las escuelas de negocios, el marketing y la lógica de la gestión empresarial que hipertrofiaban la burocracia a costa de la investigación y la enseñanza, especialmente cuando a partir de los años noventa la miasmática Tercera Vía penetrara definitivamente en la política occidental. Todas las ideas que antaño animaban la fe en el socialismo pasaron a formar parte de los márgenes de la política pública. El consumismo masivo y la desindustrialización hicieron de la clase obrera –sujeto histórico del marxismo– un delgado recuerdo del pasado, al menos en Occidente. Después de 1970, pero sobre todo cuando el Imperio soviético se desvaneció para siempre en 1991, cualquier política reformista al estilo de la socialdemocracia escandinava o liberal keynesiana, era concebida por los nuevos regímenes neoliberales como demandas potencialmente revolucionarias. Bernstein y Keynes habían pasado a mejor vida. La esfera pública se transformó en una señal de despotismo estatal, del autoritarismo y de la incompetencia. La justicia social se convirtió en un término proscrito o en un simple tropo del nuevo vocabulario político; ahora, era la justicia de mercado hayekiana la que dominaba el horizonte político.

88 Benjamin M. Friedman, *The Day of Reckoning. The Consequences of American Economic Policy*, Random House, Nueva York, 1988, p. 4.

89 Marco D'Eramo, *Dominio*, cit., p. 34.

90 Eric Hobsbawm, «Pierre Bourdieu. Sociología crítica e historia social», *New Left Review*, 101, 2016, pp. 41-52, cita p. 50.

La ofensiva de los movimientos sociales contraculturales sesentayochistas no fue inocua, sin duda, y en cierto modo ponía de relieve su animadversión a las políticas de posguerra o, más concretamente, a formas de dominación y exclusión atávicas. Aunque los horizontes de la batalla eran difusos y frecuentemente contradictorios, casi todos convergieron en impugnar el patriarcado y la misoginia, el racismo institucional y las jerarquías sociales⁹¹. El resultado de la subversión cultural, sin embargo, no fue equilibrado y, paradójicamente, se inclinó a favor del capital, transformando de paso de forma drástica el modo de vida de las sociedades occidentales. Ahora que la «guerra de los sexos», o la batalla de género, difundida por la opinión pública y la «propaganda gubernamental» de la mayor parte de los países del capitalismo avanzado han ensombrecido la dinámica destructiva de los «conflictos distributivos», quizá convendría volver a leer lo que realmente significó para la derecha mundial y para el capital la incorporación de la mujer en el mercado laboral durante la década de 1970. Si bien para las clases medias o altas esto significaba una emancipación personal o una victoria sobre la dominación masculina, para la clases sociales desfavorecidas las cosas eran más terrenales; en general, el trabajo femenino representaba un complemento económico ante los decrecientes salarios masculinos y el gradual ascenso del precio de bienes y servicios básicos. De hecho, a medida que la participación femenina en el mercado laboral iba creciendo, la afiliación sindical y las huelgas lo hicieron en proporción inversa y el desempleo se volvía estructural. Como consecuencia, el capital se benefició en dos sentidos; por un lado, la presión laboral sobre los salarios, en un momento en el que la acumulación de beneficios económicos había entrado en crisis, se redujo drásticamente. Por otro, el empresariado se favoreció enormemente del reclutamiento de la mujer como aliada en el combate por la desregulación del mercado laboral ya que ambos tenían sólidas razones para defender mercados de trabajo «flexibles». Si el capital buscaba la «flexibilidad» como medio para establecer entornos laborales precarios y con ello acumular beneficios, ellas no podían deshacerse felizmente del mundo doméstico y la crianza de los hijos⁹².

91 Véase Göran Therborn, «¿Nuevas masas críticas? Las bases sociales de la resistencia», *New Left Review*, 85, 2014, pp. 5-17.

92 «Un extraño ejemplo es la Unión Europea y la mayoría de sus Estados miembros, que planean introducir cuotas para las mujeres en los consejos directivos de las grandes empresas públicas con el apoyo de todas las fuerzas políticas, incluyendo a las de la izquierda, y con un entusiasta aplauso de los medios de comunicación. Esto sucede en un momento en que las 'reformas' de la política social han llevado al hundimiento del mercado laboral, dando lugar al rápido crecimiento de un sector de bajos salarios formado mayoritariamente por mujeres, con la maternidad en solitario convirtiéndose por doquier en la causa más frecuente de pobreza». Véase en Wolfgang Streeck, *¿Cómo terminará el capitalismo? Ensayos de un sistema en decadencia*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2017, pp. 254-256.

Por último, la legitimidad institucional y académica del neoliberalismo iba a quedar sellada el mismo año en el que los estudiantes ocupaban la Sorbona de París con proclamas culturales contra la sociedad de consumo y un sistema político osificado. En 1968 el Banco Central de Suecia incorporó a la lista de premios Nobel uno más, el del capítulo económico. ¿Cuál podía ser el objetivo tácito de este nuevo galardón económico? Retrospectivamente, significó la deslegitimación global de las políticas socialdemócratas y, particularmente, las del país nórdico que contaba con la democracia europea más sólida desde la década de 1930, bastión de la justicia social y de la igualdad económica y política continental. Una vez que Washington y Londres habían sido conquistados y aculturados por las ideas neoliberales, arruinando de paso al Tercer Mundo con las instituciones neoliberalizadas de Bretton Woods, era preciso asaltar el corazón de la socialdemocracia escandinava. Como en la mayor parte de países de Occidente, Suecia fue adoptando paulatinamente desde la década de 1980 las nuevas ideas ultraconservadoras. A partir de entonces, la «mercantilización y el control de la inflación se convirtieron en las nuevas prioridades de la política socialdemócrata». Para poner en práctica las enseñanzas de Friedrich Hayek y Milton Friedman (ambos Nobel de Economía en 1974 y 1976 respectivamente), se liberalizaron en 1985 los mercados de crédito y de capital del país. Desde aquel año, la política de la democracia fue progresivamente quedando bajo la potestad posideológica del Banco Central sueco, separada de ese modo de las irracionales pasiones del electorado. Aunque en Europa había que ser menos drásticos que durante la imposición neoliberal en Chile, no por ello había que evitar desmantelar el edificio keynesiano y socialdemócrata de posguerra. Y las objeciones fueron mínimas. Cuando el ministro de Finanzas de entonces Kjell-Olof Feldt presentó la propuesta de perfil neoliberal al honorable Primer Ministro Olof Palme, este le contestó concisamente: «Haced lo que queráis. De todas formas, yo no entiendo nada»⁹³. Así fue como los bancos centrales se erigieron en un «cuarto poder», según la sagaz observación de Joseph Vogl, eclipsando a los poderes ejecutivo, judicial y legislativo, e integrando la compleja maquinaria financiera y de mercado fuera del control democrático⁹⁴, asegurando el éxito de la batalla neoliberal y dejando el camino ideológico despejado para la penetración de la política del «consenso de centro».

93 Véase Göran Therborn, «El ocaso de la socialdemocracia sueca», cit., p. 10. Esta vía para la legitimación del neoliberalismo extremo fue impugnada, por ejemplo, por Gunnar Myrdal que solicitó que fuera cancelado este «premio Nobel para la economía». Véase Marco D'Eramo, *Dominio*, cit., pp. 42-43.

94 Wolfgang Streeck, «¿El cuarto poder?», cit., p. 156.

II.2. «Consenso de centro»

El ambiente político de la siguiente década, la del derrumbamiento soviético, el triunfalismo de la globalización y la expansión prácticamente ecuménica de la democracia liberal, no era propicio para el disenso. El pesimismo entre la izquierda era abrumador y los espíritus rentistas habían roto finalmente las bridas keynesianas. Parecía que el antiguo antagonismo ideológico entre la derecha y la izquierda, originado en la Revolución francesa, había desaparecido para siempre y por el bien común de la sintaxis política. *En torno a lo político* (2007), la filósofa y politóloga Chantal Mouffe argumentó cáusticamente contra el «campo progresista» que había aceptado sin grandes dificultades esta «visión optimista», casi panglosiana, de la globalización, pasando a ser ahora los abogados de una forma democrática basada en el «consenso». Expresiones, deliberadamente ambiguas, tales como «democracia cosmopolita», «gobernanza», «sociedad civil global», entre otras, comenzaron a formar parte de la nueva gramática «antipolítica» que decía haber superado la «dimensión antagónica constitutiva» del campo de fuerzas político. Las luchas partisanas habían quedado relegadas al pasado y el consenso podía ahora lograrse a través del diálogo. Pero cabe preguntarse si acaso no era en el campo de la política democrática donde históricamente se habían medido las fuerzas, tensiones e identificaciones colectivas tan relevantes en las sociedades contemporáneas. Aún más, ¿no había quedado suficientemente demostrado, al menos desde Freud, que «incluso las sociedades que se han vuelto más individualistas» necesitan, de una u otra manera, aferrarse a «identificaciones colectivas»? ¿No había dicho el gran Hobbes que la principal afición del ser humano es la competencia por el honor y la dignidad? La actividad de la política democrática no reside en «superar las identificaciones antagónicas de la sociedad», concluía Mouffe, sino en movilizarlas de tal modo que impulsen la confrontación democrática. De hecho, ¿qué sucedía cuando las taxonomías sociales antagónicas de la política quedaban implícitamente superadas? A este respecto, Mouffe no alberga dudas. El antagonismo democrático era reemplazado por nuevas o arcaicas formas de confrontación que podían variar entre identificaciones «esencialistas» o «valores morales no negociables». Dicho más tajantemente, si las «fronteras políticas» se volvían difusas y crecía el «desafecto hacia los partidos políticos», las identidades colectivas podrían adherirse a formas de «identificación nacionalistas, religiosas o étnicas». Por ello, «los teóricos que quieren eliminar las pasiones de la política y sostienen que la política democrática debería entenderse sólo en términos de razón, moderación y consenso –concluye

incisivamente— están mostrando su falta de comprensión de la dinámica de lo político»⁹⁵.

Quizá, nada ejemplifica mejor sus argumentos que el consenso apologético en torno al neoliberalismo establecido en el terreno político por parte de la Tercera Vía pregonada por Anthony Giddens y llevada al extremo por el blairismo y sus acólitos continentales. Esta nueva era política paralizó en algunos casos y en otros selló los espacios políticos destinados al debate sobre el discurso de clase, aun cuando la polarización social no dejaba de acrecentarse. «La tercera vía de Blair y el *neue Mitte* de Schröder, ambos inspirados por la «estrategia de ‘triangulación’ de Clinton», aceptaron condescendientes el «terreno de juego establecido por sus predecesores neoliberales». Incapacitados o, más preciso, contrarios a pensar en otras alternativas a la «presente disposición hegemónica» defendieron una vía política que decía situarse más allá de los bloques históricos de derecha e izquierda; «categorías» estas que, desde su posición virtualmente posideológica o anti-ideológica, eran exhibidas ahora como «obsoletas». El propósito subyacente, sin embargo, no fue otro que la formación de un «consenso de centro»⁹⁶. La imagen despreocupada de la política que exhibió Tony Blair ante la audiencia de la BBC2 el 30 de marzo de 2000 reproducía de forma precisa el nuevo sentido común divulgado exitosamente por la Tercera Vía: «en realidad nunca estuve en política», afirmó, «nunca maduré como político. Ni siquiera ahora me siento un político». Palabras que años después suscribiría su compañero de gabinete Charlie Falconer, llevándolas al terreno de la *praxis*: «despolitizar la toma de decisiones clave es un elemento vital para acercar el poder a la gente»⁹⁷. Ahora bien, ¿en qué consistía dicho ejercicio de «despolitización»? y, en todo caso, ¿qué intereses ideológicos subyacían tras esta presunta superación de las tradicionales líneas divisorias entre la derecha y la izquierda?

La respuesta a la primera cuestión es simple pero contundente y sus repercusiones iban a profundizar aún más la brecha que separaba a la soberanía popular de los instrumentos y las instituciones democráticas: la política debía quedar en manos de expertos cuya profesionalidad los distanciara del cortoplacismo de los políticos y de sus conflictos de intereses electoralistas. Por su parte, la respuesta a la segunda se encuentra en un influyente artículo publicado en el año 1997 en la revista *Foreign Affairs* por Alan S. Blinder, vice-

95 Véase Chantal Mouffe, *En torno a lo político*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007, pp. 9-10, 37.

96 Véase Chantal Mouffe, *La paradoja democrática. El peligro del consenso en la política contemporánea*, Gedisa Editorial, Barcelona, 2000, p. 23.

97 Peter Mair, *Gobernando el vacío. La banalización de la democracia occidental*, Alianza, Madrid, 2015, pp. 23-24.

presidente de la Reserva Federal durante el primer mandato de Bill Clinton (1993-1997). En «Is government too political?» –título retórico que era toda una declaración de intenciones–, Blinder afirmaba que era preciso desarrollar un modelo técnico de gestión política al estilo de los bancos centrales y de la Reserva Federal, de manera que las decisiones sobre las políticas sociales, la sanidad, entre otros sectores clave, no dependieran de la política convencional dominada por el ciclo electoral, sino por «expertos objetivos no partidistas»⁹⁸. Un año después de Blinder, el gurú mundial de la Tercera Vía, el citado Giddens, publicaba *The Third Way. The Renewal of Social Democracy* (1998). Aquí, en síntesis, defendía ese modelo político «despolitizado», salpicado ahora de una retórica simplista con expresiones tales como «política de vida» o «Estado sin enemigos»; un modelo cuyo objetivo no era otro que el de reconquistar el terreno perdido durante la era socialdemócrata por el bien de las democracias liberales. Pero, ¿hacia dónde se dirigía la democracia bajo el gobierno ejecutivo de los bancos centrales y de los expertos libres de la servidumbre electoral y de las pasiones políticas?

Por un lado, en Europa pronto fue evidente que se estaba girando hacia una «americanización» de la política. A partir de ahora, las elecciones iban a quedar reducidas a una simple deliberación entre «líderes y no entre políticas o programas» y, en conjunto, el electorado se iba a comportar progresiva e insensiblemente «más como un consumidor y menos como un participante activo»⁹⁹. La «democracia del consumidor» de von Mises ganaba la partida, y se confirmaban de paso los augurios de John Stuart Mill o Alexis de Tocqueville acerca del terrible conformismo que la democracia podía despertar entre las masas. Por otro lado, fue sobre todo en el lucrativo terreno económico donde la supuesta posideología de la Tercera Vía aparecía crudamente como lo que realmente era, es decir, como una ideología esencialista de mercado: «La nueva economía mixta –escribió Giddens– busca [...] una sinergia entre el sector público y privado, utilizando el dinamismo del mercado, pero con el interés público en mente. Implica un equilibrio entre la regulación y la desregulación, tanto a nivel transnacional como nacional y local; y un equilibrio entre lo económico y lo no económico en la vida de la sociedad». Aunque el Estado de Bienestar no debía dejarse a su suerte, era preciso, sin embargo, priorizar una sociedad de «tomadores de riesgo responsables»¹⁰⁰.

98 *Ibidem*, p. 24.

99 Richard S. Katz y Peter Mair, «El partido cartel. La transformación de los modelos de partidos y de la democracia de partidos», *Zona Abierta* 108/109, 2004, pp. 9-42, cita p. 13.

100 Anthony Giddens, *The third way. The Renewal of Social Democracy*, Polity Press in association with Blackwell Publishers Ltd, 1998, citado en Chantal Mouffe, *En torno a lo político*, cit. pp. 64-65.

No estábamos aquí únicamente ante los tópicos neoliberales de la privatización y la comercialización de la esfera pública, tácitamente aparecía una de las premisas neoliberales de Hayek: la sociedad de «tomadores de riesgo responsables» de Giddens no era más que un cándido eufemismo de la distinción hayekiana entre *cosmos* y *taxis*. En el primer volumen de *Law, Legislation and Liberty* bajo el título *Rules and Order* (1973), Hayek afirmó que el *cosmos* era el resultado espontáneo o «natural» y, por tanto, «coherente» de una sociedad en cuyo entramado los «agentes individuales perseguían sus propios fines», regulados únicamente por una normatividad de «procedimiento común». *Taxis*, por el contrario, consistía en el desarrollo de una función social deliberada, planificada y dirigida en «nombre de una imaginaria justicia social»; una organización cuya finalidad era, en última instancia, la materialización de «sustanciales metas colectivas comunes»¹⁰¹. Dicho más prosaicamente, el primero era el arquetipo que se ajustaba a la economía de mercado neoliberal, mientras el segundo correspondía con las políticas socialdemócratas y keynesianas de posguerra.

La Tercera Vía aparecía así desnuda frente al espejo neoliberal; y cuando los años noventa marcados por la más descarada codicia dieron paso a la crisis financiera y fiscal de 2008, todos sus andrajosos ropajes ideológicos se hicieron añicos. Sin embargo, ¿se rompió el «consenso de centro» y su *dévouement* neoconservador? Económicamente, a pesar del asombroso fracaso de las políticas de perfil neoliberal angloamericanas, el consenso en torno a la ortodoxia economicista no se modificó en lo más mínimo. La «arrogante autocomplacencia» que surgió con la denominada «gran moderación» que teóricamente ponía fin al ciclo de perturbaciones macroeconómicas, gracias a las acertadas «reformas» fabianas del neoliberalismo y a las sabias decisiones de los banqueros centrales, parecía no tener límites¹⁰². Políticamente, la democracia no solo continuaba en el presidio de los intereses financieros, sino que sus grilletes fueron reforzados. En Europa, si el Tratado de Maastricht (1993) ya planteaba la austeridad fiscal como un criterio irrevocable, el artículo 123 del Tratado de Lisboa (diciembre de 2009) impedía a los Estados soberanos realizar préstamos de forma directa. Pero, mantener a los «gobiernos sin un vehículo para su propia creación de dinero» no solo constituía una clara restricción económica perceptible en el desempleo estructural o en la deflación por deudas a la que fueron sometidas las clases medias occidentales, suponía,

101 Véase en Perry Anderson, *Spectrum. De la derecha a la izquierda en el mundo de las ideas*, Akal, Madrid, 2020, pp. 38-39.

102 John Grahl, «Una nueva ciencia económica», *New Left Review*, 104, 2017, pp. 148-156, cita p. 148.

además, una lucha por imponer a toda costa la privatización y la austeridad monetaria como alternativas neoliberales a la «socialdemocracia clásica»¹⁰³. Como escribió Habermas, el Tratado de Lisboa reforzaba el «abismo existente entre las elites políticas y los ciudadanos», por tanto era preciso que el pueblo hablara; sin un referendo «el futuro de la Unión Europea se resolvería conforme a la línea neoliberal ortodoxa»¹⁰⁴. Su pronóstico fue correcto.

Entre tanto, al otro lado del Atlántico la administración Trump, aupada en el poder por varias décadas de bipartidismo plutocrático, seguía contando con suficiente artillería ideológica para combatir el «fascismo de extrema izquierda» (tal como el magnate denominaba a cualquier idea sensiblemente socialista), suministrada por la Heritage que proclamaba con orgullo que el gabinete republicano había adoptado al menos doscientas ocho de sus «recomendaciones políticas» neoliberales¹⁰⁵. Como afirmó Robert Brenner en un artículo titulado elocuentemente «saqueo pantagruélico», el «*establishment* político bipartidista» estadounidense ha llegado «consciente o inconscientemente» a la dramática conclusión de que la única manera en que pueden salvaguardar la «reproducción de las corporaciones no financieras y financieras, de sus altos directivos y accionistas, así como de los dirigentes de los principales partidos estrechamente conectados con ellas, es intervenir políticamente en los mercados de activos y en el conjunto de la economía con el fin de respaldar la redistribución de la riqueza hacia arriba por medios directamente políticos»¹⁰⁶. Era evidente que tales evoluciones habían trazado una línea destructiva de la política de la democracia y de sus instituciones cuya consumación conllevó una decadencia del estado general de la esfera pública, la sociedad y la cultura.

Pero el «consenso de centro» había traspasado las fronteras geográficas e ideológicas del Norte global. Durante los años que antecedieron a la Gran Recesión, el neoliberalismo imperial y los cuadros políticos de la Tercera Vía europea podían mirarse en el espejo latinoamericano e identificarse con el brasileño Gustavo Franco, Domingo Cavallo en Argentina, Carlos Andrés Pérez en Venezuela, Fujimori en Perú, o Abdalá Bucaram en el centro del mundo. Si los primeros representaban los intereses del arsenal financiero, «una clase de parásitos» que ostenta un extraordinario poder, «no solo para despojar periódicamente a los capitalistas industriales», sino también para cruzarse de

103 Michael Hudson, *Matar al huésped*, cit., pp. 405-406.

104 Jürgen Habermas, *¡Ay, Europa!*, Madrid, Trotta, 2009, citado en Perry Anderson, *El Nuevo Viejo Mundo*, Akal, Madrid, 2012, p. 520.

105 Marco D'Eramo, *Dominio*, cit., p. 32.

106 Véase «Saqueo pantagruélico», *New Left Review*, 123, 2020, pp. 7-27.

la forma más «peligrosa» en la «producción real», los segundos compartían un absoluto «desprecio por la industria manufacturera», por cualquier forma de política proteccionista y por las injerencias estatales, a no ser que éstas actuaran en beneficio propio¹⁰⁷. «En Brasil la financiarización, la especulación inmobiliaria y una obsesión por los artículos de lujo y en India la absorción empresarial de marcas globales y el alineamiento psíquico con Washington, eran características distintivas de esa capa social». En sendos países y, por supuesto, en China, se puso en marcha desde la década de 1990 el «mismo tipo de importación y absorción de procesos productivos, pautas de consumo e innovaciones tecnológicas» estadounidenses que habían sido característicos del fordismo en Europa y Japón¹⁰⁸. El bloque transnacional neoliberal, a pesar de las variaciones nacionales y las expresiones culturales, no parecía estar amenazado. Además, cualquier peligrosa desviación de sus fundamentos, por más irracionales o precarios que fuesen, hallaba la misma recusación que Marx observara en los economistas victorianos acerca de las instituciones feudales, a saber: «no hay más que dos clases de instituciones, las artificiales y las naturales. Las instituciones del feudalismo son instituciones artificiales; las de la burguesía, naturales»¹⁰⁹.

El nuevo orden neoliberal del mundo se había investido de ese mismo carácter intemporal que la burguesía atribuyó a sus instituciones cuando abandonó el lenguaje revolucionario, despreciando cualquier alternativa a la correcta moralidad de mercado como meras utopías que en el mejor de los casos se precipitarían en la futilidad y en el peor en la distopía. ¿Sería, por tanto, plausible y riguroso seguir denominando a este nuevo universo político, transfigurado drásticamente desde 1980, con la etiqueta «liberal»?

III. ANACRONISMOS

III.1. Entre la poética liberal y el neoliberalismo

Es cierto que el *realismo* político casi siempre se ha desarrollado de espaldas al *popolo minuto* y que la brecha que separa los propósitos de la *poética* liberal de su realización social ha sido demasiado profunda y contradictoria. Sin embargo, toda asimilación retórica del liberalismo clásico político y sobre todo

107 Véase, respectivamente, José Gabriel Palma, «América Latina en su 'Momento Gramsciano'», cit.; «Desindustrialización, desindustrialización 'prematura' y 'síndrome holandés'», *El Trimestre Económico*, 86 (344), 2019, pp. 901-966; Karl Marx, *Capital*, Volumen III, Marx & Engels Collected Works, vol. 37, Lawrence & Wishart Electric Book, London, 2010, pp. 541-542.

108 Véase Perry Anderson, *La palabra H.*, cit., pp. 170-171.

109 Karl Marx, *Miseria de la filosofía*, Siglo XXI ed., México, 1847/1987, p. 77.

económico con el neoliberalismo no puede ser más que forzada y con frecuencia injusta. ¿No supone, de cualquier modo, un anacronismo y una tergiversación ahistórica invocar a los pensadores de la Ilustración para apoyar las medidas antisociales de los regímenes neoliberales, ignorando, además, la enorme distancia que separa sus modelos teóricos de nuestra realidad? ¿Puede el racionalismo evolucionista de Hayek, que rechazaba cualquier forma de constructivismo y reducía toda la realidad humana a una racionalidad mística de mercado, ser asimilado sin objeciones a la tradición liberal? Si bien hay continuidades, las rupturas dentro del seno de la tradición liberal deben entenderse en función de una tensión dual entre las convicciones ideológicas hegemónicas del momento y la coyuntura histórica.

III.1.1. La anfibológica libertad de mercado

En primer lugar, los teóricos del liberalismo clásico no concibieron la «libertad de mercado» como lo harían después los abogados de la doctrina neoliberal. En su acepción original, los mercados debían ser liberados de la pesada carga de la explotación ejercida por los rentistas: «propietarios de tierras, de recursos naturales, de derechos de monopolio y de fortunas dinerarias que les proporcionaban ingresos sin un trabajo correspondiente». Por tanto, *ab initio*, el programa reformista liberal consistía en abolir los privilegios aristocráticos heredados del *ancien régime* con el fin de hacer que la «tierra, la banca y los monopolios fueran funciones reguladas públicamente»¹¹⁰. Como afirmó Adam Smith en las lecciones impartidas en la Universidad de Glasgow en 1760: «siempre ha habido que dismantelar el poder de los nobles antes de que se estableciera un sistema de libertades, y de hecho siempre debe ser así, ya que los nobles son los mayores adversarios y opresores de la libertad que quepa imaginar»¹¹¹. Por su parte, las teorías clásicas de los precios y del valor proporcionaron los instrumentos analíticos más sólidos hasta el momento para precisar y medir correctamente los «ingresos no derivados del trabajo», es decir, aquellos que procedían del parasitismo rentista¹¹². Por tanto, lejos de defender una utópica libertad de mercado a través de la «mano invisible» sin la intervención activa de las autoridades públicas, Adam Smith admitía la «existencia de un Estado fuerte capaz de crear y reproducir las condiciones para la existencia del mercado». Así pues, el Estado debía de actuar eficazmente como instrumento de gobierno, como dispositivo institucional capaz

110 Michael Hudson, *Matar al huésped*, cit., pp. 61-63.

111 Véase Adam Smith, *Lectures on Jurisprudence*, ed. Ronald L. Meek, David D. Raphael y Peter G. Stein, Oxford, Oxford University Press, (1762-63, 1766), 1978, p. 264.

112 Michael Hudson, *Matar al huésped*, cit., pp. 61-63.

de regular el funcionamiento del mercado y contrarrestar activamente aquellas consecuencias sociales o políticas no deseadas¹¹³.

La inversión que hace el neoliberalismo de estos criterios es abrumadoramente opuesta a la concepción clásica. Por un lado, sirviéndose de la política y a través de un marco jurídico ajustado al nuevo espíritu del capitalismo, todo el esfuerzo político y teórico neoconservador no ha sido otro que el de difuminar la gruesa línea trazada por el liberalismo clásico entre los ingresos obtenidos del trabajo y aquellos otros que provienen de actividades meramente lucrativas y especulativas. Por otro lado, el debate en torno a la oposición irreconciliable entre Estado y mercado, defendida ambiguamente por los autores neoclásicos y llevada al extremo por sus creyentes políticos, no pertenece a la era del liberalismo clásico, como tampoco puede asociarse al marxismo o al socialismo. Reside en el esfuerzo teórico y político desde el vuelco neoliberal en la década de 1970 de transferir una «degeneración patológica del principio de *laissez-faire* a la realidad económica» a través de la retirada sistemática de los Estados de su funcionalidad reguladora y del «control de las actividades de empresas lucrativas»¹¹⁴. En la práctica política, sin embargo, la desregulación de los mercados financieros y el virtual repliegue del Estado en favor del mercado, especialmente a partir de la administración Clinton en la década de 1990 y sus retoños atlantistas de la Tercera Vía, conllevó, en realidad, la sanción de una vastísima masa normativa que, por un lado, pretendía romper con la regulación del pasado keynesiano y, por otro, sellar el destino de los Estados con las grandes corporaciones transcontinentales. Un ejemplo ilustrativo del primer caso fue la abrogación clintoniana en noviembre de 1999 de la ley *Glass-Steagall*, sancionada en junio de 1933 por la administración Roosevelt (1933-1945) con la finalidad de mantener a raya las operaciones piráticas de la banca de inversión de los fondos de ahorro de la ciudadanía común. Y, sin duda, la infinidad de tratados comerciales surgidos sobre todo al calor de la Organización Mundial del Comercio (1995), constituyen una prueba insoslayable de las nuevas afinidades electivas de las autoridades públicas en defensa del capital transnacional.

Sin embargo, ¿existe alguna prueba empírica e histórica que demuestre que la liberalización comercial y la incondicional apertura de las economías estatales, defendida tan enérgicamente por el neoliberalismo, haya favorecido el desarrollo de las naciones? La respuesta es menos categórica y más matizada

113 Véase en el notable libro de Giovanni Arrighi, *Adam Smith in Beijing. Lineages of the Twenty-First Century*, Verso, Londres y Nueva York, 2007, pp. 42-44.

114 Véase Eric Hobsbawm, *Cómo cambiar el mundo*, cit., p.20.

que la de sus defensores. De hecho, como ha demostrado Anwar Shaikh, allí donde han surgido países con economías florecientes, la planificación política corregía la discrecionalidad del mercado y solo se defendía el libre comercio cuando éste ofrecía «ventajas comparativas». Argumentos que pueden ser verificados «no solo en los últimos tiempos, sino incluso en el pasado», cuando las economías avanzadas del capitalismo se hallaban inmersas ascendiendo por la «escalera del éxito»¹¹⁵. Así, el dominio absoluto de las grandes potencias hegemónicas de los siglos XIX y XX, es decir, Gran Bretaña y Estados Unidos de Norteamérica, no dependió únicamente del imperialismo, el colonialismo, el saqueo y la aniquilación de poblaciones indígenas. En ambos casos, la industrialización y el comercio selectivo, así como abundantes subsidios gubernamentales destinados a las empresas nacionales fueron factores decisivos en el desarrollo y la expansión de sus economías. «Solo cuando América haya obtenido de la protección todo lo que ésta puede ofrecer –afirmó el presidente estadounidense Ulysses Grant (1868-1876)–, entonces favorecerá el libre comercio»¹¹⁶.

En la tradición liberal clásica, ciertamente, podemos hallar un rastro inabarcable de argumentos morales a favor del intercambio comercial. El comercio, escribió Montesquieu en *De l'esprit des loix* (1748) «pule y suaviza las costumbres bárbaras». Años después, Thomas Paine lo expresaría como aquél: «el comercio es un sistema pacífico que opera extendiendo la cordialidad entre los hombres». James Steuart en *Inquiry into the Principles of Political Economy* (1767), afirmó que la introducción de la industria y el comercio, establecidos en un principio por la «ambición de los príncipes», terminaría encarnando un pueblo que «opulento, audaz y animado» recurriría, si era necesario, al poder para sacudirse la autoridad regia. «Una economía moderna, por tanto, es la brida más efectiva que jamás se ha inventado contra la locura del despotismo». De este modo, los atávicos vicios de la naturaleza humana, las irrefrenables y destructivas pulsiones íntimas, las guerras entre las naciones y la arbitrariedad de los *coups d'autorité* podían, si no ser suprimidos, al menos atemperarse a través del intercambio comercial y el desarrollo industrial. Sin duda había discrepancias teóricas y sobre todo empíricas con respecto al optimismo liberador del comercio entre las naciones a la luz del registro histórico. En su filípica de la acumulación primitiva del capital, Marx había empleado la

115 Anwar Shaikh (ed.), *Globalization and the Myths of Free Trade History, theory, and empirical evidence*, USA y Canadá, Routledge, 2007, pp. 50-68.

116 Véase Anwar Shaikh, «La globalización y el mito del libre comercio», New School University. Artículo escrito para la Conferencia sobre la globalización y los mitos del libre comercio, New School University, Nueva York, pronunciada el 5 de abril de 2003.

expresión satírica *doux commerce* para repasar algunos de los acontecimientos más «violentos de la historia de la expansión comercial europea»¹¹⁷. Por otro lado, en *The National System of Political Economy* (1841) el economista alemán Friedrich List, padre teórico de la industria incipiente, escribió que la «grandeza de Gran Bretaña» no se debía a un comercio sin restricciones pautadas políticamente. La «producción industrial» británica –afirmaba List– nunca podría haber tenido éxito en el marco de la «libre competencia con las manufacturas extranjeras». Por esa razón, la *realtpolitik* configuró un «sistema de restricciones, privilegios y estímulos» con el fin de trasladar a su «tierra natal la riqueza, los talentos y el espíritu empresarial de los extranjeros»¹¹⁸. De igual modo, el extraordinario éxito económico entre los países centrales del capitalismo durante los *trente glorieuses* (1945-1973), comenzando con el New Deal rooseveltiano de los años treinta, no se cimentó en la liberalización radical del comercio sino en el control gubernamental y jurídico de los sectores económicos y sociales estratégicos. Los mismos argumentos pueden ser asignados al milagro económico de los «tigres asiáticos» a cuya cabeza se situó China después de los programas de modernización de Deng Xiaoping a finales de la década de 1970. Por esa razón, Deng no podía ser equiparado con Reagan, ambos como «grandes fans del gurú neoliberal Milton Friedman», tal como afirmaban ciertos sectores de la izquierda intelectual; como tampoco la lógica política del Partido Comunista Chino se había dejado llevar por las disposiciones del «Consenso de Washington», tal como señalaban en el «extremo ideológico opuesto» los insignes miembros del Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, los bonos del Tesoro estadounidense y británico «respaldados por los medios de opinión como el *Financial Times* y *The Economist*». Ahora bien, aunque Beijing no había practicado un incondicional culto político al mercado, tampoco el neoliberalismo fue allí una influencia ideológica de baja intensidad. La década de 1980 caracterizada por una cierta autosuficiencia del mercado doméstico, una revitalización del mundo rural y un crecimiento industrial, es decir, por un modelo híbrido entre Smith y List, daría paso a la de 1990 cuando por el delta del Yangzi accedió la mayor avalancha de capital extranjero en la historia del país asiático, aproximándolo

117 Véanse los soberbios y hasta el momento insuperables trabajos de Albert O. Hirschman, «¿Civilizadora, destructora o débil? Interpretaciones rivales de la sociedad de mercado», *Papeles de Economía Española*, 15, 1983, pp. 408-422, y *Las pasiones y los intereses. Argumentos en favor del capitalismo previos a su triunfo*, Capitán Swing, Madrid, 2014, pp. 102-107 y 83-84.

118 Friedrich List, *The National System of Political Economy*, Sampson Lloyd, London, Longmans, Green, and Company, p. 111. La primera edición en alemán es de 1841. La cita en Ha-Joon Chang, *Kicking Away the Ladder Development Strategy in Historical Perspective*, Anthem Press, London, 2002, pp. 3-4.

algo más a Friedman que a Keynes¹¹⁹. En resumen, hasta la penetración global de los mercados financieros durante la última década citada –sostenidos por un *parti pris* neoliberal de las instituciones supranacionales y los Estados– los guiones de la alta política continuaban escribiéndose en los términos de Adam Smith y mucho más de John Maynard Keynes, mientras Ludwig von Mises, Milton Friedman o Friedrich von Hayek permanecían en los márgenes de la política.

III.1.2. Los rostros de Leviathan

En segundo lugar, contrariamente a la *reductio ab absurdum* neoliberal de los mercados «autorregulados» y por tanto del Estado mínimo que su apostolado creía haber leído en las páginas del liberalismo clásico, la formación social capitalista no podría concebirse sin la participación activa del Estado. Esto se debe a que las autoridades públicas, con su campo de jurisdicción, contienen los conflictos entre capitales y al mismo tiempo conservan –al menos desde el fin del tratado de paz keynesiano de posguerra– el dominio casi absoluto de aquellos sobre el trabajo. Hasta el más ferviente opositor a la planificación económica y al socialismo de la década de 1920, von Mises, no tenía la menor objeción en proponer un gobierno autoritario, si ello era preciso, para contrarrestar las aspiraciones políticas del movimiento obrero. De hecho, la línea genealógica que Michel Foucault trazó entre el ordoliberalismo alemán de la Escuela de Friburgo –inspirándose en el extraordinario éxito de planificación política de la economía de posguerra del Estado alemán– y el nacimiento del neoliberalismo, sigue siendo correcta. El ordoliberalismo se fundamentaba en la complicada «dialéctica de la fuerza y debilidad del Estado en un orden liberal». Es decir, *Leviathan* debía de actuar enérgicamente para limitar las demandas políticas democráticas y ser suficientemente «débil» como para depositar la gobernanza de la economía en el mercado autorregulado, cuya «mano invisible» estaría vigilada celosamente por las autoridades políticas y todo el entramado institucional del Estado. Por tanto, el neoliberalismo, como ha escrito convincentemente Streeck, supone una versión actualizada del ordoliberalismo alemán puesto que en ambos casos se mantiene un común y relevante denominador: «el aislamiento de una economía de mercado políticamente instituida» frente a las presiones democráticas del gran público¹²⁰.

119 Véase, respectivamente, Giovanni Arrighi, *Adam Smith in Beijing*, cit., pp. 353-355; David Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*, cit.; Germán Carrillo García, *Interpretar el mundo*, cit., pp. 205-220.

120 Véase Wolfgang Streeck, «Heller, Schmitt and the Euro», *European Law Journal*, Vol. 21 (3), mayo 2015, pp. 361-370, citas pp. 364-365.

Las razones aludidas, naturalmente, no implican una contradicción con la genealogía que hemos trazado del neoliberalismo angloestadounidense. De hecho, el puente ideológico entre Hayek, el «liberalismo autoritario» del periodo de entreguerras de Carl Schmitt, el ordoliberalismo alemán de posguerra y el neoliberalismo norteamericano, quedaría esbozado al finalizar la década de 1930 por el economista austriaco, y finalmente sellado durante la posguerra ante los temores que despertó el «enemigo común» de todos ellos, John Maynard Keynes. En un artículo «profético» titulado «The Economic Conditions of Inter-State Federalism» (1939), Hayek planteó la necesidad de «transcender la soberanía nacional en un marco supranacional». De este modo se otorgaría una «ventaja natural» para el libre desenvolvimiento económico alejando las facciones políticas y los intereses locales de las «pasiones populares»¹²¹. Pero esta sublimación del poder supranacional, llegado su momento en torno a la década de 1980, no podía prescindir, de ningún modo, de la firme autoridad del Estado: ambos niveles debían ejercer su potestad con el fin de defender la acumulación y la reproducción del capital contra cualquier rival. Así fue, precisamente, como se produjo el ascenso de los regímenes neoliberales. No conllevó una retirada de las instituciones públicas, tan al gusto de la ambigua retórica neoconservadora y de ciertos sectores de izquierdas neoliberalizados; al contrario, fue el producto de la expansión y el fortalecimiento de las «redes de vínculos institucionales» que mantenían el «poder imperial de las finanzas estadounidenses» con el resto de los Estados de la mayor parte del mundo.

A pesar de que buena parte de la literatura académica, especialmente después del «tratado de paz parsoniano» entre la sociología y la economía, afirmaba que el Estado y el mercado no debían ser considerados como antagonistas irreconciliables, en general, tendían a realizar análisis superficiales concluyendo que la «expansión financiera» y la «desregulación» económica se debían sobre todo al debilitamiento del aparato estatal y a la limitación de sus competencias¹²². Ciertamente, como afirmó Foucault en *Nacimiento de la biopolítica*, el «gran adversario», el «enemigo común» que unió para siempre al ordoliberalismo alemán con el neoliberalismo estadounidense no fue otro que Keynes y todos los «objetos de repulsión» de la doctrina keynesiana, fundamentalmente, la planificación política de la económica y la interven-

121 Véanse Perry Anderson, *Spectrum*, cit., p. 81; y Wolfgang Streeck, «Heller, Schmitt and the Euro», cit., pp. 367-368.

122 Leo Panitch y Martijn Konings, «Myths of Neoliberal Deregulation», *New Left Review*, 57, 2009, pp. 67-83.

ción del Estado¹²³. Sin embargo, la afirmación de Reagan de que el «gobierno no es la solución, sino el problema» no conllevó en ningún caso el debilitamiento y mucho menos la abolición de la capacidad del Estado para ejercer el poder sobre sus campos de jurisdicción; al contrario, la prolongación de la potestad de *Leviathan* en todo el mundo, *pari passu*, superó las expectativas keynesianas, transformando progresivamente el espacio colectivo de la ciudadanía política en un mercado de clientes de gestión empresarial y parálisis burocrática de estilo hayekiano.

De hecho, la ambigüedad neoliberal con respecto al Estado mínimo quedaba despojada de su retórica cuando estallaban las crisis económicas. Las intervenciones del Estado no eran nuevas, por supuesto, ni se limitaban a «prestamista de último recurso». A lo largo de la historia del capitalismo los Estados soberanos han mantenido un matrimonio en ocasiones forzoso pero inevitable con los mercados financieros. «Y no hay como una crisis para clarificar las cosas», afirmó Leo Panitch. Por simple enumeración diacrónica, la crisis de la deuda de la década de 1980 que afectó a casi todo el Tercer Mundo, el «rescate de los *Savings and Loan*», el cataclismo del mercado de valores en 1987, la abrupta crisis en el México de 1994, la crisis asiática de 1998 que pronto se contagiaría a través de los mercados globales al resto del mundo, la Gran Recesión diez años después que parecía evocar los turbulentos años treinta, o la crisis pandémica de Covid-19, en todas ellas se puso de manifiesto lo «duro que resultaría para los capitalistas» si este mundo estuviera «poblado» por Estados mínimos, o «sin ningún tipo de Estados». Las crisis hacían que los ejecutivos financieros del Mundo Libre y del Libre Mercado se postraran rápida e incondicionalmente ante la democracia del Estado soberano para cobrar de la ciudadanía política los excesos de sus orgías económicas, incluso lo hacían con más aquiescencia que la que habían mostrado los burócratas soviéticos ante las directrices del Gosplan¹²⁴.

Pero la base sobre la que se edificó la «hegemonía neoliberal» puede hallarse también en otros aspectos más mundanos en los que las autoridades públicas participaron activamente, reconfigurando a las sociedades del capitalismo contemporáneo hasta dejarlas irreconocibles con respecto al pasado fordista. La extraordinaria expansión del consumismo, desde el «terror del consumo» de 1968 a las compulsiones irracionales del *Black Friday* –que hubieran dejado atónito al polifacético y activista socialista de la era victoriana William

123 Véase Michel Foucault, *Nacimiento de la biopolítica: curso en el Collège de France (1978-1979)*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007, pp. 97-98.

124 Leo Panitch, «El nuevo Estado Imperial», cit., pp. 5-6.

Morris, confirmando de paso la constante antropológica de William Blake: «nunca sabemos lo que es bastante antes de saber lo que es demasiado»¹²⁵-, se combinó complacientemente con el asombroso incremento de la especulación como centro de gravedad de la política económica en mercados financieros a nivel global, penetrando en los «poros del tejido social» con la comercialización masiva de la esfera pública. A pesar de que el gasto estatal permanecía elevado en los países del capitalismo avanzado (incluso el destinado a los estabilizadores sociales), se volvía cada vez más «híbrido y diluido» debido a las estrechas relaciones entre las autoridades estatales y el capital privado (el anhelo de Giddens hecho realidad). Relaciones que se ampliaban a «todo tipo de servicios» públicos, especialmente a aquellos que desde la era de posguerra habían sido, dependiendo del país, considerados «campos inviolables de la autoridad pública o la provisión colectiva»¹²⁶.

Esta mercantilización de los bienes y servicios públicos no podía, como no puede, vincularse de ningún modo con el pensamiento liberal clásico. La finalidad de la económica política, escribió Adam Smith en *La riqueza de las naciones* (1776), consiste en «proporcionar al Estado» la suficiente capacidad recaudatoria para «mantener los servicios públicos» y, al mismo tiempo, proveer al «pueblo de una abundante renta o subsistencia, o hablando con más propiedad, habilitar a sus individuos y ponerlos en condiciones de lograrla por sí mismos»¹²⁷. Es probable que gran parte de los que reclaman la autoridad de Smith para justificar sus argumentos o legitimar sus prácticas políticas no hayan leído jamás su «gran libro», escribió John K. Galbraith en *La cultura de la satisfacción* (1992). Contra el patrón dominante neoliberal, el maestro del liberalismo clásico «aceptaba plenamente un papel útil y necesario del Estado». Como «supremo pragmático», rechazaba rotundamente el favor «mercantilista del Estado» a la alta clase comerciante, que siempre tenía como consecuencia prebendas monopolistas y arancelarias; abogaba por el libre comercio, pero, y es aquí donde reside su célebre «mano invisible», orientado hacia «resultados socialmente beneficiosos»; se oponía frontalmente a las «sociedades anónimas» –las corporaciones contemporáneas–, y, sin duda, no rechazaba la provisión de

125 William Morris escribió en 1885, adelantándose a las sociedades de consumo y despilfarro de masas de nuestro siglo, «¿Es posible que no les deje perplejos, como a mí, pensar en la masa de cosas que ningún hombre en su sano juicio podría desear, pero que nuestro trabajo inútil produce y vende?, cosas que «no son riqueza, sino desperdicio». Véase en William Morris, «Trabajo útil vs. trabajo inútil», *Reis*, 64, 1885/1994, pp. 181-198. Véase también Albert O. Hirschman, *Shifting Involvements*, cit., p.19.

126 Perry Anderson, «Las ideas y la acción política en el cambio histórico», cit., p. 390.

127 Adam Smith, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, Oxford University Press, 1776/1976, p. 428.

servicios públicos que todo «país civilizado» debía defender para la prosperidad común de la sociedad civil¹²⁸.

¿Puede, no obstante, el consumismo masivo de satisfacciones de una sociedad alienada explicar y, sobre todo, mantener con suficiente realismo y convicción la hegemonía neoliberal y la reproducción del capital? La hegemonía necesita del consentimiento y aquiescencia de la mayoría, del ejercicio de cierta dominación cultural pero también, como afirmó Gramsci, de coerción. Explicando la escalada autoritaria del nuevo orden global, William I. Robinson ha escrito incisivamente: el sistema mundial se ha vuelto «cada vez más represivo y autoritario» y los Estados nacionales han ido desarrollando una cultura de la militarización y del control social con el fin de salvaguardar los intereses elitarios del sistema mundial¹²⁹. Si «Smith visitase hoy Estados Unidos» –afirmaba Galbraith en 1992– le preocuparía profundamente el descenso de los «centros urbanos a una barbarie primitiva», le desconcertaría el «poder militar fuerte y parcialmente autónomo» fusionado con la industria y el Estado en nombre de una absurda e irracional «liberalización»¹³⁰.

El endeudamiento global de individuos y Estados así como el peso muerto de las finanzas forjaron el resto del suelo hegemónico; en este proceso, como hemos dicho, las autoridades públicas no fueron actores pasivos. En el primer año de la pandemia, la suma total de la deuda acumulada por hogares, empresas y gobiernos en las economías de los países centrales del capitalismo podía alcanzar un sorprendente 383 por ciento del PIB. Aunque el endeudamiento de las economías emergentes era menor que el de los países del capitalismo avanzado, alcanzando una relación deuda/PIB del 168 por ciento, sus condiciones históricas junto al nuevo imperialismo oligopolístico ejercido sobre empresas y trabajadores del Sur global, mantenía a la periferia en un «estatus económico colonial y semicolonial». La actual enorme deuda de los países del núcleo del capitalismo solo podía ser comparada con los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Aun así, en aquel momento, el endeudamiento promedio de Francia, Reino Unido,

128 En John Kenneth Galbraith, *La cultura de la satisfacción*, cit., pp. 105-109.

129 Véanse los trabajos de William I. Robinson, «Accumulation Crisis and Global Police State», *Critical Sociology*, 45(6), 2019, pp. 845-858, y *The Global Police State*, Pluto Press, Londres, 2020. Véase también José M. García Martínez, «Systemic metamorphosis in the 21st century». *Revista de Estudios Globales. Análisis Histórico y Cambio Social*, 2 (3), 2023, pp. 121-128. Por citar una fuente remota, nada menos que el *Leviathan* de Thomas Hobbes: «donde no hay propiedad, no hay injusticia; y donde no se ha erigido un poder coercitivo, es decir, donde no existe un Estado, no hay propiedad». Véase Thomas Hobbes, *Leviathan or the Matter, Forme, & Power of a Common-wealth Ecclesiasticall and Civill*, The Floating Press, 1651/2009, pp. 205-206.

130 John Kenneth Galbraith, *La cultura de la satisfacción*, cit., pp. 109.

Alemania, Italia, España, Estados Unidos, Canadá, Corea del Sur, Japón y Australia era de un 116 por ciento del PIB; a mediados de la década de 1960, descendió significativamente a un 23,5 por ciento. Pero todo cambió con la crisis de la década de 1970.

Desde entonces, la financiarización no solo compensó relativa y temporalmente la decadencia de la industrialización occidental; también reforzó la desindustrialización, desreguló los mercados laborales, elevó los precios de los bienes y servicios básicos, contrajo el régimen salarial y las tasas de ahorro de las clases medias y, como resultado, redujo a individuos y a Estados a variables dependientes de la abrumadora expansión de la deuda. Entre el año de la caída del Muro de Berlín y 2013, la cantidad de dinero fiduciario intercambiado en los mercados de divisas pasó de 620.000 millones a la astronómica cantidad de 5,344 billones de dólares. La dimensión del «desfase entre las transacciones correspondientes a operaciones comerciales o de inversión y las relativas a un ámbito puramente financiero» fue de una magnitud sin precedentes en la historia: las segundas fueron hasta 70 veces superiores a las primeras al inicio del periodo y 100 veces al finalizar. *Leviathan* y el capital ficticio, fueran cuales fueran las brechas e inflexiones históricas entre ellos, habían quedado vinculados entre sí por la lógica parasitaria y la desposesión política y material de la sociedad civil¹³¹.

III.2. Los enemigos de la democracia

Pero, aunque la desconfianza hacía la tectónica democrática de las masas ha sido una constante reaccionaria –conozco demasiado bien la historia, afirmó Jacob Burckhardt en 1845, para «esperar nada del despotismo de las masas salvo una futura tiranía que significará el final de la historia»¹³²–, el «sector financiero» no siempre resultó ser un oponente acérrimo de la voluntad popular; tercera ruptura que podemos señalar entre la poética liberal y sus presuntos vástagos neoclásicos. Naturalmente, esta relación no solo dependía de las connotaciones ideológicas de los actores protagonistas, es decir, banqueros,

131 Véase el artículo de François Chesnais, «L'originalité absolue de la crise sanitaire et économique mondiale du Covid19», *Al'encontre*, 27 de octubre de 2020, y el ensayo de Cédric Durand, *El capital ficticio. Cómo las finanzas se apropian de nuestro futuro*, Ned Ediciones, Barcelona, 2018, pp. 80, 166.

132 Véase Albert O. Hirschman, *The Rhetoric of Reaction*, cit., p. 21. Las suspicacias sobre la política de la democracia de masas sobrevolaban también el espíritu del liberalismo progresista de John Stuart Mill que en *On Liberty* afirmó: «La voluntad del pueblo significa, en realidad, la voluntad de la porción más numerosa y activa del pueblo, de la mayoría, o de aquellos que consiguieron hacerse aceptar como tal mayoría. Por consiguiente, el pueblo puede desear oprimir a una parte de sí mismo, y contra él son tan útiles las precauciones como contra cualquier otro abuso del poder [...] La tiranía de la mayoría se incluye ya dentro de las especulaciones políticas como uno de esos males contra los que la sociedad debe mantenerse en guardia». Véase John Stuart Mill, *On Liberty*, cit., pp. 8-9.

industriales y partidos políticos, antes bien era el resultado de la evolución de la anatomía de la sociedad civil.

De hecho, la lucha por «gravar y controlar los intereses *rentistas* fue una de las fuerzas que impulsaron las revoluciones de 1848», vinculando a los sectores populares con el «programa financiero-industrial», cuya finalidad era romper los restos de los grilletes feudales¹³³. Las revueltas e insurrecciones de 1848 tenían sus bases sociales en un artesanado preindustrial, propietario de sus medios de producción, un grado considerable de alfabetización y «geográficamente móvil». Consistía en una formación representada, paradójicamente, por una mezcla de «arraigo social» (que incorporaba una combinación de cierta aptitud cultural y un «sentido de alta política») y «movilidad territorial» (que implicaba la posibilidad de sentir de forma directa lo que era «vivir en el extranjero» y una cierta «solidaridad entre los pueblos»). Tal composición social fue decisiva en la transición de las pugnas «nacionales a las internacionales en las barricadas de 1848-1849». Este era el humus cultural y político de la Primera Internacional (1864).

Pero a finales de aquel siglo, la imparable proletarización de las masas instaladas férreamente en minas y fábricas de provincias, alejadas de los centros metropolitanos o alojadas en sus miserables periferias, carentes de los medios de producción y de unos niveles de cultura mínimos, no solo habían perdido la tradición de lucha del «antiguo artesanado», ahora se transformaron en una estructura social menos favorable para oponerse a las «doctrinas del Estado». Como consecuencia el imperialismo y los prolegómenos de la Primera Guerra Mundial fueron abrazados con una mezcla de «pasividad y entusiasmo populares». Cuando se inició la conflagración de 1914 «los partidos socialistas de Europa occidental –a excepción del italiano–, traicionando sus más solemnes promesas, se lanzaron a la matanza mutua de sus respectivos pueblos». El origen histórico de este alejamiento consciente de la democracia hacia la carnicería colectiva no se encuentra únicamente en las infames decisiones de los dirigentes de estos partidos, «sino en la estructura social de los jóvenes proletariados de la época»¹³⁴. Solo después de la destrucción mutua, la democracia de masas se fue incorporando en la práctica política occidental; el capital industrial dominaba casi absolutamente sobre el financiero, y ambos estaban domesticados por el político. De ese modo, y de acuerdo con Habermas, por «primera vez en su historia el capitalismo» no reprimió la «realización de la prome-

133 Michael Hudson, *Matar al huésped*, cit., p. 388.

134 Perry Anderson, «Internacionalismo: un breviario», cit. pp. 9-13.

sa republicana de considerar a todos los ciudadanos iguales ante la ley; la hizo posible»¹³⁵.

En cualquier caso, durante los cuarenta años que transcurrieron entre el fin de la Segunda Guerra Mundial y el ascenso del neoliberalismo en la década de 1980, se admitía de forma general que la compatibilidad entre capitalismo y democracia no podía prescindir de un control político. «Mientras que Keynes y en cierta medida Kalecki y Polanyi parecían triunfar, Hayek se retiró a un exilio temporal en Chicago»¹³⁶. Sin embargo, el vuelco neoconservador hizo que la política de la democracia fuera subvertida por la lógica de la «acumulación, el beneficio, la eficiencia, la competitividad, la austeridad», la comercialización y la «mercantilización» de la esfera pública. Los derechos sociales o la redistribución de los beneficios del crecimiento económico, aunque con frecuencia formaban parte de la retórica política, fueron progresiva pero impasiblemente abandonados¹³⁷.

De este modo, mientras la democracia como forma de gobierno se iba extendiendo globalmente, las opciones que ofrecía eran cada vez más limitadas. La voluntad popular parecía haber quedado restringida al acto inocuo de elección de líderes políticos rendidos de forma incondicional a los intereses del capital global. Como argumentó Colin Crouch en *Posdemocracia* (2004), a pesar de que continuaban celebrándose regularmente elecciones democráticas y aunque los gobiernos se alternaban en el ejercicio del poder, «el debate electoral público» había quedado limitado a un «espectáculo» estrechamente «controlado y gestionado por equipos rivales de profesionales expertos en técnicas de persuasión», cuyos temas eran siempre selectivos y casi siempre arbitrarios. Entre tanto, concluye Crouch, la ciudadanía política se había vuelto pasiva, inactiva e incluso apática y la *realpolitik* se desarrollaba entre «bambalinas» a través de una estrecha relación de la política y la economía o, más preciso, del gobierno elegido y unas «élites» que abrumadoramente «representan los intereses de las empresas»¹³⁸.

Como consecuencia, las alternativas a este trayecto marcado por la deriva neoliberal eran consideradas cada vez más como demandas potencialmente

135 Jürgen Habermas, «El Estado-nación europeo y las presiones de globalización», *New Left Review*, 1, (2ª época), 2000, pp. 121-134, cita p. 122.

136 Wolfgang Streeck, «La crisis del capitalismo democrático», *New Left Review*, 71, 2011, pp. 5-26.

137 Claus Offe, «Dos teorías y media. Posdemocracia en la era de los mercados financieros globales», *Pasajes: Revista de Pensamiento Contemporáneo*, 43, 2014, pp. 154-162.

138 Colin Crouch, *Posdemocracia*, Santilla Ediciones Generales, Madrid, 2004, pp. 10-12.

revolucionarias¹³⁹, cuarto y último aspecto que nos separa no tanto del mundo de Adam Smith, Friedrich List o John Stuart Mill, sino abismalmente del universo político de la segunda posguerra. Desviarse sospechosamente de la correcta moral del «consenso de centro» podía conllevar un destierro hacia los ambiguos territorios del «populismo» o, peor aún, hacia los anacrónicos del «fascismo» y del «comunismo». En cualquier caso, todos eran términos intercambiables y se usaban como armas arrojadas en el campo de batalla político y mediático del *establishment*. Si el atrevimiento ideológico consistía en la nacionalización de empresas públicas (privatizadas durante la escalada neoliberal), en el control de mando político de los bancos centrales, la restitución de tasas impositivas progresivas, o en un giro de la austeridad autoinfligida a un prudencial gasto público, entonces la etiqueta era «populismo de izquierdas» o, crudamente, «comunismo». Si, por el contrario, las furias del nacionalismo y los lazos de sangre y patria debilitaban al Estado constitucional y sublimaban el escepticismo con respecto a la política posnacional, los flujos migratorios, el multiculturalismo o el cosmopolitismo de la globalización, dichas corrientes ideológicas eran designadas como «neofascistas» o de «extrema derecha». Mientras los primeros anhelaban una rectificación de la economía con instrumental poskeynesiano y un cambio político incremental hacia la «voluntad general» de Rousseau, sus émulos percibían en la alteridad del inmigrante una amenaza letal para la comunidad homogénea *à la* Carl Schmitt.

El «giro a la izquierda» en América Latina, desde la Venezuela de Hugo Chávez (1998) hasta el retorno de Lula da Silva en 2022, o el programa político de Jeremy Corbyn durante las elecciones de 2019 en Reino Unido, así como la figura del «último senador socialista» de Estados Unidos, Bernie Sanders, constituyen un notable ejemplo de los primeros. La flagrante ola global de partidos políticos que dicen rechazar la política convencional, desplegando al mismo tiempo el *pathos* del supremacismo cultural, desde la democracia más grande del mundo, India, envuelta en una superioridad racial hindú equivalente a aquella de la que se había liberado en 1947¹⁴⁰, hasta los gobiernos autoritarios consolidados dentro y fuera de la *Mitteleuropa*, o en el corazón

139 La tesis es del genio, prematuramente fallecido, Neil Davidson, «Crisis Neoliberalism and Regimes of Permanent Exception», *Critical Sociology*, 43(4-5), 2017, pp. 615-634.

140 Véase Pankaj Mishra, *Fanáticos insulsos. Liberales, raza e imperio*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2020, pp. 9-10.

imperial con la llegada de Donald Trump, son un ejemplo de los segundos¹⁴¹. Sin embargo, ambos contendientes del espacio político dejado por el declive de los partidos tradicionales compartían un común y desolador territorio social, aunque divergieran sustancialmente en el instrumental político y retórico empleado.

La crisis estructural del edificio keynesiano de la década de 1970, irresuelta y agravada por los regímenes neoliberales, desató las furias sociales de una ciudadanía política que sintió por primera vez desde las guerras industriales de principios de siglo los efectos perturbadores del desempleo, la desindustrialización y la progresiva comercialización de los estabilizadores sociales. La impotencia política comenzó a catalizar el resentimiento social a través del clásico sesgo psicológico del «chivo expiatorio». El inmigrante era aho-

141 Otros ejemplos no menos significativos de la política neoconservadora o de extrema derecha en la retaguardia, aguardando su turno, o ya en el poder: España, el incremento de la pobreza, la desigualdad y la inseguridad en cualquiera de sus formas, allanó el camino para el resurgimiento de la derecha radical, virtualmente latente entre los sectores afines al aznarismo. El partido ultraderechista VOX, a través de una retórica especializada en el retorno al pasado, especialmente al franquista, pretendía dar respuesta a los perdedores, o a los que se consideraban víctimas, de la globalización neoliberal. Grecia: la depresión que lanzó al abismo al país y que duplicó su tasa de pobreza entre 2009 y 2012 (esto es, cuatro de cada diez griegos), provocó un fortalecimiento electoral del partido de extrema derecha Amanecer Dorado. Fundado en 1985 por fanáticos que decían anhelar el nefasto periodo de la Dictadura de los Coroneles (1967-1974), adquirió una representación insospechada durante las elecciones de 2014, situándose como tercera fuerza política en el parlamento heleno hasta que en 2020 fue declarado una organización criminal por el Tribunal de Apelaciones de Atenas, dejando a sus bases escindidas en partidos afines a la ultraderecha. Hungría: la errónea decisión adoptada en noviembre de 2008 por Jean-Claude Trichet al frente del BCE de rechazar la provisión de «liquidez a las economías del este de Europa», provocó, en parte, que este país de la Mitteleuropa tuviera que «solicitar un humillante crédito de emergencia al FMI», generando una reacción nacionalista que contribuyó, dos años después, a la victoria aplastante del partido de vocación ultraderechista Fidesz, Unión Cívica Húngara. Francia: la desindustrialización, la precariedad laboral y su correlato, el sorprendente crecimiento de barrios periféricos habitados por jóvenes sin futuro (de los que se ha hecho eco su cine contemporáneo con gran realismo), actuaron como factores electorales en el auge del partido político Frente Nacional (a partir de 2018 pasó a denominarse Agrupación Nacional. Italia: tras el largo invierno del berlusconismo y la férrea mano política antisocial de Mario Draghi, el partido ultraconservador Hermanos de Italia junto a otras facciones políticas de centroderecha, con eslóganes abiertamente fascistas como «Dios, patria y familia», accedieron sin grandes obstáculos al poder en las elecciones generales de septiembre de 2022, alojando en el Palazzo Chigi a la primera Ministra, Giorgia Meloni. Suecia: cuna de la socialdemocracia escandinava y espejo de la equidad europea, con las «tasas de desigualdad de renta y de género más bajas del mundo» en 1980, al escribir estas líneas ostentaba el patrón de distribución de riqueza «más desigual de Europa occidental». Las coaliciones en el poder político lideradas por el partido socialdemócrata sueco (SAP), que se han sucedido en el poder desde 1991, actuaron como «corredores de relevos en la promoción de la desigualdad y la especulación», la privatización y mercantilización de la esfera pública. Como resultado, el partido de extrema derecha Demócratas de Suecia ascendió meteóricamente durante las elecciones generales celebradas el 11 de septiembre de 2022, rozando el poder y apoyando a diversas coaliciones de derechas que auparon, finalmente, con mayoría en el *Riksdag*, al gobierno conservador de Ulf Kristersson. El ascenso imparable de partidos de extrema derecha, chovinistas y xenófobos en Austria, Polonia, el Partido por la Independencia de Reino Unido, así como el listado anteriormente citado y otros omitidos, no parece un accidente de la historia; su origen arqueológico debería buscarse, con más frecuencia de lo usual, entre los restos de ruinas sociales que ha dejado a su paso el terremoto neoliberal. Véase al respecto, Germán Carrillo García, *Interpretar el mundo*, cit., pp. 199-200; Cédric Durand, «En la sala de mandos de la crisis», *New Left Review*, 116/117, pp. 221-234; Göran Therborn, «El ocaso de la socialdemocracia sueca», cit., pp. 9-11; y Enrique Fernández-Vilas, «El 'Populist Zeitgeist': Un Acercamiento a Cas Mudde y la Derecha Radical Populista», *Revista de Estudios Globales. Análisis Histórico y Cambio Social*, 2 (3), pp. 107-120.

ra el enemigo último y culpable de la terrible decadencia a la que estaban asistiendo las democracias occidentales. «La hostilidad hacia los inmigrantes, escribió Robert O. Paxton en su *Anatomía del fascismo* (2019), fue productiva para los movimientos de extrema derecha en Europa occidental. Fue la fuerza principal que alimentó el Frente Nacional Británico. Los que tuvieron más éxito –el Front National de Jean-Marie Le Pen en Francia y el *Freiheitspartei* de Jörg Haider en Austria– se consagraron casi enteramente a explotar el miedo a la inmigración, a combatir el multiculturalismo y una supuesta tendencia delincuente de los inmigrantes y a proponer la expulsión de los extranjeros pobres»¹⁴². Este darwinismo social fue agravado progresivamente durante las primeras décadas del siglo XXI. Una serie de acontecimientos que afectaron al núcleo del mundo occidental pero con repercusiones globales, como los atentados terroristas contra las Torres Gemelas y el Pentágono, la Gran Recesión de 2008 y la vergonzosa crisis de los refugiados de 2015, exacerbaron tendencias existentes y crearon nuevos problemas alimentando el resentimiento, la frustración y la anomia social¹⁴³. El vacío dejado por la crisis de representación de las democracias neoliberales y el debilitamiento de las instituciones democráticas permitió la normalización en la vida política de la extrema derecha que había permanecido hasta la década de 1980 en los márgenes institucionales del sistema.

Sin embargo, ¿suponía esta nueva y caótica situación política un regreso al turbulento periodo de entreguerras? La respuesta no puede ser afirmativa. Y no solo porque la historia no se repite; los argumentos a favor de comparar la política del siglo XXI con los años treinta del siglo pasado trazan un arco histórico anacrónico que, entre otras consecuencias, sirven para ocultar el infame rastro de escombros sociales que ha dejado a su paso el medio siglo de políticas de perfil neoliberal. «La lógica de colgarle a Trump la etiqueta de fascista está suficientemente clara» –afirma Dylan Riley– implica ingenua o intencionadamente «unirse detrás del programa de la actual dirección del Partido Demócrata: Pelosi, Schumer, los Clintons y Obamas y otros superintendentes del orden oligárquico, el mismo proyecto que entregó la Casa Blanca a Trump en 2016»¹⁴⁴.

Y es que, del mismo modo que no podemos trazar una línea recta entre la crítica del «liberalismo conformista» de Friedrich Nietzsche o del «socialismo

142 Véase el ensayo más lúcido, hasta el momento, sobre el fascismo en Robert O. Paxton, *Anatomía del fascismo*, Capitán Swing, Madrid, 2019, pp. 342-344. La primera edición en inglés es de 2004.

143 Véase Cas Mudde, *La ultraderecha hoy*, Paidós, Barcelona, 2021.

144 Véase Dylan Riley, «¿Qué es Trump?», *New Left Review*, 114, 2019, pp. 7-35.

reformista» de Georges Sorel y el fascismo de entreguerras sin caer en una falsa tesis de continuidad¹⁴⁵, no es plausible tender un puente ideológico entre Hitler o Mussolini y Le Pen, Viktor Orbán, Matteo Salvini, Giorgia Meloni, Jair Bolsonaro, o Donald Trump, sin precipitarnos en el anacronismo. Cuando en 1976 se le preguntó a Giorgio Amendola –combatiente en la Resistencia en Roma y miembro del Partido Comunista italiano– sobre el abuso del término «fascista», respondió: ahora «todo lo que está a la derecha se convierte en fascista». «Yo no me canso de decir en cada ocasión que conservador, reaccionario, autoritario o fascista son términos que corresponden a varias formaciones políticas, a distintas realidades. Así que no apruebo ciertas equiparaciones genéricas y superficiales [...] Hay que acostumbrar a las generaciones jóvenes al arte de la distinción»¹⁴⁶.

Sin embargo, el *pensé unique* del «consenso de centro» y el revisionismo académico neoconservador desde la década de 1980 enterraron el sabio anhelo de Amendola. Más aún: toda encarnación política, social o intelectual alternativa al neoliberalismo quedaría reducida tras 1989 a una palabra monolítica: «totalitarismo». «Robespierre, Rousseau y el Gran Terror eran prácticamente lo mismo que Lenin/Stalin, Marx y el gulag». 1789 tenía su alma gemela en 1917, y el nazismo y el régimen soviético fueron en lo esencial, cuando no en su integridad, «idénticos: ambos eran variantes del mismo totalitarismo, cuyas raíces filosóficas se remontaban al momento jacobino». Este nuevo *zeitgeist* encarnaba un extraño y ahistórico consenso que dejaba incólume el mantra thatcheriano sobre la imposibilidad de imaginar un mundo diferente al creado por el neoliberalismo. La idea que comenzó a dominar la política pública era que la libertad, siguiendo la influyente moralidad de Hannah Arendt, se había conseguido y preservado allí «donde nunca estalló una revolución» y que los derechos y libertades civiles se extendieron y consolidaron «donde la revolución fue derrotada»¹⁴⁷. *Pace* Arendt, allí donde la democracia representativa cristalizó como forma de gobierno fue casi siempre como consecuencia de la influencia de la clase obrera y de las luchas populares, una historia escrita frecuentemente en términos revolucionarios. De hecho, si el sistema capitalista ha llegado a dominar el mundo ha sido gracias a la violencia de las fuerzas tectónicas de las revoluciones burguesas y no por una evolución gradual o etapista y pacífica en «virtud de su coherencia con

145 Robert O. Paxton, *Anatomía del fascismo*, cit., p. 75.

146 Emilio Gentile, *Quién es fascista*, Alianza editorial, Madrid, 2019, pp. 122-123.

147 Para un brillante análisis que trasciende las pasiones maniqueas del revisionismo post 1989, véase la obra de Arno J. Mayer, *Las furias. Violencia y terror en las revoluciones francesa y rusa*, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014, pp. 17-18.

la naturaleza humana», de lo que se puede deducir que una alternativa a la formación social capitalista no tendría que rehuir la opción revolucionaria. Además, tal como se ha argumentado, el vuelco neoliberal ha sido el resultado histórico de la revolución librada por la derecha mundial que ha situado, como dijo orgullosamente en 1998 Hans Tietmeyer –entonces gobernador del Bundesbank–, el «plebiscito permanente de los mercados globales» por encima del «plebiscito de las urnas»¹⁴⁸.

Con el fin de la historia, el secular y abrumador término «revolución» pasó a ser un arcaísmo insensiblemente antidemocrático, por lo que pronto debió de ser sustituido por «resiliencia», una actualización del culto laico a la resignación del creyente. Por su parte, expresiones teóricamente superficiales como «emprendimiento», «digitalización», u otras más refinadas como «capital humano», «capital cultural», *inter alia*, parecían reemplazar no solo al capital a secas, también a la «justicia social»; un sintagma al que Hayek se había referido como una «expresión vacía», elevando de este modo la «ontología empresarial» a categoría de sentido común universal, interiorizado o escasamente objetado por una parte de la izquierda que se había alejado de las causas subyacentes de los problemas de un mundo que antes deseaba cambiar. Pero no hay historia sin vestigios de ambigüedad y las alternativas al neoliberalismo han de ser cuidadosamente matizadas. Así, mientras que una parte de la izquierda ha situado de forma correcta en el registro histórico las políticas del New Deal de Roosevelt como inspiración del Estado de Bienestar estadounidense, e incluso ha sido presentado por David Harvey como una antítesis política del credo neoliberal¹⁴⁹, Roosevelt no dudó en afirmar en la ciudad de Roma en el año 1937 que no tenía nada en contra de los gobiernos dictatoriales «a menos que traspasen sus fronteras e intenten causar problemas a otros países»; aunque manifestaba «aversión por Hitler, admiraba a Mussolini» y tenía una «relación cordial con Pétain». Tampoco vaciló en imponer un embargo armamentístico sin antecedentes en la historia al gobierno democrático de la Segunda República española un mes después de la sublevación franquista, «un gesto que los nacionales nunca olvidaremos» –según manifestaría posteriormente el generalísimo–, «El presidente Roosevelt se comportó como un caballero». Los elogios de Roosevelt a la libertad y la pacificación doméstica del New Deal aparecen así empañados con tonos más grisáceos al ser comparados con su política exterior y con la dinámica hegemónica del Imperio

148 Véase, respectivamente, Neil Davidson, *Transformar el mundo*, cit., pp.18-19; Marco D'Eramo, *Dominio*, cit., pp. 136-137.

149 Véase David Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*, cit., p. 201

estadounidense, encarnada en el «bloque político» y económico que brindó su apoyo al presidente; un bloque que estaba deseoso de obtener una «gran fortuna en Europa después de la guerra» y de «unificar al mundo» bajo los criterios de Washington¹⁵⁰. Parece que en la historia no hay *hýbris* sin *némesis*. Y es que los enemigos de la democracia tal vez no se encuentren única y exclusivamente en los volcánicos extremos, a veces también pueden hallarse sus vestigios en las tibias aguas políticas del centro.

150 «A las riendas de la nación durante la Segunda Guerra Mundial, Roosevelt no había llevado a la guerra a su país movido por una convicción antifascista general [...] sino por miedo a la expansión de Japón y de Alemania». Tres años después de ocupar la Casa Blanca, Roosevelt ya tenía el «apoyo de Chase Manhattan, Goldman Sachs, Manufacturers Trust and Dillon, Read; Standard Oil, General Electric, International Harvester, Zenith, IBM, ITT, Sears, United Fruit y Pan Am». Véase en Perry Anderson, *Imperium et Consilium*, cit., pp. 25-35.

REFERENCIAS

- Ahponen, T. (2023, April 5). What Happened in Finland. *Tribune*. Disponible en: <https://tribunemag.co.uk/2023/04/what-happened-in-finland>
- Ali, T. (2018). El turno de Yemen. *New Left Review*, 111, 75-86.
- Anderson, P. (2002). Internacionalismo: un breviarío. *New Left Review*, 14, 5-24.
- Anderson, P. (2006, April 24). Inside Man. *The Nation*.
- Anderson, P. (2006). Las ideas y la acción política en el cambio histórico. En A. Borón et al., (comp.), *La teoría marxista hoy. Problemas y perspectivas* (pp. 379-392). Buenos Aires: CLACSO.
- Anderson, P. (2012). *El Nuevo Viejo Mundo*. Madrid: Akal.
- Anderson, P. (2014). *Imperium et Consilium. La política exterior norteamericana y sus teóricos*. Madrid: Akal.
- Anderson, P. (2018). *La palabra H. Peripicias de la hegemonía*. Madrid: Akal.
- Anderson, P. (2020). ¿Ukania perpetua? *New Left Review*, 125, 41-115.
- Anderson, P. (2020). *Spectrum. De la derecha a la izquierda en el mundo de las ideas*. Madrid: Akal.
- Arrighi, G. (2007). *Adam Smith in Beijing. Lineages of the Twenty-First Century*. Londres y Nueva York: Verso.
- Basso, P. (2021, junio 13). Italie. Premier semestre de l'ère Draghi: optimisme de régime et massacre social en cours. *Al'encontre*.
- Benanav, A. (2019). La automatización y el futuro del trabajo I. *New Left Review*, 119, 7-44.
- Benanav, A. (2020). La automatización y el futuro del trabajo II. *New Left Review*, 120, 125-158.
- Bloch, M. (1982). *Introducción a la historia*, México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Brenner, R. (2006). *The Economics of Global Turbulence. The Advanced Capitalist Economies from long Boom to long Downturn, 1945-2005*. Londres, Nueva York: Verso.
- Brenner, R. (2020). Saqueo pantagruélico. *New Left Review*, 123, 7-27.
- Carrillo García, G. (2020). La Era de la Irracionalidad Política Global. *Revista Migración y Desarrollo*, 18(3), 57-113.
- Carrillo García, G. (2021). Crisis del Capitalismo Global o, Fin du Globe? *Revista de Estudios Globales. Análisis Histórico y Cambio Social*, 1(1), 125-199.
- Carrillo García, G. (2022). *Interpretar el mundo. Ensayos sobre la crisis de las sociedades contemporáneas*. Cartagena: Calblanque ed.
- Chang, Ha-J. (2002). *Kicking Away the Ladder Development Strategy in Historical Perspective*. London: Anthem Press.
- Chesnais, F. (2020, 27 octubre). L'originalité absolue de la crise sanitaire et économi-

que mondiale du Covid19. *Al'encontre*.

Crouch, C. (2004). *Posdemocracia*. Madrid: Santilla Ediciones Generales.

Davidson, N. (2013). *Transformar el mundo. Revoluciones burguesas y revolución social*. Barcelona: Pasado & Presente.

Davidson, N. (2015). Is Social Revolution Still Possible in the Twenty-First Century? *Journal of Contemporary Central and Eastern Europe*, 23(2-3), 105-150.

Davidson, N. (2017). Crisis Neoliberalism and Regimes of Permanent Exception. *Critical Sociology*, 43(4-5), 615-634.

Davis, M. (2015). La teoría perdida de Marx. La política del nacionalismo en 1848. *New Left Review*, 93, 55-78.

Davis, M. (2022, 9 marzo). Poutine, Biden, Xi... «Thanatos triumphant», *Al'encontre*.

D'Eramo, M. (2013). El populismo y la nueva oligarquía. *New Left Review*, 82, 7-40.

D'Eramo, M. (2022). *Dominio. La guerra invisible de los poderosos contra los súbditos*. Barcelona: Anagrama.

Durand, C. (2018). *El capital ficticio. Cómo las finanzas se apropian de nuestro futuro*. Barcelona: Ned Ediciones.

Durand, C. (2019). En la sala de mandos de la crisis. *New Left Review*, 116/117, 221-234.

Durand-Gasselín, J. M. (2020). Sobre la política y la historia. Entrevista con Jürgen Habermas. *Ideas y valores*, LXIX (172), 169-187.

Fernández-Vilas, E. (2023). El «Populist Zeitgeist»: Un Acercamiento a Cas Mudde y la Derecha Radical Populista. *Revista de Estudios Globales. Análisis Histórico y Cambio Social*, 2(3), 107-120.

Fontana, J. (2017). *El siglo de la revolución. Una historia del mundo desde 1914*. Barcelona: Crítica.

Fontana, J. (2019). *Capitalismo y democracia, 1756-1848. Cómo empezó este engaño*. Barcelona: Crítica.

Foucault, M. (2007). *Nacimiento de la biopolítica: curso en el Collège de France (1978-1979)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Friedman, B. M. (1988). *The Day of Reckoning. The Consequences of American Economic Policy*. Nueva York: Random House.

Fukuyama, F. (2006). *America at the Crossroads. Democracy, Power, and the Neoconservative Legacy*. Yale University Press.

Fukuyama, F. (2014). *Political Order And Political Decay: From the Industrial Revolution to the Globalisation of Democracy*. Londres: Profile Books.

Fukuyama, F. (2018). *Identity. The Demand for Dignity and the Politics of Resentment*. New York: Farrar, Straus and Giroux.

- Fukuyama, F. (2022, septiembre). Why Ukraine Will Win. *Journal of Democracy*. Disponible: <https://www.journalofdemocracy.org/why-ukraine-will-win/>
- Galbraith, J. K. (1976). *El crac del 29*. Barcelona: Ariel.
- Galbraith, J. K. (1992). *La cultura de la satisfacción*. Buenos Aires: Emecé Editores. La primera edición en inglés del mismo año.
- Galbraith, J. K. (2018). *El fin de la normalidad. La gran crisis y el futuro del crecimiento*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- García Martínez, J. M. (2023). Systemic metamorphosis in the 21st century. *Revista de Estudios Globales. Análisis Histórico y Cambio Social*, 2(3), 121-128.
- Gentile, E. (2019). *Quién es fascista*. Madrid: Alianza editorial.
- Giddens, A. (1998). *The third way. The Renewal of Social Democracy*. Polity Press in association with Blackwell Publishers Ltd.
- Grahl, J. (2017). Una nueva ciencia económica. *New Left Review*, 104, 148-156.
- Gramsci, A. (1971). *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Habermas, J. (2000). El Estado-nación europeo y las presiones de globalización. *New Left Review*, 1, 121-134.
- Habermas, J. (2009). *¡Ay, Europa!* Madrid: Trotta.
- Habermas, J. (2016). *En la espiral de la tecnocracia*. Madrid: Editorial Trotta.
- Harvey, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal.
- Hayek, F. A. (1960). *The Constitution of Liberty*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Hirschman, A. O. (1982). *Shifting Involvements. Private Interest and Public Action*. Princeton University Press.
- Hirschman, A. O. (1983). ¿Civilizadora, destructora o débil? Interpretaciones rivales de la sociedad de mercado. *Papeles de Economía Española*, 15, 408-422.
- Hirschman, A. O. (1991). *The Rhetoric of Reaction. Perversity, Futility, Jeopardy*. Cambridge, Massachusetts and London: Harvard University Press, Belknap Press.
- Hirschman, A. O. (2014). *Las pasiones y los intereses. Argumentos en favor del capitalismo previos a su triunfo*. Madrid: Capitán Swing.
- Hobbes, T. (1651/2009). *Leviathan or the Matter, Forme, & Power of a Commonwealth Ecclesiasticall and Civill*. The Floating Press.
- Hobsbawm, E. (1994/2001). *Historia del siglo XX, 1914-1991*. Barcelona: Crítica.
- Hobsbawm, E. (2000). La izquierda y la política de la identidad. *New Left Review*, 0, 114-125.
- Hobsbawm, E. (2012). *Cómo cambiar el mundo. Marx y el marxismo 1840-2011*. Barcelona: Crítica.

- Hobsbawm, E. (2016). Pierre Bourdieu. Sociología crítica e historia social. *New Left Review*, 101, 41-52.
- Hudson, M. (2018). *Matar al huésped. Cómo la deuda y los parásitos financieros destruyen la economía global*. Madrid: Capitán Swing.
- Huntington, S. (1994). *La tercera ola: la democratización a finales del siglo XX*. Barcelona: Paidós.
- International Institute for Democracy and Electoral Assistance (IDEA). (2019). *The global State of Democracy 2019. Addressing the Ills, Reviving the Promise*. Stockholm: International IDEA, Strömsborg.
- Katz, R. S. & Mair, P. (2004). El partido cartel. La transformación de los modelos de partidos y de la democracia de partidos. *Zona Abierta*, 108/109, 9-42.
- Kennan, G. F. (1997, 5 febrero). A Fateful Error. *The New York Times*.
- Leed, E. J. (1978). Class and Disillusionment in World War I. *Journal of Modern History*, 50 (4), 680-699.
- Liotard, J. F. (1984). *The Postmodern Condition*. Manchester: Manchester University Press.
- Mair, P. (2015). *Gobernando el vacío. La banalización de la democracia occidental*. Madrid: Alianza.
- Mandelbaum, M. (2010). *The Frugal Superpower. America's Global Leadership in a Cash-Strapped Era*. New York: Public Affairs.
- Marx, K. (1847/1987). *Miseria de la filosofía*. México: Siglo XXI ed.
- Marx, K. (2010). *Capital*. Volumen III, Marx & Engels Collected Works, vol. 37, Lawrence & Wishart Electric Book.
- Mayer, A. J. (2014). *Las furias. Violencia y terror en las revoluciones francesa y rusa*. Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- Mill, J. S. (1848/2004). *Principles of Political Economy, with Some of their Applications to Social Philosophy*. Indianapolis/Cambridge: Hackett Publishing Company, Inc.
- Mill, J. S. (2001). *On Liberty*. Kitchener, Ontario: Batoche Books.
- Mishra, P. (2017). La política en la era del resentimiento. El oscuro legado de la Ilustración. En S. Alba Rico (et al.). *El Gran Retroceso. Un debate internacional sobre el reto urgente de reconducir el rumbo de la democracia* (pp. 211-230). Barcelona: Seix Barral.
- Mishra, P. (2020). *Fanáticos insulsos. Liberales, raza e imperio*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Morris, W. (1885/1994). Trabajo útil vs. trabajo inútil. *Reis*, 64, 181-198.
- Mouffe, Ch. (2000). *La paradoja democrática. El peligro del consenso en la política contemporánea*. Barcelona: Gedisa Editorial.
- Mouffe, Ch. (2007). *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

- Mudde, C. (2021). *La ultraderecha hoy*. Barcelona: Paidós.
- Mudde C. & Rovira C. (2017). *Populism: A Very Short Introduction*. New York: Oxford University Press.
- North, L. (2021). The Historical and Contemporary Causes of 'Survival Migration'. From Central America's Northern Triangle. *Revista de Estudios Globales. Análisis Histórico y Cambio Social*, 1 (1), 43-70.
- Offe, C. (2014). Dos teorías y media. Posdemocracia en la era de los mercados financieros globales. *Pasajes: Revista de Pensamiento Contemporáneo*, 43, 154-162.
- Organización de las Naciones Unidas. (2018). *Informe del Relator Especial sobre la extrema pobreza y los derechos humanos relativo a su misión a los Estados Unidos de América*. A/HRC/38/33/Add., 1 mayo.
- Organización de las Naciones Unidas. (2019). *Report of the Special Rapporteur on extreme poverty and human rights on his visit to the United Kingdom of Great Britain and Northern Ireland*. A/HRC/41/39/Add.1, 23 abril.
- Organización de las Naciones Unidas. (2020). *Informe del Relator Especial sobre la extrema pobreza y los derechos humanos acerca de su visita a España*. A/HRC/44/40/Add.2, 21 abril.
- Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos. (2019). *Under Pressure: The Squeezed Middle Class*. París: OECD Publishing. <https://doi.org/10.1787/689afed1-en>.
- Palma, J. G. (2019). Desindustrialización, desindustrialización 'prematura' y 'síndrome holandés'. *El Trimestre Económico*, 86 (344), 901-966.
- Palma, J. G. (2020). América Latina en su 'Momento Gramsciano'. Las limitaciones de una salida tipo 'nueva socialdemocracia europea' a este impasse. *El Trimestre Económico*, 87 (348), 985-1031.
- Panitch, L. (2000). El nuevo estado imperial. *New Left Review*, 3, 5-18.
- Panitch, L. y Konings, M. (2009). Myths of Neoliberal Deregulation. *New Left Review*, 57, 67-83.
- Paxton, R. O. (2019). *Anatomía del fascismo*. Madrid: Capitán Swing. La primera edición en inglés es de 2004.
- Riley, D. (2019). ¿Qué es Trump? *New Left Review*, 114, 7-35.
- Robinson, W. I. (2019). Accumulation Crisis and Global Police State. *Critical Sociology*, 45(6), 845-858.
- Robinson, W. I. (2020). *The Global Police State*. Londres: Pluto Press.
- Therborn, G. (2014). ¿Nuevas masas críticas? Las bases sociales de la resistencia. *New Left Review*, 85, 5-17.
- Therborn, G. (2017). Dinámicas de la desigualdad. *New Left Review*, 103, 69-89.
- Therborn, G. (2018). El ocaso de la socialdemocracia sueca. *New Left Review*, 113, 7-29.

- Therborn, G. (2022). The World and the Left. *New Left Review*, 137, 23-73.
- Shaikh, A. (2003, 5 abril). La globalización y el mito del libre comercio. *New School University*. Artículo escrito para la Conferencia sobre la globalización y los mitos del libre comercio. Nueva York: New School University.
- Shaikh, A. (ed.) (2007). *Globalization and the Myths of Free Trade History, theory, and empirical evidence*. USA y Canadá: Routledge.
- Sasch, J. D. (2023, February 13). What Ukraine Needs to Learn from Afghanistan. *New World Economy*. Disponible en: <https://www.jeffsachs.org/>
- Smith, A. (1776/1976). *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*. Oxford University Press.
- Smith, A. (1978). *Lectures on Jurisprudence*. Oxford: ed. Ronald L. Meek, David D. Raphael y Peter G. Stein, Oxford University Press (1762-63, 1766).
- Schmitt, C. (2007). The age of neutralizations and depoliticizations (1929), en *The concept of the political*, Chicago y Londres: The University of Chicago Press.
- Streeck, W. (2011). La crisis del capitalismo democrático. *New Left Review*, 71, 5-26.
- Streeck, W. (2015). Heller, Schmitt and the Euro. *European Law Journal*, 21 (3), 361-370.
- Streeck, W. (2016). *Comprando tiempo. La crisis pospuesta del capitalismo democrático*. Buenos Aires: Katz Editores.
- Streeck, W. (2017). El retorno de lo reprimido. *New Left Review*, 104, 7-21.
- Streeck, W. (2017). ¿Cómo terminará el capitalismo? Ensayos de un sistema en decadencia. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Streeck, W. (2018). ¿El cuarto poder? *New Left Review*, 110, 151-161.
- Streeck, W. (2022, 5 noviembre). Cada vez más próximos, cada vez más cerca de la catástrofe. *El Salto*. Disponible en <https://www.elsaltodiario.com/carta-desde-europa/guerra-ucrania-cada-vez-cerca-catastrofe>.
- Watkins, S. (2022). Cinco guerras en una. La batalla por Ucrania. *New Left Review*, 137, 7-24.
- Wright, C. (1976). Mr. 'X' and Containment. *Slavic Review*, 35(1), 1-31.
- Zevin, A. (2021). ¿Un Proudhon para posmodernos? *New Left Review*, 127, 61-86.

La democracia amenazada. Comentarios de un observador

Luis Cruz Miravet

ISEN Centro Universitario

Facultad adscrita a la Universidad de Murcia

España

Resumen: El propósito de este artículo es identificar el contexto en el que se desenvuelven las democracias y las causas del desafección ciudadano. Una desafección suscitada por el abandono del paradigma del Estado del bienestar y el del pleno empleo, por la aplicación de desacertadas políticas económicas y fiscales, por la incapacidad de ofrecer soluciones y respuestas a los problemas que afectan a los ciudadanos y a las sociedades democráticas en su conjunto, por no mejorar las estructuras y el funcionamiento de unas democracias sin los controles necesarios y necesitadas de reformas, por el incumplimiento de los programas electorales, por no afrontar con firmeza la erradicación de la desigualdad, la pobreza y la exclusión, por la inaceptable gestión de la inmigración y por la corrupción, que incluye a las denominadas «puertas giratorias»; en definitiva, porque son numerosos los ciudadanos convencidos de que sus representantes no se ocupan de mejorar la vida de los ciudadanos. El desafección es, a su vez, causa de la aparición de nuevos partidos, corrientes políticas y candidatos independientes de diferente signo político con el común denominador de ser considerados populistas por los partidos del *establishment*, perjudicados tras la Gran Recesión debido a la aplicación de las medidas de austeridad decretadas por los organismos multilaterales.

Palabras clave: Democracia; Estado del bienestar; Capitalismo; Desigualdad; Reformas.

Democracy threatened. Comments from an observer

Abstract: The purpose of this paper is to identify the context in which democracies develop and the causes of citizen disaffection towards them. A disaffection caused by the abandonment of the paradigm of the Welfare State and full employment, by the implementation of misguided economic and fiscal policies, by the inability to offer solutions and answers to the problems affecting citizens and democratic societies as a whole, for the failure to improve the structures and functioning of democracies without the necessary controls and in need of reform, for the failure to comply with electoral programs, for not firmly tackling the eradication of inequality, poverty and exclusion, for the unacceptable management of immigration and for corruption, including the so-called «revolving doors». In short, a manifest disaffection on the

part of many citizens who are convinced that their representatives are not concerned with improving their daily lives. This disaffection is, in turn, the cause of the emergence of new parties, political currents and independent candidates of different political persuasions with the common denominator of being considered populist by the establishment parties, which have been harmed by the Great Recession due to the application of austerity measures decreed by multilateral organizations.

Keywords: Democracy; Welfare State; Capitalism; Inequality; Reforms.

INTRODUCCIÓN

Evaluar la situación de las democracias sin considerar la evolución del capitalismo sería hacer un análisis impropio de los males que la aquejan, dado el condicionamiento que el sistema económico genera en la vida social y política, en la conformación de los derechos individuales de los ciudadanos y en las estructuras jurídicas nacionales y transnacionales, y, cómo no, en la corrupción. Es evidente que no podemos hacer un análisis global y profundo de la dinámica de las democracias en el formato en el que se presentan estas reflexiones; sin embargo, sí podemos ofrecer una visión general de los males que socavan a las democracias occidentales.

En primer lugar, consideramos que la ética del rendimiento económico y la eficiencia, frente a cualquier otro objetivo fundado en el bien común y el uso de las estructuras democráticas con fines antidemocráticos, son los dos ejes fundamentales a través de los que se produce el sigiloso pero firme acecho a las libertades y a la calidad de vida de las mayorías sociales en democracia, independientemente del color del gobierno del que se doten, dóciles y desarmadas ante el incumplimiento de los programas con los que sus representantes ganan los respectivos procesos electorales.

Durante las últimas cuatro décadas los derechos, que son expresión de nuestras libertades, nuestra calidad de vida y el alma de nuestras democracias, se han degradado. El concepto de bienestar, el progreso individual y la convivencia se han restringido y se ha sobreexplotado y contaminado nuestro hábitat con vigor suicida. En este mismo periodo de tiempo hemos asistido a la transformación de los paradigmas éticos y políticos del pensamiento convencional y a la alienación de los ciudadanos respecto de su condición de titulares del poder.

Cuando no hay certidumbre ni esperanza para los proyectos de vida de los ciudadanos, cuando los miembros de una unidad familiar deben destinar la casi totalidad de sus ingresos, cuando no todos, sorteando otras obligaciones para afrontar una vida digna en sociedad, cuando se carece de los recursos

mínimos necesarios para hacer frente a las cargas de un sistema de vida opulento y gravoso, cuando convivimos con grandes colectivos de personas sin derechos y sin empleo, quizá debamos considerar seriamente que carecemos de libertad. La democracia es un sistema político que se hace cierto si se sustenta en una comunidad de mujeres y hombres libres, y no se puede ser políticamente libre sin la libertad de los demás. Pero la democracia es también un sistema de relaciones que nos obliga a todos por igual, forjado por salvaguardas, procedimientos y respeto a las minorías, y en el que los derechos sociales juegan un papel determinante en la construcción de una vida colectiva fundada en la equidad y la justicia, lo que hemos dado en llamar Estado social de derecho.

Este breve introito no pretende impugnar la economía de mercado ni el libre comercio, pero sí llamar la atención sobre el hecho de que el paso atrás dado por los Estados en beneficio del capital no ha sido generador de paz ni de prosperidad, salvo para unos pocos.

El cambio de paradigma

En la década de los ochenta del siglo pasado, después de los años dorados del capitalismo, de la estanflación de los setenta y del posterior deterioro de la productividad, surgieron con inusitada fuerza, enarbolando la bandera del providencialismo y de la libertad, las enmiendas doctrinarias de la economía neoclásica, que lograron imponer las que serían las reglas y valores que regirían las relaciones económicas y sociales hasta la crisis financiera de 2008, y que abogaban, y abogan, por la superioridad de la iniciativa privada en todos los ámbitos, por la desregulación, el libre comercio, la globalización y los recortes del gasto público. El Estado se entiende como un instrumento auxiliar para el buen fin y el funcionamiento de las iniciativas e inversiones privadas. Tan apoteósica fue la victoria de la narrativa neoliberal, que hasta la izquierda occidental se unió al incontestable delirio del dinero, la eficiencia y el beneficio. Se fundaron «Terceras vías» y se abrazó sin complejos el nuevo entramado de poder y la nueva disciplina económica dictada a través de las asociaciones supranacionales, políticas y económicas, a las que hemos sido vinculados, también desde las universidades y los *think tanks* que, obviando el análisis científico de la realidad, han trabajado y trabajan, en beneficio de los intereses del capital. Cuarenta años más tarde, la desregulación de los mercados, o si lo prefieren, su liberalización, el movimiento libre de capitales y la globalización, han posibilitado un incremento severo de la desigualdad en todas nuestras sociedades junto a una significativa regresión de los valores políticos y de los servicios sociales, que en ningún caso es accidental.

Junto a la devaluación de la idea fuerza del Estado del bienestar, que ahora se nos presenta como una utopía económicamente inabordable, se reinterpretó la relevancia y el papel del capital en los procesos de desarrollo económico. También se promovió y se consintió la concentración y la acumulación, la financiarización de la economía real y la transferencia de poder sin control a los organismos internacionales, a los *trust* y paraísos fiscales, «agujeros negros» del Estado de derecho y sepultureros del Estado del bienestar.

Al mismo tiempo que las grandes corporaciones, los bancos, los mercados de capitales y la banca en la sombra acrecentaban su influencia económica y política y ocupaban espacios de poder, los asalariados sufrían la contención, cuando no la reducción sostenida de sus salarios, junto a la destrucción y precarización de los empleos, debido, entre otras circunstancias, al incremento del poder de mercado, a la transferencia de capitales hacia áreas con menores costes de producción debidos a la ausencia de derechos y de costes sociales, maniobras todas cuyo objetivo era incrementar los beneficios del capital. Hoy, después de la pandemia y de la salvífica e incuestionada «expansión cuantitativa», el enemigo a batir es el de la inflación. Inflación que se pretende controlar incrementando de manera irreflexiva los tipos de interés, como si se afrontara un proceso inflacionario de demanda o de exceso de dinero en circulación, cuando el problema económico subyacente es el de la inflación de precios por beneficios, es decir, el peligro inflacionario lo ocasionan los desmedidos beneficios empresariales, el encarecimiento de la energía, las incertidumbres y los costes derivados de la guerra en Ucrania, así como el conflicto nada latente entre China y EEUU, pero sobre todo, la codicia corporativa que ha incrementado de manera artificial los precios de todos los productos. Estos hechos se unen a las consecuencias derivadas de la desregulación de los mercados de derivados de materias primas, al sistema marginalista de regulación de los precios en el mercado eléctrico y al poder de mercado que condiciona a la baja la remuneración del trabajo; todo ello en un contexto de financiarización sin límite y extracción de rentas, iniciativas que tuvieron a los bancos centrales como entusiastas propagandistas. Una manera más de asegurar la rentabilidad del capital, diluir la deuda y reducir el poder de compra de los asalariados con el objetivo de seguir asegurando el incremento de los beneficios a corto plazo en un contexto en el que los salarios sirven, muy a su pesar, para contener las presiones inflacionistas. Ante esta situación debemos aseverar que si las democracias no trabajan en beneficio de todos los ciudadanos, no pueden ser reconocidas como tales.

Los males actuales que sufre la democracia tienen sus causas en el cambio de paradigma que supuso anteponer la capacidad de los mercados y de las

empresas a la función del Estado, postulado fundado en la creencia de que la competitividad y el libre comercio, sin restricciones ni control, son más capaces a la hora de establecer un orden social justo y eficiente (*paz y desarrollo*). Poco después, los intereses y objetivos de las grandes empresas fueron asumidos como propios, primero por los partidos políticos y después por los Estados, que normalizaron la socialización de las pérdidas privadas haciéndose cada vez más dependientes del capital y perdiendo voluntad y capacidad para garantizar los derechos sociales de sus ciudadanos. Diremos, sin temor a equivocarnos, que el deterioro del Estado del bienestar ha sido el instrumento que más ha dañado el devenir de las democracias supuestamente asentadas, y que su ausencia condiciona severamente su establecimiento en todas las democracias incipientes.

Todo comenzó con la quiebra del sistema establecido en Bretton Woods (1944) durante la década de 1970. A partir de entonces, se produjo una restauración del poder de clase que desembocó en el llamado «Consenso de Washington», caracterizado por un retorcido fundamentalismo de mercado que alcanzó su climax durante las décadas de 1980 y 1990, especialmente en todo el Sur global. Años más tarde, la misma rígida e inflexible conducta se impuso durante la crisis europea del euro, producto del *crac* de 2008, catástrofe ocasionada por la ausencia de regulación y controles, que puso de manifiesto la incapacidad de los organismos supranacionales, bancos centrales y otros agentes estatales, que, con severa contumacia, obviaron la necesidad de aplicar medidas diferenciadas en áreas económicas con fundamentos distintos. Obviamente las recomendaciones no funcionaron, pero los beneficiarios resultaron ser siempre los mismos, probablemente porque ese era el objetivo, y no otro. Consagrados y asumidos los preceptos y las exigencias de mercado con fanática fe y ganada la batalla de las ideas y del relato frente a las incapacidades del Estado, los poderes fácticos se ocuparon de trabajar con el objetivo de «crear valor» y multiplicar sus beneficios, obviando la imperiosa necesidad de los acuerdos sociales en democracia.

La deriva de desconfianza y extrañamiento que sufren las democracias es causa de la conflictiva, turbulenta y prolongada crisis del capitalismo y de la evidencia de que las recetas aplicadas han sido un absoluto desastre, y en el desastre germinaron los desvaríos. Bien podríamos decir que el nuevo contexto remeda la tristeza inherente al capitalismo y al consumo sin control que emana en *La broma infinita*, la afamada obra de David Foster Wallace (1996).

Llegados a este punto consideramos necesario señalar algunos de los hechos y comportamientos que valoramos como extravagantes en democracia y que muestran de manera cristalina las contradicciones del capitalismo y la

ausencia de valores con los que se desenvuelven nuestras democracias, salvo si se trata del beneficio. El extraordinario desarrollo económico y social de la China comunista es producto de las colosales inversiones de Wall Street y de los asombrosos rendimientos obtenidos por esos mismos inversores. Sin negar el derecho al desarrollo económico y social del país asiático, resulta paradójico que, independientemente de las condiciones en las que se desarrolle la industria, el trabajo, la investigación y el desarrollo en una nación, los inversores y la diplomacia norteamericana y europea se hayan mostrado ciegos frente a la realidad de China y frente al recorte de libertades en Hong Kong, desde la entrada en vigor de la ley de Seguridad Nacional. El problema nunca ha sido la ausencia de libertades ni de derechos sociales, el problema es el de la multipolaridad y la emancipación que pretende China. Una vez más, los objetivos a corto plazo del beneficio priman sobre cualquier otro objetivo. Igual que ocurrió con la intransigencia de la que hizo gala la República Federal de la unificada Alemania y otros halcones europeos con los acreedores durante la crisis de deuda de la zona euro, de manera particular en Grecia. Ambos casos representan claras señales de que vivimos en un sistema económico en el que unos pocos se benefician y los más, son sometidos bajo el incontestable precepto del «There Is No Alternative» (TINA). Alternativas las hay, y no podemos obviar la rapidez con la que se generaron recursos para salvar a los bancos, afrontar la pandemia o para incrementar la inversión en seguridad y defensa y financiar además la guerra de Ucrania.

En las actuales sociedades capitalistas existen dos absolutos morales y una anomia social que se sobreponen a todo lo demás: la propiedad privada y la libertad entendida como libertad de consumo, y el miedo de muchas personas angustiadas por su incapacidad para aceptar que en un mundo con más de ocho mil millones de habitantes conectados no es posible imponer valores ni culturas, todo lo más, modas y alguna otra forma de imitación al estilo de las definidas por Gabriel Tarde (1843-1904). Vivimos en un mundo sin certezas, y para mayor conflicto el concepto de libertad se encuentra en permanente progreso como consecuencia de la evolución que proporcionan la libertad de pensamiento y un individualismo encaprichado con significar las diferencias por pequeñas que sean, como si los derechos de todos no incluyeran también los de todas las minorías. Y en este contexto, el miedo crece exponencialmente entre quienes temen a la libertad de los otros, a las minorías, al diferente, a perder privilegios y canojías, a la pobreza, a conocer las verdaderas causas en las que se fundamenta la economía de la opulencia en la que vivimos, todavía hoy, en las sociedades occidentales. De forma más concreta, existe el miedo a la ausencia de certidumbres y a la libertad.

En todas las sociedades, conectadas o no, habita la diferencia y en ningún caso la uniformidad. Las sociedades no pueden ser concebidas como organismos estables, son comunidades inestables cuyo equilibrio siempre está en riesgo, por lo que resulta relativamente fácil desestabilizarlas. Lo diferente puede devenir en semejante, pero nunca en igual. Las semejanzas no pueden confundirnos, son meramente superficiales, y las democracias, instrumento de convivencia de sociedades más o menos libres, viven y sufren el mismo mencionado contexto de equilibrios y desequilibrios, y en el convulso entramado de la sociedades democráticas ejerce una perniciosa influencia la manera en la que se ejerce el poder desde los Estados, superestructuras ajenas a la democracia que se ocupan de las relaciones con otros Estados y, esencialmente, de defender los intereses económicos de las grandes corporaciones internacionales. Se trata de estructuras tan ajenas a la voluntad de los titulares de la soberanía que cada vez que surge un pequeño propósito de transformación, se sofoca sometiéndose al juicio del directorio de alguna de las organizaciones supranacionales que tantas veces se imponen a la democracia, porque, por mucho que nos pese, los conceptos de «soberanía popular» y «soberanía nacional» hoy son meras concesiones literarias en nuestros sistemas políticos, pues no definen la realidad de quién o quiénes conforman la titularidad del poder. Sirva de muestra el cómo se llevó a cabo la reforma del Artículo 135 de la Constitución Española (2011), sin que, en aplicación de lo dispuesto en el Artículo 167.3, se requiriera la celebración de un referendo que diera voz a los titulares de la soberanía nacional y que se habría tenido que convocar de haberlo solicitado el 10% de los miembros del Congreso o del Senado¹, lo que puso de manifiesto el papel que los representantes tienen reservado a sus representados: una nueva amputación a la soberanía nacional por imposición de la *Troika* (Comisión Europea, Banco Central Europeo y Fondo Monetario Internacional), conformada por personas que no tienen responsabilidad, ni siquiera democrática, sobre las medidas y reformas que prescriben a los diferentes gobiernos. Pocos años después la acreditada «estabilidad presupuestaria» y la «austeridad expansiva» (Schäuble), como garantes del crecimiento económico, saltaron por los aires y siempre en voz baja se reconocieron al-

1 La reforma de la Constitución española de 2011 modificó el artículo 135 estableciendo el concepto de estabilidad presupuestaria y decretando que el pago de la deuda pública fuese lo primero a pagar frente a cualquier otro gasto del Estado en los presupuestos generales, sin enmienda o modificación posible. La entrada en vigor de parte del artículo se demora a 2020. El artículo 167 apartado 3 establece que «aprobada la reforma por las Cortes Generales, será sometida a referéndum para su ratificación cuando así lo soliciten, dentro de los quince días siguientes a su aprobación, una décima parte de los miembros de cualquiera de las Cámaras».

gunos de los errores en la construcción del Euro: ausencia de unión fiscal y bancaria, mutualización de deudas y rescates mediante el sistema de *bail-in*.

Otro hito cardinal del deterioro del Estado del bienestar fue el del abandono del paradigma del pleno empleo en sociedades que fundaban la gran mayoría de los derechos sociales en las cotizaciones derivadas de esos mismos empleos que ni quieren, ni son capaces de garantizar, constituyendo así una de las más llamativas paradojas del entramado pseudocientífico que soporta la gestión macroeconómica de nuestras sociedades.

Se acató de manera cándida el principio de que sólo las inversiones privadas eran capaces de crear riqueza y empleo, y desde entonces, sufrimos la jactancia de parte de empresarios y directivos de las grandes corporaciones de una capacidad que les ha sido cedida gracias al abandono del ciudadano a su suerte, y en este sentido, no puedo sino recomendar vivamente la relectura de la obra de John Kenneth Galbraith (1967) y de las más recientes de Mariana Mazzucato (2014) y Jan Eeckhout (2022).

La libertad nos la usurpa la desbordada ampliación de los derechos del capital, su libertad de movimiento, el libre acceso a los paraísos fiscales, el acomodo interesado de los ordenamientos jurídicos y constitucionales, las exenciones fiscales y las subvenciones públicas como elemento de atracción o retención de inversiones y de posibles inversores, siendo todo causa de los cambios sufridos en el poder, cuyo vértice de la pirámide ocupan, de facto, los intereses de las grandes corporaciones en detrimento de la soberanía nacional y del poder político, que claramente ha perdido el interés y la motivación en defender a sus representados. Al mismo tiempo, se asume el desempleo estructural como una derivada lógica del mercado de trabajo (desajustes entre la oferta y la demanda), cuando su existencia constante lo consolida como una variable condicionante del incremento de los salarios y de la mejora de las condiciones de vida de las trabajadoras y trabajadores, y frente a ello, se nos soflama con el indefinido empeño en fomentar el conocimiento, la innovación y la cohesión social, concesiones poéticas para ocultar los objetivos y el interés cierto del capital. A modo de ejemplo, sírvanos la referencia del comportamiento de las farmacéuticas con la financiación de la investigación de las vacunas contra el COVID-19, la gestión de las patentes y el precio al que se comercializan las mencionadas vacunas, entramado en el que no se piensa en el bien común, sólo en el beneficio derivado.

Por otro lado, cualquier democracia que se precie debe poseer un elaborado proceso de control y vigilancia del poder en todos sus niveles (*checks and balances*), y de manera especialmente rigurosa y exigente, se debe controlar a cuantos hacen negocios beneficiándose del soporte que les otorga el Estado,

y llegado el caso, poder sancionarles con penas que superen con creces los beneficios que les supone ignorar la ley.

Otras relevantes desviaciones del control de poder son la fusión de facto entre el poder ejecutivo y el legislativo, y en el caso español, y en otros contextos políticos liberales, es también especialmente grave el problema de los nombramientos del poder judicial, considerado por no pocos y empezando por la comunidad de opositores que lo integran, un poder de última instancia, cuando no un poder preponderante del Estado; de ahí el interés espurio por judicializar el debate político y gobernar en la sombra cuando se carece de la representación necesaria para ejercer el poder político. Y es en este contexto en el que se vislumbra la necesidad de contar con representantes libres, unidos por un programa electoral como proyecto de gobierno y compromiso con la nación, o en su caso, por un acuerdo postelectoral de gobierno de obligado cumplimiento y transparencia, pues la disciplina de voto y el miedo a no ser incluido en futuras listas electorales, o a no poder participar de otras sinecuras, desautorizan el propio sistema de representación.

Aun así, la democracia es, hoy por hoy, la forma de gobierno que garantiza una mayor armonía social, incluso en el caso de que existan severas controversias partidistas y conflictos por la defensa de privilegios ungidos y pretendidamente incontestables. Aun en estos casos la democracia merece ser defendida, dada su superlativa superioridad y valor sobre cualquier otra forma de gobierno, pero necesita siempre ser controlada con el fin de evitar cualquier deriva no deseada. Claramente el sistema es muy perfectible, pero necesitamos de la voluntad de sus protagonistas: o lo perfeccionan nuestros representantes o los representados estarán obligados a recuperar el protagonismo de su función. Los años pasan, la vida continúa y no logramos disfrutar de un sistema político, social y económico a la altura de la sociedad a la que debería defender y respaldar. Dada la situación, se hace imperativa la necesidad de modificar el espíritu y la estructura de nuestras democracias, secuestradas por los partidos políticos, organizaciones de poder ajenas a la sociedad civil y a la libertad política y colectiva de los ciudadanos. Se afirma que la soberanía reside en el pueblo, pero el pueblo está totalmente inerte, como ya hemos dicho, incluso para requerir a sus representantes el cumplimiento de los programas electorales con los que ganaron su representación. De hecho, se ha convertido en una norma el obscuro incumplimiento de los programas, siempre justificado con la recurrente expresión TINA.

En definitiva, el contexto en el que se desenvuelven las democracias está caracterizado por una privatización de la esfera pública, un declive del Estado del bienestar y por el abandono consciente por parte de las autoridades pú-

blicas de las políticas de pleno empleo. El resultado inevitable de este sistema de talla única neoliberal, ha sido, entre otros aspectos, una brecha cada vez mayor entre la ciudadanía y la clase política y un incremento del conflicto y las tensiones sociales. Y aunque el panorama pueda ser desolador, como sabemos, el conflicto forma parte de la dimensión constitutiva de la democracia.

El incremento de la demagogia es causa de la frustración ciudadana ante la reiterada incapacidad de los gobiernos para resolver problemas como el de la inflación, los bajos salarios, los servicios de salud, la educación, las pensiones y la precariedad en los empleos, todos ellos fundamentos del Estado del bienestar. De hecho, los países que ocupan los puestos de referencia en el índice de democracia de *Economist Intelligence Unit* (EIU):² Noruega, Nueva Zelanda, Islandia, Suecia, Finlandia y Dinamarca, son los mismos que poseen hasta hoy unos Estados del bienestar más estables. Por tanto, la propuesta para proteger y defender la democracia debe pasar indefectiblemente por retomar el precepto del pleno empleo y fortalecer los sistemas públicos de salud, educación y pensiones, misiones a las que deberían encomendarse sin dilación todos los gobiernos y todos sus presupuestos.

El necesario retorno a las esencias del Estado del bienestar

Se proclamó que el libre comercio y la democracia conquistarían el alma de todas las naciones, dada su capacidad de desarrollo socioeconómico y su superioridad moral, pero pocos vieron en ello otra cosa que el colonialismo de siempre, y en lugar de disfrutar del proclamado «fin de la Historia», el fin de las ideologías, (Fukuyama, 1992), nos vemos sumidos en una gran crisis de identidad global que es causa de ese miedo a la incertidumbre de la que muchos creen poder escapar abrazando valores identitarios y una falsa certidumbre.

En un mundo ávido de certezas hablar de reformas puede generar expectativas sobre la aportación de soluciones ciertas, o lo que es peor, definitivas. Nada más lejos de la realidad. Aceptar que la vida en sociedad es un constructo social en permanente conflicto es un paso previo para entender que «el hombre está condenado a ser libre» (Sartre, 1945), y es libre porque es responsable de las decisiones que toma. Diríase que la gestión de la vida, y de la vida en sociedad, se asemeja a la navegación de los argonautas, forzados día y noche a corregir el rumbo, condicionados siempre por el viento y las corrientes.

² España ocupa el puesto número 22 en dicho ranking.

En la controvertida dialéctica sociopolítica de nuestros días imperan dos discursos contrapuestos que se superponen al análisis de la realidad, el de lo «políticamente correcto», asimilado al concepto «woke» y a la cultura de la cancelación, y el de la demagogia, siendo muy común e interesada su confusión con el «populismo», que tampoco se libra de males. El demagogo se aprovecha de las pasiones y emociones del ser humano y de la ausencia de una honrada reflexión intelectual, censura conductas, costumbres, leyes y credos y ofrece soluciones tajantes, simples y supuestamente mejores, y miente, sobre todo miente porque su único objetivo es alcanzar el poder político. Podemos valorar que estamos faltos de diálogo pues ambas adscripciones militan en la sordera. No se escuchan, no ofrecen respuestas y de ello deberíamos advertir la necesidad de tolerancia que tienen nuestras sociedades. Decía Giddens (2000) que «el campo de batalla del siglo XXI enfrentará el fundamentalismo con la tolerancia cosmopolita» pero, todavía lejos de poder considerar que haya tolerancia en el cosmopolitismo actual, es en esa dirección en la que tenemos que trabajar, la de la construcción de un consenso basado en la tolerancia, en la aceptación intercultural y en una justicia común.

Dicho lo anterior, el contexto actual dificulta, lo que ya de por sí es una tarea compleja, la necesidad de promover las mejoras y reformas que precisan las democracias. Qué gran paradoja la de que en «la era del capitalismo de la vigilancia» (Zuboff, 2020) la democracia acuse la deficiencia de los controles y equilibrios del poder, los «checks & balances» anglosajones. Los ciudadanos están hipervigilados y las democracias y sus responsables, mediante reglamentos filibusteros, se escapan del control y la rendición de cuentas. Control y equilibrios del poder, igualdad ante la ley, libertad y veracidad informativa definen el marco mínimo obligado del funcionamiento de una democracia.

Los ciudadanos en democracia deben poder confiar en que sus representantes y demás titulares de los poderes del Estado, así como los funcionarios que se ocupan de la gestión y administración de los recursos, defenderán sus derechos y protegerán sus intereses mediante decisiones informadas y confiar también en que controlarán y corregirán a quienes así no lo hagan. Del mismo modo, los ciudadanos deben poder confiar en que todos ellos están sometidos a control y sujetos a rendir cuentas del resultado de su función.

En España, por poner un ejemplo que nos es próximo, además de los males ya descritos al común de las democracias, la separación de poderes es precaria, los controles y equilibrios están ausentes o son ociosos; la igualdad ante la ley se desvanece con la anomalía que suponen los aforamientos y la impunidad del jefe del Estado, junto al resto de prerrogativas y prebendas autoconcedidas con las que se patrimonializan de manera ilegítima los órganos

de representación de todos los poderes del Estado en todos sus niveles. La libertad de prensa, entendida como libertad informativa, de opinión e investigación, se desvanece con la connivencia que genera la publicidad que realizan todos los estamentos del Estado, junto al hecho de que la propiedad de los medios no es independiente ni libre de intereses distintos a los de ofrecer una información veraz.

El Estado de derecho y la separación de poderes, garantizado por un sistema de pesos y contrapesos, son elementos políticos y jurídicos esenciales para el correcto funcionamiento de la democracia, como lo son tanto o más otros aspectos concernientes a la libertad y a la dignidad de la ciudadanía. Siendo también relevante una reconfiguración actualizada de las políticas sociales de los Estados de bienestar en base a una sociedad totalmente transformada con respecto al pasado.

El pleno empleo

El trabajo no nos dignifica, en todo caso es la persona quien dignifica la función social del trabajo, siempre que su quehacer sea merecedor de tal dignidad, que podrían también no serlo. Su significado ha variado a través de los siglos intentando concretar muchas y variadas experiencias y condiciones. No todos los trabajos ni su desempeño comportan la condición de ser dignos, pues no pocas funciones se ocupan de explotar, juzgar y engañar a los vulnerables, a los inermes, a los caídos y necesitados. Fuera del concepto clásico, que consideraba el trabajo asalariado como indigno y a la actividad intelectual como patrimonio del ocio, hoy existe confusión entre el concepto de «empleo» como actividad con contraprestación económica y el más amplio concepto del «trabajo» que en determinados casos no produciría, necesariamente, una contraprestación económica. Los más claros exponentes de esta distinción son los trabajos no remunerados desarrollados en el ámbito familiar, los cuidados a enfermos y personas dependientes o las tareas de los voluntarios de las ONGs (únicamente las de voluntarios pues estas organizaciones han incrementado visiblemente la profesionalización de sus actividades y de la función subsidiaria que realizan). También profesionales, empleados, trabajadores y pequeños empresarios confundidos en un laberinto de derechos y obligaciones que recompensa y singulariza a quienes tienen el atributo de poder estar integrados en el sistema de garantías del Estado.

Establecer el pleno empleo quiere decir que todos los ciudadanos de un Estado tendrían derechos de prestación y subsidios, no porque disfruten de la consecuencia de pertenecer al sistema de garantías, sino por el hecho de ser ciudadanos, concepto de relaciones que se sufragaría mediante el sistema de

ingresos tributarios, no siendo un mecanismo diferenciado ni diferenciador, lo que además evitaría todos los gastos derivados de la vigilancia y el control sobre las situaciones personales. Se tienen derechos y obligaciones en función de ser ciudadano de un Estado, propuesta análoga a la de la renta básica incondicional. Las prestaciones como derechos ligados a la ciudadanía suponen una relevante mejora en la organización de nuestras sociedades y junto al indeclinable objetivo del pleno empleo, son expresión de las nuevas sociedades democráticas a las que debemos aspirar.

El nuevo Estado del bienestar y el Estado social y democrático de Derecho

Por otro lado, una democracia plena no sólo precisa de un sistema de relaciones honesto y bien engrasado, sino que debe fundarse en la equidad social y en la transformación de las sociedades en organizaciones cuyo fin sea adaptarse al ser humano y a sus necesidades, al sentido cierto de una «vida buena». Los conceptos no construyen la realidad social si los hechos no contribuyen a precisar el alcance de su significado. Esclavo o empleado determinan una misma función, la de los obligados a trabajar en la misión que se le asigne a cambio de sustento. Hipotecas y deudas también obedecen a la misma función, la de los obligados a embargar su vida en beneficio del sistema social en vigor y del capital, beneficiario último de todas las deudas.

Los Derechos Humanos, los derechos políticos y los derechos sociales se construyen como una secuencia definida por la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Las normas políticas que regulan las relaciones de poder y los derechos sociales, que, contrariamente a quienes los aprecian como derechos variables en función del contexto económico, son un agregado indivisible, pues tienen causa en la creación de una sociedad mejor, fundada en la equidad y la justicia social, cuya manifestación no es otra que la de la justicia económica y equidad en el reparto de la riqueza. La justicia social es una exigencia de las democracias.

Cuando hablamos de derechos sociales en España una de las mayores inquietudes y preocupaciones es la de haber condicionado la efectividad de relevantes derechos sociales a los denominados «principios rectores de la política social y económica», supeditados a la economía presupuestaria, lo que hace obligada la revisión de los postulados del Estado social para garantizar, proteger y hacer cierto lo enunciado en el artículo 1 de nuestra Constitución: «España se constituye en un Estado social y democrático de Derecho, que propugna como valores superiores de su ordenamiento jurídico la libertad, la justicia, la igualdad y el pluralismo político».

Para finalizar debemos advertir que no hay espacio para el desafecto, que estamos ante una tarea titánica que a todos nos afecta y que no solo encarna la defensa y la seguridad de la calidad de nuestras vidas, sino también la de las futuras generaciones. Salvar a nuestras sociedades y salvar al planeta es una batalla extraordinaria en la que lo único que no cabe es el desaliento. Gesto a gesto, se trata de defender y garantizar la seguridad y la calidad de vida de todas las personas, ampliando el restringido propósito que garantiza la seguridad de los bienes y de las vidas con la inclusión, al mismo nivel, de todos los derechos sociales, que nos son otra cosa que la expresión cierta de los derechos políticos ganados en una conquista que dura ya más de dos siglos.

REFERENCIAS

- Alesina, A. y Ardagna, S. (1998). Tales of fiscal adjustment. *Economic Policy*, 13(27), 488-545. Disponible en: <http://nrs.harvard.edu/urn-3:HUL.InstRepos:2579822>
- Bardhan, P. (2022). *A World of Insecurity: Democratic Disenchantment in Rich and Poor Countries*. Cambridge: Harvard University Press.
- Bradford, A. (2021). *The Brussels Effect: How the European Union rules the world*. Oxford, UK: Oxford University Press.
- Burgaya i Riera, J. (2013). *El Estado de bienestar y sus detractores: a propósito de los orígenes y la encrucijada del modelo social europeo en tiempos de crisis*. Barcelona: Octaedro.
- Case, A., y Deaton, A. (2020). *Muertes por desesperación y el futuro del capitalismo*. Barcelona: Deusto.
- Deaton, A. (2015). *El Gran Escape*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Economist Intelligence (2022). *Democracy Index 2022. Frontline democracy and the battle for Ukraine*. Disponible en: <https://www.eiu.com/n/campaigns/democracy-index-2022/>
- Eeckhout, J. (2022). *La paradoja del beneficio. Cómo las empresas exitosas amenazan la economía*. Barcelona: Taurus.
- Foster Wallace, D. (2011). *La broma infinita*. Barcelona: DeBolsillo.
- Fukuyama, F. (1992). *The End of History and the Last Man*. Nueva York: Free Press.
- Galbraith, J. K. (1967). *El Nuevo Estado Industrial*. Barcelona: Ariel.
- Giddens, A. (2000). *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Madrid: Taurus.
- Karl, P. (2012). *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Mazzucato, M. (2019a). *El valor de las cosas*. Barcelona: Taurus.
- Mazzucato, M. (2019b). *El Estado emprendedor: mitos del sector público frente al privado*. Barcelona: RBA Libros.
- Nieto García, A. (2005). *El desgobierno judicial*. Madrid: Trotta. 2ª ed.
- Philippon, T. (2019). *The Great Reversal: how America gave up on free markets*. Cambridge: Harvard University Press.
- Piketty, T. (2014). *El capital en el siglo XXI*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Raworth, K. (2017). *Doughnut economics: seven ways to think like a 21st-century economist*. London: Random House International.
- Rodrik, D. (2006). Goodbye Washington Consensus, Hello Washington Confusion? A Review of the World Bank's Economic Growth in the 1990s: Learning from a Decade of Reform. *Journal of Economic Literature*, 44, 973-987.

Rodrik, D. (2011). *The Globalisation Paradox: Why Global Markets, States, and Democracy Can't Coexist*. Oxford: Oxford University Press.

Sartre, J. P. (1945). *El existencialismo es un humanismo*. Conferencia impartida en el Club Maintenant de París por Jean-Paul Sartre, el 29 de octubre de 1945.

Stiglitz, J. (2012). *El precio de la desigualdad*. Barcelona: DeBolsillo.

Tooze, A. (2018). *Crash. Cómo una década de crisis financieras ha cambiado el mundo*. Barcelona: Crítica.

Zuboff, S. (2020). *La era del capitalismo de la vigilancia*. Barcelona: Paidós.

Guerra Fría e historiadores anglosajones*

Paul Preston

LSE, Escuela de Economía y Ciencias Políticas de Londres

Departamento de Historia Internacional

Resumen: A partir del estudio del historiador australiano Darryl Burrowes se analizan las trayectorias vitales y las obras, de gran significación y trascendencia, de cuatro importantes escritores: George Orwell, Gerald Brenan, Burnett Bolloten y Herbert Rutledge Southworth sobre la Guerra Civil española. El historiador aborda en qué medida las percepciones sobre el conflicto de los cuatro escritores se vieron influidas por el período de la Guerra Fría y por la mayor o menor influencia de las dos agencias anglosajonas determinantes en la configuración de la opinión pública y de la política cultural durante esos años en relación con la política contemporánea y la historia reciente: el Departamento de Investigación Informativa del Ministerio de Asuntos Exteriores en Gran Bretaña y el Congreso Americano por la Libertad Cultural.

Palabras Clave: Guerra Civil Española; Historiografía; Guerra Fría; Política Internacional.

Cold War & Anglosaxon historians

Abstract: Based on a study by Australian historian Darryl Burrowes are analyzed, the life trajectories and works, of great significance and transcendence, of four important writers: George Orwell, Gerald Brenan, Burnett Bolloten and Herbert Rutledge Southworth about the Spanish Civil War. The historian addresses the extent to which the perceptions of the conflict of the four writers were influenced by the Cold War period and by the greater or lesser influence of the two Anglo-Saxon agencies that were decisive in shaping public opinion and cultural policy during those years in relation to contemporary politics and recent history: the Information Research Department of the British Foreign Office and the American Congress for Cultural Freedom.

Keywords: Spanish Civil War; Historiography; Cold War; International Politics.

DOI: <https://doi.org/10.6018/reg.576241>
<https://revistas.um.es/reg>
ISSN electrónico: 2697-0511

*Traducción de Carmen M. Cerdá Mondéjar

En enero de 1970 en el diario falangista *Arriba*, el biógrafo oficial del general Franco afirmaba que existían más de 25.000 libros relacionados con la Guerra Civil española¹. El autor de dicha afirmación fue Ricardo de La Cierva, entonces jefe del departamento especial de la Sección de Estudios sobre la Guerra de España en el Ministerio de Información y Turismo. La Sección, creada para combatir el impacto subversivo de las obras que se introducían de contrabando en España desde París y que se vendían clandestinamente, examinó libros publicados por ediciones Ruedo Ibérico, la gran editorial de la izquierda española en el exilio, fundada por un excéntrico anarquista, José Martínez Guerricabeitia junto a una serie de colaboradores de todo el espectro antifranquista, entre ellos Jorge Semprún y Nicolás Sánchez-Albornoz. Entre los mayores éxitos comerciales de Ruedo Ibérico cabe destacar la traducción al español de *The Spanish Civil War* de Hugh Thomas² y *El mito de la cruzada de Franco* de Herbert Rutledge Southworth. Este último era una minuciosa deconstrucción de los errores, distorsiones y evidentes falsedades de la historiografía franquista de la Guerra Civil. La tarea a la que se enfrentaba de La Cierva pronto se hizo evidente.

La divulgada afirmación de de La Cierva sobre la magnitud de las ediciones sobre la Guerra Civil se basaba en la publicación por su departamento unos dieciocho meses antes, de una extensa bibliografía que incluía esa misma cantidad de títulos³. En la primavera de 1971, la escasa erudición que subyacía tanto en la afirmación de de La Cierva como en su libro, había sido sometida a una minuciosa crítica en lo que se ha convertido en un estudio clásico de Herbert Rutledge Southworth: *Los bibliófobos: Ricardo de La Cierva y sus colaboradores*, en Cuadernos de Ruedo Ibérico, la revista republicana en el exilio, editada en París por los citados José Martínez Guerricabeitia y Jorge Semprún⁴. Southworth presentó ejemplos bastante cómicos de títulos que de La Cierva y sus colaboradores habían anotado como relativos a la Guerra Civil española. Se trataba de libros que, o bien habían sido publicados hacía más de veinte años antes del inicio de la guerra, o bien, en algunos casos, habían sido escritos por autores fallecidos una década y media antes del comienzo de la contienda, o simplemente no tenían nada que ver con la guerra. Southworth hizo una declaración demoledora:

1 *Arriba*, 31 enero 1970.

2 La edición española a cargo de Ruedo Ibérico apareció en 1962 [N. de la T.]

3 Ricardo de la Cierva, *Bibliografía sobre la guerra de España (1936-1939) y sus antecedentes históricos*. Barcelona: Ariel, 1968.

4 Herbert Rutledge Southworth, *Los bibliófobos: Ricardo de La Cierva y sus colaboradores*. París: Cuadernos de Ruedo Ibérico, no. 28-29, Diciembre 1970-Marzo 1971, pp. 19-45.

Hay que afirmar sin ambages que el corpus de la obra constituye un escándalo intelectual. En la bibliografía del profesor de La Cierva se pueden encontrar nombres de autores que nunca existieron. Se acredita a autores que sí han existido, obras que nunca escribieron. Muchos libros son atribuidos a dos autores distintos. La bibliografía contiene centenares de títulos que nunca han sido publicados en parte alguna del globo⁵.

Sin embargo, a pesar del duro desmantelamiento que Southworth hace de las exageraciones numéricas, duplicaciones y errores de de La Cierva, sigue siendo cierto que la bibliografía sobre el conflicto español ya era considerable en 1970 y a partir de la segunda década del siglo XXI, ha aumentado aún mucho más. De hecho, la primera colección privada personal de Southworth, ahora en la Universidad de California en San Diego, contiene cerca de 14.000 libros y folletos. Y existen varios miles más de su segunda colección, actualmente conservados en el Museo de la Paz de Guernika. En dos cartas enviadas en marzo de 1987 a su amigo alemán, el Dr. Günther Schmigalle, Southworth reconocía la enorme expansión de la bibliografía sobre la guerra española. La primera carta fechada el 2 de marzo, en medio de una grave enfermedad, se leía con algunos garabatos: «Creo que la cifra de 25.000 títulos (entre libros, folletos, etc.) es bastante aceptable...» Tres semanas más tarde, ya recuperado y quizá olvidando la nota anterior, escribió: «Creo que la cifra de 25.000 artículos sobre la Guerra Civil española y el franquismo no era del todo exagerada»⁶. Ello reflejaba el hecho de que, en los once años y medio que siguieron a la muerte del general Franco en 1975, se había producido una avalancha de trabajos sobre los orígenes, el transcurso y las consecuencias de la guerra. Además, las publicaciones no han disminuido en las casi cuatro décadas posteriores. La inclusión del régimen franquista en el cálculo aproximado de Southworth suponía una consideración importante en cualquier intento de evaluar a escala numérica la literatura sobre la guerra, dado que ésta continuó apareciendo durante muchos años después del fin del conflicto.

En este sentido, sería una tarea heroica tratar de analizar esa literatura en su totalidad. No obstante, sí es importante señalar una mayor presencia de publicaciones de historiadores extranjeros antes de finales de los años seten-

5 En este sentido, entre los muchos y grandes errores, Southworth señaló que de La Cierva y su equipo incluyeron como libros sobre la Guerra Civil española *The Soul of Spain* de Havelock Ellis un libro publicado en Londres en 1908, otro del anarquista Ricardo Flores Magón, fallecido en 1922 y *Aurora roja* de Pío Baroja, un libro sobre anarquistas publicado en Madrid en 1904.

6 H. R. Southworth a G. Schmigalle, 2 y 23 de marzo de 1987. Agradezco al Dr. Günther Schmigalle que me haya enviado copias de las cartas que Herbert Southworth le dirigió.

ta, consecuencia de la forma en que el aparato de censura franquista ahogó la producción historiográfica dentro de España. La obstrucción a las investigaciones españolas formó parte del complejo proceso de lavado de cerebro nacional que se impuso tras la Guerra Civil, lo cual supuso una continuación de la guerra por otros medios⁷.

Con todo, cuatro de las obras más cruciales y perdurables sobre la guerra fueron publicadas por tres escritores británicos y un estadounidense. Ninguno era un historiador académico profesional, pero cada uno había sido, de diferentes maneras, un activo defensor de la República durante la Guerra Civil: George Orwell (1903-1950) que viajó a España y luchó en las milicias del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) antiestalinista, experiencia que le sirvió de base para su inmensamente influyente libro *Homage to Catalonia*⁸; Gerald Brenan (1894-1987) que vivió de forma intermitente en el sur de España durante casi veinte años antes del estallido de la guerra y plasmó sus observaciones y experiencias en su obra clave *The Spanish Labyrinth. An Account of the Social and Political Background of the Spanish Civil War* (1943)⁹; Burnett Bolloten (1909-1987), galés, que fue corresponsal de United Press International en la zona republicana durante el conflicto tras el cual, dedicó muchos años a recopilar material y a escribir *The Grand Camouflage. The Communist Conspiracy in the Spanish Civil War* (1961) ampliado en dos libros posteriores, *The Spanish Revolution. The Left and the Struggle for Power During the Civil War* (1979) y *The Spanish Civil War: Revolution and Counterrevolution* (1991)¹⁰; y Herbert Rutledge Southworth (1908-1999) que trabajó durante la guerra en Nueva York para la Oficina de Información Española creada por el embajador de la República, Fernando de los Ríos. Tiempo durante el cual, sentó las bases de su vasto conocimiento sobre la guerra y, en particular, sobre el bando franquista. Ésta sería la base sobre la que construiría su inteligente obra que inició con *El mito de la cruzada de Franco*¹¹.

7 Paul Preston, «War of Words. The Spanish Civil War and the Historians», in Paul Preston, Editor, *Revolution and War in Spain 1931-1939*. London: Methuen, 1984, pp. 1-13.

8 George Orwell, *Homage to Catalonia*. London: Secker & Warburg, 1951. 1ª edición 1938.

9 Gerald Brenan, *The Spanish Labyrinth*. Cambridge: Cambridge University Press, 1943.

10 Burnett Bolloten, *The Grand Camouflage. The Spanish Civil War and Revolution, 1936-39* London: Pall Mall, 1968, 2ª edición; *The Spanish Revolution*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1979; *The Spanish Civil War: Revolution and Counterrevolution*. Hemel Hempstead: Harvester Wheatsheaf, 1991.

11 Herbert Rutledge Southworth, *El mito de la cruzada de Franco*. París: Ediciones Ruedo Ibérico, 1963; Edición ampliada editada por Paul Preston, *El mito de la cruzada de Franco*. Barcelona: Random House Mondadori, 2008; *Guernica! Guernica!: A Study of Journalism, Propaganda and History*. Berkeley: University of California Press, 1977; Edición ampliada y epílogo de Ángel Viñas, *La destrucción de Guernica. Periodismo, diplomacia, propaganda e historia*. Granada: Editorial Comares, 2013; *Conspiracy and the Spanish Civil War. The Brainwashing of Francisco Franco*. London: Routledge-Cañada Blanch Studies, 2002.

Los trabajos de estos cuatro historiadores son analizados en un estudio fascinante, aunque controvertido, del historiador australiano Darryl Burrowes. En su estudio, Burrowes aborda una interesante dimensión de la historiografía sobre la Guerra Civil: la medida en que las percepciones sobre el conflicto español de los cuatro escritores se vieron influidas por el período de la Guerra Fría¹². Para ello, el investigador examina la labor de las dos instituciones anglosajonas que se esforzaron por configurar la política cultural durante la Guerra Fría en relación con la política contemporánea y la historia reciente, en una obstinada dirección anticomunista: el Departamento de Investigación Informativa del Ministerio de Asuntos Exteriores en Gran Bretaña, la Commonwealth británica y el Congreso Americano por la Libertad Cultural (CCF), que no sólo actuó en Estados Unidos, sino también en América Latina y Europa continental. Ambas organizaciones fueron creadas como respuesta al reconocimiento del enorme esfuerzo propagandístico de los años anteriores a 1939 realizado para convertir a la Unión Soviética de monstruosa amenaza, en galante aliado durante la lucha contra Hitler. Su misión ahora era invertir esa visión.

Financiado por el Ministerio de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña, el Departamento de Investigación Informativa fue creado en febrero de 1948 por el gobierno laborista de Clement Attlee. Su misión estaba clara, en palabras de su segundo al mando, Adam Watson: «Durante la guerra, habíamos ensalzado a este hombre [Stalin] aunque sabíamos que era terrible, porque era un aliado. Ahora la pregunta era: ‘¿Cómo nos deshacemos del mito del *Buen Viejo Tío Joe* construido durante la guerra?’». Por su parte, el CCF estaba financiado por la Agencia Central de Inteligencia y sus iniciativas culturales antisoviéticas abarcaban desde la publicación de libros y revistas, hasta diversas actividades culturales como la organización de conferencias y exposiciones¹³. En este contexto, la relevancia de uno de los cuatro escritores analizados por Burrowes, Herbert R. Southworth radica en que fue un *luchador cultural* que se esforzó por combatir no sólo las políticas culturales represivas del régimen franquista, sino también las actividades, a menudo paralelas, del CCF. En su lucha, uno de sus principales oponentes, junto con Ricardo de La Cierva, sería uno de los más importantes representantes de las actividades en lengua española del Congreso, «Julián Gorkín» (seudónimo de Julián Gómez García), antiguo dirigente del antiestalinista POUM, cuyo odio al comunismo soviético le había

12 Darryl Burrowes, *Historians at War. Cold War Influences on Anglo-American Representations of the Spanish Civil War*. Brighton: Sussex Academic Press / Cañada Blanch, 2019.

13 Frances Stonor Saunders, *Who Paid the Piper? The CIA & the Cultural Cold War*. London: Granta Books, 1999, p.5; Olga Glondys, *La guerra fría cultural y el exilio republicano español: Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura, 1953-1965*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2012, pp. 56-59.

llevado a situarse bajo la órbita de Jay Lovestone, líder del Partido Comunista de Estados Unidos que trabajaba entonces para la CIA¹⁴.

Tras la Segunda Guerra Mundial, no les fue difícil crear una opinión crítica hacia el papel del Estado soviético en cuanto a la brutal represión de sus propios ciudadanos y los de la Europa del Este ocupada. Así, se hace necesario explicar por qué tanto el Departamento de Investigación Informativa británico como, sobre todo, el CCF americano, prestaron tanta atención a la Guerra Civil española. Hubo varios factores influyentes y entre ellos el más importante fue el hecho de que Estados Unidos necesitaba a Franco como aliado y eso requería una limpieza de su imagen, convirtiéndole de coligado de Hitler y Mussolini, a opositor de Stalin. El papel del comunismo en el conflicto español fue visto por muchos como una excepción a la oscura realidad del historial soviético. La ayuda prestada por la Unión Soviética a la República española y el heroísmo de los voluntarios comunistas de las Brigadas Internacionales en la lucha antifascista, fueron la joya de la corona comunista, pero fueron presentados como hechos aislados. Además, existía el temor de que el ejemplo de la izquierda en el conflicto español pudiera servir de inspiración a los florecientes movimientos revolucionarios de América Latina.

El análisis del Dr. Burrowes sobre el modo en que la Guerra Fría influyó en la escritura de la historia de la Guerra Civil española se centra principalmente en su examen de las obras y las vidas de los cuatro «escritores-historiadores» mencionados anteriormente: George Orwell, Gerald Brenan, Burnett Bolloten y Herbert R. Southworth. Su selección refleja tanto su diferente implicación personal en la Guerra Civil como el hecho de que, durante la Guerra Fría, todos publicaron libros de vital y trascendente importancia. George Orwell, tras intentar ingresar sin éxito en las Brigadas Internacionales, controladas por los comunistas, se había inscrito en el grupo del Partido Laborista Independiente, estrechamente vinculado al POUM, por tanto, podría considerársele un «propagandista de la Guerra Fría», dado su influyente anticomunismo¹⁵. A Gerald Brenan, por el contrario, es más difícil verlo como «un propagandista de la

14 Olga Glondys, *La guerra fría cultural...*, 2012, pp. 32-44.

Tras la muerte de Lenin en enero de 1924, y la división por la sucesión en el partido bolchevique soviético Lovestone apoyó a Nikolai Bujarin por lo que sufriría duras consecuencias. Fue expulsado del partido y posteriormente cooperaría de forma estrecha con la CIA, proporcionando información sobre las actividades de sindicatos comunistas, para debilitar su influencia en el movimiento sindical internacional. En 1963 fue nombrado director del Departamento de Asuntos Internacionales de la Federación estadounidense del Trabajo y Congreso de Organizaciones Industriales, que discretamente envió millones de dólares de la CIA para ayudar a las actividades anticomunistas a nivel internacional, particularmente en América Latina [N. de la T.]

15 Paul Preston, «Lights and Shadows in George Orwell's *Homage to Catalonia*», *Bulletin of Spanish Studies*, Glasgow. October 2017, pp.1-29. (Traducido al español como «Engaños y errores en el Homenaje a Cataluña» en *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, No. 16, 2018, pp. 97-133).

Guerra Fría» pues tras combatir en la Primera Guerra Mundial, se ubicó en el sur de España con unos dos mil libros y con el objetivo de vivir austeramente y educarse él mismo. En 1920 alquiló una casa en Yegen, un pueblecito de las Alpujarras granadinas, donde vivió leyendo insaciablemente y aprendiendo sobre la vida rural en Andalucía. En 1930, durante su estancia en Inglaterra, conoció a la poetisa estadounidense Gamel Woolsey, que se convirtió en su esposa¹⁶. Juntos se trasladaron a Churriana, un pequeño pueblo de la provincia de Málaga, donde más allá de su apasionada curiosidad por la vida del pueblo, Gerald no manifestó un interés especial por la política española hasta el periodo de gobierno del Frente Popular, en la primavera de 1936, justo antes del estallido de la Guerra Civil. A partir de este momento, desarrolló un profundo interés por la política diaria, devoró de forma obsesiva los periódicos y empezó a llevar un diario con vistas a escribir un libro¹⁷. Gerald y Gamel permanecieron en Málaga hasta que en octubre de 1936 el avance en la zona de las fuerzas franquistas les obligó a trasladarse a Inglaterra. El hecho de que las simpatías de Gerald estaban con la República quedaba fuera de toda duda, eso era evidente. A principios de agosto de 1936, consiguió que lo nombraran corresponsal especial del *Manchester Guardian*, en el que publicó sus primeros artículos los días 12 y 13 de agosto. Obligados a regresar a Inglaterra, Gamel y él llegaron a Plymouth el 22 de octubre. Además de artículos en *The Guardian*, escribió frecuentes cartas al mismo periódico utilizando en ocasiones el seudónimo de «George Beaton» y llevó a la práctica una activa campaña en favor de la causa republicana en Inglaterra, incluido un mitin en el Albert Hall de Londres¹⁸. Sus ideas también se plasmaron en su libro *The Spanish Labyrinth* y en su relación de amistad con Jay Allen, el audaz periodista norteamericano que fue un fiel partidario de la República. Jay Allen proporcionaría a Gerald mucha información útil en la composición de *The Spanish Labyrinth*¹⁹. Tras su regreso a Inglaterra, Gerald trabajó para el servicio español de la BBC durante la Segunda Guerra Mundial. A principios de febrero de 1945, escribió al *Times*

16 Jonathan Gathorne-Hardy, *The Interior Castle. A Life of Gerald Brenan*. London: Sinclair-Stevenson, 1992, pp. 254-266; Gerald Brenan, *Personal Record 1920-1972*. London: Jonathan Cape, 1974, pp. 218-233; Gamel Woolsey, *Death's Other Kingdom*. London: Longmans, Green, 1939.

17 Gathorne-Hardy, *The Interior Castle...*, 1992, p. 302.

18 *The Manchester Guardian*, 5/10/1936, 29/01/1937, 12/02/1937, 20/06/1938, 18/01/1939, 31/01/1939 y 25/02/1939.

19 G. Brenan, *Personal Record...* 1974, pp. 274, 290-291, 296, 317; Gathorne-Hardy, *The Interior Castle...*, 1992, pp. 301-302, 305, 311, 314; Jay Allen to Gerald Brenan, 13 August 1936, *Jay Allen Papers*.

sobre la España de Franco, citando a Sir Samuel Hoare²⁰ «¿A cuántos ingleses les gustaría vivir en un país que, como dijo Lord Templewood el otro día, ha sido moralmente ocupado por los alemanes?, ¿En un país donde no existe ni el más leve fantasma de libertad civil?, ¿Dónde existe una dura censura jamás conocida en ningún Estado europeo?, ¿Dónde el miedo a los «pensamientos peligrosos» llega a extremos tan fantásticos que el mayor poeta medieval de España, el arcipreste de Hita, no puede ser publicado porque se burlaba de los monjes, o la filosofía católica de Maritain porque es democrática, o las novelas de las hermanas Brontë porque son protestantes, o las obras de teatro de Ibsen porque son modernas? Un régimen así no es sólo una parodia de una gran nación; está destinado, mientras dure, a ser una fuente permanente de discordia e infección en Europa Occidental»²¹. Gerald y Gamel no regresarían a España hasta 1953. Inevitablemente, dado que la represiva dictadura de Franco estaba ya en el poder y Gerald era conocido por sus opiniones pro-republicanas, estaba bastante inquieto. La discreción se hacía necesaria, aunque en cualquier caso, no se sentía inclinado a escribir una historia con carga política²². De hecho, ya había modificado ligeramente su actitud hacia el régimen. Como respuesta a la preocupación generalizada por la amenaza percibida de la Unión Soviética, en julio de 1946, contribuyó con un largo artículo a *Current Affairs*²³ donde afirmaba «es obvio que Franco... es un vecino indeseable», y se preguntaba a continuación si «¿sería correcto tomar medidas para deshacerse de él? Y, en caso afirmativo, ¿qué tipo de medidas serían necesarias? ¿Y quién ocuparía su lugar si él se fuera?»²⁴. Durante los meses de febrero a abril de 1949 él y Gamel emprendieron un viaje de redescubrimiento por varios pueblos españoles, en su viaje escribió a su amigo Ralph Partridge:

Se ve por todas partes hambre, mujeres y niños mendigando, pobreza; en los pueblos de la *campiña* la miseria era tan espantosa que nos apresuramos a marcharnos. Allí, cerca de un tercio de la población ha renunciado a lavarse y se ven cuerpos semidesnudos con trapos prendidos, cubier-

20 Samuel John Gurney Hoare, vizconde de Templewood, conocido como sir Samuel Hoare, fue un político británico conservador, ferviente anticomunista y miembro fundamental de la comunidad de Inteligencia internacional que sirvió en diversos puestos clave en el gabinete de los gobiernos conservadores de los años 1920 y 1930 [N. de la T.]

21 'Spain in the Doldrums', Letter to the editor, *Times*, 20 February 1945, p. 5.

22 Gathorne-Hardy, *The Interior Castle...*, 1992, pp. 390 (note), 402-403; Sebastiaan Faber, *Anglo-American Hispanists and the Spanish Civil War: Hispanophilia, Commitment and Discipline*. New York: Palgrave Macmillan, 2008, pp. 156-157, 167-168.

23 Gerald Brenan, «Spanish Scene» *Current Affairs*, n. 7. July 13th, 1946. [N. de la T.]

24 Sebastiaan Faber, *Anglo-American Hispanists...*, 2008, p. 169.

tos de suciedad y con expresiones de desesperación y odio. Es Belsen²⁵, pero a pocas de estas criaturas se les admite en las grandes ciudades. Creo que puedo hablar abiertamente de esto en una carta porque voy a pedir que se conceda a España la ayuda Marshall, con ciertas garantías para evitar que el dinero se gaste en champán y coches Chrysler²⁶.

Consecuencia de su experiencia, publicó en 1950 su libro *The Face of Spain*. La ambigüedad ya manifiesta de la actitud de Gerald se podía discernir en el prefacio en el que escribía: «Estaba cansado de la política- sobre todo de la política sin futuro de la península». El libro iba a tratar de algunas verdades sobre España, pero se sorprendió al verse rodeado por gente que le daba su opinión sobre la política española. Se refirió sin rodeos a la «corrupción generalizada», al hambre endémica y al hecho de que «cualquier condición humanamente tolerable estaba bloqueada». No obstante, reconoció que la derrota de Hitler y la magnitud de la corrupción, habían suavizado el brutal autoritarismo del régimen y, aunque seguía considerando deseable un cambio de gobierno, llegó a sugerir que el régimen de Franco ya no era «una dictadura dura y opresiva de tipo fascista». Con todo, es difícil ver algún deseo de congradarse con el régimen en su perspicaz comentario de que «el método del General de permitir a sus hombres clave enriquecerse con prácticas corruptas y luego conservar un expediente de sus fechorías, es una excelente seguridad contra la revuelta en las altas esferas»²⁷. Como demuestra la carta enviada a Ralph Partridge desde Churriana el 14 de marzo de 1949, el viaje hizo decidir a Gerald y Gamel quedarse a vivir de nuevo en España²⁸. Una cuestión clave del pensamiento de la Guerra Fría sobre la Guerra Civil española, era que la derrota de la República fue responsabilidad de la Unión Soviética, y eso está totalmente ausente de los libros y artículos de Gerald Brenan. No hay prue-

25 Se refiere posiblemente al campo de concentración nazi en la Baja Sajonia, Alemania, cerca de las ciudades de Bergen y Belsen, donde el hacinamiento, la falta de alimentos y las malas condiciones sanitarias fueron terribles. Compara la situación de los pueblos españoles visitados con la de las personas recluidas en el campo de concentración [N. de la T.]

26 Gerald Brenan & Ralph Partridge, *Best of Friends: The Brenan-Partridge Letters* edited by Xan Fielding, London: Chatto and Windus, 1986, p. 158.

27 Gerald Brenan, *The Face of Spain*. London: Turnstile Press, 1950, pp. XI-XVIII.

28 Gerald Brenan & Ralph Partridge, *Best of Friends...*, 1986, p. 159.

bas de que las presiones o el patrocinio del CCF y/o del IRD²⁹ estuvieran en modo alguno detrás de las opiniones expresadas en *The Face of Spain* o en la actitud gradualmente más tolerante de Gerald hacia el general Franco en los años posteriores. Se trató más bien de la aceptación de la realidad existente y de una evolución del régimen, consecuencia de un ablandamiento general de las actitudes occidentales hacia Franco³⁰.

Más parecidos al anticomunismo de la Guerra Fría de Orwell serían los escritos de Burnett Bolloten. La clave en ambos escritores fue la influencia que ejerció sobre ellos el POUM a través de la pertenencia de Orwell a sus milicias y la larga amistad de Bolloten con uno de sus líderes, el citado Julián Gorkín. Burnett había nacido en Gales. Como otros periodistas activos en España, había cubierto la invasión italiana de Abisinia, trabajando para la United Press³¹. El estallido de la Guerra Civil en España le cogió de vacaciones en Barcelona y aprovechó la ocasión para enviar despachos a la United Press en Londres, a raíz de los cuales le encargaron quedarse como corresponsal de la agencia. Durante la guerra, acumuló una gran colección de recortes de periódicos, libros y panfletos. También entrevistó a importantes políticos del bando republicano y fue un asiduo visitante de las oficinas de prensa republicanas, primero en Valencia y más tarde en Barcelona. A raíz de ello, entabló amistad con Constanza de la Mora, directora procomunista de la Oficina de Prensa extranjera de la Segunda República. En mayo de 1938, muy agotado, decidió tomarse un descanso y se fue a vivir a México con su nueva esposa, la actriz Gladys Evie Green. Con la idea de escribir un relato sobre la guerra, se llevó consigo todo el material que había recopilado. Además, en México, y ya finalizada la guerra, siguió acumulando mucho material procedente de exiliados de la República española. Sus primeros borradores eran muy favorables al gobierno de Juan Negrín, apoyado por el Partido Comunista. A principios de

29 EL ACCF continuaba la tarea del Congreso Americano por la Libertad Cultural. Liderado por el filósofo Sidney Hook, el CCF fue uno de los más entusiastas promotores y organizador de la reunión inaugural de Berlín. En 1951 se reorganizó como ACCF integrándose plenamente al CLC (Congreso por la Libertad Cultural). Entre sus integrantes, además de Hook, se encontraban los sociólogos Daniel Bell y David Reisman, el escritor James T. Farrell, el pensador y editor Irving Kristol, la crítica Diana Trilling, el físico Robert Oppenheimer, el historiador Arthur Schlesinger Jr. y el político socialista Norman Thomas (Karina Jannello, 2021, p. 138). El IRD corresponde al Departamento de Investigación Informativa del Ministerio de Asuntos Exteriores en Gran Bretaña [N. de la T.]

30 Sebastiaan Faber, *Anglo-American Hispanists...*, 2008, pp. 179-180.

31 Un excelente relato de la vida y los logros académicos de Bolloten es el que ofrece su antiguo ayudante de investigación, el Dr. George Esenwein, «Confronting Spain's Troubled Past. Burnett Bolloten's Legacy as a Civil War Scholar», introducción de Burnett Bolloten, en el libro *The Spanish Civil War: Revolution and Counterrevolution*, 2ª edición, Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2015, pp. XXV-LIX. Sin embargo, el ensayo se ve limitado por no analizar el modo en que su amistad con Julián Gorkín vinculó a Bolloten con el Congreso por la Libertad Cultural.

1940 fue a Cuernavaca a visitar a Constanca y a su marido, el antiguo jefe de las Fuerzas Aéreas Republicanas, Ignacio Hidalgo de Cisneros, y a entrevistarlos para su libro³². El 14 de enero de 1940, Constanca de la Mora escribió a Jay Allen sobre la visita, en un esfuerzo por conseguir dinero para financiar la investigación de Bolloten:

Estos últimos tres días tenemos a Bolloten aquí con nosotros. Me ha traído los siete capítulos de su libro, que será realmente un importante estudio histórico documentado sobre la guerra... Ojalá pudieras ver un poco. Es sencillamente maravilloso; el material que tiene (todo lo anarquista, del POUM, etc.), toda la prensa italiana, todos los periódicos españoles publicados durante la guerra, etc. Es un estudio político, histórico y militar de la guerra de lo más fascinante, con detalles y datos que nadie, estoy segura, ha conseguido o podrá conseguir jamás³³.

Este Bolloten pro-negrinista se volvería ferozmente anticomunista como resultado de los dos atentados contra la vida de León Trotsky en 1940. Algunas experiencias en los años de 1940, según amigos en los que Bolloten confió, cambiaron por completo su interpretación de la Guerra Civil española. Bolloten contó a su joven amigo, ayudante de investigación y escritor, George Esenwein, que cuando él y Gladys vivían en la ciudad mexicana de Guadalajara, Constanca de la Mora se había puesto en contacto con él tras el primer atentado contra León Trotsky en mayo de 1940 dirigido por Alfaro Siqueiros. Constanca le pidió que diera cobijo a Tina Modotti, la amante del dirigente comunista Carlos Contreras, hasta que se apaciguaran los ánimos. Él se negó por motivos de seguridad. Otra versión que cuentan tanto Herbert R. Southworth como Gabriel Jackson es que tres meses después, cuando Trotsky fue finalmente asesinado el 21 de agosto de 1940, un comité de amigos comunistas intentó presionarle para que ayudara al asesino Mercader cediéndole el uso de su apartamento como piso franco³⁴.

32 Herbert R. Southworth, ««The Grand Camouflage»: Julián Gorkín, Burnett Bolloten and the Spanish Civil War», in Paul Preston & Ann L. McKenzie, *The Republic Besieged Civil War in Spain*. Edinburgh: Edinburgh University Press, 1996, pp. 274-275; Soledad Fox, *Constanca de la Mora in War and Exile. International Voice for the Spanish Republic*. Brighton: Sussex Academic Press, 2007, pp. 135.

33 Constanca de la Mora to Jay Allen, 14 January 1940, Papers of Jay Allen, el acceso a los papeles fue amablemente facilitado por su difunto hijo, el reverendo Michael Allen.

34 George Esenwein, «Confronting Spain's Troubled Past: Burnett Bolloten's Legacy as a Civil War Scholar», Introducción de Burnett Bolloten, *The Spanish Civil War: Revolution and Counterrevolution* 2da edición, Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2015, pp. XXV-LIX; Herbert R. Southworth, «The Grand Camouflage...», 1996, p. 273; Gabriel Jackson, *Juan Negrín. Spanish Republican War Leader*, Brighton: Sussex Academic Press, 2010, nota 4, pp. 329-330.

Influenciado por su aversión hacia los métodos comunistas y por su amistad con el ex miembro del POUM, Julián Gorkín, Bolloten no se enfrentó abiertamente a la cuestión de por qué se consideraba necesaria la centralización de la economía de guerra o la militarización de las fuerzas populares. El alzamiento militar del 36 destruyó el aparato del Estado burgués y dejó un vacío de poder que fue llenado por las organizaciones obreras cuyas medidas tenían dos objetivos: derrotar a los militares sublevados y a sus aliados fascistas extranjeros, y allanar el camino para una nueva España socialmente igualitaria. En cada caso, la priorización de esos objetivos fue diferente. Para los anarquistas, la revolución primaba sobre la guerra. Para los comunistas, era al revés. El partido más fuerte de la izquierda, el PSOE, acabó destruido por los temores, las polémicas y las duras luchas de poder entre los partidarios de unas u otras opciones. Mientras que la izquierda republicana estaba dividida por las dudas internas entre sus partidarios, los republicanos liberales que asumieron las riendas del Gobierno, pronto se vieron obligados a buscar ayuda donde pudiera encontrarse y eso significaba la Unión Soviética. Dado que la política exterior rusa pretendía atraer a las democracias occidentales a la lucha contra el Tercer Reich, la ayuda soviética, canalizada a través del Partido Comunista Español, estaba condicionada a la reconstrucción del Estado burgués. Pero no se trataba sólo de lo que Moscú quería. Tras las primeras derrotas de las entusiastas y heroicas, pero desorganizadas y sin formación, milicias obreras, se planteó también el problema primordial de la eficacia del esfuerzo bélico. Los asesores rusos, junto con muchos republicanos moderados, socialistas, comunistas e incluso algunos anarquistas abogaban por la creación de estructuras militares tradicionales. Los republicanos moderados y los socialistas compartían con los rusos la creencia de que, en beneficio del esfuerzo bélico, la economía debía controlarse de forma centralizada. Del mismo modo, el deseo de muchos militantes anarquistas, socialistas y del POUM de construir una sociedad por la que mereciera la pena luchar, hizo inevitables las desavenencias entre los comunistas y sus aliados burgueses, y la empresa colectiva revolucionaria.

En su obra, Bolloten se basa en gran medida en las opiniones de comunistas disidentes como Jesús Hernández y Enrique Castro Delgado, hombres que se vengaban del fracaso de sus propias esperanzas dentro del partido, o de Valentín González, «El Campesino», el comunista analfabeto cuyas memorias escribió Julián Gorkín. Bolloten supuso que quienes estaban de acuerdo con los comunistas sobre la necesidad de una organización militar -como los generales Miaja y Rojo- eran, en realidad, miembros secretos del partido. Su mayor rencor se reservaba para el primer ministro Negrín, que para asegurarse la

continuidad de la ayuda soviética a la República, mantuvo estrechas relaciones con los rusos. Bolloten lo retrató como un simple hombre de paja y a su partido como la víctima pasiva de la malevolencia estalinista.

Sólo dos de los cuatro historiadores tratados, Orwell y Bolloten, publicaron trabajos que adoptaban esencialmente una «línea de Guerra Fría», es decir, presentaban como cuestión central de la guerra española el papel de los comunistas españoles y de sus patrocinadores rusos en la represión de los anarquistas y del POUM, semitrotskista. Sólo Southworth combatió activamente esa idea y Brenan adoptó una visión mucho más general.

Resulta irónico que la «línea de la Guerra Fría», al subrayar la difícil situación de las víctimas de las políticas comunistas represivas, genere en los círculos conservadores lágrimas de cocodrilo por una extrema izquierda por la que normalmente no se sentiría ninguna simpatía. El papel del Partido Comunista Español y de la Unión Soviética, aunque de enorme importancia, fueron sólo una parte de la historia de la Guerra Civil. Explicar la derrota de la Segunda República española fijándose únicamente en las cuestiones de la política interna y la influencia de Moscú en ella, es ignorar el hecho de que la República democrática estaba luchando no sólo contra Franco y sus ejércitos, sino también contra el poderío militar y económico de Mussolini y Hitler, y haciéndolo además en un contexto de hostilidad por parte de los políticos británicos y franceses. La República se esforzó por luchar contra esas abrumadoras fuerzas exteriores al tiempo que se enfrentaba al hecho del colapso del Estado burgués que permitió la aparición en paralelo, durante los primeros días de la guerra, de órganos revolucionarios de poder. Se produjo una colectivización popular masiva de la agricultura y la industria. Aunque emocionantes para los impulsores y observadores como George Orwell, los grandes experimentos colectivistas del otoño de 1936 hicieron poco por crear una máquina de guerra y, posiblemente, socavaron el esfuerzo bélico republicano. Algunos dirigentes socialistas como Indalecio Prieto y Juan Negrín vieron que un Estado convencional, con un control central de la economía y de los instrumentos institucionales de movilización de masas, era la base crucial de un esfuerzo bélico eficaz. Los comunistas y los asesores soviéticos estaban de acuerdo. No sólo era de sentido común, sino que restar importancia a las actividades revolucionarias de los anarquistas y del antiestalinista POUM, era necesario para tranquilizar a las democracias burguesas con las que la Unión Soviética (y el gobierno republicano español) buscaban entenderse.

Esto es algo que Orwell no observó. El Dr. Burrowes subraya el hecho de que la muy controvertida descripción de Orwell de los acontecimientos de mayo de 1937 como parte de un complot soviético, fue un grano de arena para

lo que con el tiempo se convertiría en el aparato ideado por la CCF. Confirma también la imagen muy crítica que ha surgido en los últimos años de un Orwell que comprometió su integridad personal al permitirse formar parte de la ofensiva de la Guerra Fría tanto de la CIA como del Departamento de Investigación de la Información del Servicio de Seguridad Británico. Orwell sería uno de sus principales beneficiarios, ya que el IRD facilitó la distribución mundial, la traducción y la adaptación de *Animal Farm* y *Nineteen Eighty-Fourty* y también, sugiere el Dr. Burrowes, de *Homage to Catalonia*. Así, Orwell pasó de ser un novelista y ensayista menor a uno de los escritores políticos más influyentes y leídos de su generación. Y esto no le supuso molestia alguna, pues más tarde elaboraría para el Departamento de Investigación de Información del Ministerio de Asuntos Exteriores una lista de destacados intelectuales a los que consideraba compañeros de viaje prosoviéticos, lista que contenía algunos comentarios antisemitas y antihomosexuales³⁵.

Gerald Brenan encaja de forma menos evidente, de hecho apenas encaja, en un análisis de la «línea de la Guerra Fría» sobre el conflicto español. Su obra cumbre *The Spanish Labyrinth* se publicó en 1943, antes de que comenzase como tal el período. En la misma, se ocupó principalmente de los orígenes sociales de la guerra y apenas de la política interna de la zona republicana durante el conflicto. El libro de Brenan sentó las bases de toda la investigación moderna sobre la República española y la Guerra Civil. Aunque algunas partes de la obra han sido revisadas por investigaciones posteriores, sigue siendo reconocida por la mayoría de los estudiosos de la época como un estudio fundamental, inigualable por su autenticidad y su «sentido» de la realidad de la vida política en España. No se trata de un trabajo convencional de investigación académica, pero Brenan pasó muchos años viviendo en el campo andaluz, leía los periódicos con regularidad y estaba familiarizado con la obra de los grandes comentaristas sociales de la época, Richard Ford, Lucas Mallada, Ricardo Macías Picavea, Joaquín Costa, Juan Díaz del Moral y Constancio Bernaldo de Quirós. Mientras la mayoría de los escritores contemporáneos seguían barajando la noción simplista de que la guerra española era una batalla entre el fascismo y el comunismo, Brenan percibió que era un asunto fundamentalmente español, enraizado en el problema agrario y comprensible sólo observando los cien años anteriores de desarrollo del país.

El Dr. Burrowes localizó un vínculo entre Brenan y la Guerra Fría en su libro de 1957 *South from Granada*. Percibió un cambio en la posición política

35 *The New York Times*, 29 July 1998; *The Guardian*, 10 July 2003; Timothy Garton-Ash (2003), «Orwell's List», *New York Review of Books*, 25 September 2003.

de Brenan que pasó de una mayor hostilidad a Franco en los años 40, a una postura más neutral; Burrowes lo relacionó con su decisión de volver a vivir en la España franquista. Probablemente sea cierto que Brenan, de forma práctica, se aseguró así el no caer en manos de las autoridades franquistas. Pero esto no significa que Brenan se convirtiese en un *guerrero frío*. Al fin y al cabo, el régimen franquista de finales de los años cincuenta ya no era el régimen de implacable terror de Estado que tanto había horrorizado a Brenan tras la Guerra Civil. El Dr. Burrowes se pregunta «si el éxito editorial de *The Spanish Labyrinth* durante la Guerra Fría cultural se vio favorecido por las maniobras de la política de la Guerra Fría y los movimientos para rehabilitar la España de Franco», sugiriendo así que, en la década de 1950, «*The Spanish Labyrinth* podría ser visto como el retrato de una República caótica traicionada por la perfidia comunista y soviética...»³⁶. No hay pruebas para sostener esta idea. Más plausible es su afirmación de que «los guerreros angloamericanos de la Guerra Fría... podrían utilizar el acercamiento personal de Brenan para demostrar que el régimen de Franco estaba cambiando, volviéndose más abierto, lo que resulta evidente por el hecho de que permitió al antifranquista Brenan volver a vivir en España...»³⁷. Sin embargo, tampoco hay pruebas de que ningún guerrero angloamericano de la Guerra Fría cite a Brenan de esta forma.

La interpretación crítica de la evolución de Brenan «desde la posición pro-república española que había mantenido durante trece años, a lo que podría describirse como una posición apologista pro-franquista durante la Guerra Fría» se basa singularmente en una apreciación muy hostil de la moral y los valores personales de Brenan. Con este fin, el Dr. Burrowes dirige su juicio contra lo que él llamó el «criminal» matrimonio bígamo de Brenan con Gamel Woolsey y la naturaleza de sus relaciones sexuales con sus sirvientas. Cuando Brenan conoció a Woolsey en 1930, ella estaba separada de su marido, el periodista neozelandés Rex Hunter. Obtener el divorcio para poder casarse legalmente habría exigido un costoso viaje a Estados Unidos, donde se había celebrado el matrimonio. En lugar de ello, Gamel cambió su nombre por el de Brenan mediante una escritura y, en abril de 1931, la pareja celebró una pseudoceremonia en una iglesia de Roma. El 25 de agosto de 1947, cuando Gamel aún no se había divorciado, se casaron de forma bígama en el registro civil de Hampstead³⁸. Más convincentes son las pruebas de que Brenan escribió para medios vinculados al CCF (*Der Monat*, *The Reporter* y *New Yorker*). Igual-

36 Darryl Burrowes, *Historians at War...*, 2019, pp. 57-58.

37 Darryl Burrowes, *Historians at War...*, 2019, p. 176.

38 Gathorne-Hardy, *The Interior Castle...*, 1992, p. 196; Darryl Burrowes, *Historians at War...*, 2019, p. 63.

mente mordaz, por no decir desagradable, es el comentario de Burrowes de que «nunca fue una persona que se negara a la perspectiva del dinero y con los años había desarrollado un sentido moral pragmático cuando se trataba de cuestiones de interés propio». El hecho de que Brenan aceptase una remuneración por sus libros y artículos no debe echársele en cara; era un hombre generoso y tenía que ganarse la vida.

En la obra de Burnett Bolloten, la «línea de la Guerra Fría» es mucho más evidente y el Dr. Burrowes elabora una interpretación aplastante del proceso por el que el otrora procomunista Bolloten se convirtió en un *guerrero del frío* con estrechos vínculos con el CCF. Durante la Guerra Civil española, Bolloten, galés de simpatías procomunistas, fue corresponsal de United Press. Durante su estancia en España y en México tras la guerra, empezó a acumular la monumental colección de periódicos, panfletos, documentos y libros, ahora en el Instituto Hoover, que constituyó la base empírica para el trabajo de su vida de reconstruir la historia de la zona republicana en tiempos de guerra. En México, Bolloten quedó tan afectado por el asesinato de Trotsky que comenzó a alejarse cada vez más del Partido Comunista. A finales de la década de 1940, había fijado su residencia en Estados Unidos y se había convertido en un *guerrero frío* convencido. Fruto de sus investigaciones, la primera obra fue *The Grand Camouflage*, cuya versión inicial se terminó a finales de los años 40, aunque no se publicó hasta 1961. En 1979 se publicó una revisión muy importante y luego, de forma póstuma y engañosamente titulada, la versión definitiva vio la luz en 1991 como *The Spanish Civil War: Revolution and Counterrevolution*.

La magnitud y profundidad de la investigación empírica de Bolloten lo han convertido en uno de los libros esenciales sobre la Guerra Civil, mientras que su desafiante argumento principal ha asegurado que fuera objeto de frecuentes y serias polémicas, sobre todo por parte de Herbert Southworth. La tesis central de Bolloten, elaborada con un minucioso detalle, incluso abrumador, es que los despiadados agentes de la Comintern y sus cómplices españoles, los republicanos burgueses y el ala derecha del partido socialista, desmantelaron los órganos revolucionarios del poder proletario creados tras la rebelión militar de 1936. El control del flujo de ayuda soviética permitió a los comunistas reconstruir el aparato estatal burgués, incorporar las milicias obreras al Ejército Popular regular y poner bajo control centralizado la industria y la agricultura colectivizadas, al tiempo que intimidaban a sus oponentes de izquierdas con una maquinaria de terror que recreaba en España el ambiente de las purgas de Moscú. Esto, según Bolloten, se hizo en primer lugar para facilitar la búsqueda rusa de una alianza con las potencias occidentales y, en última instancia, para establecer un régimen dominado por los soviéticos en España.

Mucho de esto es verdad y bien demostrado por Bolloten. Sin embargo, omitió el contexto, las divisiones de la izquierda española anteriores a 1936 y la situación internacional que explicaba gran parte de lo que ocurrió posteriormente y por qué. Tras unirse brevemente y con dificultad en la coalición del Frente Popular durante la campaña electoral de febrero de 1936, la izquierda quedó paralizada por la polémica interna. Los anarquistas se enfrentaron a los comunistas y socialistas y tanto el mayor partido de la izquierda, el Partido Socialista Obrero Español y su sindicato, la Unión General de Trabajadores, como la Confederación Nacional del Trabajo, anarcosindicalista, estaban desgarrados por feroces conflictos internos, y al Partido Comunista estalinista se opuso el POUM, más o menos trotskista. En la lucha por la supervivencia de la República, frente a poderosos enemigos nacionales e internacionales, los comunistas suplieron las carencias de otros grupos de la izquierda española. En su análisis Bolloten saca su historia del contexto de la lucha contra el fascismo en Europa antes de 1939 y la aleja de las realidades a las que la República tuvo que enfrentarse. En su lugar, sitúa implícitamente la mecánica sin escrúpulos de la política comunista en España en un contexto cronológico y geográfico diferente: el del establecimiento de la dominación soviética en Europa del Este después de 1945. Afirma que siempre fue así con los comunistas, como si la política exterior soviética no hubiera cambiado en absoluto tras la traumática experiencia de la Segunda Guerra Mundial.

Mediante un análisis del todo original y riguroso de la correspondencia privada de Bolloten, el Dr. Burrowes demuestra cómo se endureció su interpretación de la Guerra Fría. En la línea con el enfoque biográfico sumamente crítico adoptado por el Dr. Burrowes con respecto a Orwell y Brenan y, como veremos, aún más con respecto a Southworth, el Burnett Bolloten que aquí se presenta es un hombre mucho menos simpático que el que yo conocí. Según el Dr. Burrowes «era arrogante, santurrón, egocéntrico y engreído hasta el punto de que utilizaba membretes de papel: DESDE EL ESCRITORIO DE BURNETT BOLLOTEN [sic]. Otras veces se mostraba modesto e inseguro...». Estos detalles, aunque fueran ciertos, no prueban su arrogancia y engreimiento. Las afirmaciones del Dr. Burrowes sobre los celos mezquinos de Bolloten por el éxito de otros autores como Hugh Thomas contribuyen a un retrato extremadamente penoso, por no decir lamentable.

Herbert Southworth es el contrapunto a los demás protagonistas del libro en el sentido de que, lejos de beneficiarse del patrocinio del CCF, dedicó gran parte de su carrera de escritor a combatirlo. La misión central de su obra se dirigía mucho más a desenmascarar los engaños de la propaganda franquista. En ese sentido, su meticulosa metodología le convirtió en una especie de gran

inquisidor con ojos de halcón, implacable a la hora de denunciar cualquier falta de honestidad o coherencia en las obras que analizaba. Quizás el más favorablemente tratado de los cuatro protagonistas del Dr. Burrowes, Southworth, sigue siendo objeto de duras críticas personales sobre la base de su correspondencia privada y, especialmente, por el testimonio de un informante anónimo y por la opinión de un comentarista de derechas que nunca lo conoció y que además no es especialista en la Guerra Civil española. Las afirmaciones de la fuente anónima no concuerdan, y están en claro desacuerdo, con el hombre amable y generoso que recuerdan muchos de sus amigos y colegas. Se podrían hacer comentarios similares sobre el retrato de Burnett Bolloten. El Dr. Burrowes nos ha brindado un importante y bien documentado trabajo de erudición que a veces no resulta una lectura cómoda debido en gran parte a sus relatos sumamente críticos de la vida y la moralidad personal de sus protagonistas.

Por otra parte, hay que señalar que ninguno de los tres historiadores que aparecen retratados como beneficiarios del mecenazgo del CCF y del IRD -incluido Orwell- se convirtieron en propagandistas del régimen franquista, que es lo que cabría esperar de los entusiastas *guerreros fríos*. Es cierto que dos de ellos, Orwell y Bolloten, denunciaron el papel de la Unión Soviética y del Partido Comunista Español, lo que podría, desde la perspectiva de la Guerra Fría, percibirse implícitamente como una justificación de la postura anticomunista del régimen franquista. Southworth nunca vaciló en su hostilidad hacia Franco. De Brenan lo máximo que puede decirse es que su antifranquismo se modificó, lo cual puede entenderse en parte como una actitud de prudencia para alguien que vivía en España en los años cincuenta. También es cierto que el régimen franquista de los años cincuenta no era tan salvajemente represivo como el de los años cuarenta. Aun así, sería difícil discernir la más mínima tolerancia hacia el régimen franquista en la profunda simpatía expresada por Brenan hacia las clases bajas españolas en sus obras *The Face of Spain* y en el epílogo de *South from Granada*.

REFERENCES

- Bolloten, B. (1968). *The Grand Camouflage. The Spanish Civil War and Revolution, 1936-39*. London: Pall Mall, 2ª edición.
- Bolloten, B. (1979). *The Spanish Revolution*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Bolloten, B. (1991). *The Spanish Civil War: Revolution and Counterrevolution*. Hemel Hempstead: Harvester Wheatsheaf.
- Brenan, G. (1943). *The Spanish Labyrinth*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Brenan, G. (1945, 20 febrero). Spain in the Doldrums, Letter to the editor, *Times*, p. 5.
- Brenan, G. (1950). *The Face of Spain*. London: Turnstile Press.
- Brenan, G. (1974). *Personal Record 1920-1972*. London: Jonathan Cape.
- Brenan, G. & Ralph Partridge (1986). *Best of Friends: The Brenan-Partridge Letters edited by Xan Fielding*. London: Chatto and Windus.
- Burrowes, D. (2019). *Historians at War. Cold War Influences on Anglo-American Representations of the Spanish Civil War*. Brighton: Sussex Academic Press/Cañada Blanch.
- Constancia de la Mora to Jay Allen (1940, 14 enero), *Jay Allen Papers*.
- De la Cierva, R. (1968). *Bibliografía sobre la guerra de España (1936-1939) y sus antecedentes históricos*. Barcelona: Ariel.
- De la Cierva, R. (1970, 31 enero) *Arriba*.
- Esenwein, G. (2015). Confronting Spain's Troubled Past. Burnett Bolloten's Legacy as a Civil War Scholar, introducción de Burnett Bolloten, en su libro B. Bolloten *The Spanish Civil War: Revolution and Counterrevolution* (pp. 25-49) 2ª edición, Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Faber, S. (2008). *Anglo-American Hispanists and the Spanish Civil War: Hispanophilia, Commitment and Discipline*. New York: Palgrave Macmillan.
- Fox, S. (2007). *Constancia de la Mora in War and Exile. International Voice for the Spanish Republic*. Brighton: Sussex Academic Press.
- Garton-Ash, T. (2003, 25 septiembre). Orwell's List. *New York Review of Books*.
- Gathorne-Hardy, J. (1992). *The Interior Castle. A Life of Gerald Brenan*. London: Sinclair-Stevenson.
- Glondys, O. (2012). *La guerra fría cultural y el exilio republicano español: Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura, 1953-1965*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Jackson, G. (2010). *Juan Negrín. Spanish Republican War Leader*. Brighton: Sussex Academic Press.
- Jannello, K. (2021). La guerra fría cultural en sus revistas. Programa para una cartografía. *Universum*, 36(1), 131-151. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-23762021000100131>.

- Jay Allen to Gerald Brenan (1936, 13 agosto), *Jay Allen Papers*.
- Orwell, G. (1951). *Homage to Catalonia*. London: Secker & Warburg. 1ª edición 1938.
- Preston, P. (1984). War of Words. The Spanish Civil War and the Historians, en P. Preston, Ed., *Revolution and War in Spain 1931-1939* (pp. 1-13). London: Methuen.
- Preston, P. (2017). Lights and Shadows in George Orwell's Homage to Catalonia, *Bulletin of Spanish Studies, Glasgow*, 1-29. (Traducido al español como Preston, P. (2018) Engaños y errores en el Homenaje a Cataluña. *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, 16, 97-133).
- Southworth, H. R. (1963). *El mito de la cruzada de Franco*. París: Ediciones Ruedo Ibérico.
- Southworth, H. R. (1970/1971). Los biblióforos: Ricardo de La Cierva y sus colaboradores. *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, 28-29, 19-45.
- Southworth, H. R. (1977). *Guernica! Guernica!: A Study of Journalism, Propaganda and History*. Berkeley: University of California Press.
- Southworth, H. R. (1996). The Grand Camouflage: Julián Gorkín, Burnett Bolloten and the Spanish Civil War, in P. Preston & A. L. McKenzie, *The Republic Besieged Civil War in Spain* (pp. 274-275). Edinburgh: Edinburgh University Press.
- Southworth, H. R. (2002). *Conspiracy and the Spanish Civil War. The Brainwashing of Francisco Franco*. London: Routledge-Cañada Blanch Studies.
- Southworth, H. R. (2008). *El mito de la cruzada de Franco*. Barcelona: Random House Mondadori. Edición ampliada editada por Paul Preston.
- Southworth, H. R. (2013). *La destrucción de Guernica. Periodismo, diplomacia, propaganda e historia*. Granada: Editorial Comares. Edición ampliada y epílogo de Ángel Viñas.
- Stonor Saunders, F. (1999). *Who Paid the Piper? The CIA & the Cultural Cold War*. London: Granta Books.
- The Guardian* (2003, 10 julio).
- The Manchester Guardian* (1936, 5 octubre); (1937, 29 enero); (1937, 12 febrero); (1938, 20 junio); (1939, 18 enero); (1939, 31 enero) y (1939, 25 febrero).
- The New York Times* (1998, 29 julio).
- Woolsey, G. (1939). *Death's Other Kingdom*. London: Longmans, Green.

Reflexiones sobre lo particular y lo universal: Unidad y diversidad en la vida social y en la teoría social*

Wolfgang Streeck

Director Emérito del Max Planck
Instituto para el Estudio de las Sociedades
Colonia, Alemania

Resumen: ¿Cómo se relacionan lo general y lo particular, o la unidad y la diversidad, en la vida social y la práctica política? En este ensayo Wolfgang Streeck investiga cuatro áreas de la teoría social que pueden ser fructíferamente exploradas en términos de una tensión constitutiva entre fuerzas universales y locales: el cambio institucional endógeno, el papel de las organizaciones intermediarias en el gobierno de las relaciones industriales, la construcción de naciones y, por último, el origen de las variedades o diversidad del capitalismo.

Palabras clave: Integración Social; Cambio Institucional; Instituciones Intermedias; Construcción Estados-nación; «Variedades de Capitalismo».

Reflections on the particular and the universal: Unity and diversity in social life and social theory

Abstract: How do the general and the specific, or unity and diversity, relate in social life and political practice? The essay investigates four areas of social theory that may be fruitfully explored in terms of a constitutive tension between universal and local forces: endogenous institutional change, the role of intermediary organizations in the governance of industrial relations, nation-building, and the origin of capitalist diversity.

Keywords: Social Integration; Institutional Change; Intermediary Institutions; Nation-Building; «Varieties of Capitalism».

* Conferencia magistral impartida el 11 de diciembre de 2019 en el Centro Max-Cam (Max Planck, Centro de Ética, Economía y Cambio Social de Cambridge) sobre «Trabajo, Ética y Libertad», Instituto Max Planck de Antropología Social. Como siempre, agradecemos a Wolfgang Streeck su gentileza por habernos permitido traducir y publicar esta conferencia en la *Revista de Estudios Globales. Análisis Histórico y Cambio Social*.

INTRODUCCIÓN

¿Qué significa generalizar? Una respuesta concisa sería establecer puntos en común superando las diferencias, subsumiendo estas últimas bajo las consideraciones generales; otra, limpiando lo puro y real de lo sucio y accidental; otra más, degradando las diferencias para tratar como idéntico lo que es sencillamente diferente; y aún más, abstraerse de lo incidental para resaltar lo esencial, lo que realmente importa. Los filósofos, en general, han afrontado esta problemática como una cuestión de formación de conceptos. Así, por ejemplo, podemos interrogarnos congruentemente de dónde procede nuestra idea de un caballo que nos permite reconocer la amplia variedad de caballos realmente existentes como de un solo tipo. Los griegos eran maestros en ejercicios intelectuales de este tipo, especialmente en su ala antimaterialista e idealista dirigida por Sócrates y Platón. ¿Es el caballo real solo una pálida sombra del caballo ideal? Muchos de nosotros podemos aquí percibir un sesgo universalista, una tendencia a descuidar, desdeñar, suprimir lo particular, sometándolo a un régimen autoritario o enmarcándolo con el fin de prepararlo para tal régimen (como, por ejemplo, en lo que se ha dado en llamar «heteronormatividad», o «género binario»).

Entre los científicos sociales, parece ser que es especialmente entre los antropólogos sociales donde se hallan las críticas más vehementes contra la generalización, al menos cuando les parece «prematura» o apresurada, lo que casi siempre suele ocurrir. Esto, al menos, es lo que sienten muchos sociólogos, especialmente los que se dedican a la macrosociología, la teoría que aborda sociedades enteras que, inevitablemente, son siempre más o menos heterogéneas, en virtud de estar compuestas de subsociedades más pequeñas y diversas. Evidentemente, cada una de estas, tal como se le debe recordar a los «grandes teóricos» que generalizan en exceso, debe ser entendida y respetada por derecho propio, no solo en términos de lo que tienen en común debido a su encierro conjunto en una supersociedad que los abarca, sino como «individuos históricos» distintivos (Max Weber). Uno puede especular si esta es una lección aprendida en la historia de la disciplina cuando la exploración socio-antropológica de las particularidades de las sociedades pequeñas y «primitivas» estuvo destinada a prepararlas para el gobierno indirecto bajo la autoridad general de un imperio global idealmente universal. Por otro lado, una aversión similar a la generalización se encuentra entre muchos historiadores, especialmente del tipo más tradicional, que insisten en la singularidad de cada época histórica (Leopold von Ranke, «jede Epoche ist unmittelbar zu Gott», es decir, «toda época está directamente relacionada con Dios») y

tienden a impacientarse, si no a enfurecer, cuando se intenta o sólo se sugiere buscar principios generales, o «leyes», que rijan la secuencia de las épocas históricas y la transición de una a la siguiente.

En este ensayo abordaré el peliagudo problema de la generalización no en un sentido epistemológico sino sociológico, uno en el que las leyes generales son construcciones sociales más que analíticas o, más concretamente, instituciones más que instrumentos de explicación y predicción. La construcción de instituciones, especialmente en las sociedades modernas que disponen de leyes formales, puede describirse como práctica social y como elaboración de reglas o nomotética; pero el *nomos* que genera no es una teoría sino un orden social que ha de aplicarse a (o gobernar) una colectividad específica de casos individuales, es decir, diversos. Aquí la relación entre lo universal y lo particular se convierte en una relación entre lo normativo y lo fáctico. La tensión particular entre ambos en la vida social se refleja, por ejemplo, en el uso confuso de la palabra «normal», si no en inglés, sí en alemán y, especialmente, en francés, donde «normal» significa desde un punto de vista empírico «regular», y conforme a un ideal normativo «debería ser»¹. Durkheim puede hablar así de una «división anormal del trabajo», refiriéndose a una condición «patológica» de conflicto industrial y anomia en una sociedad que pasa del estatus al contrato, aunque en tal sociedad tal anormalidad sea de hecho «normal» (*La division du travail*). Pero, una sociedad en la que es normal una división anormal del trabajo necesita ser normalizada mediante la intervención del Estado, en el sentido de ser reorganizada conforme a normas de justicia.

Así pues, desearía comenzar con una declaración de ciertos prejuicios paradigmáticos que subyacen a lo que voy a exponer. A los efectos de este ensayo adopto de Max Weber lo que creo que es la ontología social fundamental que informa su sociología, a saber, que el mundo, que la vida social, es un flujo esencialmente caótico de acontecimientos y acciones que necesitan ser organizados por agentes capaces en algún tipo de orden, proporcionando algún tipo de seguridad y previsibilidad aunque siempre frágil. Imponer un patrón ordenado a una realidad desordenada es tarea tanto de la ciencia como de la política, de la *Wissenschaft* por un lado y de la *Politik* por otro, ambas *als Beruf*. La cognición y la construcción de instituciones implican actividades estructuralmente análogas de creación de patrones, lo que Weber denomina *Herrschaft*, es decir, el ejercicio de la regla: la sujeción del desorden al orden, inevitablemente precario, transitorio y necesitado de una permanente revi-

1 En inglés, «this is the rule here» puede referirse a una regularidad estadística o recordar a alguien una expectativa normativa que debe cumplir.

sión. Unidad y diversidad son aquí conceptos clave; la tarea consiste siempre en descubrir la primera en la segunda, imponer la una sobre la otra o reconciliar ambas en lo que Weber denomina «gobierno legítimo», o *legitime Herrschaft*. Escribiendo en la era del imperialismo expansionista y en vísperas de la Gran Guerra, que el mismo veía venir, Weber creía que la construcción y defensa de un Estado-nación grande y poderoso internacionalmente debía tener prioridad, en particular en una Alemania de desarrollo tardío. Sin embargo, el marco conceptual weberiano –el imaginario social-ontológico de Weber– nos permite en principio cuestionar el valor de la generalización, o de la integración en entidades sociales abarcadoras que dejan de lado o eliminan lo particular en favor de lo universal, es decir, en favor de lo que se cree que todos los sujetos tienen, o deben de tener, en común, o de lo que sus clases dirigentes creen que pueden inculcar a una ciudadanía improvisada, formándola en torno a un gran electorado unificado y leal. De hecho, hoy en día muchos de nosotros compartimos el prejuicio profesional, si se quiere, de la antropología social como disciplina que considera que las diferencias entre comunidades son importantes; que las subsociedades más pequeñas merecen ser estudiadas con empatía y preservadas en nombre de lo que tal vez podría llamarse socio-diversidad; que las sociedades no deben ser necesariamente preferidas a las comunidades y sus formas de vida distintivas; que el derecho formal producido por las instituciones estatales no debe ser escrito o revisado sin hacer referencia a las múltiples ideas informales, condicionadas por la situación, de la justicia «sobre el terreno» social.

Inspirándonos en Weber, por tanto, podemos sentirnos autorizados en este punto a considerar la tensión entre lo universal y lo particular, lo general y lo específico, las fuerzas de unificación y diversificación en la vida social como un rasgo universal de la organización social. Como tal, merece ser explorado en toda su complejidad y en sus múltiples y a menudo sorprendentes cambios, como un problema etnometodológico en lugar de epistemológico. Con este espíritu, a continuación revisaré cuatro ejemplos de cómo las sociedades realmente existentes median entre los dos polos y con qué efecto. Mi objetivo, por tanto, es poder ofrecer verosimilitud a la proposición de que la distinción entre lo particular y lo universal puede ayudarnos, tanto a sociólogos como a antropólogos sociales, a descubrir, describir, conceptualizar e incluso explicar importantes fenómenos sociales que de otro modo podrían escapar a nuestra curiosidad intelectual. Así, comienzo con dos ejemplos sobre el nivel micro de los sistemas sociales; el primero sobre el cambio institucional endógeno, el segundo sobre un mecanismo institucional concreto, la negociación colectiva, diseñado para integrar las normas informales en el derecho formal. A conti-

nuación, analizo el macronivel, comenzando por la sociología de la construcción nacional o, más preciso, la formación del Estado, para finalizar con un análisis de las llamadas «variedades del capitalismo» en la intersección entre este y la sociedad.

Cambio institucional: aplicación de normas generales a condiciones específicas

El primer caso es el cambio institucional, donde la tensión lógica y epistemológica entre lo general y lo específico se encarna o se traduce en un proceso social: una relación dinámica entre dos extremos de la organización social, cada uno de ellos representado por diferentes actores que trabajan juntos y luchan por un orden social compartido. El cambio institucional que tengo en mente es de un tipo particular, se trata del cambio endógeno (Streeck & Thelen, 2005, pp. 14-16). El cambio en las instituciones suele concebirse, por norma general, como exógeno, es decir, algo ocurre en el entorno de una institución, ésta se ve afectada de algún modo por ello y, como consecuencia, tras algún tipo de respuesta, acaba siendo diferente de lo que era. Aunque se trata de un modelo bastante «confortable», no tiene en cuenta, sin embargo, lo que es un hecho fácilmente observable de la vida social, a saber, que los acuerdos sociales pueden ser y suelen ser cambiantes por sí mismos, independientemente de las influencias externas que también puedan afectarles. La ontología subyacente aquí es, por supuesto, heraclitiana o heideggeriana (más que euclidiana, kantiana o platónica): *panta rei* [todo fluye], *Sein und Zeit*², con el tiempo como propiedad esencial del mundo social, como en la teoría de la relatividad, donde aparece como una cuarta dimensión del universo físico.

Ahora bien, para poder aproximarnos a la cuestión de fondo, es necesario ser más precisos en cuanto a lo que entendemos por institución. Para nuestra finalidad, podemos definir las instituciones como elementos normativos del orden social, como normas que ordenan las relaciones sociales y el comportamiento de los individuos implicados en ellas –donde ordenar significa someter–, a un modelo ideal; es decir, una norma que organiza la variedad natural y la idiosincrasia de la vida social en un patrón ordenado, integrando una multitud de actores individuales en una comunidad gobernable. Inspirándome una vez más en Weber, someter la vida social a las reglas sociales –llamar a la vida social orden social– consiste en el establecimiento de una *Herrschaftsverband*; es decir, de un «régimen», con una distinción funcional,

2 Aquí el autor se refiere a la obra de Martin Heidegger, *Sein und Zeit* publicada por primera vez en 1927. La primera traducción al castellano bajo el título *El Ser y el Tiempo* es de 1951 y fue realizada por el filósofo español y exiliado en Méjico José Gaos; la obra fue publicada por Fondo de Cultura Económica, Méjico. [N. del T.]

aunque no personal, entre los que dictan las normas, por un lado, y los que las aplican, por otro. La adhesión de estos últimos a las normas establecidas para ellos por los primeros se hace cumplir mediante sanciones, formales o informales, ejercidas por agentes –Weber habla de un *staff*– que actúan en nombre de los gobernantes y del orden que representan. Los organismos normativos, los legisladores y los legislados se definen de forma suficientemente abstracta como para permitir que los gobernados sean al mismo tiempo los legisladores de las normas por las que se rigen, por ejemplo en una democracia. Los legisladores pueden incluso actuar como sus propios ejecutores, como en una república ideal o en una comunidad religiosa estrechamente integrada.

No obstante, ¿por qué habría de producirse un cambio en un régimen de este tipo, un cambio endógeno que no se limite a raros momentos de perturbación exógena, sino que se produzca de forma continua, actual y cotidiana? En otras palabras, ¿por qué estaría justificado concebir las instituciones como intrínsecamente inestables, dinámicas, en flujo constante, incluso en los periodos de calma entre las llamadas «coyunturas críticas», cuando su presumible condición normal de equilibrio se ve «interrumpida»? (Krasner, 1988). Es aquí donde entra en juego la brecha ontológica entre lo general y lo particular. Las normas institucionalizadas deben regir de manera uniforme las acciones de diversos individuos en diversas circunstancias presentes y futuras; aunque tienen que aplicarse de manera general, las situaciones que deben regir son únicas. Por lo tanto, la aplicación de una norma requiere de una interpretación sobre su «significado real» en relación con la situación de que se trate, lo que constituye un acto creativo cuyo resultado no puede predecir ni siquiera el legislador más previsor. Es decir, las reglas son como tales incompletas, de hecho necesitan ser completadas por aquellos cuya acción deben regular en circunstancias específicas e idiosincrásicas; revelan su verdadero significado sólo en la totalidad de sus interpretaciones locales, que rompen y traducen la unidad de la norma en una diversidad de promulgaciones situacionales, en encuentros impredecibles entre lo general y lo específico.

El significado de una norma general nunca es evidente por sí mismo, ya que necesita una interpretación concreta cuando se enfrenta, inevitablemente, a circunstancias imprevistas. Por lo tanto, la promulgación de una norma nunca puede ser perfecta o acabada, en el sentido de tan uniforme como se pretendía en principio, debido a la escisión ontológica que hay entre lo ideal y lo real, siendo los modelos ideales necesariamente menos complejos que los reales. Mientras que los regímenes normativos son intencionadamente monistas, los hechos de la vida que deben subsumir son pluralistas, desafiando y desestabilizando el monismo del orden pretendido y forzándolo continuamente a evo-

lucionar, de un modo u otro, en respuesta a sus realizaciones inevitablemente diversas, menos que uniformes y necesariamente imperfectas. La promulgación de normas puede variar aleatoriamente en torno a una media, lo que puede inspirar a los gobernantes a reformular la norma para que su impacto real sea más predecible. También la variación en la aplicación de las normas puede requerir de una decisión autorizada cuyo resultado, sin embargo, puede necesitar de cierta interpretación. Y lo que es más importante, los agentes que exploran desde su perspectiva particular el significado práctico de una norma universal pueden no compartir las concepciones y disposiciones culturales que sirvieron de base para su creación. En general, los actores de las sociedades modernas pueden estar poco socializados con respecto a las normas que reclaman su cumplimiento; además, los diferentes intereses resultantes de las distintas posiciones en la estructura social pueden dar lugar a diferentes lecturas interesadas de la normatividad aplicable que se desvíen de lo que pretendían los formuladores de la norma. En este sentido, reviste especial importancia la elusión o flexibilización profesionalizada de las normas –la lectura y el seguimiento de una norma de mala fe– como, por ejemplo, en el caso de los abogados fiscalistas especializados en encontrar lagunas en la ley y poner a prueba los límites de lo que técnicamente puede seguir considerándose legal. Esto también hace que la realidad de la ley, en su práctica institucional, cambie de forma incremental hasta que llegado su momento suscite esfuerzos de reforma institucional que, al intentar aclarar su verdadero significado, probablemente, como efecto secundario paradójico, la hagan más compleja y, por lo tanto, aún más difícil de comprender.

Desde una elocuente perspectiva, la filósofa y politóloga Chantal Mouffe ha empleado el topos de la interpretación, inevitablemente divergente, de una norma general –podría decirse, de un «corredor de significado»– para defender tanto una idea pluralista y abierta de la democracia como la aceptación de conflictos en el seno democrático (Mouffe, 2000). Para ello, nuestra autora se inspira en Wittgenstein y particularmente en su análisis de lo que significa seguir una regla, es decir, en el acto «análogo» de «obedecer una orden». Según Mouffe, citando a Wittgenstein: «Estamos entrenados para ello; reaccionamos a un orden de una manera particular. Pero, ¿y si una persona reacciona de una manera y otra, a su vez, de forma diferente ante una misma orden? ¿Cuál es la actitud correcta?». Siguiendo con Wittgenstein, Mouffe señala que esta controversia «no puede resolverse [...] afirmando que existe una comprensión correcta de la regla que toda persona racional debería aceptar», siendo la razón de ello que las diferentes posiciones en la estructura social y la diversidad de modos de vida vienen acompañadas de diferentes «juegos de

lenguaje» (*sprachspiele*) que conducen a comprensiones variopintas de lo que en la superficie parecen ser conceptos idénticos. Incluso dentro del mismo *sprachspiele*, Mouffe sostiene que «siempre puedo tener dudas sobre la forma en que debo interpretar [una] norma y seguirla». A partir de aquí, la filósofa invoca el pluralismo fundamental de nuestra comprensión de las reglas sociales con la finalidad de defender normativamente «una comprensión de la política democrática» que ella denomina «pluralismo agonístico». Pero también se puede recurrir al análisis de Wittgenstein sobre «seguir una regla» para mostrar cómo la promulgación imperfecta de las normas sociales inyecta un dinamismo inherente a las instituciones sociales.

Relaciones laborales: construir normas generales a partir de condiciones específicas

Un segundo ejemplo, relacionado con el anterior, se refiere a la relación, vinculación o interacción entre las normas sociales informales y los sistemas jurídicos formales, entre las concepciones locales y las normas generales de justicia. Así, las normas sociales surgen en las comunidades locales en correspondencia con condiciones, necesidades, experiencias y capacidades de acción particulares; por lo tanto, suelen diferir de un lugar a otro y, lógicamente, de un grupo social a otro. Por ello, para conectar con la ley del país y encajar en ella, todos los factores apuntados necesitan ser asumidos, combinados y politizados a través de la intermediación institucional, salvando la distancia entre lo particular de lo local y lo general de lo societal, entre los intereses locales y los intereses de clase o nacionales. Las instituciones mediadoras también son necesarias para que los sistemas jurídicos respondan a la evolución de las ideas locales sobre lo que es correcto y lo que se necesita para hacer las cosas bien. Al abrir los sistemas jurídicos en su base, allí donde se entrecruzan con la vida social, las instituciones mediadoras, como por ejemplo los parlamentos, protegen a la ley de la obsesión por la coherencia interna y le permiten asegurar su legitimidad externa. Permanecer conectado a las ideas sociales informales de justicia es especialmente importante para el derecho formal cuando su aplicación efectiva, otra fuente de su legitimidad, depende de la participación activa y del apoyo de las circunscripciones locales, por ejemplo, cuando las condiciones que la ley debe regular son demasiado diversas y numerosas para ser controladas únicamente por la intervención estatal.

Una importante innovación institucional que vincula lo particular y lo universal en un ámbito central de la vida social, el mundo del trabajo, es la negociación colectiva, una institución que ha caído cada vez más en desuso en la era neoliberal. En las sociedades modernas, la negociación colectiva suele

verse facilitada por el derecho formal, de procedimiento más que sustantivo, que otorga a las colectividades de trabajadores, junto con sus empleadores, el derecho a establecer normas negociadas, lo que puede equivaler efectivamente a legislar. A través de la negociación colectiva, trabajadores y empresarios regulan una amplia variedad de condiciones de empleo, desde sus puestos de trabajo a sectores industriales enteros, negociaciones que, incluso, pueden afectar al conjunto de la sociedad. La negociación colectiva es una institución híbrida que combina el Derecho contractual y el Derecho público, el pilar central de lo que T. H. Marshall, con un concepto afortunado, denominó «ciudadanía industrial». Aunque produce acuerdos contractuales, éstos son celebrados por actores colectivos en lugar de individuales. Al igual que el Derecho estatal, los términos sustantivos de los acuerdos contractuales tienden a reclamar, y a menudo con éxito, una aplicabilidad general a categorías enteras de personas, lugares y problemas.

Mientras que el recurso a la negociación colectiva, como forma de gestionar los conflictos laborales y satisfacer las demandas de «justicia laboral» (Philipp Selznick) se convirtió en una práctica casi universal entre los países del capitalismo democrático de posguerra, su forma concreta difería entre el amplio elenco de «constituciones laborales» nacionales (Ruth Dukes) y, a lo largo del tiempo, en función de la distribución del poder político y económico y de la estructura y el éxito de la economía nacional. Lo que tenían en común las distintas incorporaciones de la negociación colectiva era que instituían una cadena de cambios que iba desde las percepciones de la justicia industrial, a nivel de los grupos de trabajo, hasta las organizaciones de afiliación voluntaria o semi voluntaria, en particular los sindicatos, que integraban los sentimientos locales en intereses colectivos supralocales para ser debatidos *vis-à-vis* con los empresarios y la política nacional. En cada etapa, siempre y cuando las direcciones sindicales no se divorciaran demasiado de sus bases, es decir, que los sindicatos no abandonaran la organización democrática, los intereses de los trabajadores se definieron de forma más general, en última instancia, como intereses de clase destinados a un sistema nacional de relaciones laborales, teniendo en cuenta sus perspectivas de realización y respaldados por una solidaridad colectiva cada vez más amplia. Los sindicatos, en particular, funcionaban como correas de transmisión entre el universo existencial de los trabajadores, procedentes de diferentes lugares de trabajo e industrias, y el sistema general de normas jurídicas formales destinadas a garantizar el orden y la equidad en los mercados de trabajo, equilibrando la marcada asimetría inherente a la contratación individual y no colectiva del trabajo. Debemos subrayar, por otro lado, que la mezcla de lo específico y lo general en la nego-

ciación colectiva no requiere que las dos partes de un convenio colectivo consideren justo el resultado. Para llegar a un acuerdo en el marco de lo que se ha denominado relaciones laborales «pluralistas», no es necesario que exista una integración normativa; dado que los convenios colectivos pueden, y suelen, renegociarse cada año, ambas partes pueden firmarlos como compromisos temporales a pesar de los valores no conciliados y, en principio, de los intereses irreconciliables.

Últimamente la negociación colectiva está en declive, al igual que las instituciones que median entre el mercado y el Estado, o entre lo particular y lo universal. Los ataques a los sindicatos por parte de gobiernos y empresarios cortan a los trabajadores las cadenas ascendentes de integración y de representación política. El cambio industrial contribuyó a ello, ya que la aparición de centros de trabajo más pequeños en el sector servicios, con sistemas de empleo muy heterogéneos, hizo más difícil vincular las demandas locales de los trabajadores por la justicia industrial a proyectos políticos colectivos y apoyar la aplicación local de los derechos y la normativa generales. Un giro hacia el derecho contractual puro y simple, privado en lugar de público e individual en lugar de colectivo, apartó a los trabajadores y a los centros de trabajo del derecho laboral colectivo, remitiéndolos a instituciones estatales, normalmente sobrecargadas, destinadas a hacer cumplir las normas y de resolver *a posteriori* las reclamaciones.

Los esfuerzos por restablecer la conexión entre la legislación laboral y las realidades del trabajo de hoy en día, podrían beneficiarse del trabajo socioantropológico sobre la formación de percepciones colectivas de la justicia industrial y la capacidad de los trabajadores para actuar en consecuencia en la realidad fragmentada del régimen laboral actual. En ese sentido, junto a mi colega Ruth Dukes estamos actualmente sumergiéndonos en estudios contemporáneos sobre «comunidades ocupacionales» con la finalidad de averiguar cómo y dónde los sindicatos u organizaciones similares podrían volver a conectar con los grupos sociales formados en torno al trabajo y las necesidades e intereses que surgen entre ellos. Creemos que sin un conocimiento más preciso de la experiencia colectiva a nivel micro de los trabajadores, y del potencial en los lugares de trabajo para la deliberación normativa colectiva y la acción política, las propuestas de cambio institucional que pretendan deshacer la individualización neoliberal de los contratos de trabajo y eliminar los derechos de estatus que la concibieron, están condenadas al fracaso. Según nuestra perspectiva, la renovación del derecho laboral, al menos si se pretende superar su crisis actual, requiere sobre todo de un nuevo derecho procesal que empodere a los trabajadores sobre el terreno: una configuración de lo general y lo específico,

de la unidad en la diversidad, donde lo primero sea aportado por el derecho estatal mientras que lo segundo quede en manos de una nueva versión de la vieja institución híbrida de la ciudadanía industrial.

La construcción nacional entre la diversidad y la unidad

El mismo marco conceptual propuesto para el análisis del cambio institucional endógeno como proceso de descomposición de la unidad normativa por la diversidad estructural, aplicado, por así decirlo, en sentido inverso, puede utilizarse para comprender algunos de los problemas de la composición de la unidad estructural a partir de la diversidad normativa. Posiblemente entre los ejemplos más representativos a este respecto sea el de la construcción nacional, o mejor: la construcción del Estado; un proceso político por el que una multiplicidad de unidades políticas más pequeñas se incluye en una unidad mayor que las engloba, sometiéndolas a un régimen unificado que interioriza, con la perspectiva de integrar, la diversidad de sus partes constituyentes.

Cómo funciona la construcción del Estado, si es que funciona, es en gran medida una cuestión de tamaño. Los Estados grandes sólo pueden serlo, *ceteris paribus*, si abarcan más de una sociedad o nación; aunque se autodenominen Estados-nación, en realidad son casi necesariamente Estados plurinacionales. Sin duda, un gran tamaño conlleva inevitablemente una gran heterogeneidad. A medida que un Estado se expande territorialmente, absorbe comunidades o naciones más pequeñas y relativamente homogéneas y las somete a un orden común, esto es, bajo un mismo sentido universal. La hipótesis subyacente es que la proximidad cultural, hasta llegar a la integración cultural-comunitaria, depende en gran medida de la proximidad espacial. En otras palabras, tiene una base territorial, y las comunidades culturales con base territorial adquieren mayores diferencias entre sí cuanto más alejadas están las unas de las otras. La construcción de grandes Estados (plurinacionales), *je pluribus unum!*, implica, por tanto, unificar bajo un techo común no sólo a una cantidad mayor, sino también a más (sub)naciones heterogéneas.

¿Cómo se impone, entonces, la unidad estatal plurinacional a la diversidad nacional-societal? En el pasado, el instrumento elegido solía ser la conquista, seguida, en tiempos modernos, de la aculturación a través de la (re)educación, esta última no necesariamente por medio de argumentos racionales no violentos. (Recuérdese que durante el Imperio Romano se permitía a los conquistados creer en lo que creyeran, siempre y cuando pagaran sus impuestos, contribuyeran con tropas auxiliares al ejército romano y no interfirieran abiertamente en el culto al Emperador). Como sabemos, la fuerza ocupó, y sigue ocupando, un lugar destacado en la integración de diversas naciones locales

en grandes estados; por ejemplo, en las estrictas prohibiciones del uso de lo que la conquista ha degradado a lenguas vernáculas regionales, o en duras sentencias penales para secesionistas reales o sospechosos declarados culpables de «alta traición». También sigue figurando entre los esfuerzos de los Estados-nación plurinacionales el mantenimiento de la unión de sus naciones y la lucha contra cualquier tendencia centrífuga y «nacionalista» que pueda surgir entre ellas. Naturalmente, el adoctrinamiento ideológico que hace hincapié en la unicidad y singularidad del destino del Estado plurinacional se ha utilizado con frecuencia para atemperar los recuerdos de la conquista, la guerra civil y la brutalidad policial, tal como sucede con la redistribución económica del centro a la periferia. La redistribución, sin embargo, puede resultar cara, especialmente sin la posesión de un imperio colonial y el excedente de ingresos que conlleva; y las identidades tipo muñeca rusa –Kohl: Pfälzer, Deutscher, Europäer– son difíciles de vender allí donde la explotación económica o la falta de respeto cultural del pasado no han sido olvidadas. Así pues, el subnacionalismo puede convertirse fácilmente en un particularismo colectivo, arraigado territorialmente, que, en última instancia, puede ser mucho más difícil de fundir en un universalismo abarcador que los individuos que emigran de una sociedad local a otra.

Una forma de contener el separatismo nacionalista en los grandes Estados-nación plurinacionales es el federalismo, es decir, la interiorización del pluralismo nacional a través de instituciones estatales que conceden, de forma más o menos extensa, autonomía a subpoblaciones culturalmente distintas y territorialmente arraigadas. Aunque a veces, como en Canadá, esto debilita las tendencias centrífugas entre las naciones de un país, también puede reforzarlas al desencadenar largas batallas políticas y jurídicas sobre los detalles de la autonomía. También puede proporcionar a los movimientos separatistas recursos legales e institucionales, como, por ejemplo, el control sobre los gobiernos regionales y los tribunales de justicia. La autonomía dentro de un Estado puede considerarse, en este caso particular, como un paso intermedio en el camino hacia la soberanía, y de hecho puede equivaler a ello, tal y como lo ven los partidos regionales gobernantes en Escocia y Cataluña. Uno de los acontecimientos actuales más interesantes en este sentido, es el auge de las tendencias separatistas, o soberanistas, en el seno de los grandes Estados, seguido de un giro de éstos hacia un mayor «nacionalismo» y autoritarismo con el fin de defender su unidad, como por ejemplo los casos de Turquía y de China. Las potencias imperiales se enfrentan a problemas análogos, en los que las concesiones al autogobierno en su periferia no solo pueden contribuir a apaciguar sino también a reforzar los movimientos de liberación nacional que

representan a «comunidades imaginadas» cuya imagen de sí mismas incluye la plena independencia nacional. La misma lógica parece estar funcionando en las organizaciones internacionales, tales como la Unión Europea que se enfrenta a una creciente resistencia entre sus Estados miembros, desde Hammerfest a Palermo, contra su *finalité* de gobierno unitario y unificado; aquí el ejemplo más ilustrativo no es únicamente el *Brexit*, lo es también la disposición cada vez menor de los Estados de Europa del Este o de un país como Italia al seguidismo de las normas dictadas por la Unión Europea.

Para concluir este apartado, hay que subrayar que existen límites al universalismo en la construcción del Estado y en la formación de una identidad unificada. Así, el particularismo colectivo, especialmente del tipo arraigado territorialmente, a menudo es muy resistente y afecta con fuerza la estructura y las relaciones de los sistemas estatales. Los argumentos «racionales» a favor de la simplificación estructural y de una resolución más eficaz de los problemas bajo un gobierno centralizado tienden a caer en la impotencia cuando se enfrentan a vínculos afectivos e identificaciones prerracionales típicas de comunidades más homogéneas y pequeñas. Los costes de mantener unidos a grandes Estados e imperios plurinacionales mediante el adoctrinamiento, el subsidio y la represión son elevados, y la descentralización federal de la gobernanza es cualquier cosa menos una panacea.

Varietades del capitalismo: acuerdos entre capitalismo y sociedad

Otro caso en el que lo universal se encuentra con lo particular, en el que ambas categorías deben de elaborar un *modus vivendi*, con consecuencias inciertas, es lo que se ha dado en llamar las «variedades del capitalismo». El capitalismo, como organización particular de «la economía», es una fuerza universalista en el sentido de unificadora; un régimen económico y social expansivo que depende, a su vez, de una extensión continua del alcance del intercambio de mercado monetizado, basado en el «efectivo insensible», ya que sólo la monetización hace posible la acumulación continua de capital para invertirlo en la acumulación de más capital (lo que Marx denominó como «plusmacherei», o «plus-making»). En su implacable «landnahme» –acaparamiento de tierras, siguiendo a Rosa Luxemburgo–, el capitalismo tiende, tanto geográfica como simbólicamente, a expandir su dominio con carácter universal; la formación social capitalista, puede de hecho, imaginarse como un poder unitario que golpea una amplia diversidad de formas de vida locales, o «lebenswelten», a las que somete a una prueba para comprobar su eficacia como generadores de capital y su capacidad para ajustarse a las exigencias de los mercados competitivos. A menos que se contenga de algún modo, la contienda subsiguiente

entre comunidades y sociedades locales producirá ganadores y perdedores, al menos hasta que los perdedores aprendan, con el tiempo de los ganadores, cómo hacer que el capitalismo en su marcha hacia el dominio global se sienta complacido entre ellos.

Aunque esta dinámica puede considerarse un proceso de convergencia global, por gradual que sea, quienes estudian el capitalismo en sus formas históricas concretas han subrayado, a menudo, que las batallas entre las diversas comunidades locales precapitalistas y el sistema capitalista en avance pueden dar lugar a un resultado bastante diferente: una «variedad» de formaciones sociales capitalistas, que modifica localmente los elementos comunes del capitalismo o incluso hace que el concepto general de capitalismo carezca de sentido. En parte, y ocasionalmente, esa variedad puede deberse a una especialización competitiva, más o menos exitosa, como parte de una división interregional o internacional del trabajo: una especie de particularismo dentro del universalismo capitalista regido por la competencia económica. El caso más interesante, sin embargo, es aquel en el que la variedad capitalista ha sido generada por diversas capacidades locales con el fin de cumplir o, por el contrario, resistir las demandas de unidad de la dinámica capitalista, junto con diferentes grados de disposición a renunciar a las tradiciones locales en favor de un modo de vida global, universal y «moderno», dando así lugar a una variedad de compromisos, o híbridos, entre lo primero y lo segundo.

Pueden observarse, además, diferencias en la forma en la que se instituye el capitalismo a nivel regional, ya que los individuos pueden ser más susceptibles a un «*lebensführung*» (Weber) capitalista, o no; tal como sucedió en el pasado, por ejemplo, en áreas predominantemente protestantes en contraposición a regiones católicas. Quizá lo más relevante, sin embargo, es que el encuentro entre la fuerza unificadora de la racionalidad capitalista y la diversidad de los tradicionalismos locales tuvo lugar en la era del Estado-nación moderno. Este hecho contribuye a situar correctamente la variedad capitalista en el nivel de los Estados más que en el de las comunidades, lo que, entre otras cosas, significa que se trata tanto de instituciones como de valores culturales o *habitus*. Se puede considerar que las instituciones estatales que se ocupan de los retos –las limitaciones y las oportunidades– de una economía capitalista representan y, de hecho, encarnan diferentes compromisos entre un modo de vida económico y social, tradicional y moderno: entre las racionalidades alternativas de la minimización de los recursos y la maximización de la producción, analizadas tanto por Marx como por Weber, o entre el intercambio catalítico y el recíproco concebido por Polanyi.

Así pues, la diversidad capitalista es el resultado de un ajuste complicado. A ciertas estructuras sociales precapitalistas les resulta por lo general más sencillo que a otras adaptarse al comportamiento racional o a los imperativos

estructurales capitalistas, ya sea entregándose a ellos o sustituyendo las instituciones de solidaridad social tradicionales por otras post-tradicionales y «modernas». Otras estructuras sociales, en comparación, pueden ser incapaces o no estar dispuestas a sacrificar las relaciones sociales particularistas por las universalistas de la asignación de estatus monetizada y «meritocrática», es decir, impulsada por el mercado, pasando así de las ideas colectivas-comunitarias de prosperidad legítima a otras dominadas por la lógica individualista. Esta característica, sin duda, puede deberse a razones culturales o estructurales, a raíces antiguas o nuevas. Así por ejemplo, como señaló Mancur Olson, y yo mismo he argumentado para el caso de Alemania, la revolución, la derrota en la guerra y la ocupación extranjera pueden hacer que un país deje despejada la pista para la penetración del capitalismo, ya que estos acontecimientos descabalgan a las élites tradicionales y ponen patas arriba la cohesión comunal de un país. En otros casos, los tradicionales modos de vida, más resistentes debido a una mayor continuidad histórica, pueden exigir compromisos entre el capitalismo y la sociedad que impliquen de cualquier modo una relación más conflictiva entre ambos y sean menos fáciles de adaptar a las exigencias siempre nuevas del progreso capitalista. Otros factores que pueden afectar a los términos de los acuerdos nacionales entre el capitalismo y la sociedad incluyen la ubicación de un país en el sistema mundial, la forma en que está o no dominado por el hegemón capitalista internacional de su tiempo, o su capacidad para defender su autonomía con medios militares.

Un caso destacado en el que las variedades de capitalismo locales, más exactamente nacionales, desempeñan un papel fundamental es la Unión Europea y particularmente su Unión Económica y Monetaria (UEM). El euro es una moneda unitaria en uso, por el momento, en 19 países y dirigida por un único banco central, el Banco Central Europeo (BCE), que está constituido para ser independiente de la política tanto nacional como supranacional. Incorporada en los diferentes arreglos de capitalismo y modos sociales — características lógicas de las sociedades participantes, es decir, sus diferentes «variedades de capitalismo»—, la moneda común produce también diferentes costes y beneficios «sobre el terreno». Como sabemos, algunos países tienen mayor capacidad de vivir sin soberanía monetaria que otros, a los que les resulta más difícil no solo acomodar la política monetaria centralizada del BCE a su particular configuración, también modificar sus instituciones e incluso su cultura a las exigencias universales de una economía capitalista. El resultado son fricciones institucionales en los Estados miembros que se traducen en tensiones internacionales. Dado que por razones políticas el euro tuvo que instituirse siguiendo el modelo de la entonces moneda alemana, el marco, encaja bien con las necesidades de Alemania y otros países similares, cuyas econo-

mías orientadas a la exportación prosperan gracias a la estabilidad monetaria y a un presupuesto público equilibrado. Sin embargo, la moneda común no encaja, por ejemplo, con la forma francesa de vivir y beneficiarse del capitalismo, que requiere un papel activo del Estado en forma de fuertes inversiones públicas destinadas a grandes proyectos, cuyos beneficios para la sociedad y el erario público sólo se materializan con el paso del tiempo; entretanto, son indispensables los déficits fiscales financiados con empréstitos públicos. Del mismo modo, el capitalismo italiano está impulsado tradicionalmente por el consumo interno, con un crecimiento de la oferta que sigue al aumento de la demanda; esto se une y se adapta a una economía dominada por pequeñas empresas familiares que producen para los mercados locales. Para que la demanda masiva de los consumidores impulse el crecimiento económico, es útil un régimen del mercado laboral que genere aumentos salariales que superen temporalmente las ganancias de productividad. El resultado, como en Francia, puede ser altas tasas de inflación. Si bien esto no tenía necesariamente importancia antes de la introducción de la moneda comunitaria, puesto que las monedas nacionales podían devaluarse eventualmente para restablecer la competitividad internacional de un país, la posterior pertenencia a la UEM ha privado a los Estados de un parámetro central de la política económica nacional que había sido indispensable para la estabilidad de su particular arreglo capital-sociedad.

Actualmente no está claro cómo pueden ser resueltos los problemas originados por la «mutilación» a través de la supranacionalización de diferentes arreglos nacionales específicos establecidos para acomodar el avance del capitalismo. El remedio preferido de los universalistas –de aquellos que creen que existe una política monetaria óptima de talla única para todos los países– es lo que llaman «reformas estructurales», destinadas a hacer que los países que sufren un régimen monetario *à la* alemana se adapten de una u otra manera a su dictado. Estas reformas, sin embargo, no pueden limitarse a tecnicismos del Banco Central o de la política fiscal, o a una especie de reingeniería institucional poco sistemática. Esto no solo obedece a las perturbaciones funcionales que inevitablemente causará dicha reingeniería, sino también a que los arreglos institucionales históricos se hallan vinculados a las identidades nacionales (arraigadas de forma afectiva). Identidades que la gente está dispuesta a defender contra la presión ejercida desde el exterior o desde arriba, especialmente en tiempos de crisis e incertidumbre general. La alternativa a las «reformas estructurales», entonces, podría ser un retorno a la soberanía monetaria, lejos de la convergencia, restaurando la complementariedad funcional y cultural de las economías políticas nacionales mediante el ajuste

del orden internacional con el fin de adaptarse a los arreglos nacionales del capitalismo-sociedad; en lugar de reorganizar estos últimos para adaptarse a las demandas universalistas de la economía política capitalista internacional. ¿Qué fuerzas prevalecerán mientras los países en cuestión sigan siendo democracias: las de la resistencia «populista», que defiende lo particular, o las de la racionalización económica mediante la restricción externa y la reeducación cultural interna?

Una breve conclusión

El estudio de la polaridad entre el universalismo y el particularismo, lo general y lo específico, ofrece un marco conceptual prometedor para arrojar luz sobre la dinámica de las estructuras sociales. En este artículo he tratado de esbozar cuatro ideas sintéticas al respecto. En primer lugar, este marco ofrece una forma de analizar el cambio institucional endógeno en términos de deconstrucción y reconstrucción cotidiana de las reglas sociales generales mediante su aplicación a situaciones específicas de acción social. Segundo, muestra un modelo de integración político-institucional de percepciones locales dispersas de la justicia industrial en intereses colectivos y estrategias políticas. Tercero, contribuye a comprender la integración de diversas identidades comunitarias en un único Estado plurinacional, así como los medios políticos y normativos empleados y los límites a los que se enfrenta; y, en cuarto lugar, y relacionado con el último punto, ayuda a esclarecer las disfunciones causadas por los intentos de someter a sociedades distintas con legados institucionales diferentes a un gobierno unificado. Podrían añadirse otros casos, por ejemplo, la forma en que la inmigración puede aumentar la diversidad en las sociedades de acogida (cuyas autoridades públicas tienen que gestionar), así como los cambios que se producen en la naturaleza de la ciudadanía política y el grado de unidad que esta puede alcanzar. Así pues, considerar las sociedades como construcciones y acuerdos complejos de relaciones entre lo universal y lo particular, especificados de forma diferente, nos permite combinar el análisis institucional, tanto a nivel macroeconómico como microeconómico, con enfoques que provienen, por ejemplo de la antropología social, que consiguen centrarse mucho más en las características únicas de la vida interna de las pequeñas comunidades que constituyen, o se niegan a constituir, grandes comunidades.

REFERENCIAS

Krasner, S. D. (1988). Sovereignty: An Institutional Perspective. *Comparative Political Studies*, 21(1), 66-94. Disponible en: <https://doi.org/10.1177/0010414088021001004>

Mouffe, Ch. (2000). *The Democratic Paradox*. London, New York: Verso.

Streeck, W. & Thelen, K. (2005). Introduction: Institutional Change in Advanced Political Economies. En W. Streeck & K. Thelen (Eds.), *Beyond Continuity: Institutional Change in Advanced Political Economies* (pp. 1-39). Oxford: Oxford University Press.

Ex Oriente lux. El rechazo de Occidente y sus consecuencias sociales y políticas

H. C. F. Mansilla

Miembro de número de la Academia de Ciencias de Bolivia y

Miembro correspondiente de la Real Academia Española

Resumen: En buena parte del Tercer Mundo se cree hoy que el pensamiento filosófico, la sabiduría práctica y la doctrina política correcta no se han originado en Europa occidental, sino en África y Asia. En el siglo XIX el movimiento romántico inició una visión nueva y positiva acerca del Oriente para establecer una alternativa al detestado racionalismo occidental. Hoy esta visión enaltece ante todo el rol histórico, político y económico de la civilización china, que ahora estaría alcanzando el nivel que siempre le correspondió. Lo peligroso de estas teorías es que mediante argumentos muy populares dejan a un lado lo positivo de la modernidad occidental: el racionalismo, la democracia pluralista y la concepción de los derechos humanos.

Palabras clave: A. G. Frank; China; Derechos Humanos; Edad Asiática; Modernidad Occidental; Tradición Autoritaria.

Ex Oriente lux. The Refusal of the West and Its Social and Political Consequences

Abstract: Today in an important portion of the Third World it is usual to believe that the philosophical thinking, the practical wisdom, and the right political doctrine have been not originated in Western Europe, but in Africa and Asia. In the 19th century the romantic movement started a new and positive vision about the Orient in order to establish an alternative to the detested Western rationalism. Today this vision praises above all the historical, political, and economic function of the Chinese civilization, which now is reaching the level that it had always deserved. The dangerous aspect of this doctrine lies in the fact that by means of very popular arguments it lets fall the positive aspects of Western modernity: rationalism, pluralistic democracy, and the conception of human rights.

Key words: A. G. Frank; Asian Age; Authoritarian Tradition; China; Human Rights; Western Modernity.

DOI:<https://doi.org/10.6018/reg.576121>

<https://revistas.um.es/reg>

ISSN electrónico: 2697-0511

El enaltecimiento de lo conseguido por las culturas orientales

La expresión *Ex Oriente lux* es muy antigua y tiene diferentes significados, todos ellos emparentados con su sentido arcaico de tinte religioso: la luz, la iluminación y la verdad provienen del Oriente, región vagamente definida, que abraza todo lo que extiende desde el Mediterráneo oriental hasta el Japón. Hoy se la usa para aseverar que el pensamiento filosófico, la sabiduría práctica y la doctrina política correcta no se han originado en Europa occidental, sino en las comarcas de África y Asia. En la primera mitad del siglo XIX los *románticos* la utilizaron para mostrar una alternativa al detestado racionalismo occidental, sobre todo los rusos paneslavistas, quienes sostenían que el modelo civilizatorio ruso era diferente y superior al decadente paradigma racionalista y democrático de Europa Occidental¹. Los pensadores rusos tenían algo de razón al criticar la dilución de los lazos primarios, el surgimiento de las alienaciones modernas y la masificación de casi todos los sectores de la vida social en los países más adelantados de Occidente.

También se puede constatar un uso relativamente neutral de esta expresión en los estudios de las culturas, las religiones, la arqueología y literatura de regiones del Cercano y Medio Oriente y del Asia Central². No hay duda de que prevalece en el ámbito intelectual de Occidente un desconocimiento muy amplio de los logros civilizatorios de aquellas regiones, por ejemplo en lo referente a la producción intelectual del cristianismo preconiliar (las confesiones no pertenecientes al cristianismo ortodoxo), como las iglesias copta, armenia, georgiana, monofisita y nestoriana. Por ello son importantes los libros de gran difusión del historiador británico Peter Frankopan (catedrático de estudios bizantinos en Oxford), quien nos hace conocer los impulsos civilizatorios que provienen del Oriente Medio y de Asia Central³.

Pero otra cosa muy diferente es pasar del análisis pormenorizado de algunos modelos culturales a su glorificación acrítica. Entusiasmado, Frankopan declara que un nuevo mundo –positivo, diferente, promisorio– emerge ante nuestros ojos con la expansión económica y comercial de la China contemporánea⁴. Es dudoso que este «nuevo mundo» resulte más democrático y racional que lo conseguido en el denostado Occidente. Lo mismo se puede afirmar de *Eurabia*⁵

1 Sobre esta temática véase la brillante obra de Isaiah Berlin, *Pensadores rusos*, Madrid: FCE 2015.

2 Véase Sven-Tage Teodorsson, *Ex Oriente lux, ex Occidente dux: griegos, cartagineses y romanos en contacto y conflicto*, en: E. Calderón / A. Morales / M. Valverde (comps.), *Koinós logós. Homenaje al profesor José García López*, Murcia, 2006, pp. 999-1006 [http://interclasica.um.es/] [consultado el 10 de febrero de 2023].

3 Peter Frankopan, *El corazón del mundo. Una nueva historia universal*, Barcelona: Crítica, 2018; la versión alemana tiene el título: *Licht aus dem Osten* (Luz del Oriente), Reinbek: Rowohlt, 2018.

4 Peter Frankopan, *Las nuevas rutas de la seda*, Barcelona: Crítica, 2022.

5 Bat Ye'Or, *Eurabia. The Euro-Arab Axis*, Madison: Fairleigh Dickinson University Press 2005.

– la conjunción del ámbito árabe con Europa –, que algunas voces la consideran necesaria para la recuperación espiritual y material del decadente mundo occidental.

El historiador británico Martin Bernal (1937-2013)⁶ hizo un aporte muy importante a esta corriente con su obra *Atenea negra*. Reuniendo una cantidad apreciable de testimonios históricos, Bernal trató de demostrar que no existió el «milagro» griego que posteriormente tanto han celebrado los escritores y los programas oficiales de enseñanza de los países occidentales. La filosofía, la literatura y la religión de la época clásica griega no representarían creaciones originales de un pueblo muy dotado intelectualmente, sino adaptaciones de las grandes creaciones de proveniencia afroasiática, que la visión occidental de la antigua Grecia –artificial y premeditadamente– ha intentado siempre ocultar y acallar. La Grecia clásica sería una invención universitaria europea a partir del siglo XVIII. Es un propósito loable y hasta simpático el recuperar las contribuciones civilizatorias de egipcios, etíopes, cartagineses y fenicios a la construcción de la cultura universal, pero el situar la paternidad⁷ de los logros griegos más importantes en Asia y África tropieza con muchos obstáculos. Una observación de sentido común –el más escaso de los sentidos– nos obliga a señalar que estos pueblos africanos y asiáticos, los presuntos inventores de la democracia y los creadores de la gran filosofía racionalista, no practicaron ni los modelos democrático-pluralistas en la política, ni tampoco los elementos del racionalismo en sus actividades intelectuales hasta bien entrado el siglo XX, es decir: después de un contacto más o menos permanente e intenso con los productos exportados por las potencias occidentales.

La necesaria crítica al eurocentrismo puede conducir al afrocentrismo y al asiacentrismo, como antes llevó al euroasiatismo de escritores rusos. Estos textos, algunos de ellos muy valiosos, resultan ser estrategias terapéuticas para que los africanos y los asiáticos se sientan mejor y desarrollen un sano orgullo con respecto a sus orígenes y tradiciones.

La crítica a la modernidad

La modernidad en su versión europea occidental trajo consigo algunas características socioculturales que no han sido aceptadas fácilmente en ningún ámbito geográfico porque intranquilizan a los espíritus rutinarios, causan

6 Martin Bernal, *Atenea negra: las raíces afroasiáticas de la civilización clásica. La invención de la antigua Grecia 1785-1985*, Barcelona: Crítica, 1993.

7 Véase la crítica de Mary R. Lefkowitz / Guy MacLean Rogers, *Black Athena Revisited*, Chapel Hill: University of North Carolina Press 1996; Mary R. Lefkowitz, *Not out of Africa. How Afrocentrism Became an Excuse to Teach Myth as History*, New York: BasicBooks, 1997.

desasosiego entre los cultos y producen irritación y malestar entre la gente que piensa o que manipula pensamientos, como los intelectuales, sacerdotes y políticos. Son rasgos estructurales que obligan a poner en cuestión lo obvio y sobreentendido y hasta los fundamentos de la propia consciencia. En la filosofía de la Ilustración se perfilan nítidamente estos fundamentos de la modernidad: la reflexión profunda y permanente, el carácter secular de las sociedades modernas y la pluralidad simultánea de credos, programas y gustos. El impulso genuinamente reflexivo nos confronta con una realidad, en la cual los seres humanos están ya desarraigados permanentemente de la naturaleza, de los antiguos dioses tutelares y de sus mitos y leyendas fundacionales. En la modernidad el ámbito humano está referido a sí mismo, y no reconoce criterios de orientación que provengan de una esfera allende sus propias reflexiones.

Todo esto ha sido recibido con marcado recelo por los intelectuales, los políticos y los sacerdotes en muchos países del entonces denominado Tercer Mundo. La violenta incursión de la modernidad en la segunda mitad del siglo XIX y a lo largo del XX ha conducido parcialmente a edificar un modelo civilizatorio básicamente profano, en el cual las normativas de origen religioso tienen que someterse al mismo análisis que cualquier otra doctrina ética o política. Los credos religiosos tienden a transformarse en algo privado y pierden paulatinamente toda función privilegiada en el orden social secularizado. En numerosas regiones de Asia, África y América Latina la modernidad ha generado un rechazo muy amplio, apoyado por una parte de la población, que se siente desprotegida si ya no existe un único sistema generalmente aceptado de valores normativos. La pluralidad de orientaciones valorativas que está emergiendo en el Tercer Mundo, todas ellas precarias y cambiantes, no siempre pueden llenar el vacío existencial que ha significado el hundimiento de los antiguos valores ancestrales. Los habitantes del ámbito modernizado parcial y apresuradamente se sienten obligados a inventar continuamente sus visiones del mundo, sus códigos morales y sus valores estéticos, lo cual significa también un lastre y un factor permanente de inquietud y hasta desánimo. Esta es probablemente una de las raíces más importantes para la popularidad y la difusión de las concepciones actuales que ensalzan las sabidurías ancestrales en gran parte del Tercer Mundo, y también la base para el florecimiento de teorías simplistas para «explicar» y digerir esa constelación.

La actual vigencia de esas concepciones, resumidas aquí bajo el lema *ex Oriente lux*, puede ser rastreada hasta la China del siglo XIX. La propaganda imperial-oficialista propugnaba una (re)visión de la propia historia que sirviese para afianzar metas y políticas propias, no dependientes de Occidente, en un difícil

momento, cuando China había perdido las dos Guerras del Opio contra Gran Bretaña y cuando otras potencias europeas conseguían ventajas comerciales y hasta territoriales que los chinos, con toda razón, percibían como traumáticas intromisiones imperialistas⁸.

Durante el siglo XX y en el curso del llamado periodo de la descolonización (a partir de 1960), en los ámbitos islámico y africano-subsahariano se ha difundido la opinión de que sin la penetración del capitalismo occidental y sin la traición de las élites partidarias del mismo, la evolución «natural» del mundo árabe y africano habría llevado con toda seguridad a los altos hornos, a los reactores atómicos y al establecimiento de universidades, presuntas metas normativas propias de las civilizaciones musulmana y africana⁹. El atraso tecnológico habría sido inducido desde afuera, es decir, desde las metrópolis imperialistas; el proceso de una industrialización completa en el Tercer Mundo debería ser considerado, por lo tanto, como la «restauración» del genuino desarrollo «orgánico y natural» de esos países¹⁰. En gran parte de lo que podríamos llamar la cultura cotidiana del Tercer Mundo se ha difundido la convicción de que Asia, África y América Latina habrían alcanzado un grado de evolución comparable al de Europa Occidental si no hubiera tenido lugar la penetración del imperialismo capitalista. Sin la conquista y la colonización, estas naciones habrían realizado de manera autónoma los grandes descubrimientos geográficos de Occidente, así como su invención tecnológica. Si las hubieran dejado en paz, estas sociedades habrían perfeccionado los modelos de una democracia más profunda, más cercana a las necesidades del auténtico pueblo y más duradera que la decadente democracia representativa de Occidente. Tanto las opiniones populares como las corrientes intelectuales aspiran en el Tercer Mundo a una relativización de la modernidad occidental y, al mismo tiempo, a una adopción de sus elementos técnico-económicos. Para estas acrobacias teóricas (y las justificaciones correspondientes), las

8 Véase el excelente ensayo del afamado sinólogo Rudolf G. Wagner, *Staatliches Machtmonopol und alternative Optionen zur Rolle der „westlichen Barbaren« im China des 19. Jahrhunderts* (El monopolio estatal del poder y las opciones alternativas sobre la función de los «bárbaros occidentales» en la China del siglo XIX), en: Jan-Heeren Grevenmeyer (comp.), *Traditionale Gesellschaften und europäischer Kolonialismus* (Sociedades tradicionales y colonialismo europeo), Frankfurt: Syndikat, 1981, pp. 105-136, especialmente pp. 106, 127, 131-133.

9 Sobre esta temática véase Miguel Abensour, *Para una filosofía crítica*, Barcelona / México: Anthropos 2007. Esta concepción varía un teorema de los intelectuales árabes del siglo XIX, véase por ejemplo, R. R. el-Tahtawi, *Que la patrie soit le lieu de notre commun bonheur que nous bâtirons par la liberté, la pensée et l'usine*, en: Anouar Abdel-Malek (comp.), *Anthologie de la littérature arabe contemporaine. Les essais*, París: Seuil 1965, pp. 42-44; Anouar Abdel-Malek, *La dialectique sociale*, París: Seuil, 1972, p. 69.

10 Entre otros testimonios véase Walter Rodney, *How Europe Underdeveloped Africa*, Londres: Bogle 1976; pp. 12-17, 60-88; Anouar Abdel-Malek (comp.), *Sociologie de l'impérialisme*, París: Anthropos, 1971, especialmente pp. 495-520; Samir Amin, *L'accumulation à l'échelle mondiale. Critique de la théorie du sous-développement*, París: Anthropos 1971. Todos estos estudios parafrasean la gran obra de André Gunder Frank, *Lumpenbureguésia: lumpendesarrollo*, México: Era, 1971.

escuelas postmodernistas y relativistas han aportado los instrumentos conceptuales más convincentes en términos de una reescritura interesada de la historia universal.

En esta constelación resulta comprensible porqué los fundamentos culturales de la modernidad resultan francamente peligrosos para la salud pública en regímenes autoritarios, independientemente de su línea ideológica. El rechazo del espíritu crítico, de la sociedad secular y del pluralismo de ideas es algo practicado por regímenes izquierdistas y por teocracias conservadoras, pues emerge como un grave peligro para toda sociedad convencional.

***Ex Oriente lux* como ideología contemporánea de desarrollo autóctono**

Esta expresión clásica indica el advenimiento de una gran iluminación espiritual, pero también el alumbramiento de un mundo mejor. Ha sido un mensaje religioso y simultáneamente un programa político. Hoy en día numerosos pensadores y políticos del Tercer Mundo suponen que, en términos de evolución histórica, la verdad en sentido enfático, es decir: la nueva y promisoriosa, debe provenir de un espacio cultural no contaminado por las formas específicamente occidentales de la modernización contemporánea. Esta concepción –que tiende a repetirse cada cierto tiempo, como una esperanza religiosa–, se difunde también en el cansado mundo académico occidental. *Ex Oriente lux* significa también relativizar los logros civilizatorios de Europa Occidental y América del Norte y, por correspondencia, volver a apreciar, desde una perspectiva inicialmente favorable, lo alcanzado en Asia, África y América Latina, sobre todo en lo relativo al desarrollo histórico en gran escala y a largo plazo. La relativización de la modernidad occidental es una de las consignas usuales en el debate actual. También se puede hablar de provincializar Europa, como lo proclama uno de los libros más conocidos de los estudios postcoloniales, salido de la pluma del historiador hindú Dipesh Chakrabarty¹¹. Lo alcanzado por Europa Occidental debería dejar de ser el criterio para medir el desarrollo de otros continentes, con lo cual se diluiría la relevancia que habitualmente se atribuye a fenómenos como el capitalismo, la Ilustración y la modernidad, y también a la filosofía marxista de la historia. Así por ejemplo, la teoría hegeliana y marxista de una evolución lineal-ascendente, inevitable para toda la humanidad, se convertiría en un

11 Véase Dipesh Chakrabarty, *Provincializing Europe. Postcolonial Thought and Historical Difference*, Princeton: Princeton U. P. 2000, *passim*. Esta corriente debe mucho a la obra del notable geógrafo marxista James Morris Blaut, *The Colonizer's Model of the World. Geographical Diffusionism and Eurocentric History*, New York / Londres: Guilford Press, 1993.

enfoque más sobre esta temática, que debería competir con otras concepciones en el mercado de las ideas¹².

Como se ha dicho, en primera instancia *Ex Oriente lux* parece un designio razonable, original y progresista, que se inscribe en la inclinación contemporánea hacia el pluralismo de ideas y un antidogmatismo aceptado ahora ampliamente, un designio que es compartido por un elevado número de pensadores en África, Asia y América Latina. No es tampoco un propósito nuevo. Desde mediados del siglo XIX en los ámbitos musulmán, chino e hindú y desde el siglo XX en América Latina y África se expanden estos esfuerzos conceptuales que anhelan (1) rescatar la originalidad de la propia herencia civilizatoria, (2) asegurar la capacidad futura del desarrollo «autóctono» de la sociedad respectiva y, al mismo tiempo, (3) confirmar el carácter imperialista y antihumanista de la modernidad occidental. Recién en las últimas décadas y en el seno de los estudios postcoloniales estos enfoques han adquirido el fundamento y el brillo teóricos que son necesarios para su difusión a nivel internacional.

Ya en 1969 el pensador boliviano más importante del indianismo, Fausto Reinaga, había identificado los cuatro elementos de la civilización occidental que debían ser radicalmente rechazados y eliminados porque esclavizaban a los indios sudamericanos: el derecho romano, los códigos napoleónicos, la democracia francesa y el marxismo-leninismo¹³. Y lo más importante: casi todas estas corrientes combinan, como un aspecto central, un rechazo radical de las esferas política y cultural de la modernidad occidental con una aceptación, a menudo entusiasta, de los adelantos tecnológicos. El cuestionamiento de la perspectiva europea en cuanto obligatoria y normativa casi nunca llega al rechazo del progreso técnico y económico según los criterios y los logros de la civilización occidental.

La relativización de la civilización occidental y la situación real de los derechos humanos

La relativización general de la cultura de Europa occidental y ante todo del racionalismo conduce a que la universalidad de los derechos humanos ingrese en una controversia, de donde sale generalmente muy mal parada. Los farragosos escritos de ciertos pensadores postmodernistas latinoamericanos postulan que la modernidad, las distintas variantes de la Ilustración y la concepción de los de-

12 Véase la notable obra de Wolfgang Knöbl, *Die Kontingenz der Moderne. Wege in Europa, Asien und Amerika* (La contingencia de la modernidad. Sendas en Europa, Asia y América), Frankfurt / New York: Campus, 2007, especialmente pp. 27-28, 111-113.

13 Fausto Reinaga, *La revolución india*, La Paz: Ediciones del Partido Indio de Bolivia, 1969, p. 15

rechos humanos tienen una naturaleza «contingente»¹⁴, porque provienen de un modelo civilizatorio (el europeo occidental) particular que no debería pretender una vigencia universal. El racionalismo, la Ilustración y la democracia pluralista moderna serían igualmente fenómenos históricamente fortuitos, es decir, sin valor normativo para las culturas extra-europeas¹⁵. Esta posición no es algo inofensiva en términos políticos reales. En muchos países del Tercer Mundo la crítica general de la legitimidad histórica de un modelo social basado en el Estado de derecho y en la vigencia de los derechos humanos contribuye a reflatar antiguas tradiciones autoritarias, que ahora, con lustre académico y vocabulario progresista, retornan a ser consideradas como los fundamentos autóctonos de un régimen que se ha liberado del colonialismo cultural.

A pesar de sus rasgos ocasionalmente brillantes, la concepción del carácter fortuito y casual de la modernidad occidental y de los derechos humanos no es aceptable por varios motivos. En primer lugar, esta crítica está construida mediante un discurso argumentativo que se deriva, casi exclusivamente, de la misma tradición intelectual de Occidente. Como afirma Wolfgang Knöbl refiriéndose a Dipesh Chakrabarty¹⁶, afirmación que puede ser extendida a la mayoría de los autores de tendencias similares, estas construcciones teóricas tienen poco que ver con las tradiciones vernáculas de las sociedades de origen, que son fuertemente mitológico-teológicas. En realidad estamos frente a una combinación de (a) un marxismo tercermundista diluido por enfoques postmodernistas con (b) el pensamiento relativista derivado de Martin Heidegger, Jacques Derrida y Michel Foucault¹⁷. En segundo término, no está claro cuál es el beneficio intelectual que se puede alcanzar de forma efectiva a través de estos enfoques, precisamente porque estos últimos desarrollan pretensiones teóricas e innovadoras tan eminentes que no poseen una contraparte detectable en la realidad cotidiana de las ciencias sociales e históricas. En tercer lugar, la tesis de la naturaleza contingente de la modernidad occidental y de los derechos humanos no contribuye a configurar un programa claro para la opción social e ideológica radical que propugnan los autores; las políticas públicas económicas y hasta culturales y educativas que se podrían derivar de estas teorías se mantienen en una loable oscuridad. Finalmente hay que subrayar que estas concepciones poseen un níti-

14 Sérgio Costa, *Derechos humanos en el mundo poscolonial*, Nueva Sociedad, n. 188, noviembre-diciembre de 2003, pp. 52-65, especialmente p. 53.- El autor incluye en su acerba crítica al Iluminismo, Immanuel Kant y Jürgen Habermas.

15 *Ibid.*, pp. 53-55.

16 Wolfgang Knöbl, ob. cit. (nota 12), pp. 112-113.

17 Lo mismo es válido para la Teología y Filosofía de la Liberación, véase al respecto Enrique Dussel, *Filosofía de la liberación*, Bogotá: Universidad Santo Tomás 1980; Enrique Dussel, *Veinte proposiciones de política de la liberación*, La Paz: Tercera Piel, 2006.

do impulso moral, revestido de un postulado científico; en un claro paralelismo con la obra de Frantz Fanon, su acercamiento al marxismo se reduce, en el fondo, a un anticapitalismo primordial que busca el prestigio de las doctrinas socialistas europeas para establecer vagamente unas metas normativas «actuales» para el desarrollo histórico de las sociedades de África, Asia y América Latina. Esta inclinación ética es comprensible porque nace de una atmósfera marcada por el dolor y la angustia, y por ello postula un nuevo «hombre total» frente a una Europa considerada como decadente, criminal y corrupta¹⁸. Estas teorías se hallan, sin embargo, dentro de una ambivalencia fundamental, a saber, rechazan tajantemente el modelo civilizatorio europeo, pero se sirven parcialmente de la terminología y de las visiones utópicas marxistas, por un lado, y propugnan metas normativas (nivel de vida, desarrollo tecnológico, *inter alia*) asociadas claramente a la modernidad occidental, por otro.

Desde hace décadas, tal vez siglos, se piensa que Europa Occidental no ha representado una influencia positiva para la evolución a largo plazo de África, Asia y América Latina. Amplios círculos sociales e intelectuales suponen que los éxitos materiales del desarrollo europeo y norteamericano se deben en gran medida a la explotación de la que ha sido víctima el Tercer Mundo y también a los logros previos alcanzados de forma autónoma por las sociedades extra-europeas y luego aprovechados alevosamente por las metrópolis del Primer Mundo. Frantz Fanon pensaba que Europa era literalmente una creación del Tercer Mundo¹⁹. En Asia está muy difundida la concepción de que la Gran Bretaña moderna es un regalo de la India²⁰. En el ámbito andino es usual la creencia de que los europeos con anterioridad a la conquista constituían una comunidad de gente atrasada, un mero apéndice pobre del ámbito musulmán²¹. Todo esto habría cambiado a través de la explotación colonial después del descubrimiento de América²². Aunque en el medio académico es todavía un tema controvertido, la opinión pública que podemos llamar popular parte *a priori* de la concepción de que la evolución de Europa Occidental a partir del inicio de la modernidad

18 Frantz Fanon, *Los condenados de la tierra*, México: FCE, 1963, pp. 20-22, 291-293.

19 *Ibid.*, p. 94.

20 Sobre esta temática véase Wolfgang Knöbl, ob. cit. (nota 12), pp. 166-167.

21 Enrique Dussel, 1492. *El encubrimiento del Otro. Hacia el origen del «mito de la modernidad»*, La Paz: Biblioteca Indígena / Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia 2008, pp. 13-14, 65-76; Santiago Castro-Gómez / Ramón Grosfoguel, *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*, Bogotá: Siglo del Hombre, 2007, *passim*.

22 Véanse, entre otros, Abraham Delgado M., *Descubrimiento, conquista, invasión. Desmontando y desmitificando la historia y el pensamiento colonial*, La Paz: Laboratorio del Pensamiento Indianista-Katarista 2017; Juan José Bautista S., *Hacia una crítica-ética de la racionalidad moderna*, La Paz: rincón ediciones 2013; Juan José Bautista S., *Crítica de la razón boliviana. Elementos para una crítica de la subjetividad del boliviano-latino-americano*, La Paz: Pisteuma 2005.

(siglo XVI) se debería exclusivamente a la contribución económica, social y humana de la que ahora es América Latina²³.

Los pensadores asociados alrededor de la Teoría de la Dependencia (Theotônio dos Santos, Ruy Mauro Marini, Fernando Henrique Cardoso, Vania Bambirra)²⁴ señalaron tempranamente que las naciones ya desarrolladas de Europa y Norteamérica habrían creado las condiciones para el «subdesarrollo» del Tercer Mundo mediante intercambios comerciales injustos y asimétricos o directamente por la acción de la fuerza. El más original de estos intelectuales resultó ser André Gunder Frank (1929-2005), el creador de la popular tesis del «desarrollo del subdesarrollo»²⁵ y el que tiempo después proclamaría la necesidad de «reorientarse» hacia el postulado de *Ex Oriente lux*, sobre todo hacia el reconocimiento de la evolución china como paradigmática, puesto que estaríamos viviendo plenamente en la «edad asiática»²⁶. Por todo ello, no hay duda acerca de la relevancia de A. G. Frank, un auténtico pionero en varios sentidos²⁷.

El análisis de la Teoría de la Dependencia es todavía hoy relevante porque ha conseguido claramente el favor popular en América Latina (un ejemplo de ello es la muy difundida obra de Eduardo Galeano)²⁸, aunque las tendencias en el ámbito académico-universitario la hayan dejado atrás. No hay duda de que la Teoría de la Dependencia ha iluminado los lados flacos de la modernidad occidental, que no son pocos. Y lo hizo para restablecer la dignidad pisoteada de muchos pueblos. Pero esta doctrina pasa por alto el hecho de que el estudio crítico del propio pasado y, sobre todo, el cuestionamiento de la modernidad occidental y sus efectos, ocurren después de un contacto o choque prolongado y a menudo traumático con el llamado imperialismo capitalista. La experiencia de una cultura distinta y exitosa debería promover el análisis de las propias carencias y obligar a un examen de consciencia con repercusiones sociales. Pero en los casos aquí estudiados esta especie de autoanálisis deja habitualmente de lado la dimensión de la cultura política en sentido amplio, a saber, en casi ninguna

23 Telmo Adams y María Julieta Abba, «Caracterización de la (des)colonialidad en los cinco ámbitos de existencia social: aportes desde Aníbal Quijano» *América Latina Hoy. Revista de Ciencias Sociales*, n. 91, agosto de 2022, pp. 5-23, especialmente p. 6. Se trata de un escrito con altas pretensiones teóricas y con un esquematismo muy elemental, dos aspectos que a menudo van juntos.

24 Véase en Robert Packenham, *The Dependency Movement: Scholarship and Politics in Development Studies*, Cambridge: Harvard U. P., 1992 (análisis general de la Teoría de la Dependencia, injustamente olvidada).

25 André Gunder Frank, *Capitalism and Underdevelopment in Latin America*, New York: Monthly Review Press, 1967, especialmente pp. 25-30.

26 André Gunder Frank, *ReOrient: Global Economy in the Asian Age*, Berkeley: California U. P., 1998.

27 Véase los interesantes ensayos de Cristóbal Kay, «André Gunder Frank (1929-2005): pionero de la Teoría de la Dependencia y mundialización», *Revista mexicana de sociología*, vol. 68, n. 1, enero-marzo de 2006, pp. 181-190; Cristóbal Kay, «André Gunder Frank: «Unidad en la diversidad»: del desarrollo del subdesarrollo al Sistema Mundo», *Revista de Estudios Globales. Análisis Histórico y Cambio Social*, vol. 2, n. 3, 2022, pp. 7-24.

28 Eduardo Galeano, *Las venas abiertas de América Latina*, Montevideo: Siglo XXI, 1971. Sin contar las traducciones, la obra alcanzó más de ochenta reediciones.

de las obras de esta corriente se hallará alguna mención de la necesidad de una educación crítica, la libre discusión pública de asuntos sociales, la democratización interna de las instituciones y los partidos, la pertinencia del Estado derecho o de los derechos humanos. En lugar de ello y siguiendo lo prefigurado por el leninismo práctico –aunque no hayan leído a este autor–, muchos de estos pensadores están preocupados por asuntos político-profanos, como la toma del poder («El poder es todo», «Poder o muerte»²⁹), o cómo consolidar el gobierno de los grandes caudillos, que son vistos como la encarnación de la justicia histórica³⁰, como los «profetas de la vida» y los «fundadores de la libertad»³¹. El escritor argentino Ezequiel Martínez Estrada, una de las estrellas del pensamiento progresista, llegó a afirmar que el caudillo, «el mesías con el trágico destino de cargar con los pecados de su pueblo», es «el ser llamado por Dios para corregir por el fuego y la espada a una sociedad que había perdido sus normas de justicia»³².

Algunas consecuencias de las teorías reivindicacionistas

La concepción acerca del carácter contingente de la modernidad tiene algunos efectos prácticos muy notorios. Los siglos de dominación política, económica y cultural de Europa Occidental sobre el resto del mundo (por lo menos desde fines del siglo XVIII) o los últimos quinientos años (si se toman los descubrimientos geográficos de España y Portugal como punto de partida), representarían un periodo relativamente breve en el gran libro de la historia universal. A lo largo de cinco mil años de historia documentada lo usual habría sido el predominio del Asia, especialmente de la India y la China³³. A este estado «habitual» de la historia universal se estaría retornando en el siglo XXI. Por lo tanto, la modernidad vinculada con Europa Occidental sería una *quantité négligeable* a escala mundial³⁴.

Todos estos enfoques tienen un resultado práctico: la separación entre la modernidad técnico-económica, que se considera universal e inevitable, por una parte, y la cultural-política, que se la estima fortuita y deleznable, por otra. De acuerdo con ellos, podemos renunciar sin remordimientos a la democracia pluralista y al espíritu científico-racional, porque son fenómenos fortuitos desde

29 Fausto Reinaga, ob. cit. (nota 13), pp. 20, 384-386. En toda la extensa obra de Reinaga no hay ninguna mención de la democracia interna en los partidos pro-indigenistas y sí una larga descripción de los rituales de juramento y obediencia de los nuevos miembros (*ibid.*, pp. 483-485).

30 Mohammad 'Abduh, *Seul un despote juste assurera la Renaissance de l'Orient*, en: Anouar Abdel-Malek (comp.), ob. cit. (nota 9), pp. 55-57.

31 Enrique Dussel, *Filosofía*, ob. cit. (nota 17), pp. 96-97; Enrique Dussel, *Veinte*, ob. cit. (nota 17), p. 49.

32 Ezequiel Martínez Estrada, *Radiografía de la pampa*, Buenos Aires: Losada, 1953, p. 52.

33 Véase la obra clásica de esta corriente: André Gunder Frank / Barry K. Gills (comps.), *The World System: Five Hundred Years or Five Thousand?* Londres / New York: Routledge, 1994.

34 Véase el exhaustivo estudio crítico de Wolfgang Knöbl, ob. cit. (nota 12), pp. 111-168, especialmente p. 126.

el punto de vista evolutivo y muy breves desde la perspectiva temporal. En autores como Edward W. Said³⁵ o Dipesh Chakravarty, situados en el terreno de los estudios postcoloniales, se pueden detectar cinco carencias principales: (1) la incapacidad de autocrítica; (2) la aceptación tácita de los elementos autoritarios y anacrónicos de la propia cultura porque es el legado de valores que uno mismo ha recibido; (3) el uso instrumental, demasiado evidente, del relativismo postmodernista, porque este último sirve extraordinariamente bien –con un toque de actualidad y científicidad– a las metas de enaltecer la posición político-cultural de las naciones del Tercer Mundo y, al mismo tiempo, de diluir y hasta menospreciar los logros científicos, democráticos y organizativos de Europa occidental; (4) la preservación de una visión romántica y edulcorada acerca del propio pasado y de los regímenes autoritarios (populistas y socialistas) que *prima facie* parecen construir una alternativa al «capitalismo imperialista»; y (5) el cultivo de formas confusas y barrocas de exposición, junto con contenidos teóricos que a la postre se muestran como modestos o insignificantes. Estos factores aseguran, paradójicamente, la popularidad de estos enfoques en el mundo académico latinoamericano.

Dicho de otro modo, la iluminación política que proviene del Oriente está contaminada por la persistencia de tradiciones autoritarias. El anti-imperialismo y la crítica de la modernidad occidental nos revelan, en el fondo, un designio conservador, a saber, preservar el orden convencional-rutinario en las esferas de la política y la cultura y acelerar el desarrollo técnico-económico bajo la dirección de un Estado fuerte y centralizado y de una élite intelectual privilegiada que no tenga que rendir cuentas democráticamente al conjunto de la sociedad. La iluminación política que proviene presuntamente de Oriente no es importante por sus facultades y logros explicativos, sino porque nos muestra la verdadera intención de sus autores, es decir, el mantenimiento de un modelo social autoritario y jerárquico, a veces socialista, pero acompañado de una economía floreciente en manos capitalistas. Se trata, manifiestamente, de la imitación del modelo contemporáneo practicado en China y Vietnam, que goza de una respetable popularidad a lo ancho y largo del planeta. Al comienzo del actual sistema económico chino su inspirador, Deng Xiaoping, lo describió como la imitación del capitalismo occidental, pero sin «contaminación espiritual», es decir, sin «ideas dañinas» como la libertad de expresión y la democracia liberal³⁶. Son conceptos muy similares a los utilizados por el gobierno imperial chino en el

35 Edward W. Said, *Orientalismo*, Barcelona: Random Mondadori, 2007.

36 Citado en Ian Buruma y Avishai Margalit, *Okzidentalismus. Der Westen in den Augen seiner Feinde* (Occidentalismo. El Oeste en los ojos de sus enemigos), Munich: Hanser, 2004, p. 46.

siglo XIX: se dijo, entonces, que habría que utilizar la tecnología, las capacidades comerciales y las armas de los «bárbaros occidentales» para controlarlos a largo plazo pero, al mismo tiempo, habría que rechazar vehementemente sus ideas filosóficas, sus prácticas políticas y sus instituciones estatales. Como aseveró un notable conocedor de la historia china, en la actualidad el régimen comunista ha preservado esta línea de política pública sin modificaciones importantes³⁷.

El rechazo de las concepciones occidentales del derecho en nombre de la propia originalidad jurídica

Una parte relevante del rechazo a la cultura occidental puede ser vista en el rescate de las propias tradiciones en este campo jurídico: el restablecimiento de los derechos consuetudinarios premodernos. En el área andina, por ejemplo, se afirma que los sistemas legales de origen occidental-moderno representarían un *corpus* jurídico extraño a las poblaciones aborígenes, basado en cimientos individualistas, egoístas y alienantes como la propiedad, el contrato y los órganos permanentes de justicia, contrapuestos a los mecanismos simples, expeditos, no burocráticos y fácilmente comprensibles de la justicia comunitaria y consuetudinaria. El designio de simplificación se combina a menudo con una aplicación práctica de la abstención de juicios valorativos: puesto que no existiría un metacriterio racional y obligatorio para juzgar la calidad de los sistemas jurídicos, habría que reconocer la igualdad liminar de todos ellos y postular la vigencia de aquel modelo de justicia que sea aceptado habitualmente por los usuarios. En varias regiones de América Latina esto significa reimplantar el derecho consuetudinario de las comunidades indígenas y dejar de lado las valoraciones ociosas en torno a la calidad intrínseca de los distintos modelos jurídicos³⁸. Esto conduce a un tratamiento relativista de los derechos humanos.

Uno de los mejores exponentes de esta posición es el jurista egipcio Mahmoud Bassiouni, quien proviene de una familia que durante generaciones ha proporcionado a Egipto algunos de sus jurisconsultos más famosos. Bassiouni ha combinado modelos muy avanzados de teoría posmodernista con la erudición de los expertos tradicionales en derecho islámico. De acuerdo con este autor, cada orden cultural posee sus propios derechos humanos y su propia tradición, religiosa y secular, referida a estos derechos. Su tesis principal es muy popular en el mundo académico contemporáneo, no solo en el islámico: los derechos

37 Véase Rudolf G. Wagner, ob. cit. (nota 8), pp. 121, 127, 130, 133.

38 Véase un interesante texto sobre la necesidad de reintroducir la justicia comunitaria de origen indígena a causa del carácter imperialista, extranjero e inhumano de la justicia occidental: Edwin Cocarico Lucas, «El etnocentrismo político-jurídico y el Estado multinacional: nuevos desafíos para la democracia en Bolivia», *América Latina Hoy. Revista de Ciencias Sociales*, n. 43, agosto de 2006, pp. 131-152.

humanos deben ser «redefinidos» por el legado intelectual de cada modelo civilizatorio e integrados, por ejemplo, al derecho islámico clásico, en cuyo marco recién tendrían significación efectiva. Por un lado, se «respeta» la tradición occidental de los derechos humanos, pero estos últimos tienen vigencia práctica solo si son reinterpretados en el seno de los principales saberes jurídicos y políticos del Islam³⁹. Bassiouni, pese al despliegue de su imponente aparato crítico e histórico, se basa en el principio «conservador» por excelencia que ha desarrollado la convención islámica clásica sobre este punto, a saber, todos los derechos provienen directamente de la voluntad de Dios; su vigencia está asegurada por este origen divino, que en la mayoría de los casos hace superflua una regulación constitucional o legal, ya que esta sería redundante. Medidas provenientes de parlamentos, gobiernos e instituciones para la protección e implementación de los derechos son vistas como secundarias y a veces como innecesarias.

La fundamentación filosófica que construye Bassiouni postula una idea muy difundida en todo el Tercer Mundo: las «necesidades básicas» de la población son la única fuente real de los derechos humanos. Estos últimos son instituciones jurídicas para «la protección de necesidades humanas universales y objetivas». Una reciente investigación, exhaustiva en torno a las necesidades genuinas del ser humano, puede arrojar luz acerca de los derechos humanos y su vigencia objetiva y universal, sobre la cual habría entonces un consenso general. Según Bassiouni, esa investigación exhaustiva nos demostraría que el fundamento primero y último de las necesidades y, por consiguiente, de los derechos, es de origen religioso-teológico. Solo esto aseguraría, de modo concluyente afirma este autor, la auténtica universalidad de los derechos humanos⁴⁰. Al mismo tiempo y en contradicción con este concepto de universalidad, Bassiouni asevera inequívocamente que los derechos humanos representan una construcción social de la civilización occidental, que no puede pretender universalidad porque se originó como «reacción» a amenazas que una sociedad determinada experimentó en el seno de una historia particular. Por ello habría diferentes concepciones de derechos humanos en el planeta, y ninguna de estas concepciones, por lógica, podría pretender una validez universal. El «lugar de enunciación» de los derechos humanos no podría ser un foro supranacional (como las Naciones Unidas), sino una sociedad concreta con dilemas específicos y soluciones particulares⁴¹.

39 Mahmoud Bassiouni, *Menschenrechte zwischen Universalität und islamischer Legitimität* (Los derechos humanos entre la universalidad y la legitimidad islámica), Berlín: Suhrkamp, 2014, pp. 92-93.

40 *Ibid.*, pp. 98, 22, 139-140, 77, 227-228.

41 *Ibid.*, p. 319.

Todas estas afirmaciones, por más eufónicas que suenen, predisponen a una estrategia de dilución de los derechos humanos, que ya no tendrían una vigencia irrestricta como pilar de la identidad humana, sino solo una validez relativa como parte de un todo mayor consagrado a obtener la satisfacción de las necesidades básicas colectivas. En consecuencia Bassiouni –como la mayoría de los pensadores adscritos al relativismo y simpatizantes de regímenes tanto conservadores como populistas– cuestiona con especial énfasis la pertinencia y la vigencia de los derechos humanos con relación a las «actividades políticas». La satisfacción de las necesidades elementales tendría absoluta prioridad sobre los derechos «liberales», es decir subalternos, como la libre expresión y asociación. Esta opción teórica, que en el fondo permite cerrar ambos ojos en caso de toda vulneración de derechos políticos, se legitima con un argumento que ha sido usado por casi todos los regímenes autoritarios y totalitarios: el hambre no espera. Por otra parte, tanto Bassiouni como muchos intelectuales del Tercer Mundo señalan con énfasis un aspecto que según ellos debilita radicalmente la concepción occidental de los derechos humanos: la doble moral de los países occidentales y de sus portavoces oficiales. Por un lado predicán los derechos humanos, por otro pisotean esos mismos principios mediante su praxis colonialista⁴². Los derechos humanos aparecen entonces como un mero instrumento occidental de seducción y dominación.

La obra de Bassiouni, plena de repeticiones de todo tipo, constituye una típica discusión dentro de la jurisprudencia islámica, que posee una notable riqueza interpretativa, pero que casi nunca pasa a analizar dos planos que son relevantes en todo debate realmente serio: (a) la distancia entre teoría y praxis, en este caso entre la retórica habitual de los expertos jurídicos y la realidad de la vida cotidiana en las sociedades musulmanas, y (b) los posibles elementos autoritarios en los legados culturales profundos del ámbito islámico, en las políticas públicas de los gobiernos respectivos y en el propio Corán. Uno buscaría vanamente un análisis crítico de estos aspectos en la obra de Mahmoud Bassiouni, ampulosa en la forma de exposición y con un contenido muy modesto y previsible. Hay que reconocer que este autor combina astutamente la defensa de la tradición jurídica de su país con la utilización del relativismo postmodernista a la moda del día.

⁴² *Ibid.*, pp. 28-33.

Conclusiones provisionales

Según el filósofo alemán Karl Jaspers (1883-1969), la herencia socrática impediría en Occidente la «ingenuidad en el saber»⁴³, que es uno de los soportes principales de todos los regímenes autoritarios. El racionalismo, la cultura del cuestionamiento permanente y sistemático y la capacidad de autosometerse a la duda, representarían el mayor mérito de la cultura occidental. Los partidarios de la iluminación oriental y los propagandistas de las bondades históricas de China dejan de lado, de modo muy claro y sistemático, el legado más valioso de Occidente, a saber, la separación de los poderes políticos, la democracia pluralista, el Estado de derecho, los avances en la emancipación de la mujer y la preocupación por la protección del medio ambiente. En todos los escritos de los autores aquí citados uno buscaría vanamente una mención crítica de fenómenos recurrentes en el celebrado Oriente y en los regímenes izquierdistas que ellos apoyan, fenómenos como la burocratización de la administración pública, la cultura política del autoritarismo, la formación de élites privilegiadas que pasan a constituir las nuevas clases altas y la desinstitucionalización de la vida público-política, con su secuela inevitable, la corrupción a gran escala.

Ninguno de estos problemas ha perturbado la tranquilidad de aquellos autores que enaltecen el paradigma chino de evolución histórica. Hay que reconocer que en todo el Tercer Mundo, incluyendo el ámbito islámico, han surgido pensadores muy críticos con su propia historia y con las mentalidades colectivas de sus países⁴⁴. Pero la labor de estos intelectuales, también en América Latina, ha tenido un efecto limitado y una aceptación reducida.

43 Karl Jaspers, *Die massgebenden Menschen* (Los hombres decisivos) [1964], Munich: Piper, 2015, p. 35.

44 Véase la notoria obra del gran historiador marroquí crítico Abdallah Laroui, *La ideología árabe contemporánea*, Madrid: Castellote, 1976, pp. 32-36, 68-72; Abdallah Laroui, *La crisis de los intelectuales árabes: ¿tradicionalismo o historicismo?*, Madrid: Prodhufi 1990; Abdallah Laroui, *Islam et modernité*, París: La Découverte, 1987. Véanse también los libros del sociólogo sirio Bassam Tibi, de la universidad de Göttingen, quien ha analizado las muchas facetas del Islam político: Bassam Tibi, *Islamism and Islam*, New Haven: Yale U. P. 2012; Bassam Tibi, *Political Islam, World Politics and Europe*, New York: Routledge, 2008; Bassam Tibi, *Die neue Weltunordnung. Westliche Dominanz und islamischer Fundamentalismus* (El nuevo desorden mundial. La dominación occidental y el fundamentalismo islámico), Munich: Econ-Ullstein 2001; Bassam Tibi, *Im Schatten Allahs. Der Islam und die Menschenrechte* (En la sombra de Alá. El Islam y los derechos humanos), Munich: Piper, 1996.

REFERENCIAS

- Abduh, M. (1965). Seul un despote juste assurera la Renaissance de l'Orient. En A. Abdel-Malek (comp.), *Anthologie de la littérature arabe contemporaine. Les essais*. París: Seuil.
- Abensour, M. (2007). *Para una filosofía crítica*. Barcelona / México: Anthropos.
- Abdel-Malek, A. (1971). (comp.). *Sociologie de l'impérialisme*. París: Anthropos.
- Abdel-Malek, A. (1972). *La dialectique sociale*. París: Seuil.
- Adams, T. & Abba, M. J. (2022). Caracterización de la (des)colonialidad en los cinco ámbitos de existencia social: aportes desde Aníbal Quijano. *América Latina Hoy*, 91, 5-23. <https://doi.org/10.14201/alh.27173>
- Amin, S. (1971). *L'accumulation à l'échelle mondiale. Critique de la théorie du sous-développement*. París: Anthropos.
- Bassiouni, M. (2014). *Menschenrechte zwischen Universalität und islamischer Legitimität* (Los derechos humanos entre la universalidad y la legitimidad islámica). Berlín: Suhrkamp.
- Bautista S., J. J. (2013). *Hacia una crítica-ética de la racionalidad moderna*, La Paz: Rincón ediciones.
- Bautista S., J. J. (2005). *Crítica de la razón boliviana. Elementos para una crítica de la subjetividad del boliviano-latino-americano*. La Paz: Pisteuma.
- Berlin, I. (2015). *Pensadores rusos*, Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Bernal, M. (1993). *Atenea negra: las raíces afro-asiáticas de la civilización clásica. La invención de la antigua Grecia 1785-1985*. Barcelona: Crítica.
- Blaut, J. M. (1993). *The Colonizer's Model of the World. Geographical Diffusionism and Eurocentric History*. New York / Londres: Guilford Press.
- Buruma, I. & Margalit, A. (2004). *Okzidentalismus. Der Westen in den Augen seiner Feinde* (Occidentalismo. El Oeste en los ojos de sus enemigos). Munich: Hanser.
- Castro-Gómez, S. y Grosfoguel, R. (2007). *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Bogotá: Siglo del Hombre.
- Cocarico Lucas, E. (2006). El etnocentrismo político-jurídico y el Estado multinacional: nuevos desafíos para la democracia en Bolivia. *América Latina Hoy*, 43, 131-152. <https://doi.org/10.14201/alh.2476>
- Costa, S. (2003). Derechos humanos en el mundo posnacional. *Nueva Sociedad*, 188, 52-65. <https://nuso.org/articulo/derechos-humanos-en-el-mundo-posnacional/>
- Chakrabarty, D. (2000). *Provincializing Europe. Postcolonial Thought and Historical Difference*. Princeton: Princeton U. P.
- Delgado, M. A. (2017). *Descubrimiento, conquista, invasión. Desmontando y desmitificando la historia y el pensamiento colonial*. La Paz: Laboratorio del Pensamiento Indianista-Katarista.

- Dussel, E. (1980). *Filosofía de la liberación*. Bogotá: Universidad Santo Tomás.
- Dussel, E. (2006). *Veinte proposiciones de política de la liberación*. La Paz: Tercera Piel.
- Dussel, E. (2008). 1492. *El encubrimiento del Otro. Hacia el origen del «mito de la modernidad»*. La Paz: Biblioteca Indígena / Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia.
- El-Tahtawi, R. R. (1965). Que la patrie soit le lieu de notre commun bonheur que nous bâtirons par la liberté, la pensée et l'usine. En A. Abdel-Malek (comp.). *Anthologie de la littérature arabe contemporaine. Les essais*. París: Seuil.
- Fanon, F. (1963). *Los condenados de la tierra*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Frankopan, P. (2018). *El corazón del mundo. Una nueva historia universal*. Barcelona: Crítica.
- Frankopan, P. (2018). *Licht aus dem Osten (Luz del Oriente)*, Reinbek: Rowohlt.
- Frankopan, P. (2022). *Las nuevas rutas de la seda*. Barcelona: Crítica.
- Galeano, E. (1971). *Las venas abiertas de América Latina*. Montevideo: Siglo XXI.
- Gunder Frank, A. (1967). *Capitalism and Underdevelopment in Latin America*. New York: Monthly Review Press.
- Gunder Frank, A. (1971). *Lumpenburguesía: lumpendesarrollo*, México: Era.
- Gunder Frank, A. & Gills, B. K. (comps.). (1994). *The World System: Five Hundred Years or Five Thousand?* Londres / New York: Routledge.
- Gunder Frank, A. (1998). *ReOrient: Global Economy in the Asian Age*, Berkeley: California U. P.
- Jaspers, K. (2015 [1964]). *Die massgebenden Menschen (Los hombres decisivos)*. Munich: Piper.
- Kay, C. (2006). André Gunder Frank (1929-2005): pionero de la Teoría de la Dependencia y mundialización. *Revista Mexicana de Sociología*, 68(1), 181-190. <http://revistamexicanadesociologia.unam.mx/index.php/rms/article/view/6052/5573>
- Kay, C. (2022). André Gunder Frank: «Unidad en la diversidad»: del desarrollo del subdesarrollo al Sistema Mundo. *Revista de Estudios Globales*, 2(3), 7-24. <https://doi.org/10.6018/reg.553631>
- Knöbl, W. (2007). *Die Kontingenz der Moderne. Wege in Europa, Asien und Amerika (La contingencia de la modernidad. Sendas en Europa, Asia y América)*. Frankfurt / New York: Campus.
- Laroui, A. (1976). *La ideología árabe contemporánea*. Madrid: Castellote.
- Laroui, A. (1987). *Islam et modernité*. París: La Découverte.
- Laroui, A. (1990). *La crisis de los intelectuales árabes: ¿tradicionalismo o historicismo?* Madrid: Prodhufi.

- Lefkowitz, M. R. & Rogers, G. M. (1996). *Black Athena Revisited*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Lefkowitz, M. R. (1997). *Not out of Africa. How Afrocentrism Became an Excuse to Teach Myth as History*. New York: Basic Books.
- Martínez Estrada, E. (1953). *Radiografía de la pampa*. Buenos Aires: Losada.
- Packenham, R. (1992). *The Dependency Movement: Scholarship and Politics in Development Studies*. Cambridge: Harvard U. P.
- Reinaga, F. (1969). *La revolución india*. La Paz: Ediciones del Partido Indio de Bolivia.
- Rodney, W. (1976). *How Europe Underdeveloped Africa*. Londres: Bogle.
- Said, E. W. (2007). *Orientalismo*. Barcelona: Random Mondadori.
- Teodorsson, S. (2006). *Ex Oriente lux, ex Occidente dux: griegos, cartagineses y romanos en contacto y conflicto*. En E. Calderón, A. Morales & M. Valverde (comps.). *Koinós logós. Homenaje al profesor José García López*. Murcia: Universidad de Murcia.
- Tibi, B. (1996). *Im Schatten Allahs. Der Islam und die Menschenrechte* (En la sombra de Alá. El Islam y los derechos humanos). Munich: Piper.
- Tibi, B. (2001). *Die neue Weltunordnung. Westliche Dominanz und islamischer Fundamentalismus* (El nuevo desorden mundial. La dominación occidental y el fundamentalismo islámico). Munich: Econ-Ullstein.
- Tibi, B. (2008). *Political Islam, World Politics and Europe*. New York: Routledge.
- Tibi, B. (2012). *Islamism and Islam*. New Haven: Yale U. P.
- Wagner, R. G. (1981). Staatliches Machtmonopol und alternative Optionen zur Rolle der «westlichen Barbaren» im China des 19. Jahrhunderts (El monopolio estatal del poder y las opciones alternativas sobre la función de los «bárbaros occidentales» en la China del siglo XIX). En J. Grevemeyer (comp.). *Traditionale Gesellschaften und europäischer Kolonialismus* (Sociedades tradicionales y colonialismo europeo). Frankfurt: Syndikat.
- Ye'Or, B. (2005). *Eurabia. The Euro-Arab Axis*. Madison: Fairleigh Dickinson University Press.

